Presidencialismo y hombres fuertes en México

La sucesión presidencial de 1958

Rogelio Hernández Rodríguez



EL COLEGIO DE MÉXICO

PRESIDENCIALISMO Y HOMBRES FUERTES EN MÉXICO. LA SUCESIÓN PRESIDENCIAL DE 1958

Centro de Estudios Internacionales

PRESIDENCIALISMO Y HOMBRES FUERTES EN MÉXICO. LA SUCESIÓN PRESIDENCIAL DE 1958

Rogelio Hernández Rodríguez

EL COLEGIO DE MÉXICO

352.2309720904
H558p

Hernández Rodríguez, Rogelio
Presidencialismo y hombres fuertes en México : la sucesión presidencial de 1958 / Rogelio Hernández Rodríguez – 1a. ed. – México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales, 2015.
191 p. ; 21 cm.

ISBN 978-607-462-710-7
Incluye bibliografía

1. Presidentes – México – Historia – Siglo xx. 2. Presidentes – Sucesión – México – Historia -- Siglo xx. 3. Poder ejecutivo – México – Historia – Siglo xx. 4. Presidentes – México – Elección – 1958. 5. Élite (Ciencias sociales) – México – Historia – Siglo xx. I. t.

Primera edición, 2015

DR © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-710-7

Impreso en México

ÍNDICE

Agradecimientos 9

Introducción 11

I. Estabilidad política y presidencialismo 19
Caciques y hombres fuertes 23
La nueva generación de hombres fuertes 28
El surgimiento de los hombres fuertes 30
Las bases del nuevo poder regional 34

II. La élite política en disputa 53
La élite elegida 54
El control institucional 61
La oposición política y electoral de 1940 a 1952 69
Los cambios institucionales 74

III. La sucesión y los hombres fuertes 83
Los servicios al poder 85
La antesala del poder 94
La disputa por la Presidencia 104
La estrategia presidencial 116

IV. El control de los poderes tradicionales 127
La caída de los últimos hombres fuertes 129
La sobrevivencia del tradicionalismo 143
Familias y caciques 144
Los grupos cerrados 150

V. Los grupos y la disputa ideológica en la élite priista 159

Fuentes documentales y bibliografía 185

AGRADECIMIENTOS

Varios aspectos de este estudio estuvieron presentes en algunos trabajos previos pero siempre fueron secundarios a los centrales. Les debo a Paul Gillingham y Ben Smith la oportunidad de concentrarme en el tema porque en 2009 me invitaron a participar en un seminario sobre los años cincuenta, con un ensayo sobre la política de aquella época, que fue el primer acercamiento serio a la sucesión de 1958 y me dio la oportunidad de empezar a reflexionar en él para convertirlo en la investigación actual. Mención aparte merecen los comentarios que Ariel Rodríguez Kuri hizo al primer borrador del trabajo, los cuales fueron esenciales para darle claridad al análisis. Luis Medina, que bien conoce la historia política de México, hizo observaciones importantes que desde luego he incorporado. A Francisco Alejandro González Franco le debo información que fue encontrando mientras consultaba archivos y bibliotecas para preparar su tesis doctoral sobre Ezequiel Padilla, pero sobre todo le agradezco haberme permitido consultar una parte del archivo particular de su abuelo, Carlos Franco Sodi. Marcela Mijares Lara fue muy gentil al proporcionarme una copia de la guía del archivo de Heriberto Jara que ha empleado en su investigación doctoral sobre Lázaro Cárdenas.

En la preparación de este estudio lamentablemente ya no pude contar con presencias y ayudas que en otros proyectos fueron importantes para concluirlos. Su recuerdo, con todo, siempre ha estado conmigo.

INTRODUCCIÓN

Uno de los hechos más recordados por los estudiosos del sistema político mexicano es la sucesión presidencial de 1958, no tanto por quien fuera el candidato ni por las circunstancias políticas del momento, sino por el procedimiento que el entonces presidente Adolfo Ruiz Cortines empleó para controlar el proceso. Ese procedimiento, popularizado entonces por los cartones de Abel Quezada como el del "tapado", se convirtió en una práctica distintiva del presidencialismo mexicano que se recordaba, más allá de lo anecdótico, como prueba del dominio presidencial y de la homogeneidad de la élite priista. Además de esa importante consecuencia, el mecanismo se consideró como una prueba más del proceso de centralización política que, para los analistas de los años sesenta y setenta, fue acelerado y consistente desde el final de la Revolución y, en especial, después de los años treinta. Por todo ello, el recurso fue interpretado como una estrategia hábil e inteligente de Ruiz Cortines para ocultar a quien también ha sido visto como su aspirante preferido.

Como ha ocurrido con otros aspectos de la política mexicana, el procedimiento ha sido sobrevalorado como práctica del sistema político y del presidencialismo, y ha convertido a Ruiz Cortines en un mandatario con cualidades políticas extraordinarias. Y también como ha sucedido con otros asuntos, las evidencias de tales virtudes no se han mostrado. Como la práctica se preservó durante treinta años, no pareció necesario averiguar bajo qué condiciones y por qué el entonces presidente puso en marcha ese complicado (y en más de un momento, perverso) procedimiento. Más aún, implícitamente se supuso que la práctica no sólo se convirtió en propia del priismo sino que se reprodujo casi en las mismas circunstancias.

Una primera explicación, intuitiva en esencia, es que las tres sucesiones presidenciales previas fueron disputadas por algún político disidente y al menos en dos de ellas, los adversarios pusieron en

serios aprietos a los candidatos oficiales. De acuerdo con la interpretación, Ruiz Cortines habría ocultado sus preferencias para proteger a su candidato y sobre todo para evitar una nueva disidencia. Planteado en estos términos, el procedimiento habría sido un recurso más en el proceso de centralización política y fortalecimiento del presidencialismo.

El evento de 1958 es una extraordinaria coyuntura histórica cuyo análisis permite revisar muchos de estos supuestos, porque lo relevante no radica en la hipotética habilidad de Ruiz Cortines, sino en las razones por las cuales recurrió a un complicado y riesgoso recurso para ocultar su decisión. Al revisar las circunstancias no sólo puede discutirse el procedimiento sino poner en duda la fortaleza del presidencialismo, primero, para subordinar efectivamente a la élite política y, segundo, para sobreponerse a los poderes regionales. En realidad, la sucesión de 1958 muestra más signos de debilidad institucional que de fortaleza, pues la principal amenaza que Ruiz Cortines, y por extensión el sistema político, enfrentó entonces no era una disidencia más que, en menor o mayor medida, disputara el dominio priista, sino la real posibilidad de que políticos tradicionales, más cercanos al caciquismo, se apoderaran de la Presidencia de la República y trastocaran así el rumbo institucional del sistema político. No se trataba de que un disidente formara una organización de apoyo y mostrara sus diferencias con el priismo, se trataba de líderes con significativo poder local y nacional que habían colaborado en la construcción del sistema y, por ende, estaban convencidos de su utilidad y propósitos, pero que habían mantenido como principios básicos la violencia y la arbitrariedad.

La principal amenaza a la autoridad de Ruiz Cortines provino de una segunda generación de líderes tradicionales, herederos todos ellos del poder, influencia y prácticas de aquellos caciques posrevolucionarios que se apropiaron de territorios, de recursos y de la política en los estados. Ese tipo de caciques, que dominara la vida política del país desde el final de la etapa armada de la Revolución, estaba siendo eliminado lentamente hasta el gobierno del general Lázaro Cárdenas, cuando puso fin a la rebelión del general Saturnino Cedillo. Este suceso ha sido considerado habitualmente como el aseguramiento del poder presidencial y como la eliminación de los cacicazgos o poderes tradicionales. La historia es mucho más com-

pleja porque no sólo fueron sustituidos por otros líderes similares, sino que su fortalecimiento contó siempre con el respaldo del gobierno federal.

A esa nueva generación de caciques u hombres fuertes pertenecieron Gonzalo N. Santos, Leobardo Reynoso y, especialmente, Gilberto Flores Muñoz. Hasta antes de los años treinta ninguno de ellos tenía relevancia política debido a que sobrevivían bajo el amparo de los caciques tradicionales. Pero en la coyuntura del cardenismo, cuando los viejos líderes se convirtieron en una amenaza para el poder central, fueron amparados por el Ejecutivo con la intención de terminar con los viejos poderes, apropiárselos y servir al nuevo orden político. Formados bajo el principio del control político territorial, reconstruyeron lealtades locales para afianzar su influencia, tanto en los estados como en la política nacional. Su poder fue deliberadamente tolerado por el gobierno federal porque, contra las interpretaciones frecuentes, éste no tenía la capacidad para imponer su autoridad en todas las regiones del país. El gobierno de Cárdenas es reconocido, además de por su obra social, por su firme voluntad de imponer el respeto a las instituciones para recuperar la autoridad presidencial, para lo cual no sólo puso fin al poder de Calles sino que terminó sin miramientos con cualquier amenaza de los caciques tradicionales. Se ha supuesto, sin embargo, que con esas acciones aquellas prácticas y formas de dominación fueron eliminadas por completo. Nada más falso.

Cárdenas fue capaz de acabar con los caciques posrevolucionarios pero con el apoyo de líderes locales que construyeron formas de control político muy cercanas en sus prácticas a las tradicionales. A esa época corresponde la aparición de los llamados cacicazgos de Santos en San Luis Potosí, Reynoso en Zacatecas, Flores Muñoz en Nayarit, Rojo Gómez en Hidalgo y Maximino Ávila Camacho en Puebla, para mencionar sólo a los más destacados. Todos ellos ayudaron a Cárdenas a eliminar a los viejos caciques a cambio de su lealtad al sistema. En correspondencia, Cárdenas y los siguientes mandatarios les permitieron controlar estados y regiones completas, incluso con una violencia y arbitrariedad semejantes a las de sus antecesores. Pero estos líderes no eran, en estricto apego a la definición conceptual, caciques, no al menos como lo fueron aquellos ejemplificados por Saturnino Cedillo.

Arbitrarios sin duda lo fueron, pero todos tuvieron como principal característica que ejercieron su poder mediante las instituciones modernas que el sistema fue creando y que paulatinamente fueron fortaleciendo al gobierno federal. Eran políticos con poder indiscutible, pero lo desarrollaban mediante sindicatos, gubernaturas, diputaciones locales, presidencias municipales. Debido a su destacada influencia en los estados, y en más de una ocasión en regiones extensas, estos líderes prestaron importantes servicios políticos al sistema, no sólo controlando disidencias y conflictos locales sino manejando instituciones nacionales, como las cámaras del Congreso, y enfrentando a opositores en los comicios federales. Su estrecha relación con las instituciones hizo de estos líderes figuras con características tan complejas que hace imposible, a riesgo de forzar las interpretaciones o hacerlas valorativas, calificarlos como caciques.

A lo largo de este trabajo se emplea el término de hombres fuertes para darles cuerpo y ubicación a estos personajes. No se pretende construir un concepto alternativo al caciquismo, sino simplemente crear una tipología que permita distinguir liderazgos que, sin renunciar a la violencia y la arbitrariedad, fueron capaces de adaptarse a la modernización política del país y, gracias a ello, ser funcionales al propio sistema. Tras este intento de tipología se encuentran los conceptos de modernización y tradicionalismo que en este trabajo son empleados con frecuencia. Sin ánimo alguno de desarrollar una discusión que ha ocupado siempre a la teoría política y sociológica, se entiende por modernidad a las sociedades producto del capitalismo contemporáneo y que se caracterizan por normas, leyes e instituciones que condicionan y guían el comportamiento de los gobiernos y de los ciudadanos. Esa orientación institucional limita la arbitrariedad y el personalismo de actores y autoridades formales. Desde luego que, como lo han señalado los autores clásicos, el concepto de modernidad puede ser relativo, pero de lo que no hay duda, al menos no en política, es que se demuestra por la certidumbre institucional.[1]

[1] La bibliografía es abundante y alguna imprescindible: Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1968; David E. Apter, *The Politics of Modernization*, Chicago, University of Chicago, 1967, y S. N. Eisenstadt, *Tradition, Change and Modernity*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1973.

Lo importante para este estudio, es que personajes con orígenes y conductas arbitrarias y personalistas, sin más criterio que su decisión y que dominaron durante todo el periodo de formación del régimen posrevolucionario, desaparecieron en general, pero algunos sobrevivieron precisamente por adecuarse a las instituciones modernas. Tan compleja es la actuación de estos líderes que no todos tuvieron la misma suerte política. A pesar de que todos controlaron instituciones y todos intentaron mostrarse como jefes de gobierno con habilidades administrativas, no todos pudieron destacarse en este campo. El único que alcanzó esa posibilidad, materializada en su incorporación como secretario de Estado, es decir, como miembro de un gabinete presidencial y por lo tanto de la élite dirigente del país, fue Gilberto Flores Muñoz. Su experiencia política y conocimiento administrativo le permitieron no sólo mantener el dominio de su estado sino convertirse en el principal aspirante a la Presidencia desde un cargo marginal a la política, esencialmente técnico y operativo, como la Secretaría de Agricultura y Ganadería.

Debido a su influencia, construida a lo largo de dos décadas al menos, pero también a la debilidad del presidente Adolfo Ruiz Cortines, estos personajes se convirtieron en indispensables y consiguieron un poder incomparable al de otros líderes tradicionales. Ambas condiciones, en las que se mezclaron también los compromisos y relaciones personales del presidente con ellos, alimentaron las oportunidades para que Santos, Reynoso y Flores Muñoz buscaran la Presidencia con las candidaturas de Ignacio Morones Prieto, secretario de Salubridad, y del mismo Flores Muñoz. Lo que hizo peligrosos a estos hombres fuertes no fue tanto su poder personal como su inteligente decisión de observar las reglas institucionales de competencia. Todos habían enfrentado las disidencias previas por respeto a la autoridad presidencial para seleccionar al candidato, de tal manera que en 1958 centraron sus actividades en presionar al presidente para que su decisión los favoreciera. No cometieron el error de marginarse de la élite política ni menos aún construir una disidencia electoral que, como había sucedido en las tres sucesiones previas, desafiara al régimen. No lo hicieron porque conocían bien la respuesta oficial, en la que ellos habían participado activamente, pero también porque habían colaborado en el fortaleci-

miento de la autoridad presidencial y reconocían la importancia de la disciplina política, condición básica de esa autoridad, en especial cuando se trataba de elegir al sucesor.

La influencia de estos hombres fuertes era tan grande que el presidente se vio forzado a ensayar un arriesgado procedimiento para controlar y confundir a los grupos. Ruiz Cortines no recurrió al tortuoso mecanismo de alentar esperanzas, hacer recomendaciones y encaminar simpatizantes por habilidad sino por necesidad. Aunque la sucesión sería visible en 1957, muchos años antes ya estaba en marcha la formación de grupos de simpatizantes. Porque los hombres fuertes eran cercanos a las instituciones, decidieron observar las reglas e hicieron intensas campañas para forzar la decisión. Sin capacidad para eliminar a los hombres fuertes, Ruiz Cortines se vio obligado a reconocer a los grupos y como único recurso se inclinó por alentar sus esperanzas para debilitarlos. Solamente una gran imaginación puede encontrar en esta coyuntura verdadera autoridad y poder presidenciales. Tan fuerte era la influencia de los grupos que el mismo Adolfo López Mateos, el político que al final alcanzaría la candidatura, formaba parte del grupo de seguidores del más destacado aspirante, Flores Muñoz.

No es casualidad ni resultado de simples conflictos locales que los llamados cacicazgos de Santos y Reynoso terminaran entre 1959 y 1960. Desde luego que estuvieron presentes las protestas sociales y que la violencia de los mandatarios fue decisiva, pero la voluntad presidencial de eliminarlos de la política fue resultado de la amenaza que representaron en 1958. Lo más relevante de esta estrategia presidencial contra los hombres fuertes fue que ni López Mateos ni sus sucesores en la Presidencia terminaron con todos. Por el contrario, López Mateos siguió fielmente el principio de que los poderes locales eran indispensables para la estabilidad política nacional y que sólo serían eliminados aquellos que pusieran en riesgo la estabilidad o se convirtieran en una amenaza al poder presidencial. Santos y Reynoso verían caer sus dominios, pero otros, como las familias y grupos en Puebla e Hidalgo, continuarían gobernando y, destacadamente, Flores Muñoz, a quien López Mateos le permitiría mantener casi intacto su poder en Nayarit.

La coyuntura de 1958 confirma que en esa época no había ni presidencialismo omnipotente ni poderosas instituciones federa-

les. Por el contrario, prueba que los poderes tradicionales existían y eran sólidos, y además indispensables para el sistema político. Pero si, por un lado, muestra que eran necesarios al sistema por su función de estabilidad e intermediación local, también prueba que lograron ser indispensables porque supieron adaptarse al avance institucional del sistema. A diferencia de los caciques tradicionales que enfrentaron la modernidad y se volvieron incompatibles con ella, los hombres fuertes fueron experimentados políticos que encontraron en las instituciones modernas recursos útiles para su sobrevivencia.

El procedimiento de Ruiz Cortines en 1958 será desde entonces empleado por los presidentes para decidir a sus sucesores, sin embargo, no será igual. Ruiz Cortines lo empleó para proteger su decisión de los líderes tradicionales, pero una vez sometidos no por él, sino por López Mateos, el recurso servirá simplemente para preservar la decisión en manos del mandatario. Será un sinónimo de reconocimiento de su facultad para elegir a quien, en las circunstancias del momento, considerara necesario. Ninguno de los sucesores será tan tortuoso como Ruiz Cortines para alentar deliberada y conscientemente las aspiraciones de los secretarios, para enfrentarlos y debilitarlos. Los presidentes siguientes se reservarán el nombre del elegido, pero no alimentarán competencias. No sólo habrá desparecido para entonces la influencia nacional de los hombres fuertes, sino que la élite priista reconocerá sin dudas la autoridad y el liderazgo presidenciales. Un avance más de la institucionalización presidencial, pero tardío.

Este estudio reconstruye el episodio pero también lo contextualiza con el proceso de formación del sistema y, en especial, con la lenta imposición de la autoridad presidencial sobre los poderes locales y la élite política. Al analizar ambos aspectos, se muestra la aparición y fortalecimiento de los hombres fuertes, en particular, de las complejas relaciones que mantuvieron con el poder federal. Se analiza en cada apartado cómo construyeron sus poderes en los estados y regiones pero también cómo sirvieron fielmente a los objetivos presidenciales de fortalecer las instituciones. Y en esa tarea se destaca su contribución para controlar y someter las disidencias políticas, sobre todo las que aparecieron en los años cuarenta y cincuenta, motivadas por las sucesiones presidenciales. La exposición

no sólo permite analizar aspectos y situaciones históricas específicas, sino mostrar cómo estos líderes políticos fueron desarrollando sus habilidades personales y fortaleciendo su poder, hasta hacerse indispensables al sistema. Su caracterización como hombres fuertes quizá sea más clara al observarlos en cada circunstancia. Su actuación es la mejor manera de mostrar sus diferencias con el caciquismo tradicional, pero también porque al ser capaces de adaptarse a los cambios pudieron convivir con un sistema político moderno.

El estudio no solamente cuestiona la tradicional interpretación que ve en los años posteriores a la Revolución un continuo proceso de fortalecimiento de las instituciones y del poder federal, sino que también considera a los poderes tradicionales como poderes reales que fueron funcionales al sistema político, incluso en sus etapas más modernas, y no como resabios de un pasado en extinción. Precisamente porque las instituciones federales no fueron tan fuertes y poderosas, es que los poderes y líderes tradicionales, asentados en estados y regiones completas, fueron tan funcionales y útiles al sistema político.

I
ESTABILIDAD POLÍTICA Y PRESIDENCIALISMO

Dos ideas han dominado las explicaciones sobre la formación del sistema político posrevolucionario en México. La primera es que logró con relativa rapidez la estabilidad política, que a corto plazo sería determinante en el desarrollo económico, y que su éxito fue posible gracias a la formación de un poder central capaz de imponer su autoridad tanto a las entidades y poderes locales como a las instituciones políticas nacionales. La explicación, que encuentra su origen en la propuesta clásica de Huntington acerca de la concentración de poder en las sociedades modernas,[1] fue muy fértil en el caso mexicano porque la Revolución no sólo desintegró el poder central del régimen porfirista, sino que creó una multiplicidad de liderazgos, grupos y poderes, locales y regionales que impidieron por décadas la formación de un nuevo régimen político. Como escribiera Huntington y fuera seguido por los analistas de la política nacional, después de destruido un sistema y dispersado el poder en diversos grupos, se requiere un proceso de reconstrucción e integración nacional, del cual depende tanto la estabilidad como el posible desarrollo del país. Como también advirtiera ese autor, de la rapidez y el éxito de tal empresa dependerá la capacidad del nuevo régimen para lograr la modernización política.

Existe clara coincidencia entre los analistas en que a partir del asesinato de Madero la autoridad central era inexistente y descansaba en los caudillos revolucionarios, quienes luchaban entre sí por el poder y proponían toda clase de acciones políticas. No hay autor que no reconozca que la fuerza de caudillos y poderes locales era una demostración de la debilidad del gobierno central.[2] Tam-

[1] Samuel P. Huntington, *op. cit.*

[2] Romana Falcón, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984; Alicia Hernández, *La mecánica cardenista*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 16, México, El Colegio de México, 1979; Luis González, *Los días del presidente Cárdenas*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 15, México, El Colegio de México, 1981.

poco existen dudas de que la centralización del poder se realizó destruyendo o sometiendo esos múltiples liderazgos. Durante las primeras tres décadas del siglo pasado la política se definió como una constante batalla del poder central contra caudillos y caciques locales. Y de aquí surge una nueva coincidencia en el análisis político que consiste en fechar el éxito de la centralización en el gobierno cardenista, al terminar no sólo con el poder personal de Calles sino con el largo recuento de levantamientos, rebeliones y disputas encabezadas por caudillos y caciques revolucionarios, final ejemplificado con la frustrada asonada de Saturnino Cedillo. Es Cárdenas quien logra, en esta perspectiva, centralizar el poder en el gobierno federal, imponer la autoridad presidencial y hacer funcionar las instituciones creadas durante la década anterior. Sin duda, el mayor logro de esta concentración es terminar con los poderes locales. Tan arraigada está la explicación en la historiografía mexicana, que la comparten autores tan disímbolos como Arnaldo Córdova, Roger Hansen, Daniel Cosío Villegas, Luis González, Pablo González Casanova, Alicia Hernández, por mencionar solamente a algunos.[3]

Para Córdova, por ejemplo, el fortalecimiento del gobierno federal se originó en los poderes constitucionales extraordinarios que se otorgaron al Ejecutivo en 1917 y que "sometieron" al Legislativo pero que lograron ponerse en práctica sólo al destruirse el caudillismo en los años treinta.[4] Cosío Villegas afirma, al igual que Hansen, que el factor determinante para someter a los caudillos y caciques, además de los enfrentamientos armados, fue la construcción del Partido Nacional Revolucionario (PNR) y su primera adaptación con Cárdenas, a tal grado que, dice Cosío Villegas, "la disciplina... llega a un grado de perfección increíble", y completa Hansen, la estabilidad ha sido tan institucionalizada que partir de 1940 y hasta 1970 (cuando escribe su libro), el sistema no sufrió ninguna presión política o crisis importante.[5] Si bien Hernández y González recono-

[3] Arnaldo Córdova, *La formación del poder político en México*, México, Era, 1972; Roger D. Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI, 1980; Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1972; Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Era, 1975; Alicia Hernández, *op. cit.*

[4] Arnaldo Córdova, *La formación...*, p. 19.

[5] Daniel Cosío Villegas, *El sistema...*, p. 17; Roger D. Hansen, *op. cit.*, p. 48.

cen que el proceso contra los poderes locales tuvo varios antecedentes durante los años de Obregón y Calles, es Cárdenas quien termina por imponer el poder presidencial. Además de expulsar a Calles, sustituir a diputados, senadores y gobernadores hostiles, termina con los "restos" del caciquismo.[6] Presidencialismo indiscutible y desaparición de poderes locales se convierten en factores esenciales del sistema a partir de los años treinta. La estabilidad se logra con ese presidencialismo, autoridad federal centralizada y no hay poder local o regional que lo amenace. La idea, construida por Córdova en su libro más influyente, de que a partir de la Revolución se crea un Leviatán mexicano con el poder indiscutible del Estado, se basa no sólo en el predominio del Ejecutivo sino en su capacidad para imponerse a los poderes locales, a caciques y líderes de estados y regiones.[7]

La conclusión más importante es que partir de la cuarta década del siglo pasado, el poder de los caciques desaparece o se limita a territorios localizados, sin influencia política nacional y menos aún sin utilidad alguna en la política nacional y el poder central. Desde entonces, si bien se reconoce la existencia de algún cacique, se le considera una supervivencia tradicionalista y como tal, marginal y condenada a desaparecer. La historia es más compleja y admite otras interpretaciones.

No hay ninguna duda de que el poder central se construyó paulatinamente en contra de poderes locales durante las primeras tres décadas del siglo pasado, ni tampoco de que la afirmación de las instituciones con Cárdenas hizo posible la estabilidad política posterior. Tampoco hay dudas de que los caudillos y caciques revolucionarios desaparecieron hacia fines de los años treinta. Pero ninguno de esos procesos eliminó realmente los poderes locales ni impidió la formación de una nueva generación de hombres fuertes. Por el contrario, en su afán por destruir a los caciques tradicionales, el poder central alentó la formación de otros hombres fuertes que le brindaron apoyo y le sirvieron para exterminar a aquéllos. En rigor, la nueva generación de líderes locales fue fundamental para el poder central y en ella se apoyó para controlar la política en los estados.

[6] Luis González, *op. cit.*, p. 84, Alicia Hernández, *op. cit.*, pp. 111-112.

[7] Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Era, 1973, p. 236.

El gobierno central nunca fue tan poderoso que pudiera por sí mismo imponerse en todo el país. Si bien construyó instituciones administrativas, financieras, militares, jurídicas y políticas que despojaron de poder y recursos a los grupos y gobiernos locales, sólo fue posible hacerlo funcionar gracias a la voluntad y el poder de los hombres fuertes que, a diferencia de sus predecesores, descansaron más en las instituciones políticas, las organizaciones sociales y los puestos públicos para garantizar la estabilidad local, que en la violencia y las armas.

En los años treinta desapareció un tipo de caciquismo, el más violento y tradicionalista, resultado de la Revolución, pero fue sustituido por una versión más compatible con las instituciones y la política moderna. No fue, en forma alguna, un resabio del tradicionalismo ni estuvo constreñido a zonas o comunidades pequeñas. Esos nuevos liderazgos asentaron su poder en las regiones pero mantuvieron influencia fundamental en la política nacional. Fueron funcionales al nuevo régimen al que sirvieron no sólo garantizando la estabilidad política local, sino construyendo la integración del país. Fueron parte de ese nuevo régimen y brindaron apoyos directos al gobierno federal en momentos clave de la historia posterior a los treinta. Como se verá adelante, contra la visión optimista de Cosío Villegas y Hansen, que encuentran estabilidad institucionalizada y ausencia de amenazas a partir de los cuarenta, el sistema mexicano experimentó conflictos y disputas que cuestionaron la capacidad del poder central para imponer su voluntad en el aspecto más relevante del régimen: el control de la élite gobernante, de los grupos internos, muchos de ellos locales o regionales, para manejar la sucesión presidencial.

En cada episodio crítico, los hombres fuertes estuvieron presentes y fueron piezas centrales para restablecer la estabilidad. En cada sucesión presidencial contribuyeron a sostener al candidato seleccionado, en contra de una oposición que no fue independiente de la élite gobernante, sino parte integral. Su poder fue creciendo y llegó a ser una real amenaza al poder central en los años cincuenta, particularmente en la sucesión de Adolfo Ruiz Cortines, que recayó en Adolfo López Mateos. Ni disciplina garantizada, como afirmó Cosío Villegas, ni estabilidad institucionalizada, como propuso Hansen.

Caciques y hombres fuertes

Las nociones de caudillismo y caciquismo son ampliamente aceptadas por la historiografía política y, sobre todo, por la antropología, en la que es central para analizar las comunidades y sus prácticas. Sin embargo, también son términos cuya definición no es tan clara que elimine ambigüedades y generalizaciones que, al final, las reducen a un carácter más descriptivo que analítico. La definición clásica, en torno de la cual se añaden o delimitan detalles, es la elaborada por Paul Friedrich en 1957 y retomada más tarde por Eric Wolf y Edward Hansen, que considera el caciquismo un poder fuerte, individualista, que se ejerce sobre un territorio delimitado, geográfica, cultural, económica y socialmente, en el que no existe ningún sistema normativo y menos de gobierno. El poder lo ejerce un líder fuerte y autocrático de manera informal, arbitraria y a menudo violentamente, y que se sostiene con una red de familiares, pistoleros y seguidores. Su apoyo proviene tanto de la violencia o la amenaza de ejercerla como del reparto de beneficios a seguidores y a la comunidad misma.[8] Como lo advirtiera el mismo Friedrich en su momento, y lo reafirmaran otros especialistas, los términos son aplicables lo mismo a un jefe militar que a un gobernante cualquiera o incluso a un salteador de caminos, debido a que lo característico es el liderazgo individualista, fuera de cualquier norma y mediante la violencia.[9] Más aún, la única diferencia entre el caudillo y el cacique es el dominio territorial, pues el caudillo lo ejerce en un espacio mayor y por encima de caciques locales.[10]

[8] Paul Friedrich, "A Mexican Cacicazgo", *Ethnology*, núm. 2, abril de 1965, pp. 190-192. Este ensayo es una breve versión de su tesis doctoral presentada en 1957 y que fue publicada en 1977 como *Agrarian Revolt in a Mexican Village*, Chicago, Chicago University Press, Una elaboración más detallada se encuentra en "The Legitimacy of a Cacique", en Steffan W. Schmidt *et al.*, *Friends, Followers, and Factions: A Reader in Political Clientelism*, Berkeley, University of California Press, 1977, p. 226; Eric R. Wolf y Edward C. Hansen, "Caudillo Politics: A Structural Analysis", *Comparative Studies in Society and History*, núm. 2, enero de 1967, p. 169.

[9] Paul Friedrich, "The Legitimacy…", p. 266.

[10] Paul Friedrich, "The Legitimacy…"; Alan Knight, "Caudillos y campesinos en el México revolucionario, 1910-1917", y Gilbert Joseph, "El caciquismo y la Revolución: Carrillo Puerto en Yucatán", ambos en David A. Brading (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1985.

Planteado de esta manera, el cacique (o el caudillo) sólo practica un tipo de liderazgo tradicional. Sin embargo, el mismo Friedrich y en especial Wolf introdujeron una característica que no sólo apunta a la función de caciquismo sino que explica su supervivencia y, acaso, su desaparición. Ambos autores señalan que el cacique existe, más allá de sus formas de dominación, porque se desempeña como intermediario entre la comunidad y las autoridades nacionales.[11] Wolf añade que esto es posible debido a que las comunidades carecen de medios para mejorar sus condiciones económicas y sociales porque no tienen acceso directo a las autoridades ni a los organismos responsables de proporcionar los recursos. El cacique, como lo analizaría muchos años después Cornelius al estudiar una zona urbana marginal de la Ciudad de México, controla y de hecho monopoliza el acceso a los recursos políticos y económicos, de tal manera que no sólo se vuelve indispensable para la comunidad sino que de tal función deriva su poder.[12]

La intermediación se hace posible debido al atraso de la comunidad, tanto en términos económicos y sociales como geográficos, lo que explica su aparición y supervivencia en zonas rurales, no obstante, una variable determinante es el acceso a los recursos de todo tipo (alimentación, servicios públicos, atención social, financiamiento) que dependen del grado de comunicación, modernización e institucionalización de las relaciones de la comunidad con el gobierno nacional. En un grupo o comunidad cerrada, lejana o cuyos contactos sean escasos, se facilita que un líder aparezca y establezca las relaciones de intermediación. Desde luego, el cacique surgirá, además de por contar con habilidades claras, por su capacidad de organización, control y movilización de masas, porque pertenece a la misma comunidad, y comparte con sus miembros cultura, valores, tradiciones e incluso lengua. Debido a que controla el acceso a los recursos, es que puede obtenerlos de las autoridades y asignarlos en la comunidad e incluso repartir discrecionalmente beneficios particulares.

[11] Paul Friedrich, "The Legitimacy of a Cacique", en Steffan W. Schmidt *et al.*, *Friends, Followers, and Factions: A Reader in Political Clientelism*, Berkeley, University of California Press, 1977, p. 266-267, y Eric R. Wolf, "Aspects of Group Relations in a Complex Society: Mexico", *American Anthropologist*, núm. 6, diciembre de 1956, pp. 1075-1076.

[12] Wayne A. Cornelius, *Los inmigrantes pobres en la Ciudad de México y la política*, México, FCE, 1980, pp. 160-163.

Su clientelismo (o patronazgo, para emplear un término apreciado por la antropología) se origina en que el cacique es el único que puede conseguirlos. Por eso la violencia no necesariamente se emplea, porque puede construirse un alto grado de aceptación o legitimidad por su carácter de gestor y dador de bienes.

Lo relevante del caciquismo no es, por lo tanto, la manera como ejerce el poder sino la función social y política que desarrolla. Y la función no es únicamente interna, dirigida a la comunidad, sino también al sistema político nacional pues a cambio de gestionar beneficios, el cacique proporciona control, estabilidad y apoyo político al gobierno. La función deja de ser exclusivamente interna para convertirse en una pieza útil y, dependiendo de la extensión de su dominio, vital para el sistema en su conjunto. Su esencia determina también su perdurabilidad pues a medida que el acceso a los recursos se amplía, gracias a una modernización creciente (en lo administrativo y político, pero también en la comunicación geográfica), la intermediación desaparece y el poder del cacique se extingue. En otras palabras, el caciquismo no es eterno ni indispensable para los sistemas modernos. Su existencia depende del grado de la institucionalización, política pero también económica, jurídica y de comunicación material.[13]

Aun cuando su existencia puede ser temporal, el hecho de que sobrevivan cacicazgos variados, tanto en zonas rurales como urbanas, e incluso en organizaciones típicamente modernas, como los sindicatos, ha llevado a algunos analistas a sobrestimar las formas del ejercicio del poder y no su función social. Autores como Gledhill y Knight, para citar a dos reconocidos investigadores, se rehúsan a aceptar la que consideran definición limitada de Friedrich, Wolf y Hansen, porque a su juicio no puede explicar cacicazgos modernos que, para ellos, lo mismo operan en el pillaje, el narcotráfico o la misma política nacional, lo que los lleva a clasificarlos como caciques locales, estatales y nacionales.[14]

[13] Wil Pansters, "Goodbye to the Caciques? Definition, the State and the Dynamics of Caciquismo in Twentieth-century Mexico", y Rogelio Hernández Rodríguez, "Challenging Caciquismo: An Analysis of Leadership of Carlos Hank González", ambos en Alan Knight y Wil Pansters (eds.), *Caciquismo in Twentieth-century Mexico*, Londres, Institute for the Study of the Americas, University of London, 2005.

[14] John Gledhill, "Neoliberalism and Ungovernability: Caciquismo, Militarization and Popular Mobilization in Zedillo's Mexico", *Relaciones*, núm. 96, otoño de 2003, y

Si se destacan las funciones política y social del cacicazgo, así como las condiciones que lo auspician, puede entenderse el surgimiento de los caciques y caudillos revolucionarios y su extinción o exterminio hacia los años treinta. No sólo se trataba de una grave dispersión de poder sino de la debilidad del gobierno federal para crear y lograr el reconocimiento de las instituciones nacionales. Pero también, como lo han advertido Pansters y Rubin, de la profunda diferenciación geográfica, económica, social y cultural de las regiones del país.[15] Sin recursos institucionales suficientes y sin la necesaria concentración del poder, el gobierno federal tuvo que reconocer y aceptar a caciques y caudillos con real poder y autoridad en los estados. Además de los recursos particulares y aun de los estatales, los caudillos lograron imponerse por la necesidad de establecer algún control en sus localidades y colaborar en la integración nacional.

No hay un solo caso de cacique reconocido por su poder político y dominio territorial, en cuya aparición no haya estado presente la necesidad de controlar la región y la evidente ausencia de poder federal para lograrlo por sí mismo. El cacique surge de la zona misma y monopoliza el acceso total de los recursos, en especial los económicos y sociales, que permitirían el mejoramiento de las condiciones de vida de la población. Todos los estudios disponibles revelan que los caciques aprovecharon la falta de normas, instituciones y, sobre todo, las necesidades de la población. De la necesidad surgiría la función que deberían desempeñar. Pero también es claro que a medida que la modernización económica y política se extendió en el país, los caciques fueron perdiendo bases y recursos de apoyo.[16]

Alan Knight, "Caciquismo in Twentieth-century Mexico", en Alan Knight y Wil Pansters (eds.), *Caciquismo...* Para Knight, por ejemplo, el presidente de la República es el "cacique mayor", p. 9.

[15] Wil Pansters, "Goodbye to..."; Jeffrey W. Rubin, "Decentering the Regime: Culture and Regional Politics in Mexico", *Latin America Research Review*, vol. 31, núm. 3, 1996.

[16] Jeffrey W. Rubin, *Decentering the Regime: Ethnicity, Radicalism and Democracy in Juchitán, Mexico*, Durham, Duke University Press, 1997; Frans J. Schryer, *Una burguesía campesina en la Revolución Mexicana. Los rancheros de Pisaflores*, México, Era, 1980; Paul Friedrich, *Agrarian Revolt...*; Jurgen Buchenaw y William H. Beezley (eds.), *State Governors in the Mexican Revolution, 1910-1952, Portraits in Conflict, Courage, and Corruption*,

Si bien el caciquismo existía antes de la Revolución, el proceso de ésta reorganizó su control y, sobre todo, permitió el surgimiento de los caudillos, dueños de territorios amplios, milicias y poco a poco del control de las endebles instituciones estatales. Como lo ha señalado Alicia Hernández, la convulsión social hizo de los jefes militares líderes políticos de sus entidades gracias al desmantelamiento de la autoridad porfirista. Los líderes nacionales, cuyos orígenes fueron similares, les reconocieron su poder y capacidad de control local así como su influencia para construir apoyos políticos.[17] Con todo, fue en los años de Obregón y Calles cuando se puso en marcha el proceso de institucionalización y, con él, el fortalecimiento del Estado. La reglamentación federal del reparto agrario y las leyes laborales, el diseño de instituciones financieras y, desde luego, la profesionalización del ejército y la formación del PNR, fueron medidas que al tiempo que daban certidumbre jurídica, despojaban de recursos particulares a los caudillos. Por supuesto, el proceso también incluyó el enfrentamiento armado con las rebeliones de la época. Como ha sido ampliamente documentado, hacia los años treinta los principales caudillos estaban agrupados en torno al PNR y Calles, y con excepción de Cedillo, ninguno representaba una amenaza real al poder federal.

Es sin duda Cárdenas quien termina la tarea de exterminio de la generación más arbitraria y violenta de caudillos y caciques revolucionarios. Cedillo es el principal exponente por encabezar la última rebelión armada, pero los recursos políticos serían los que terminarían con otros, como Adalberto Tejeda, Francisco J. Múgica, Tomás Garrido Canabal y, destacadamente, Calles. No obstante, no sería todavía la autoridad federal la que ocupara el espacio abandonado por esos caciques. En menor o mayor medida, aparecería un nuevo tipo de liderazgo que, al margen del grado de violencia empleada, también dominaría estados y regiones, y lo más relevante sería que en todos los casos el gobierno federal concedería su apoyo y reconocimiento. Si bien algunos hombres fuertes aparecieron antes del cardenismo, los más destacados, por el poder político que

Lanham, Rowman and Littlefield, 2009; y Alan Knight y Wil Pansters (eds.), *Caciquismo...*

[17] Alicia Hernández, *op. cit.*, p. 77.

alcanzaron y por su duración, surgirían precisamente durante el cardenismo como medio para enfrentar a los tradicionales y a cambio de apoyo directo a la autoridad federal.

La nueva generación de hombres fuertes

Aunque la obra institucional de Cárdenas fue central en el fortalecimiento del Estado, las tensiones y conflictos que enfrentó no le permitieron reunir la suficiente capacidad para integrar las regiones. A pesar de la arbitrariedad que los caracterizó, los caciques/caudillos revolucionarios fueron líderes políticos e intermediarios eficaces durante las primeras décadas del siglo y proporcionaron la estabilidad política que se necesitaba en ese momento. De ahí que su desaparición en los años treinta significara un profundo reordenamiento de los equilibrios estatales y regionales que el Estado no fue capaz de controlar del todo. Los caudillos de aquella época dominaron entidades y regiones completas, sobre la base de acuerdos o mediante el sometimiento de liderazgos locales. El cacicazgo en su expresión más limitada y localizada fue un fenómeno común en muchos estados, como lo ejemplifican notablemente Hidalgo y el mismo San Luis Potosí.[18] Los caciques no fueron combatidos por la autoridad federal sino que fueron controlados por el caudillo estatal en turno, pero una vez eliminados como autoridad reconocida, buscaron recuperar poder, en algunas ocasiones de manera violenta.

Esta reorganización del poder local se acompañó de dos fenómenos adicionales: el avance de la modernización y de las instituciones, y la limitada capacidad del gobierno federal. Si la autoridad federal no podía encargarse de las instituciones ni de reconstruir los equilibrios locales, debía recurrir de nuevo a los liderazgos particulares. La circunstancia histórica, caracterizada por la modernización, determinó el tipo y la manera de actuar de los nuevos hombres fuertes que colaborarían en el fortalecimiento del régimen.

Como lo señalara Pablo González Casanova en su libro clásico, hacia los años cincuenta y sesenta el cacicazgo típico, en el que el

[18] Frans J. Schryer, *Una burguesía...*, y Romana Falcón, *op. cit.*

líder "era dueño y señor de todo un territorio y el destino de sus habitantes", era cosa del pasado, por más que algunos sobrevivieran en zonas apartadas y atrasadas económicamente. No obstante, reconocía que existían algunas formas parecidas, menos violentas pero marcadas igualmente por el dominio personal de algunos dirigentes, como eran los casos de Gonzalo N. Santos en San Luis Potosí y Leobardo Reynoso en Zacatecas. Pero también encontraba similitudes en el poder de los ex presidentes, en especial el mismo Cárdenas, por el grado de influencia que tenía en Michoacán.[19] La caracterización era más intuitiva que analítica y, dependiendo del autor, podría extenderse no a los cuatro o cinco ejemplos de González Casanova, sino hasta doce,[20] que estarían activos en los años cincuenta y sesenta. La sola mención de los nombres despierta dudas acerca de su verdadero poder y, sobre todo, de su influencia nacional, lo que agrega más complicaciones para comprender sus rasgos y verdadera influencia.

La dificultad para caracterizarlos se deriva, en esencia, de que ejercían el control político en la zona pero no con la violencia y el personalismo de sus antecesores. No podían hacerlo porque ya no contaban, como ellos, con el monopolio de los recursos que permitía el atraso político y económico. El nuevo hombre fuerte sostenía su poder en el control y manejo de las instituciones políticas y administrativas. La manera de hacerlo ya no era informal, personalista y menos aún militar, como lo habían hecho los tradicionales, debido a que la modernización había implantado instituciones, normas y procedimientos formales, y la sociedad se había vuelto más compleja y diferenciada.[21] Una característica distintiva de esta nueva generación de hombres fuertes es que todos ellos se formaron en

[19] Pablo González Casanova, *op. cit.*, pp. 47-48.

[20] Arturo Sánchez enumera a los siguientes: Abelardo L. Rodríguez y Rodolfo Sánchez Taboada en Baja California; Carlos Sansores Pérez en Campeche; Javier Rojo Gómez en Hidalgo; Lázaro Cárdenas en Michoacán; Gilberto Flores Muñoz en Nayarit; el grupo de Ávila Camacho en Puebla; Margarito Ramírez en Quintana Roo; Gonzalo N. Santos en San Luis Potosí; Emilio Portes Gil y Marte R. Gómez en Tamaulipas, y Leobardo Reynoso en Zacatecas. "La política en el México rural de los años cincuenta", en Jaime E. Rodriguez (ed.), *The Evolution of the Mexican Political System*, Wilmington, University of California, 1993, p. 222.

[21] Wil Pansters, "Goodbye…, p. 355.

la misma época en que se construyeron las instituciones, colaboraron en su creación y mantuvieron una tensa relación con los primeros caciques. Todos ellos también ayudaron activamente a su exterminio, lo que significa que construyeron su poder no sólo en el control local sino en la política nacional.

El surgimiento de los hombres fuertes

Como cualquier élite dominante, los liderazgos crean o toleran sucesores que no sólo aprenden prácticas sino asumen cambios de comportamiento. Ninguno de los hombres fuertes que dominaría la política regional a partir de los cuarenta apareció sorpresivamente. Mientras que la política era dominada por los caudillos, dirigentes como Javier Rojo Gómez, Santos y Reynoso desempeñaban tareas discretas, subordinadas que, sin embargo, les proporcionaron medios para fortalecer parcelas de poder personal, siempre bajo el amparo de los caudillos locales y nacionales. Santos es, con mucho, el mejor ejemplo de esta trayectoria. Vinculado al movimiento revolucionario desde los primeros años, Santos se integró a la política local muy temprano, pero con repetidos fracasos. En 1918 ya aspiraba a ser diputado local gracias a la actividad de su hermano Samuel, quien buscaba la gubernatura. Los intentos de Samuel no prosperaron y Gonzalo comenzó su propia carrera, con tan poco fortuna que se consideraba "su actuación... insignificante debido a su ineptitud".[22]

Desde 1928 y hasta 1934 fue ininterrumpidamente diputado federal, gracias a su estrecha relación con Obregón y Calles, y en esa misma posición se desempeñó como real líder de la Cámara, en una época en la que el Congreso no representaba al órgano legislativo sino el verdadero poder de los caudillos que controlaban las representaciones estatales. En el mismo periodo (1929-1933), Santos formó parte del comité ejecutivo nacional del PNR del que llegó a ser incluso secretario general de 1931 a 1933. En esa posición, fue fácil

[22] Archivo General de la Nación, Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, expediente 7/011(724.2)/1, informe del 10 de enero de 1925. En lo sucesivo, AGN, DGIPS, seguido del expediente particular.

que Santos organizara y dirigiera los bloques de diputados que sirvieron como medio para negociar intereses y construir pactos entre las bancadas.

A pesar de que ya existía el PNR y el poder de Obregón y Calles era importante, no había la disciplina de partido que sometiera a los representantes, lo que se agravaba porque la reelección de legisladores estaba permitida, de tal manera que se garantizaba a los caciques regionales la influencia ilimitada en el Congreso. En ese terreno de conflictos, Santos sirvió al Ejecutivo creando equilibrios que si no lo apoyaban del todo, al menos no lo obstaculizaban. Cuando impulsó la reforma para cancelar la reelección de legisladores, fue Santos quien encabezó la oposición de gobernadores y caudillos a la medida, con tal eficacia que logró rechazarla en 1932, pero también fue él quien, tras las amenazas de Calles, organizó el apoyo estatal necesario para establecer la prohibición histórica un año después.[23] Que su función no era extraordinaria lo prueba que en la misma época Santos estuvo acompañado de otros futuros hombres fuertes: Leobardo Reynoso, en aquel entonces protegido de Pánfilo Natera, y Gilberto Flores Muñoz, quien a pesar de ser nayarita comenzó su carrera política precisamente en San Luis Potosí, con Santos de compañero, y ambos bajo la protección del caudillo Cedillo.

Los tres líderes desarrollarían un singular instinto político porque a pesar de sus estrechos vínculos con Calles, en especial Santos, muy pronto se comprometieron con la candidatura de Cárdenas. Santos y Reynoso, que eran diputados todavía en 1934, fueron los que encabezaron el apoyo de los legisladores a Cárdenas cuando los callistas más duros apoyaban a Pérez Treviño.[24] Sin duda, un factor determinante en esa decisión fue que quien lanzara la candidatura de Cárdenas en San Luis Potosí, fuera el mismo Saturnino Cedillo, no sólo el caudillo más importante del momento por su enorme poder político y militar, sino el que mantenía el control del estado en el que Santos y Flores Muñoz serían formados.[25]

[23] Gonzalo N. Santos, *Memorias*, México, Grijalbo, 1986, p. 475 y ss.; Lorenzo Meyer, *Los inicios de la institucionalización. La política del Maximato*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 12, México, El Colegio de México, 1978, pp. 184-186.

[24] Alicia Hernández, *op. cit.*, p. 39.

[25] *Idem.*

La lealtad al nuevo líder nacional pero sobre todo el compromiso con el fortalecimiento del presidencialismo que Cárdenas promovió, lo confirmaron ambos un año más tarde cuando estuvieron a su lado contra Calles, su antiguo protector, y en 1938, cuando Cedillo intentara la última rebelión de la historia. Santos y Reynoso fueron de los pocos senadores que mantuvieron el cargo después de la limpia de callistas que llevó a cabo Cárdenas, gracias a que apoyaron sin reservas al presidente. Flores Muñoz, quien fue diputado federal en la primera legislatura cardenista, sería el hombre de confianza de Cárdenas para disuadir a Cedillo de continuar con su levantamiento. Cuando el caudillo se negó, fue el mismo Flores Muñoz quien recomendó la estrategia de retirar los aviones del ejército federal asentados en San Luis Potosí, que sería decisiva para aplastar el intento de levantamiento.[26]

Si el apoyo de estos líderes fue importante en el proyecto cardenista contra los caciques tradicionales, su influencia fue muy pronto reconocida para establecer los nuevos equilibrios en los estados y regiones a partir de 1938. Sería precisamente durante el sexenio de Cárdenas cuando se fortalecerían los nuevos hombres fuertes. Santos se convertiría en gobernador de su estado en 1943 para fundar el largo dominio que lo haría famoso en la política nacional, y Reynoso sería diputado federal de 1940 a 1943 y en 1944 se convertiría en gobernador de Zacatecas y, a partir de entonces, en el líder que controlaría el estado. Flores Muñoz sería recompensado como senador en 1940 y al terminar la legislatura se convertiría en gobernador de su estado natal, Nayarit, para construir su largo dominio estatal, a pesar de que no había hecho su carrera política ahí. Los tres serían relevantes durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho y, de nuevo, centrales para respaldar la candidatura de Miguel Alemán.

Si bien con Cárdenas estos líderes lograron afianzar su poder local, fue con Ávila Camacho que alcanzaron influencia nacional. El momento es importante porque aunque el poblano modificó algunas políticas cardenistas, otras las adaptó e incluso fortaleció. La in-

[26] Vicente Leñero, *Asesinato. El doble crimen de los Flores Muñoz*, México, Plaza y Valdés, 1997, pp. 68-69; Alicia Hernández, *op. cit.*, pp. 111-112. Para una narración detallada del fallido levantamiento y su terminación, Romana Falcón, *op. cit.*, cap. V, pp. 223-270.

corporación de esta nueva generación de líderes locales a la política nacional no fue solamente una manera de recompensar su colaboración en la crítica coyuntura cardenista, sino el reconocimiento de que su poder local era indispensable para mantener el proyecto federal.[27] El sexenio de Ávila Camacho fue el periodo en el que los nuevos hombres fuertes adquirieron su principal característica: capacidad y poder de intervenir en la política nacional.

Patrones similares de formación de liderazgos pueden encontrarse en otros casos, como los de Puebla e Hidalgo, donde también se crearon nuevas formas de dominación regional. En Puebla, como resultado de la estrategia cardenista de renovar a los jefes de Operaciones Militares que sostenían el callismo, Maximino Ávila Camacho fue nombrado por Cárdenas nuevo responsable en la zona poblana. En 1935, en plena confrontación con Calles, Maximino enfrentó al gobernador Mijares Palencia y a su candidato a sucederlo. Las evidencias históricas revelan que Maximino no ganó la mayoría de votos y que, sin embargo, se apoderó de la gubernatura, a pesar de lo cual Cárdenas lo respaldó sin reservas,[28] no sólo para terminar con un estado callista sino porque la Presidencia ganaba el apoyo fundamental de un militar reconocido que pronto sentaría su poder real en el estado. En Hidalgo también sería decisiva la caída del "Jefe Máximo" y de sus seguidores locales, pues Javier Rojo Gómez, quien tenía una modesta historia política en el estado como diputado local, secretario General de Gobierno entre 1921 y 1925, y como diputado federal de 1926 a 1928, tuvo el acierto de regresar a la política hidalguense, precisamente en 1934, para enfrentar al gobernador callista y convertirse en el mandatario en 1937.

En ambos estados se desarrollarían dos formas de dominación novedosas en sus prácticas, pero con fuertes resabios tradicionalis-

[27] La construcción de poderes locales fue generalizado en todo el país pero no todas las entidades dieron paso a liderazgos fuertes y duraderos. Es interesante observar que San Luis Potosí, Nayarit y Zacatecas eran y siguen siendo estados menos desarrollados económica y socialmente y, sin embargo, originaron hombres fuertes influyentes local y nacionalmente, a diferencia de otras entidades como Veracruz, Estado de México o Jalisco, en las que precisamente por su desarrollo se anuló el poder de los primeros caudillos-caciques.

[28] Wil Pansters, *Política y poder en Puebla. Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista, 1937-1987*, México, FCE, 1998, pp. 111-114.

tas. Ávila Camacho no lograría construir un control personal como Santos y Reynoso, no sólo por su temprana muerte sino porque conformó un grupo cerrado de seguidores con liderazgos sucesivos, y Rojo Gómez solamente logró tener control un sexenio más, gracias al apoyo directo de los caciques hidalguenses, sobrevivientes de la Revolución y el callismo. Ambos, sin embargo, consiguieron convertirse en los hombres fuertes debido al vacío que dejaron los anteriores caciques y caudillos, que se llevaron consigo los mecanismos de intermediación que pacificaban los estados y en medio de la coyuntura crítica del cardenismo, necesitado de apoyos para mantenerse. Si Cárdenas eliminó a los caudillos de la época por el extremo daño que hacían a las instituciones y fortaleció decisivamente al Ejecutivo y al poder federal, no destruyó los poderes regionales. Por el contrario, promovió o auspició la formación de otros, tan arbitrarios y violentos como los anteriores, como lo prueban sin lugar a dudas Santos y el avilacamachismo, pero que basaron su poder no en el personalismo, el atraso y las milicias, sino en las nuevas instituciones políticas.

Las bases del nuevo poder regional

Uno de los estados donde el caciquismo ha sido atávico por su larga duración y dominio es Hidalgo. Como lo demostró Schryer,[29] la difícil conformación geográfica del estado con sus zonas alejadas y de muy difícil acceso, alentaron el atraso económico y, desde luego, el control político de caciques. Muchos ya existían antes de la Revolución y en más de un caso aprovecharon la revuelta nacional para ajustar cuentas entre familias y poblados. Sus compromisos con la Revolución o con el líder nacional en turno, siempre fueron coyunturales y, lejos de guiarse por algún principio agrario o constitucional, se definieron por el simple cálculo para garantizarse el control de la zona. La diferenciación social y la variedad de caciques hicieron difícil que surgiera un caudillo estatal de larga duración.[30] Esa

[29] Frans J. Schryer, *Una burguesía...*

[30] Matthew Richards, "The Elite of Hidalgo State, Mexico: The Grupo Huichapan, 1937-2005", tesis de doctorado, Universidad de Gales, 2006, p. 88.

circunstancia fue decisiva en la crisis callista de 1935 porque abrió la puerta para una nueva reorganización del poder local.

De entre los varios caciques del estado destacaron por su influencia, en la que se combinaba el control local con las relaciones con la política nacional, Juvencio Nochebuena y Honorato Austria, de las prósperas tierras de Huejutla y Molango, centro de la Huasteca hidalguense. Ambos tuvieron puestos en la política nacional y local, en especial Nochebuena, quien fue tres veces diputado federal, además de diputado local, senador en el gobierno de Ruiz Cortines y presidente municipal de Pachuca.[31] Debido a su temprana participación en la Revolución, ambos caciques se vincularon a los caudillos nacionales y en la coyuntura de 1935 no vacilaron en apoyar a Cárdenas. En 1937, al renovarse la gubernatura en Hidalgo, fueron los caciques Austria y sobre todo Nochebuena quienes propusieron a Rojo Gómez a Cárdenas para controlar el estado.[32]

A diferencia de otros hombres fuertes, Rojo Gómez no construyó nunca un poder personal en el estado a pesar de sus incursiones en la política local. De ahí que no contara por sí mismo con el poder necesario para sobreponerse a los verdaderos líderes de la entidad. Sin embargo, sí fue un político cercano a Nochebuena y Austria, más aún fue Nochebuena quien lo convirtió en su protegido desde su juventud, pues le financió los estudios, lo introdujo en la política e incluso le ayudó en varios asuntos personales.[33] El gobierno de Rojo Gómez estuvo basado en el control que los caciques desarrollaron por su cuenta. Mientras Rojo Gómez nombró amigos y familiares en el gabinete estatal, los diputados locales, federales y los presidentes municipales fueron negociados por Nochebuena y Austria con el resto de caciques.[34] La razón no sólo fue el evidente poder de ambos, sino la búsqueda de nuevos equilibrios en las diversas zonas del estado, convenciendo u obligando a los caciques a someterse a las nuevas circunstancias políticas.

[31] Frans J. Schryer, *Ethnicity and Class Conflict in Rural Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1980, p. 123.

[32] Matthew Richards, *op. cit.*, p. 89, y Frans J. Schryer, *Ethnicity...*, p. 129.

[33] Al decir de Schryer, Nochebuena le prestó su saco cuando Rojo Gómez se casó, *Ethnicity..., idem.*

[34] Matthew Richards, *op. cit.*, p. 99; Frans J. Schryer, *Ethnicity...*, pp. 129-130 y 141.

Y sin duda que se negoció o se obligó por los métodos conocidos, pero sobre todo se emplearon los puestos de elección y las organizaciones sociales. La manera de lograr esta reorganización fue negociando y al final decidiendo las candidaturas a las diputaciones locales y las presidencias municipales. Tan político fue el recurso que incluso Nochebuena recurrió a la ley para dividir municipios y crear nuevos para romper el dominio de algún cacique o imponer a un hombre de su confianza en un territorio enemigo.[35] El éxito político fue notable en los años que gobernó Rojo Gómez, pues no sólo la estabilidad política se consiguió al construir una red de compromisos en los que se mezclaban los puestos modernos de representación política con las reales fuentes de poder local, sino que Rojo Gómez dejó las bases de un nuevo grupo político del que saldrían al menos los dos siguientes gobernadores.

Esta singular combinación de tradición con modernidad se advierte claramente con quien fue sucesor de Rojo Gómez cuando Ávila Camacho lo nombró regente de la Ciudad de México en 1940. Para completar el periodo fue elegido por el Congreso local (integrado por diputados seleccionados por los caciques) Otilio Villegas, el cacique de Zimapán. Al concluir el periodo, los gobernadores serían herederos directos de Rojo Gómez: de 1941 a 1945 estaría José Lugo Guerrero quien, además de ser su cuñado, se había desempeñado como su tesorero, y de 1945 a 1951, Vicente Aguirre del Castillo, quien fuera su secretario particular.[36]

La peculiar forma de gobernar, basada en los poderes locales, no se mantuvo más allá de 1951. Por una parte, Rojo Gómez perdió su influencia en Hidalgo al participar activamente en la política nacional, a tal grado que buscó abierta y tempranamente la candidatura presidencial, y por otra que la modernización agraria llegó a la entidad. Miguel Alemán, quien fue el principal competidor de Rojo Gómez en el gobierno de Ávila Camacho, no permitió en 1951 que continuara la sucesión del grupo y envió como gobernador a Quintín Rueda, colaborador suyo y de Ruiz Cortines en la Secretaría de Gobernación, quien hizo de su gobierno un abierto programa para desmontar la política de Rojo Gómez y atacar a

[35] Frans J. Schryer, *Ethnicity*..., pp. 129-130.
[36] Matthew Richards, *op. cit.*, pp. 59 y 102.

algunos caciques locales. Como parte de ello, Rueda emprendió acciones directas contra Nochebuena y su red de control, incluso auspició enfrentamientos entre caciques, que, como en el pasado revolucionario, vieron una nueva oportunidad para reorganizar los equilibrios locales.[37]

La tarea contó con la ayuda efectiva de organizaciones e instituciones modernas que rompieron los controles caciquiles. No sólo la Confederación Nacional Campesina (CNC) penetró el campo hidalguense, sino también aparecieron los créditos financieros y nuevas formas de comercialización agropecuaria.[38] Como lo ha señalado Schryer, también tuvo lugar un cambio generacional y educativo, pues surgió un nuevo grupo de rancheros, mejor educados, con conocimiento de los mercados nacionales, que tuvieron acceso al crédito y que estuvieron dispuestos a introducir mejoras en la producción. La intermediación caciquil fue cada vez menos necesaria y fue relegada a las zonas menos comunicadas. La obra de Rueda y el crecimiento económico de los años cincuenta hicieron posible que aparecieran nuevos grupos y liderazgos políticos en Hidalgo, en especial los de Alfonso Corona del Rosal y Manuel Sánchez Vite, que predominaron en la política local hasta fines de los años setenta. Si bien Rojo Gómez no sobrevivió como hombre fuerte ni su grupo logró dominar más tiempo el estado, su desaparición no significó el fin

[37] *Ibid.*, pp. 111-116, y Frans J. Schryer, *Ethnicity...*, p. 146.

[38] Frans J. Schryer, *Ethnicity...*, pp. 145-146. El fenómeno es significativo porque también sucedió con otro hombre fuerte reconocido, como Emilio Portes Gil en Tamaulipas. Portes Gil construyó su poder local en el campo con las organizaciones agrarias, así como controlando los puestos de representación por medio de su Partido Socialista Fronterizo. Como es bien conocido, después de su gubernatura, Portes Gil desempeñó relevantes cargos en la política nacional (incluida la Presidencia de la República y la del Partido Nacional Revolucionario, donde fundaría la CNC) lo que le costó alejarse del estado. Con la gubernatura de Marte R. Gómez comenzó el desmantelamiento del poder de Portes Gil, pero se profundizaría cuando Miguel Alemán en 1947 destituyera al gobernador Hugo Pedro González, portesgilista, y el sucesor, Raúl Gárate, minara las bases institucionales del hombre fuerte. Pero además de las acciones directas, fueron decisivos el nuevo sistema de crédito y la comercialización agropecuaria, así como la intervención de la CNC y la Secretaría de Agricultura. Arturo Alvarado, *El portesgilismo en Tamaulipas. Estudio de la constitución de la autoridad pública en México posrevolucionario*, México, El Colegio de México, 1992, pp. 76-77, y Michael A. Ervin, "Marte R. Gómez of Tamaulipas. Governing Agrarian Revolution", en Jurgen Buchenaw y William H. Beezley (eds.), *op. cit.*, pp. 129-130.

de las formas tradicionales de dominación, como bien lo prueba que Sánchez Vite no asentara su poder en el campo ni en las organizaciones locales sino en el sindicato magisterial. Como bien lo ha señalado Richards, esta manera de hacer política ha sido posible porque en Hidalgo (y la afirmación bien puede extenderse a otros estados) el tradicionalismo en cuanto a caciques y relaciones familiares "forma la base de la élite política hidalguense".[39]

Maximino Ávila Camacho, pese a su muy conocida arbitrariedad y su proclividad a la violencia, no desdeñó ni la política ni sus instrumentos institucionales. Militar reconocido en su época, llegó a ser jefe de Operaciones Militares encargado por Cárdenas de controlar la zona poblana y los destacamentos militares que en esa coyuntura podían ser útiles a los callistas. Desde esa posición enfrentaría al gobernador Mijares Palencia y a su candidato, en las elecciones que, sin embargo, no ganaría legalmente. El carácter de Maximino fue útil en un estado caracterizado por los conflictos políticos que con frecuencia terminaban en enfrentamientos armados. La inestabilidad y la falta de control del estado se prueba claramente con el hecho de que entre 1920 y 1930 Puebla tuvo casi 19 gobernadores que llegaron y se fueron en medio de la violencia.[40] La tarea de pacificación, que diera como resultado la estabilidad política, fue central en el gobierno de Ávila Camacho, para lo cual contó con el apoyo irrestricto del presidente Cárdenas.

Estado manufacturero y textil, en el que los sindicatos fueron siempre determinantes, Puebla recibió al nuevo gobierno con un movimiento obrero activo y en más de una ocasión, opositor. Ávila Camacho negoció con la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana) y con la Federación Revolucionaria de Obreros y Campesinos, aliada de la recién creada CTM (Confederación de Trabajadores de México), pero nunca logró su control efectivo, de ahí que se propusiera construir una central alternativa que disputara la política sindical en el estado: la Federación de Trabajadores de Pue-

[39] Matthew Richards, *op. cit.*, p. 176. La historia es interesante porque, como se verá en el capítulo cuarto, aunque no puede hablarse de dominio de Rojo Gómez más allá de los años cincuenta, los familiares directos e indirectos aparecieron después, como su propio hijo Jorge Rojo Lugo, y sus sobrinos Adolfo Lugo Verduzco y Humberto Lugo Gil, gobernadores en diferentes periodos a partir de los años setenta.

[40] Wil Pansters, *Política y poder…*, p. 110.

bla, que desde entonces estuvo bajo su mando. De nuevo, la institución, en este caso sindical, y el control de la política obrera. Pero su principal recurso, sobre el que construyó su poder personal, fue la política. En 1939, a los tres años de llegar al poder, Maximino creó su "Pacto de honor", que aseguraba la subordinación a él de los nuevos políticos, quienes lo reconocían explícitamente como "líder exclusivo" de Puebla.[41] Aunque el pacto formalmente se proponía impedir que políticos no poblanos se apoderaran del estado, se convirtió en un instrumento para construir un grupo cerrado, de lealtad y compromiso directo con el líder, quien además garantizaba a sus integrantes el acceso al poder.

Fue con ese recurso que Ávila Camacho controló todos los puestos de elección popular e incluso los del gobierno estatal, donde colocó bien a caciques locales en los municipios, o a amigos y familiares en el gobierno. Como era de esperarse, con los puestos en sus manos, las instituciones políticas funcionaban bajo su control. Como bien lo ha advertido Pansters, fue la Cámara de Diputados local la que impidió el acceso a las instituciones agrarias federales y el control de la educación por parte de la Secretaría de Educación Pública, lo que dejó al completo arbitrio de Ávila Camacho dos de las políticas sociales más importantes y que, además, eran vitales para Cárdenas.[42] Cárdenas podía permitir la arbitrariedad y el control local, incluso si iban en sentido opuesto a sus políticas, si a cambio el gobernador y hombre fuerte le aseguraba apoyo a su gobierno.

El pacto fue efectivo para mantener la lealtad, entre otros factores porque aseguraba a sus miembros la secuencia de ascenso a la gubernatura, hecho más relevante porque Ávila Camacho moriría poco tiempo después de dejar la gubernatura y la política local. Desaparecido físicamente el líder, era posible que surgieran nuevos liderazgos y nuevos equilibrios grupales pero, contra lo esperable, el pacto lo impidió al asegurar a los sucesores el control de la política estatal. El pacto fue más que un compromiso de grupos, pues actuó como instrumento partidario e incluso electoral. En 1940, un año después de ser elaborado, se creó el Comité Directivo Electoral

[41] *Ibid.*, pp. 114-117.
[42] *Ibid.*, p. 126.

para suceder al líder fundador en la gubernatura. Fue presidido por Gonzalo Bautista, quien además fue el candidato oficial y que, tras organizar las elecciones, se convirtió en mandatario a partir de 1941.[43] El mecanismo fue tan eficaz que sirvió para seleccionar sin conflictos las candidaturas a pesar de que formalmente el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) era activo en Puebla. Dominó sin problemas la política y, tal como se lo propuso, aseguró a sus miembros la gubernatura y la política poblanas: del grupo saldrían seis mandatarios entre 1941 y 1969, cuando los conflictos sociales hicieron insostenible al grupo. Pero no sólo fueron gobernadores los que promovió el pacto, también legisladores locales y federales, como fue el caso de Gustavo Díaz Ordaz, activo político en la entidad hasta los años cincuenta.

Si bien Maximino no logró construir un poder personal duradero, no fue porque la política nacional u otro liderazgo lo impidiera sino por su temprana muerte en 1945, sí estableció un mecanismo y fundó un grupo de seguidores que mantuvo intacto el proyecto común. El grupo, no obstante su carácter cerrado y poco competitivo, fue un medio eficaz para evitar el dominio de un individuo como ocurrió en otras entidades. La rigidez en el reclutamiento que estableció el grupo, a largo plazo dañó la formación de una élite política local, madura y capaz de adaptarse a los cambios políticos, pero en su momento fue, pese a todo, una alternativa al fuerte tradicionalismo que estaba ya presente en San Luis Potosí y Zacatecas. Precisamente por evitar el personalismo, el grupo avilacamachista se desarrolló a la par de instituciones modernas, como el partido, las elecciones, la cámara legislativa, etc. Por eso logró construir una élite, estrecha de miras pero con gran poder local y, al menos algunos personajes, con influencia nacional. Esto último fue una oportunidad valiosa porque le permitió seguir gobernando el estado pese a las muestras de arbitrariedad y abuso de autoridad que fueron evidentes desde el principio, pero en especial a partir de los años sesenta. Tendría que llegar la caída de su principal exponente nacional, Díaz Ordaz, en los setenta, y la evidente incompetencia política del avilacamachismo para evitar las manifestaciones populares, que se tradujo en renuncias y desafueros de gobernadores,

[43] *Ibid.*, p. 117.

para que el proyecto del hombre fuerte llegara a su fin. La política tradicional se integró con las instituciones modernas y las hizo efectivas para controlar el estado, no sólo en los agitados años treinta y cuarenta sino incluso dos décadas más tarde.

La coexistencia de tradición y modernidad está claramente expresada en las prácticas del santismo en San Luis Potosí. Quizá no haya mejor exponente de cómo la arbitrariedad y la violencia sobrevivieron a la desaparición de los viejos caciques revolucionarios, que el extremo control que ejerció Santos; sin embargo, al observar con detenimiento la manera de actuar del hombre fuerte, no deja de llamar la atención el uso de la política y de las instituciones. Santos controlaría San Luis Potosí sólo después de que Cedillo muriera en su fallido levantamiento. Pero ese control no lo lograría de inmediato pues sería hasta 1943, al llegar a la gubernatura, cuando asentara su largo dominio. No es difícil comprender esto si se tiene en cuenta que el estado se sumió en un agudo desorden político debido a que la ausencia de Cedillo propició el enfrentamiento de los caciques que dominaban territorios en el estado. Como ha sido revelado por nuevas investigaciones, en 1943, cuando Santos se convirtió en gobernador, San Luis Potosí se caracterizaba por la inestabilidad política y los conflictos locales.[44] De entre todos los caciques activos, Santos era el único que contaba con cierta influencia local pero sobre todo con presencia y apoyo político nacional. Santos había conseguido controlar algunas zonas del estado gracias al viejo dominio que su familia había construido desde fines del siglo XIX y que se había extendido durante la Revolución. Nunca logró superar el poder de Cedillo y, astuto como era, no se atrevió jamás a enfrentarlo, por el contrario, mientras vivió el caudillo, fue su fiel seguidor. La confianza que se ganó, le permitió reunir suficiente influencia para colaborar con el caudillo de manera estrecha en el estado y en la política nacional.[45]

Santos, político leal a Cárdenas y luego al sucesor, Ávila Camacho, mantenía estrechas relaciones con otros líderes de la época, inclui-

[44] Wil Pansters, "Tropical Passion in the Desert: Gonzalo N. Santos and Local Elections in Northern San Luis Potosí, 1943-1958", en Paul Gillingham y Benjamin Smith (eds.), *Dictablanda. Politics, Work and Culture in Mexico, 1938-1968,* Durham, Duke University Press, 2014, p. 128.

[45] Romana Falcón, *op. cit.*, pp. 225-228.

do el poderoso hermano del presidente, Maximino Ávila Camacho el hombre fuerte de Puebla, y con su sucesor en la entidad, Gonzalo Bautista, quien le organizaría mítines y recepciones en apoyo a su campaña por la gubernatura potosina.[46] Con tal presencia, Santos no tuvo problemas para fortalecerse y ganar el poder en el estado. Desde ese momento, Santos se convirtió en el principal elector de representantes al Congreso local, para controlar ese poder y la labor legislativa. La mejor prueba de ello se encuentra en que una vez instalada la legislatura local, meses antes de su toma de posesión como gobernador, obligó a los diputados a reformar la Constitución estatal para extender el periodo de gobierno de cuatro a seis años para que fuera él el primer beneficiario de la reforma. Del mismo modo que lo hicieran otros hombres fuertes de la época, la designación de los individuos en cargos políticos fue central para fortalecer su autoridad. En el gobierno designaría a seguidores y amigos para asegurarse la lealtad, tan firme que de entre ellos saldrían los dos gobernadores sucesivos, Ismael Salas y Manuel Alvarez.[47]

Pero su control no fue tan absoluto como habitualmente se supone, pues la verdadera fuente de la estabilidad fue la negociación con los diversos caciques locales que, en la práctica, dominaban el estado. Lo mismo negoció con ellos presidencias municipales, que diputaciones locales con mineros, agricultores y ganaderos para establecer un nuevo equilibrio entre todos.[48] El mecanismo no era nuevo para San Luis Potosí ni para Santos porque él mismo formaba parte de la amplia red de cacicazgos en la que se apoyó Cedillo; de hecho, Santos no controlaba por sí mismo la entidad sino que lo hacían los caciques locales a los que reconocía autoridad limitada. La base de la estabilidad era el reconocimiento del poder local expresado mediante las instituciones políticas. Desde luego que la violencia no desapareció durante su largo dominio, lo que abonó su bien ganada fama de asesino; pero como lo ha advertido Pansters, Santos no siempre logró imponer su voluntad, pues en muchos lugares tuvo que negociar con los caciques locales. Sin renun-

[46] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 766.

[47] Tomás Calvillo y María Isabel Monroy, *San Luis Potosí, historia breve*, México, SEP-El Colegio de México-FCE, 2010, p. 229.

[48] Wil Pansters, "Tropical Passion…", pp. 135-139.

ciar a la desaparición física de sus adversarios, también utilizó la asignación de puestos para incorporar a disidentes e integrarlos a su política.[49] Singular y trágica forma de combinar el caciquismo más atrasado con los medios políticos.

Como ningún otro hombre fuerte contemporáneo, Santos supo aprovechar el control que ejercía en el estado para fortalecer su presencia nacional; así, durante todo su sexenio controló a los diputados federales, tuvo influencia en el Senado, donde el representante era su amigo Gilberto Flores Muñoz, y presidió el bloque de gobernadores que apoyaría lealmente a Ávila Camacho a lo largo de su presidencia, incluida la postulación de Miguel Alemán. Sin tropiezos en su relación federal, Santos pudo sin dificultades seleccionar a sus sucesores, según él, después de consultarlo con los presidentes Miguel Alemán, en 1949, y con Adolfo Ruiz Cortines, en 1955.[50] Era tal su poder local e influencia nacional que en esa última oportunidad Ruiz Cortines le dejó seleccionar a Manuel Álvarez, por entonces senador de la República, porque "era su califato" y en él podía "hacer lo que quisiera".[51] Y lo hacía sin contratiempos, pues sin importar quién fuera el gobernador, Santos continuaba decidiendo las candidaturas a puestos de elección, incluso imponiéndoselos a las centrales priistas, como lo prueban las frecuentes protestas de campesinos afiliados a la sección potosina de la Confederación Nacional Campesina en 1954.[52] Reconocimiento de poder que tendría delicadas consecuencias precisamente en el gobierno de Ruiz Cortines y en especial al presentarse la sucesión presidencial.

Otro hombre fuerte muy influyente en la política nacional, cuyo poder también comenzó en pleno cardenismo, fue Leobardo Reynoso. Su ingreso a la política ocurrió de la mano de Matías Ramos Santos, destacado revolucionario zacatecano que llegó a ser gobernador de su estado de 1932 a 1934, y al poco tiempo y por unos meses, dirigió el PNR. Con su ayuda consiguió su primera diputación

[49] *Ibid.*, p. 35.

[50] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, pp. 871 y 905.

[51] *Ibid.*, p. 907.

[52] AGN, Dirección Federal de Seguridad, Gonzalo N. Santos, versión pública, informes del 23 de junio y 26 de julio de 1954. En lo sucesivo, AGN, DFS, GNS, seguido del documento.

federal, precisamente en el mismo periodo que Ramos estuvo en el gobierno zacatecano, con tan buena fortuna que Reynoso coincidió con Gonzalo N. Santos, con quien colaboró activamente en el control de la Cámara desde el bloque de diputados. Al concluir la legislatura y al igual que Santos, Reynoso pasó al Senado y, como prueba del poder que ya tenía, se convirtió en presidente del bloque de senadores. No sólo fue su apoyo a las decisiones cardenistas lo que le proporcionó poder, también su cercanía con Pánfilo Natera, importante líder en Zacatecas, que lo acogió en su grupo local. Reynoso ocupó nuevamente la diputación federal de 1940 a 1943, los mismos años en que Natera gobernaba Zacatecas.

Su buena posición en la política nacional y, sobre todo, su cercanía con Natera fueron fundamentales para que al concluir el periodo de su protector, Reynoso se convirtiera en su sucesor. Su llegada a Zacatecas no se debía solamente al apoyo de Natera, pues desde 1934 había empezado a construir un grupo personal junto con su hermano Benigno, con el claro propósito de dominar la política local.[53] Al igual que sus contemporáneos, Reynoso aprovechó su ascendencia nacional y el apoyo de su grupo político para imponerse en la política estatal. Desde la gubernatura controló los puestos de elección popular y de gobierno, desmanteló el poder de los líderes anteriores y preparó el camino para que su sucesor fuera uno de sus protegidos, como realmente lo fue: el entonces diputado federal José Minero Roque.

La carrera de Minero no deja dudas de su compromiso con Reynoso, pues a él le debía la ayuda para terminar sus estudios de abogado y el ingreso a la política. Reynoso lo hizo su secretario particular mientras fue diputado federal y al regresar a Zacatecas lo convirtió en diputado local, oficial mayor y secretario General de Gobierno para inmediatamente enviarlo como diputado federal, desde donde alcanzaría la postulación a la gubernatura en 1950.[54] Con el control de la política local, Reynoso impuso a Minero y le dio todo su apoyo para que ganara las elecciones, pese a la fuerte oposición del general Manuel J. Contreras, quien primero perdió

[53] AGN, DGIPS, expediente 380-56(15), informe del 20 de enero de 1936.

[54] AGN, DGIPS, expediente 3(2-1/49/547), informes del 1 de octubre y 25 de noviembre de 1949.

la postulación por el PRI y luego apoyó al henriquismo, muy extendido en Zacatecas.[55] El dominio de Reynoso se prolongaría una década más, cuando a Minero lo sucedió Francisco E. García, quien había comenzado su carrera como dirigente estudiantil en el gobierno de Reynoso.

Una característica fundamental de los hombres fuertes, que los distinguía del pasado inmediato y les permitía adecuarse a los nuevos tiempos políticos, fue que emprendieron programas de modernización económica y social por medio de sus elementales estructuras de gobierno, para lo cual emplearon sus relaciones con la Federación. Todos, en mayor o menor medida, desarrollaron obra pública durante sus administraciones y, en la mayoría de los casos, fueron ellos quienes las iniciaron. Reynoso, que gobernó durante el final del sexenio avilacamachista y el principio del alemanista, aprovechó sus buenas relaciones para poner en marcha obras importantes, como extender el riego agrícola mediante la construcción de dos presas (Trujillo y Excamé) y con la perforación de pozos; asimismo facilitó el crédito agrícola e introdujo agua potable y drenaje, principalmente en la ciudad capital.[56] Rojo Gómez también extendió la irrigación, dio especial impulso a la educación pública y aunque no fue amigo del reparto agrario promovido por Cárdenas, sí expropió algunas tierras, más con el propósito de desmantelar cacicazgos complicados que para favorecer al campo.[57] Santos, pese a su extrema atención en la política, también se ocupó de desarrollar obra pública, como mejorar la red ferrocarrilera y construir estaciones, establecer la primera escuela rural del estado, construir mercados, el primer gran hospital potosino y la presa del Peaje.[58] Más allá de su verdadera capacidad administrativa o de su convencimiento de la necesidad del desarrollo socioeconómico, todos los nuevos hombres fuertes se vieron obligados a introducir cambios como los que el gobierno federal impulsaba en la misma época. Con distinto grado de compromiso, todos tuvieron que im-

[55] *Ibid.*, informes del 11 y 19 de marzo de 1950.

[56] Jesús Flores Olague *et al.*, *Zacatecas, historia breve*, México, SEP-El Colegio de México-FCE, 2010, p. 199.

[57] Frans J. Schryer, *Ethnicity…*, p. 128; Rocío Ruiz de la Barrera, *Hidalgo. Historia breve*, México, SEP-El Colegio de México-FCE, 2010, p. 149.

[58] Tomás Calvillo y María Isabel Monroy, *op. cit.*, p. 225.

pulsar el desarrollo que, a mediano plazo, facilitaría el ingreso de los organismos federales y forzaría aún más los cambios.

La obra pública revela una manera distinta de operar de esta nueva generación de líderes locales que, de paso, ofrece variantes interesantes en la manera de combinar lo político con la administración pública, nada cercano a los viejos caciques. El mejor ejemplo es Gilberto Flores Muñoz quien no por casualidad sería el más fuerte candidato a la Presidencia en 1957. Como ya se ha señalado, Flores Muñoz nació en Nayarit pero su temprana incorporación al ejército lo llevó a otras regiones. Un mal cálculo político lo hizo comprometerse con la rebelión delahuertista en 1923 y fue apresado en San Luis Potosí.[59] No es claro cómo fue que la suerte lo favoreció para ser liberado y convertirse en protegido de Cedillo. Para algunos, fue el hecho de que era familiar del coronel José Márquez, amigo del caudillo potosino; para otros fue que en su incursión en el ejército llegó a ser capitán de caballería a las órdenes del general Francisco Carrera Torres, destacado militar revolucionario y compañero de armas de Cedillo desde los primeros años del movimiento.[60]

Cedillo y los hermanos Carrera Torres, Alberto y Francisco, mantuvieron una estrecha colaboración militar, agraria y, desde luego, de control político en la Huasteca potosina, hidalguense y tamaulipeca, que se mantuvo hasta la muerte de Cedillo. Nada extraño entonces que Flores Muñoz fuera adoptado políticamente por el principal líder de la zona, con tan buena fortuna que después de ser liberado y dado de baja en el ejército en 1924, Cedillo lo nombraría inspector de Trabajo y ya en 1928 presidente de la Junta de Conciliación y Arbitraje de San Luis Potosí. Pero el verdadero inicio de su carrera política fue en 1932, cuando consiguió su primera diputación federal. No hay duda de que para entonces era evidente su lealtad al caudillo potosino, pero también que contaba con un apoyo adicional relevante, el del presidente Abelardo L. Rodríguez,

[59] Romana Falcón, *op. cit.*, p. 197.

[60] *Diccionario enciclopédico de Nayarit*, Tepic, Hoja Casa Editorial, 2005, para la primera versión, para la segunda, Roderic Ai Camp, *Mexican Political Biographies, 1935-1975*, Tucson, The University of Arizona Press, 1976. Para la relación de los Cedillo y los Carrera Torres, Beatriz Rojas, *La pequeña guerra. Los Carrera Torres y los Cedillo*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983, y Romana Falcón, *op. cit.*, p. 198.

quien recomendó al joven Flores Muñoz con Cedillo.[61] Aunque Flores Muñoz no tenía contacto directo con el entonces presidente, su hermano mayor Guillermo sí, porque había sido su secretario particular cuando Rodríguez fue jefe de Operaciones Militares en Nayarit en 1922.[62]

A partir de entonces, la carrera de Flores Muñoz correría paralela a la política potosina, siempre bajo la autoridad de Cedillo, y a la política nacional, en la que con frecuencia coincidía con Santos. Su cercanía con Cedillo estaba fuera de duda, como lo prueba la carta que el caudillo le enviara al presidente Cárdenas en 1934 para solicitarle que Flores Muñoz fuera incluido en el comité ejecutivo nacional del PNR, porque estaba "perfectamente identificado" con él y le guardaba "absoluta confianza". Tanta, que también se le consideraba en el estado responsable, como Santos, de asesinatos que quedaron impunes por la protección de Cedillo.[63] Su identificación con Cedillo rebasaba la relación política, que incluso llegó a ser mayor a la que Santos había conseguido, como lo prueba que siempre circuló el rumor de que Cedillo había sido padrino de boda de Flores Muñoz.[64] Esa lealtad rindió frutos en la política nacional porque de inmediato ocupó importantes secretarías en el CEN del PNR (acción obrera, acción educativa y la tesorería) entre 1933 y 1938. En 1935 volvería a la Cámara de Diputados donde lograría permanecer después del desafuero de callistas.

Etapa crítica para la política nacional y local en la que tuvo un papel relevante, más de una vez, al lado de Santos. En 1939, una vez desaparecido el caudillo, Flores Muñoz aspiró a la gubernatura de San Luis Potosí, sin duda aprovechando su excelente relación con Cárdenas después de sus servicios contra Cedillo, pero fue precisamente su extrema identificación con el caudillo desaparecido lo que impidió su postulación.[65] A pesar de la derrota, ganó influencia, primero al coordinar la campaña del general Reynaldo Pérez Ga-

[61] AGN, DGIPS, expediente 20 (2-1/311.25/724.2/1), informe del 13 de enero de 1940.

[62] Mario Contreras Valdez, *Nayarit. Historia breve*, México, SEP-El Colegio de México-FCE, 2010, p. 203.

[63] Romana Falcón, *op. cit.*, pp. 194 y 201.

[64] AGN, DGIPS, expediente 20 (2-1/311.25/724.2/1), informe del 13 de enero de 1940.

[65] *Idem.*

llardo en 1939, a la muerte de Cedillo, y después, apenas iniciado el nuevo gobierno, porque Cárdenas le encomendó recorrer los pueblos y comunidades del estado, lo que aprovechó para construir su propio poder político, con tanto éxito que se convirtió en presidente del comité estatal del PRM desde donde cambió comités municipales para nombrar a personas de su confianza. Sería muy útil porque así construiría su candidatura al Senado en 1940, y en 1943 prepararía la campaña de Santos a la gubernatura, la cual también dirigiría.[66] Fue en 1946, al inicio del gobierno alemanista y en pleno avance de la modernización del civilismo en la política, cuando Flores Muñoz regresó a Nayarit como gobernador.

Los detalles de su trayectoria previa a la gubernatura son relevantes para entender la manera como Flores Muñoz construyó su largo y consistente control en el estado donde nació pero en el que, hasta 1946, no tuvo ninguna participación. Dicho de otra forma, Flores Muñoz no tenía ningún antecedente local que explicara su influencia y capacidad para imponerse en la política nayarita. A diferencia de otros hombres fuertes de la época, Flores Muñoz no se convirtió en líder local por haber construido en el estado su poder, sino porque aprovechó la obra de otros políticos locales, después de contar con un bien cimentado prestigio en la política nacional.

Una parte de la explicación se encuentra en la trayectoria de su hermano y su activa participación en Nayarit, previa y por completo independiente de la carrera de Gilberto. Nayarit fue una entidad que se mantuvo al margen de la crisis callista en 1935, en parte porque un año antes fue elegido un gobernador cardenista, Francisco Parra, apoyado por un grupo de jóvenes políticos que impulsaron el reparto agrario en el estado. La expropiación de haciendas fue tan intensa que entre 1934 y 1939 se repartieron 440 000 hectáreas.[67] Uno de los dirigentes de ese grupo fue Guillermo Flores Muñoz, her-

[66] *Idem.* La actividad de Flores Muñoz en los años inmediatos a la muerte de Cedillo fue muy intensa pero no era del todo apreciada. El informe citado del 13 de enero lo califica de "político logrero, impostor, impreparado (*sic*) y prevaricador". Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 768.

[67] Mario Contreras Valdez, "Los agrarismos de la Revolución en Nayarit", *Signos Históricos*, núm. 21, enero-junio de 2009, p. 52; Jean Meyer (*Breve historia de Nayarit*, México, El Colegio de México, 1997, cap. 6), señala que la cifra fue de 730 000 hectáreas, pero que sólo 135 000 eran laborables.

mano mayor de Gilberto, quien desde entonces se convirtió si no en el líder político estatal, sí en uno de los más activos. Guillermo, si bien construyó un grupo fuerte en Nayarit, nunca logró controlar la política local y, por el contrario, la disputó frecuentemente desde los años treinta con otros grupos. Consiguió ser senador de la República en 1934, pero no pudo convertirse en gobernador del estado, pese a su identificación con Cárdenas y su apoyo agrario.

A diferencia de otras entidades, Nayarit no estuvo envuelto en conflictos políticos que afectaran su estabilidad y prueba de ello es que sus gobernadores terminaron sus periodos sin enfrentar problemas importantes. El reparto de tierras y la explotación agrícola se convirtieron en las tareas centrales de políticos y gobiernos, lo que dio por resultado la formación de las organizaciones agrarias, en las que participó activamente Guillermo Flores Muñoz, y una mayor producción agrícola. Hacia 1940, seis años antes de que Gilberto llegara a la gubernatura, la producción tabacalera era la más importante del estado, con poco más de 10 000 hectáreas sembradas, lo que colocaba a Nayarit como el principal estado productor del país, muy por encima de Veracruz, Jalisco, Chiapas o Oaxaca.[68] El tabaco concentró la producción del estado y dio los suficientes frutos económicos para generar crecimiento. Sin presiones económicas, pero sobre todo sin problemas políticos, no fue cuestionada la llegada de Gilberto Flores Muñoz a la gubernatura tras décadas de ausencia.

A la estabilidad económica y política se sumaba otra circunstancia fundamental: la ausencia de liderazgos locales fuertes, pues ni los gobernadores ni los viejos agraristas, como Guillermo Flores Muñoz, habían conseguido construir un dominio consistente y de larga duración. Este vacío de liderazgo local se convirtió en una condición determinante para el control de Gilberto porque siempre fue considerado ajeno al estado y sus problemas. Un informe de los agentes de Gobernación de 1937 indica que para suceder a Francisco Parra, el gobernador cardenista, se mencionaban varios nombres, entre ellos el de Gilberto, no el de Guillermo, quien a pesar de su visible participación agraria y política había terminado confrontado con Parra. Sin embargo, Gilberto tenía pocas probabilidades

[68] Mario Contreras Valdez, *Nayarit. Historia...*, p. 221.

debido a que se le consideraba un "extraño" en Nayarit. Al parecer, Gilberto se sintió atraído pero ante la falta de apoyos se retiró de la competencia.[69]

No hay evidencia alguna de que Flores Muñoz volviera la mirada a Nayarit después de ese evento, como lo prueba sin lugar a dudas que a partir de esa fecha, 1937, su carrera alcanzara un horizonte nacional y potosino indudables. Sin embargo, en 1945, al ventilarse la sucesión estatal y a pesar de que figuraban cinco precandidatos a la gubernatura, era Gilberto Flores Muñoz el más fuerte. Hacia agosto de 1945, cuando las grandes centrales del PRM lo postularon, se informaba que el apoyo era indiscutible, no sólo de parte de políticos y organizaciones oficiales, sino también de agricultores y empresarios del estado, tradicionalmente ajenos a la política. Para Gobernación, ese resultado se debía a la intensa campaña previa de Flores Muñoz, que se había acercado a todos los sectores sociales de Nayarit.[70] Destacaba el hecho porque no había sido una práctica de los anteriores candidatos, lo que revelaba la larga experiencia de Flores Muñoz y, sobre todo, el empleo de nuevas formas de hacer política, menos tradicionales y apoyadas en las nuevas instituciones electorales.

Con su larga trayectoria y experiencia política y, sin duda, con el respaldo de la maquinaria del PRM, Flores Muñoz ganó la gubernatura y le fue fácil apropiarse de la autoridad que ningún grupo local había logrado. Las fuertes organizaciones sociales, agrarias y también obreras y empresariales, fueron su base de apoyo. Sin líderes que pudieran presentarle alguna oposición, Flores Muñoz impuso su autoridad sobre grupos, dirigentes y los pocos caciques que dominaban alguna parcela de poder local. Aprovechó la organización campesina, ya incorporada a la CNC y al PRM, y reforzó los apoyos al campo y la producción tabacalera. En realidad, el tabaco fue el centro de la actividad económica del estado durante el gobierno de Flores Muñoz, pues no sólo extendió la superficie destinada a su siembra, sino que organizó la comercialización y venta a las empresas cigarreras estadounidenses. Tal como lo habían hecho otros

[69] AGN, DGIPS, expediente 2(311(5. 2)37) sin fecha, probablemente abril de 1937.

[70] AGN, DGIPS, expediente 12(2-1/45/284), informes del 6 de marzo y 12 de agosto de 1945.

hombres fuertes, Flores Muñoz aprovechó el auge tabacalero para modernizar el estado. Fue durante su periodo que se construyeron carreteras, caminos vecinales, canales de riego, se introdujo drenaje, agua potable y electricidad en varios municipios, en especial en Tepic, y se construyó una termoeléctrica.[71] La ciudad capital fue la más beneficiada en su urbanización (calles, cines, mercados), pero también dio un fuerte impulso al turismo, al construir hoteles, centros de recreación e incluso promover la comunicación aérea con el estado.[72]

El impulso a la modernización de Nayarit se acompañó del control político ampliamente facilitado por la ausencia de liderazgos y por la presencia de organizaciones sociales bien asentadas y beneficiadas por la producción agrícola. Flores Muñoz, como sus contemporáneos, decidió los puestos de elección popular y de gobierno sin oposición ni conflictos. Y lo más destacado es que pudo poner en marcha un considerable desarrollo agropecuario que si bien benefició al estado, también le dio visibilidad nacional. Flores Muñoz no sólo dio muestras de un efectivo control político (demostrado sin duda con la selección de su sucesor en el gobierno local) sino de ser un gobernante capaz de promover el desarrollo económico. Diferencia esencial que distinguiría a Flores Muñoz del resto de hombres fuertes, en especial de su contemporáneo Santos, de quien nadie dudaba de su control político pero que no había dado suficientes pruebas de habilidad administrativa. No es extraño que a pesar de los varios intentos de Santos por llegar a un gabinete presidencial, en especial con Alemán y Ruiz Cortines,[73] y de los varios servicios que prestó al sistema político (como en esas dos sucesiones), nunca alcanzara el propósito, dirigido, claro está, a buscar la Presidencia misma. En contraste, Flores Muñoz dejaría la gubernatura con un fuerte dominio local, para convertirse, primero, en coordinador de la campaña de su amigo Ruiz Cortines, e inmediatamente después en uno de los más poderosos secretarios del gabinete, desde una dependencia tan poco visible políticamente como la Secretaría Agricultura y Ganadería, no sólo por su amistad

[71] Mario Contreras Valdez, *Nayarit. Historia…*, pp. 219 y 223.

[72] Pere Greenham, *Rostros y rastros. El siglo XX en Nayarit a través de 101 protagonistas memorables*, Tepic, Gobierno del Estado de Nayarit, 2005, y Jean Meyer, *op. cit.*, cap. 7.

[73] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, pp. 862 y 889.

con el presidente sino precisamente porque le antecedía su fama de promotor agrícola.

Flores Muñoz no fue un hombre fuerte tradicional al estilo de Santos o Reynoso, sino un político que supo aprovechar el vacío de liderazgos en su estado, echar a andar el desarrollo económico y figurar influyentemente en la política nacional. Prueba de su habilidad es que supo construir su precandidatura a la Presidencia desde una secretaría técnica, poco proclive a la política y, por ello mismo, habitualmente marginada en las sucesiones. Flores Muñoz, desde la Secretaría de Agricultura, promovió, como se esperaba, la producción agrícola, mantuvo el control de su estado y creó una amplia red de apoyos políticos, dentro y fuera del gabinete, para convertirse en el más fuerte aspirante a la Presidencia de la República.

II
LA ÉLITE POLÍTICA EN DISPUTA

El problema más importante que tuvo que enfrentar la Revolución triunfante fue establecer mecanismos claros para el ascenso al poder y, sobre todo, que fueran aceptados por los diversos caudillos y sus grupos. Ese proceso no fue ni pacífico ni inmediato y supuso tanto la eliminación de las amenazas como la concentración del poder en el gobierno federal. La construcción del partido fue importante en el proceso pero no fue efectivo hasta muchas décadas después de su fundación, porque si bien ayudó a incorporar y controlar a la élite, no sirvió como recurso para definir la sucesión presidencial.

En el sistema político que se construyó en los años posteriores a la Revolución, la competencia entre partidos, que en una democracia prepara a las élites gobernantes y define ofertas políticas e ideológicas a los ciudadanos, no estuvo nunca considerada. La competencia se desarrolló desde un principio entre grupos de caudillos y caciques, y por ello fue prioritario someterlos al mando federal. Dicho de otra forma, el poder y su disputa fueron definidos como propios de una sola élite política, la que triunfara no sólo en la Revolución sino aquella que consolidara su influencia desde el centro nacional. La fundación del PNR y sus posteriores adaptaciones tuvieron claramente ese propósito, pero ello también supuso reconocer la autoridad del Ejecutivo como centro de la política, como líder de la élite y el más importante factor en la selección del sucesor.

Al margen de cómo el presidente saliente tomaba esa decisión (por sí solo o en consultas, lo que implicaba determinar a quiénes, en calidad y número, así como las circunstancias que lo condicionaban),[1]

[1] El tema fue siempre discutido y sobre él se plantearon múltiples supuestos, en especial por parte de los analistas estadounidenses, como Frank Brandenburg (*The Making of Modern Mexico*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1964), Robert E. Scott (*Mexican Government in Transition*, Urbana, University of Illinois Press, 1964), Vincent Padgett (*The Mexican Political System*, Boston, Houghton Mifflin, 1966), así como por Daniel Cosío Villegas (*La sucesión presidencial*, México, Joaquín Mortiz, 1975). Lo

lo relevante es que sólo sería posible si contaba con la autoridad y el liderazgo de la élite para que esa decisión fuera aceptada. Esa condición esencial fue construyéndose paulatinamente desde los años de Cárdenas hasta llegar, significativamente, hasta la sucesión de Ruiz Cortines en 1958. Cosío Villegas ha explicado este proceso como una lenta concentración de poder en el Ejecutivo que le permitió imponer su decisión, por más condicionantes que la determinaran. Sin embargo, más allá del poder del que pudiera disponer, la decisión sólo podía aplicarse si antes la élite política estaba unificada y disciplinada, y el presidente era reconocido como líder de ella.

Poder lo tuvo indiscutiblemente Cárdenas y aun así le fue difícil imponer su voluntad a la élite del momento, primero con Múgica y después, por supuesto, con Almazán. Con variantes de grado, el mismo problema enfrentarían Ávila Camacho, Alemán y Ruiz Cortines. Las oposiciones seguirían expresándose sistemáticamente desde 1940 hasta 1958, pero dejarían de ser revueltas violentas, basadas, como en el pasado, en poderes locales, para encaminarse hacia la competencia electoral. Si esto último habla de un proceso lento de modernización y civilidad política, lo primero indica la disciplina de la élite y, en especial, el reconocimiento no sólo del procedimiento sino quizá lo más significativo, cuál segmento de la élite podía realmente participar en él: no serían nunca más los hombres fuertes locales sino los miembros del gabinete presidencial.

La élite elegida

La política fue una disputa entre poderes reales, asentados en los estados, y el incipiente poder central que paulatinamente fue decidiéndose a favor de la Federación y, en consecuencia, del Poder

---

cierto es que como lo reconoce Cosío Villegas, no había ningún testimonio que probara las opiniones, lo que convertía el asunto en un "misterio" (*El sistema político...*, pp. 17-18). Las únicas explicaciones del procedimiento aparecieron hasta los años ochenta, cuando José López Portillo diera cuenta de su decisión en favor de Miguel de la Madrid (*Mis tiempos*, México, Fernández Editores, tomo 2, 1988, pp. 1109-1110), así como De la Madrid y Salinas en las entrevistas realizadas por Jorge Castañeda en *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*, México, Alfaguara, 1999.

Ejecutivo. El proceso comenzó poco después de concluir la etapa armada de la Revolución y se basó en las atribuciones que la Constitución de 1917 asignó a los poderes de la Unión. Aun así, los caudillos de la época ejercieron en los hechos el control no sólo militar sino económico y social, al crear organizaciones, imponer o subordinar a sus líderes e incluso legislando en materias laboral y agraria, que lentamente pasarían a la Federación. Desde los años veinte comenzó el proceso de concentración de funciones que, hacia los años cuarenta, proveería al gobierno federal de los recursos antes en manos de los caudillos.

Los procesos jurídico, administrativo y político fueron paralelos a la eliminación selectiva de caudillos violentos y si, por un lado, subordinaron formalmente a los poderes locales y configuraron las funciones institucionales de los gobernadores, por otro, definieron a los secretarios de Estado como el segmento que en los hechos ejercería sin discusión el verdadero poder político, encabezado, desde luego, por el presidente en turno. La delimitación de la élite no fue nunca un objetivo de este proceso, sino que se derivó naturalmente de la centralización económica, administrativa y política, que primero eliminó a los caudillos y caciques, y luego definió a los gobernadores como intermediarios y garantes de la estabilidad nacional en cada entidad de la República. La eliminación de caciques tradicionales, nada afectos a la política sino a las armas y la violencia, no trasladó su poder a los mandatarios estatales sino al gobierno federal. El largo proceso de centralización de los años veinte y treinta entregó recursos, atribuciones e instituciones a la Federación, de tal manera que los gobernadores no tuvieron capacidad ni autoridad para recaudar, desarrollar obra pública ni legislar sobre asuntos sociales. Fue en el gobierno federal y, por ende, en las secretarías de Estado, en los que recayó la tarea de diseñar y poner en práctica el verdadero proyecto de desarrollo e integración nacional.[2]

La centralización política completó el modelo al retirarles a los gobernadores la posibilidad de decidir a su sucesor y más aún, al estar sujetos a una remoción en caso de poner en riesgo la estabilidad interna. La subordinación de los mandatarios, que se inicia clara-

[2] Rogelio Hernández Rodríguez, *El centro dividido. La nueva autonomía de los gobernadores*, México, El Colegio de México, 2008.

mente con las acciones cardenistas en contra de Calles, se sumaría al sometimiento de diputados y senadores, todos bajo la tutela del Ejecutivo federal. La política se haría desde entonces en el centro del país y en ella intervendrían los secretarios de Estado, el grupo de funcionarios leales al presidente en turno.[3] Ellos tomarían las decisiones importantes y de entre ellos surgirían los sucesores a la Presidencia durante décadas. La competencia política estaría reservada a ese segmento de políticos y sería arbitrada y decidida por el presidente en turno. Sin embargo, para que ésta fuera una práctica institucionalizada, sería necesario que el mismo gabinete presidencial se profesionalizara, no sólo en lo relativo a retirar a los militares de la política, sino en cuanto a formar un cuerpo de funcionarios especializados y preparados para desarrollar programas técnicos, y también para tomar decisiones políticas en el país.

El proceso fue, como otros ya analizados, accidentado, y tuvo variadas facetas. Más allá de la formalidad electoral, Obregón, Calles y Cárdenas no llegaron a ser presidentes por sus trayectorias políticas, administrativas y federales, sino por su ascendencia en el ejército y su poder local o grupal. Influencia propia que, como en el caso de Obregón y Calles, se imponía a los grupos, o como en el de Cárdenas, era equivalente a la de otros líderes, lo que obligaba a establecer alianzas y compromisos.[4] Esos acuerdos eran los determinantes y tenían como consecuencia que los gabinetes no se integraran necesariamente con especialistas en las áreas administrativas, sino con representantes de esos grupos y poderes reales. Como fiel reflejo de las tensiones militares-políticas y federales-estatales de la época, los gabinetes presidenciales estaban formados por seguidores de unos y otros grupos, con similares trayectorias. La política de entonces consideraba al gobierno federal como asiento del poder pero no lo reconocía como su origen. De ahí que los gabinetes no tuvieran perfil propio, ni pautas de reclutamiento que propiciaran la especialización.

La mejor muestra de esta falta de definición se encuentra, sin duda, en los gabinetes de los gobiernos del maximato, con cambios frecuentes motivados siempre por la influencia de Calles y el some-

[3] Peter H. Smith, *Los laberintos del poder*, México, El Colegio de México, 1981.
[4] Para el ascenso de Cárdenas véase Alicia Hernández, *op. cit.*, pp. 33-40.

timiento de los presidentes formales. Un caso revelador es el de Almazán, que años más tarde protagonizaría una de las oposiciones más consistentes a la élite en formación. El general llegó a ser secretario de Comunicaciones y Obras Públicas durante el gobierno de Pascual Ortiz Rubio debido a su fidelidad callista y su ascendencia militar, no por sus conocimientos en el desarrollo de obras públicas o su experiencia de gobierno. Por el contrario, ese relevante puesto administrativo le abrió la puerta de su éxito empresarial al aprovechar tanto los recursos públicos como los contratos con el gobierno federal para fundar su próspera compañía constructora.[5]

Pero si la integración de los gabinetes de ese periodo puede explicarse por el poder del callismo, los de Cárdenas reflejan, por un lado, las obligadas alianzas con caudillos y grupos, y por otro, la total falta de conocimiento especializado. En 1934, una vez elegido presidente, Cárdenas designó un gabinete en el que la mayoría de funcionarios no representaban más que la influencia de Calles. Los hombres y los cargos no tenían más relación entre sí que la oportunidad, pues ni Múgica (de los pocos leales a Cárdenas), Garrido Canabal o Rodolfo Elías Calles, para mencionar a los más relevantes, sabían más que cualquier otro de las secretarías de Economía, Agricultura o Comunicaciones y Obras Públicas que les fueron confiadas.

Ni siquiera el nombramiento de Emilio Portes Gil en la Secretaría de Relaciones Exteriores puede explicarse por su trayectoria, pues si bien había ya desempeñado prácticamente todos los puestos políticos posibles, incluida la dirección del partido, el gobierno de Tamaulipas y la misma Presidencia de la República, nunca había mostrado conocimientos para la diplomacia y las relaciones internacionales. Llegó al gabinete por su abierto apoyo a Cárdenas y su fuerte influencia política (incluida la que ejercía directamente en su estado natal), pero no a Gobernación, quizá la que mejor podría haber desempeñado, porque estaba en manos de un callista reconocido como era Juan de Dios Bojórquez.

La incorporación de Portes Gil como secretario de Estado, después de haber sido presidente de la República, revela que se estaba

[5] Mario Ramírez Rancaño, "Juan Andrew Almazán, de militar a empresario", en Carlos Martínez Assad *et al.*, *Revolucionarios fueron todos*, México, SEP, 1982, p. 245 y ss.

lejos de alguna institucionalización de las trayectorias profesionales, pues la titularidad del Poder Ejecutivo, por más importante que fuese, no era un impedimento para regresar al gobierno. Portes Gil lo hizo en 1935, y el mismo Cárdenas regresó como secretario de Defensa de Manuel Ávila Camacho. Las necesidades políticas determinaban la presencia de hombres fuertes, no el conocimiento especializado.

Los compromisos políticos y las lealtades personales marcaron los cambios del gobierno cardenista. En 1935, una vez eliminado el callismo, Cárdenas tuvo más libertad para llevar aliados, pero no por su experiencia o conocimiento especializado. Así como Garrido Canabal se había desempeñado como primer titular de Agricultura por ser el caudillo de Tabasco, en 1935 Cárdenas llevó en su lugar a Saturnino Cedillo, el último cacique tradicional de la época. Ni uno ni otro eran reconocidos por su conocimiento agrícola y menos administrativo, sino porque representaban fuertes poderes regionales, indispensables para sostener el proyecto presidencial. De nuevo, sería la necesidad política la que determinara los movimientos de Cárdenas. Múgica saldría de Economía para ser titular de Comunicaciones y Obras Públicas, desde donde propondría su candidatura presidencial. Ignacio García Téllez, otro fiel seguidor de Cárdenas, dejaría Educación Pública para encargarse nada menos que de la Procuraduría General de la República, y en su lugar llegaría Gonzalo Vázquez Vela, ex gobernador de Veracruz. Que la necesidad determinaba las decisiones lo prueba que García Téllez dejara la Procuraduría en 1937 para encargarse de Gobernación, en vista de las campañas presidenciales de Múgica y Almazán, y para proteger la de Ávila Camacho.

El gabinete presidencial no quedó definido como centro de poder hasta el gobierno de Miguel Alemán y no sólo, como es usual suponerlo, por su carácter civil, sino por la experiencia de sus miembros y la cercanía profesional con el jefe del Ejecutivo. Algunos avances habían tenido lugar en el sexenio previo y en ellos fue importante la propia trayectoria de Ávila Camacho. Sin duda que su carrera militar fue decisiva y reveladora de la influencia que los revolucionarios aún tenían en la época, pero a diferencia de los otros presidentes militares, Ávila Camacho no contaba con una trayectoria militar que le mereciera reconocimientos por su participación

en enfrentamientos armados, ni con cargos políticos que le dieran liderazgo. Ávila Camacho se había desempeñado como un militar más en el ejército hasta encontrarse con Lázaro Cárdenas en los años veinte. Más que participación armada, Ávila Camacho había sido jefe de Operaciones Militares, comandante de zona y funcionario de la Secretaría de la Defensa. Su trayectoria en esta importante dependencia trazó el camino del funcionario público: oficial mayor desde 1933, subsecretario en 1936 y finalmente su titular en 1937.[6] Su carrera militar no era significativa y por ello mismo no tenía el reconocimiento necesario en el ejército que le diera ventajas por encima de Múgica y menos aún de Almazán.

Aunque, como se verá adelante, su limitada presencia militar sería un factor que debilitaría su candidatura, en contraste sería decisiva para integrar su gabinete y prefigurar los patrones de comportamiento posteriores. Ávila Camacho también se vería obligado a integrar un gabinete de compromiso pero, a diferencia de los colaboradores de Cárdenas, no por intereses regionales o militares sino por la misma herencia cardenista y la de otros grupos. Aun así, el nuevo presidente introduciría algunas pautas relevantes, en particular, la incorporación de civiles con trayectorias consistentes en la política y los cargos institucionales. A este perfil corresponde el nombramiento de sus dos principales protagonistas, Miguel Alemán y Ezequiel Padilla, pero también los de Eduardo Suárez, que repetiría en Hacienda; Francisco Javier Gaxiola en Economía; Marte R. Gómez en Agricultura; Luis Sánchez Pontón en Educación; Gustavo Baz en Salubridad, e Ignacio García Téllez en Trabajo. Además de que todos tenían experiencia previa en las áreas encomendadas, la gran mayoría se mantuvo en el cargo hasta el final del sexenio. La permanencia ya no estaría sujeta, como hasta entonces, a los conflictos o necesidades políticas del momento, lo que muestra un mayor liderazgo presidencial, mayor identidad y compromiso con el mandatario y, para la propia madurez de la élite, especialización de sus integrantes.

El cambio radical, sin embargo, tendrá lugar en 1946 con el ascenso a la Presidencia de Miguel Alemán. A partir de este periodo, la integración del gabinete adoptará un patrón específico y comen-

[6] Alicia Hernández, *op. cit.*, pp. 196-197.

zará a reproducir un singular sistema de reclutamiento y ascenso que asegurará no sólo influencia política de sus miembros (y destacadamente de algunas secretarías y de sus titulares) sino su especialización y, con ella, la continuación de los programas gubernamentales. La trayectoria de Alemán será, sin duda alguna, determinante por la forma en que integró su gabinete, ya sin compromisos políticos y con el claro propósito de asegurarse eficiencia profesional y lealtad política personal.

Si su perfil de abogado, civil, esencialmente político y alejado por completo del ejército, las armas y el pasado violento de la Revolución, hizo destacar a Alemán, sus designaciones mostraron un giro radical en la política de la época. Sus secretarios, todos civiles como él, tenían en promedio 10 años de trayectoria, en su gran mayoría sólo en la administración pública (seis) y el resto en combinación con los puestos de elección y en menor medida en el partido.[7] Todos, además, eran conocidos del presidente Alemán, ya fuera desde sus años universitarios o en la misma carrera política, como Adolfo Ruiz Cortines quien sería su sucesor. Para los secretarios, los años previos a sus nombramientos en el gabinete significaban más de un sexenio de colaboración en los gobiernos federales y la política nacional, ya como legisladores o como gobernadores de sus estados.

Lo interesante de estos datos es que las trayectorias indican constancia en la administración pública principalmente y no en la política electoral, en las organizaciones sociales y ni siquiera en el partido oficial. Éste será, a partir de entonces, el patrón de la élite política: largas trayectorias, sobre todo administrativas y, por ende, especialización y experiencia en el gobierno federal. Los gabinetes, a partir de ese gobierno, reunirán experiencia política y administrativa, y el verdadero ejercicio del poder en el país. Si ya desde la selección de Ávila Camacho estaba claro que los sucesores a la Presidencia surgirían del gabinete, será con la de Miguel Alemán que el perfil se confirme, además del carácter civil y especializado. La política, al menos hasta el final del siglo, ya no se hará en los estados sino en el centro del país, y los líderes influyentes, con las excepciones no-

[7] Rogelio Hernández Rodríguez, *Formación y trayectoria de los secretarios de Estado en México, 1946-1982*, México, Flacso, 1985. La única excepción fue su primer secretario de Economía Nacional, Antonio Ruiz Galindo, empresario veracruzano y amigo del presidente desde sus primeras experiencias políticas.

tables en 1958, no estarán ya en las regiones ni dependerán del control de grupos y organizaciones locales.

El control institucional

Si el factor crucial en la unificación de la élite llevó consigo delimitar el segmento de mayor influencia, otro no menos importante fue controlar a organismos y líderes poco dispuestos a obedecer la autoridad presidencial en los años treinta y cuarenta. La primera muestra, tanto de quiénes serían los aspirantes como de la tarea que aún estaba pendiente para decidir sin contratiempos la sucesión, se presentó en la coyuntura de 1939. Si bien, como ha sido documentado,[8] no había dudas acerca de las preferencias de Cárdenas por Manuel Ávila Camacho, la decisión estuvo lejos de ser aceptada por la élite de la época y no sólo, como fue evidente, por la oposición abierta de Almazán, sino por el mismo Múgica, en especial por los extendidos apoyos con que contó. Además de su prestigio militar y político, mucho más amplio que el de Ávila Camacho, Múgica llevó consigo el apoyo de las más importantes organizaciones sociales incorporadas al PRM.

La historia, contada una y otra vez, de la fundación del PNR ha subrayado su función como centro unificador de los líderes revolucionarios, tarea que pese a ser la principal no fue conseguida del todo porque en 1929 no se habían minado las bases políticas de los fuertes liderazgos locales. La tarea fue cumpliéndose paulatinamente en los primeros años del cardenismo, primero al acabar con el callismo y después con los últimos cacicazgos y rebeliones. Se ha supuesto que su transformación en 1938 en PRM fue una muestra de ese control presidencial y, sobre todo, de la subordinación del partido. La historia es mucho más compleja y revela una sorda batalla interna no sólo por acabar con los liderazgos sino para definir una relación con el presidente.[9] Su transformación en PRM, más allá de

[8] Alicia Hernández, *op. cit.*, pp. 116-117; Luis Medina, *Del cardenismo al avilacamachismo*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 18, México, El Colegio de México, 1978, pp. 48-76, y Daniel Cosío Villegas, *La sucesión…*, pp. 90-91.

[9] Luis Javier Garrido, *El partido de la revolución institucionalizada*, México, Siglo XXI, 1982.

definir su carácter corporativo, ilustra el cambio radical de esas bases políticas, ya en 1938 en manos de las grandes centrales nacionales, ya no sometidas a líderes estatales sino a las propias centrales obreras y campesinas.[10]

Las organizaciones gozaron desde el principio de una notable autonomía que requirió una decidida intervención presidencial para controlarlas.[11] En 1938 el PRM fue la respuesta de Cárdenas para incorporar al poder central a las grandes organizaciones de masas y por ello el partido reconoció su influencia. Tanta, que en la coyuntura sucesoria de 1939 no estuvieron al lado del presidente Cárdenas y de su candidato Ávila Camacho, sino de Múgica. Los apoyos fueron divididos y consistentes, de las corporaciones a Múgica y del ejército a Almazán.[12] En esa disputa, Cárdenas no pudo utilizar al partido como instrumento de control de la élite y tuvo que recurrir a nuevos actores políticos: los gobernadores y los hombres fuertes. La postulación abierta y los principales apoyos surgieron de los gobernadores, organizados y dirigidos por Miguel Alemán en Veracruz, y de las cámaras legislativas, en especial del Senado, controladas por Santos y Reynoso.[13] Fueron personajes muy distintos pero con enorme influencia, como Alemán, Santos y Reynoso, los que postularon a Ávila Camacho, organizaron los apoyos e incluso formaron el comité de campaña, clara estructura paralela al PRM, para sostener una candidatura que podía ser oficial y que contaba con el apoyo presidencial, pero no por ello era aceptada por la élite y las organizaciones.

Si, por un lado, esta estrategia revela que el partido no era todavía el instrumento de control esperado, por otra, muestra claramente

[10] Arnaldo Córdova, "La transformación del PNR en PRM: el triunfo del corporativismo en México", en *La revolución y el Estado en México*, México, Era, 1980. Del mismo autor, *La política de masas del cardenismo*, México, Era, 1972.

[11] La historia, contada desde los sindicatos, los líderes y el general Cárdenas, en Alicia Hernández, *op. cit.*, p. 113 y ss.

[12] Ariel José Contreras, *México 1940: industrialización y crisis política*, México, Siglo XXI, 1977, p. 40; Alicia Hernández, *op. cit.*, pp. 114-115 y 195-199.

[13] La participación de los gobernadores resulta todavía más importante porque de acuerdo con algunas versiones (Almazán y el mismo Miguel Alemán), el apoyo de los gobernadores a Ávila Camacho no fue una iniciativa de Cárdenas sino del propio Alemán, porque se temía que Cárdenas apoyara a Múgica. De ser cierta, indicaría un poder paralelo al presidencial que lo habría forzado a tomar la decisión final. Luis Medina, *Del cardenismo...*, p. 61, y Ariel José Contreras, *op. cit.*, pp. 14-15.

que todavía sobrevivían poderes locales fuertes que, como se analizó en el capítulo anterior, no eran ya los cacicazgos tradicionales sino formas híbridas en las que el personalismo del hombre fuerte se expresaba por medio de las instituciones, como el gobierno local o el Senado de la República.[14] Ni el partido estaba subordinado por completo, ni el presidente, pese a todo el poder acumulado, era aún la autoridad central que podía dirigir a su arbitrio a la élite en la coyuntura política más delicada del sistema.

Esta circunstancia no pasaría inadvertida a Miguel Alemán cuando ocupó la Presidencia. Si como secretario de Gobernación de Ávila Camacho puso especial cuidado en mantener contactos frecuentes con los gobernadores que, al final del sexenio, serían decisivos para sostener su candidatura, como presidente emprendió la mayor cantidad de remociones de mandatarios, sólo superada en ese momento por la limpia de callistas que había realizado Cárdenas en 1935. Alemán retiró del cargo a 10 gobernadores, en todos los casos por conflictos locales que pusieron en riesgo la estabilidad interna, como asesinatos de opositores o críticos, o represión de manifestaciones populares. Las decisiones en nada contravenían la norma característica de la relación federal que el presidencialismo tradicional mantuvo, y que consistió en utilizar las renuncias para corregir abusos locales que amenazaban la estabilidad política.

Con todo, destacan tres casos en los que los mandatarios intentaron intervenir en un ámbito vedado, como era el de elegir a sus sucesores. Fueron Marcelino García Barragán, en Jalisco; Ricardo Ainsle, en Coahuila, y José González Beytia, en Yucatán. Los tres mandatarios trataron, primero, de imponer sucesores y, después, de entorpecer la llegada de los elegidos, incluso, como fue el caso de García Barragán, pasando por encima de la ley al oponerse a publicar el decreto que extendía el periodo de gobierno de cuatro a seis años y que sería aplicable a su sucesor, nada menos que Jesús González Gallo, político cercano a los presidentes Ávila Camacho y Miguel Alemán.[15] Es significativo que Alemán no procediera por dife-

[14] No deja de ser revelador que uno de los gobernadores más activos junto con Alemán fuera Maximino Ávila Camacho, que alcanzaría el poder gracias al apoyo de Cárdenas.

[15] Luis Medina, *Civilismo y modernización del autoritarismo*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 20, México, El Colegio de México, 1979, pp. 95-111.

rencias políticas personales que, acaso, estuvieron presentes pero que se añadieron a prácticas intolerables en la política centralizadora de la época. La demostración de fuerza presidencial no dejaba lugar a dudas y marcaría una norma de conducta en la relación federal, fielmente observada por los presidentes, al menos hasta los años noventa.[16]

La relación con los poderes locales también tuvo modificaciones importantes en cuanto a eliminar a algunos hombres fuertes de la época. En 1947, con motivo de repetidos conflictos sociales que incluyeron el asesinato de un reconocido periodista, crítico del gobernador y de la política seguida en Tamaulipas, el mandatario Hugo Pedro González fue retirado del cargo mediante la desaparición de poderes en el estado. El caso, enmarcado dentro de las remociones del sexenio y que resultara de la evidente inestabilidad interna, fue relevante porque se trataba del último mandatario seleccionado por Emilio Portes Gil, cuya influencia se había mantenido, con muy pocas alteraciones, desde los años treinta. El Senado, como lo indica la ley, designó gobernador sustituto, nombramiento que recayó en Raúl Gárate, que no era tamaulipeco ni menos aún seguidor de Portes Gil, y que dedicó su gobierno a desmontar plenamente las bases institucionales de su poder.[17] Además de eliminar a un mandatario incompetente, Alemán aprovechó la oportunidad para terminar con un hombre fuerte cuya influencia había sobrevivido por más de una década y que, en su calidad de ex presidente, intervenía con regularidad en la política nacional.

En Hidalgo haría lo mismo, aunque sin mediar conflicto ni remoción del mandatario. Después de 12 años en que seguidores de Rojo Gómez habían estado al frente del gobierno, en 1951 Miguel Alemán no sólo impidió que un tercero continuara la influencia de Rojo Gómez sino que impuso a Quintín Rueda, sin presencia en el estado y que desde los años cuarenta era cercano colaborador de

[16] Las remociones siempre fueron controladas en el autoritarismo como principio de respeto a la principal institución local que servía como intermediaria de los estados. Sería con la llegada de Carlos Salinas en 1988 que esta práctica fuera dejada de lado por el propio Ejecutivo, al remover, no siempre por razones de política local, a 12 gobernadores y llevara a puestos federales a otros cinco. Rogelio Hernández Rodríguez, *El centro dividido…*

[17] Arturo Alvarado, *op. cit.*, pp. 76-77.

Alemán en la Secretaría de Gobernación. Rueda llegaría al estado con todo el apoyo presidencial para desmantelar el poder de Rojo Gómez, con tal eficacia que su gobierno marca el final de ese liderazgo para abrir la política local a otros grupos poderosos, como el de Corona del Rosal y luego el de Manuel Sánchez Vite.[18] El de Rojo Gómez fue uno de los poderes estatales alentados por el cardenismo que tuvo una larga vida y, sobre todo, presencia nacional. Rojo Gómez, después de los apoyos prestados a Cárdenas, obtuvo un lugar privilegiado en el gobierno de Ávila Camacho como regente del Distrito Federal, desde donde comenzó a construir su candidatura a la Presidencia. Su actividad fue temprana y contó desde el principio con fuertes apoyos del cardenismo, lo que convirtió a Rojo Gómez en un aspirante importante para la sucesión de 1946. Miguel Alemán sería el encargado de eliminarlo en los primeros años de su sexenio al encarcelar a tres diputados, encabezados por Carlos A. Madrazo, identificados con su proyecto. Rojo Gómez sobreviviría el sexenio e incluso su nombre sería mencionado en 1945, pero con tan poca importancia que hizo público su retiro. Alemán, convencido de que esa batalla dejaba heridas profundas, no desaprovechó la oportunidad en 1951 para terminar con su influencia.

Ese año también atestigua otra intervención directa de Miguel Alemán para impedir la perpetuación de grupos locales, esta vez en una entidad emblemática del régimen priista, como es el Estado de México.[19] Como es bien conocido, a principios de los años cuarenta Ávila Camacho llevó a Isidro Fabela a la gubernatura con la encomienda de estabilizar la entidad, pero también con la de terminar con las disputas violentas de los grupos locales que dominaban la política estatal desde los años del cardenismo. El apoyo de Ávila

[18] Matthew Richards, *op. cit.*, pp. 111-116; Frans J. Schryer, *Ethnicity...*, pp. 146-148. Las familias Rojo y Lugo no perderían por completo el poder pues varios de sus miembros regresarían a la gubernatura y ocuparían diversos puestos locales. Desde luego, no puede hablarse de la continuación ni de Rojo Gómez ni de una familia única, más bien, como lo ha indicado Richards, se trata de cómo las relaciones económicas y políticas están basadas en un sistema de parentesco que preservan los intereses de las familias. Como fuere, esta forma de dominación tradicional llegaría a su fin hacia los años setenta.

[19] Rogelio Hernández Rodríguez, *Amistades, compromisos y lealtades. Líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993*, México, El Colegio de México, 1998, cap. II, pp. 53-116.

Camacho fue tan extendido que no sólo le permitió gobernar a su arbitrio sino también decidir a su sucesor en 1945, que sería su sobrino y cercano colaborador, Alfredo del Mazo. No satisfecho con esa evidente prueba de poder, Fabela consiguió que el PRM lo postulara para senador por el periodo 1946-1952, lo que le habría dado una presencia enorme en el estado. A Ávila Camacho no le pasó inadvertido el intento y gestionó el nombramiento del diplomático como juez en la Corte Internacional de La Haya. Además de que esta honorable salida dio libertad al gobernador Del Mazo, hizo posible que quien era senador suplente en la primera fórmula, Adolfo López Mateos, se convirtiera en propietario y a partir de 1946 integrara el Senado que sería tan útil para el presidente Alemán en su ordenamiento federal.[20]

A pesar de la lejanía, Fabela se mantuvo al tanto de la política local y en 1951 intentó influir en la selección del sucesor de su sobrino. Miguel Alemán no lo permitió e impuso como gobernador a Salvador Sánchez Colín, agrónomo alejado del estado desde su juventud y, en especial, amigo cercano de Miguel Alemán. El grupo que Fabela había construido, con familiares y amigos en 1942, terminó una década más tarde porque Sánchez Colín, sin compromiso alguno con la élite local y en particular con Fabela y Del Mazo, actuó con plena independencia y, además, con el apoyo del presidente. Se sucederían varios grupos una vez eliminado el de Fabela, sin que ninguno lograra dominar la política local hasta la llegada de Carlos Hank González en los años sesenta.

Alemán indudablemente profundizó la centralización política en el gobierno federal y en la Presidencia, no sólo definiendo el perfil del gabinete sino también la relación de la Federación con los estados. Aprovechó la oportunidad que le daba tanto la subordinación del ejército como la eliminación de los poderes locales, para fortalecer el poder presidencial. No obstante, sus correcciones fueron selectivas. Por más que el número de remociones de mandatarios fue elevado, en todos los casos se encontraban de por medio conflictos políticos que pusieron en evidencia la incapacidad de los

[20] Ariel Rodríguez Kuri, "Adolfo López Mateos y la gran política nacional", en Rogelio Hernández Rodríguez (coord.), *Adolfo López Mateos. Una vida dedicada a la política*, Toluca, Gobierno del Estado de México, 2010.

gobernadores para cumplir con su responsabilidad. Pero donde es más clara la operación política fue en el control de algunos poderes locales que Miguel Alemán consideró peligrosos. Los relevos en Hidalgo, Tamaulipas y el Estado de México fueron, sin duda, centrales para civilizar la política en esos estados y estimular la formación de élites locales, pero no significó de ninguna manera una estrategia en contra de los hombres fuertes en general. Todo lo contrario, conocedor de su fuerza y utilidad, Alemán simplemente eliminó a los que no eran leales a su proyecto. De la misma forma que Cárdenas permitió algunos e incluso fomentó la creación de otros para conseguir apoyo a su gobierno, Alemán acabó con los que no le eran afectos, pero toleró otros porque le eran totalmente leales y, desde luego, útiles.

Una prueba de que las acciones del gobierno alemanista no fueron parte de un proyecto contra los hombres fuertes, sino medidas controladas contra amenazas particulares, se encuentra en la tolerancia que mostró ante el cacicazgo de Maximino Ávila Camacho en Puebla. El grupo fundado en 1939 no tuvo problemas para decidir las sucesiones desde 1941, cuando Maximino impusiera a Gonzalo Bautista, que gobernaría, significativamente, durante la Presidencia de Manuel Ávila Camacho (cuando Santos y Reynoso se desempeñaban en los gobiernos de San Luis Potosí y Zacatecas), lo que le permitiría colaborar con el secretario de Gobernación, Miguel Alemán. En 1945 sería seleccionado Carlos I. Betancourt y en 1951, el año en el que Alemán se empeñó en controlar la política local en Hidalgo y el Estado de México, aceptaría sin objeciones la candidatura de Rafael Ávila Camacho.[21] La diferencia no estaba en que los políticos poblanos fueran más modernos que los de Hidalgo o el Estado de México, sino que sus liderazgos eran confiables y leales al proyecto presidencial. Tendría que pasar una década y media para que el pacto entre los políticos poblanos agotara sus posibilidades y exhibiera, cada vez con más frecuencia, la incapacidad de sus gobernantes para satisfacer las demandas sociales y resolver los crecientes conflictos políticos.

Pero los mejores ejemplos son, a no dudarlo, los de Santos y Reynoso porque representan la figura del hombre fuerte, personalista,

[21] Wil Pansters, *Política y poder…*, cap. IV, pp. 107-150.

arbitrario y violento, pero que sobrevivían gracias a utilizar las instituciones políticas. Ambos habían sido senadores durante el cardenismo y en esa calidad habían sido decisivos para proteger la candidatura de Ávila Camacho. Durante su sexenio, ambos eran gobernadores de sus estados y colaboradores cercanos del entonces poderoso secretario de Gobernación, Alemán, y con ellos construiría su candidatura. Alemán conocía bien el poder de esos políticos y muy lejos de confrontarlos se apoyaría en ellos para gobernar. Ya lo había hecho en el pasado inmediato, pues como gobernadores Santos y Reynoso fueron piezas clave para mantener la disciplina de los mandatarios, tan claro que Santos sería el presidente del bloque de gobernadores durante todo el sexenio avilacamachista.

La estrecha relación entre Santos y Alemán como secretario de Gobernación, daría como resultado un intercambio de apoyos que serviría para construir la sucesión de 1946. Desde su posición destacada, Alemán ayudaría a que Santos fortaleciera su poder en San Luis Potosí, incluso violando la Constitución local, pues de acuerdo con el propio Santos,[22] el secretario Alemán aceptó que los diputados recién elegidos, pero en ejercicio un par de semanas antes de la toma de posesión del gobernador, reformaran la Constitución para que Santos fuera el primer mandatario en ejercer el puesto seis años y no cuatro, como todavía se establecía legalmente. Si el procedimiento era una ostensible violación jurídica, también era una prueba de las arbitrariedades que podía cometer el nuevo hombre fuerte potosino. A cambio de la tolerancia presidencial, pero en particular del secretario encargado de la política interna, Alemán recibiría todo el apoyo de Santos para conseguir la candidatura presidencial.

Con ese resultado y, sobre todo, con el intercambio de favores, personajes como Santos y Reynoso dominaron la política en sus estados, controlando las instituciones locales, incluido en primer lugar la élite interna, e impusieron a sus sucesores, que no por casualidad se desempeñarían durante el sexenio alemanista. Eran poderes reales de los cuales el presidente no podía prescindir y que, al final de su mandato, de nuevo serían decisivos para fortalecer la candidatura de Ruiz Cortines, una de las más débiles del priismo tradicional.

[22] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 769.

La influencia de estos hombres fuertes no sólo se había demostrado en sus estados, también fue decisiva para enfrentar la otra muestra de debilidad presidencial de la época, como fueron las significativas oposiciones electorales. Los cacicazgos que sobrevivieron al alemanismo, personalistas o grupales, como el poblano, fueron funcionales al gobierno federal y, en un sentido más amplio, al sistema político. Hicieron de sus estados cotos de poder particular pero no fueron atacados por el gobierno federal hasta que, como sus antecesores o contemporáneos, amenazaron el propio sistema que los había cobijado.

La oposición política y electoral de 1940 a 1952

Los estudios políticos de los años cuarenta y cincuenta si bien reconocen las oposiciones electorales de Almazán, Padilla y Henríquez Guzmán como críticas para el sistema, también las han considerado como demostraciones del poder presidencial que logró detenerlas, incluso mediante el fraude, sin altos costos políticos.[23] No obstante, pueden considerarse como muestras claras de que el sistema y en concreto el presidente no tenían todo el control del proceso sucesorio que demandaba, como condición básica, no el control de los recursos institucionales sino la autoridad sobre una élite política disciplinada. Las tres sucesiones, si bien, como lo señala Cosío Villegas, muestran una creciente centralización del poder, no muestran necesariamente control de la élite.

La oposición que se presentó en las tres coyunturas sucesorias revela, tanto en el perfil de los participantes como en los medios empleados y sus bases de apoyo, cambios profundos en la modernización de la política nacional. Ninguno de los tres, Almazán, Padilla o Henríquez Guzmán, eran caudillos con bases de apoyo local y ni siquiera políticos de largas trayectorias públicas, capaces de construirse grupos propios y ejercer sobre ellos autoridad real. Juan Andrew Almazán era el último de los generales de la Revolución con real ascendencia en el ejército por su trayectoria armada. Aun-

[23] El mejor ejemplo de esta interpretación es el libro de Cosío Villegas, *La sucesión…*

que de trayectoria revolucionaria cuestionable (huertista, opositor de Madero y Carranza, obregonista y, al final, anticallista, lo que lo llevó al principio a apoyar a Cárdenas en 1934 y 1935), Almazán había ganado la indulgencia de los sonorenses al combatir a los delahuertistas y en especial el escobarismo en 1929.[24] Gracias a ese acierto político, Almazán se desempeñó como jefe de Operaciones Militares y comandante de zonas militares, en especial de 1924 a 1934 en Monterrey, Nuevo León, donde aprovechó todo el poder y los recursos a su alcance para convertirse en un exitoso empresario en bienes raíces.

Con todo, su verdadera fuente de riqueza llegó en 1930 cuando el callismo lo hizo secretario de Comunicaciones y Obras Públicas en el gobierno de Pascual Ortiz Rubio. Como ha sido ampliamente documentado, Almazán no sólo utilizó los recursos humanos y materiales de la secretaría para su propia empresa constructora, sino que en su doble calidad de secretario y propietario se adjudicó contratos millonarios del gobierno federal.[25] Tales prácticas de corrupción no eran desconocidas para nadie y menos para el presidente y los líderes de la época, pues al fundar el emporio inmobiliario que lo haría millonario hasta su muerte, la empresa fraccionadora en Acapulco, convenció al mismo presidente Ortiz Rubio y a los generales Joaquín Amaro y Lázaro Cárdenas de asociarse al proyecto.[26] Los conflictos políticos del maximato en ese gobierno llevaron a que los socios fueran abandonando la sociedad. Aun así, Almazán siguió disfrutando del apoyo gubernamental, en especial durante el cardenismo, cuando le regresaron empresas y contratos con el propósito de mantenerlo fuera de la política. No habría que olvidar que el apoyo de Almazán fue central en el ascenso de Cárdenas, cuando se opuso junto con Cedillo a las pretensiones de Pérez Tre-

[24] Luis Medina, *Del cardenismo...*, p. 98, y Mario Ramírez Rancaño, "Juan Andrew...", pp. 238-239.

[25] Mario Ramírez Rancaño, *ibid.*, pp. 240-250. La ética nunca fue un principio de comportamiento personal de Almazán, pues en 1929, tras derrotar a Escobar, se apoderó de la mina de plata que pertenecía a Marcelo Caraveo, gobernador de Chihuahua, amigo de Almazán pero también del derrotado Escobar. Almazán la conservó durante un tiempo e incluso pretendió legalizar su apropiación años después, sin éxito. *Ibid.*, pp. 144-145.

[26] *Ibid.*, p. 252.

viño. Cárdenas siempre lo consideró un aliado temporal porque nunca ignoró que tenía pretensiones presidenciales.[27]

Sin apoyo político real en organizaciones o poderes locales y por entonces solamente con su investidura militar, Almazán desafió a Cárdenas y a las instituciones de la época con un movimiento opositor de gran envergadura que puso en riesgo la elección de Ávila Camacho. Como ha sido documentado, Cárdenas intentó personalmente y mediante el partido, que Almazán mantuviera su candidatura dentro del PRM, al igual que Múgica, que reconociera el procedimiento interno para seleccionar al candidato, de tal manera que aceptara al final a Ávila Camacho y se retirara. Cárdenas esperaba que, como lo hizo Múgica, Almazán se sometiera a su autoridad institucional. No sólo no lo hizo sino que fundó un partido político (Partido Revolucionario de Unificación Nacional), desarrolló una activa campaña política y enfrentó las elecciones con gran ventaja.[28]

Ezequiel Padilla emprendió en 1946 un camino similar al no reconocer el mando presidencial. La característica distintiva de Padilla es que, al igual que el candidato triunfador Alemán, no tenía carrera militar alguna, era abogado, formado en la Universidad Nacional y la Escuela Libre de Derecho, con estudios en Estados Unidos y Francia. Aunque sin participación armada, Padilla, como Almazán, había tenido una dudosa filiación revolucionaria: huertista, villista, maderista y finalmente callista. Pero a cambio, Padilla tenía una sólida carrera política y administrativa: diputado federal en tres ocasiones (1922-1924, 1924-1926, 1932-1934), senador de la República (de 1934 a 1940, y de nuevo en 1964, durante el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz), procurador General de Justicia en 1928, secretario de Educación Pública con Emilio Portes Gil (1928-1930) y embajador en Hungría e Italia (1930-1932).

Su fidelidad al callismo y al cardenismo estaba fuera de duda, pues como procurador de la República, Padilla se había encargado nada menos que del juicio de León Toral, tras el asesinato de Obregón y cuando Calles estaba agobiado por las sospechas de haber fraguado el asesinato. Como diputado y senador con Cárdenas había tenido

[27] *Ibid.*, pp. 261-271, y Alicia Hernández, *op. cit.*, pp. 114-115.

[28] Luis Medina, *Del cardenismo...*, p. 117 y ss, y Ariel José Contreras, *op. cit.*, pp. 133-135.

destacadas intervenciones para definir el carácter socialista de la educación que tanto interesaba al general.[29] Pero como senador prestaría uno de los apoyos más activos al régimen pues no sólo formó parte del grupo inicial de senadores, encabezados por Santos, que apoyaron a Ávila Camacho, sino que se convirtió en orador frecuente en la campaña oficial contra Almazán. Más aún, Padilla fue, junto con José Aguilar y Maya, autor de varios de los discursos que Ávila Camacho pronunciaría en su campaña.[30] Padilla había demostrado, sin lugar a dudas, su fidelidad al régimen y por ello llegaría por méritos propios al gabinete de Ávila Camacho, al frente de una secretaría, la de Relaciones Exteriores, que cobraría una notoriedad inesperada por la guerra mundial. Si bien los analistas coinciden en que Padilla sostuvo su candidatura más con el respaldo del gobierno estadounidense que con apoyos internos,[31] lo cierto es que tampoco reconoció la autoridad del presidente y desafió en el terreno electoral al partido oficial (que, significativamente, ya era el actual PRI), a pesar de ser uno de los miembros más distinguidos de la élite política.

Si en los casos de Almazán y Padilla fue determinante su ambición política y sus apoyos económicos y diplomáticos para enfrentar a la élite nacional, en el de Miguel Henríquez Guzmán es posible identificar una firme convicción política e ideológica que, quizá por ello mismo, fue determinante para que su disidencia fuera la más organizada y peligrosa de las tres oposiciones históricas. Henríquez Guzmán sí fue un militar destacado, que participó en la Revolución desde 1914 sin contradicciones ideológicas, como Almazán. Militar de carrera, egresado del Colegio Militar, llegaría a ser jefe del Estado Mayor de Lázaro Cárdenas en 1929, en Michoacán, y desde entonces no sólo cultivaría su amistad y reforzaría sus afinidades políticas, sino que se mantendría fiel al ejército como comandante de zonas militares, de manera ininterrumpida desde 1936. En 1938 demostraría su fidelidad al cardenismo sin lugar a dudas al combatir la fallida rebelión de Cedillo y darle muerte.[32] Henríquez

[29] Luis Medina, *Civilismo...*, pp. 44-61, PRI, *Historia documental del partido de la Revolución*, tomo 3, México, ICAP, 1981, pp. 101-260.

[30] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, pp. 656-666.

[31] Daniel Cosío Villegas, *La sucesión...*, p. 110, y Luis Medina, *Civilismo...*, p. 44.

[32] Olga Pellicer, "La oposición en México. El caso del henriquismo", *Foro Internacional*, núm. 68, abril-junio de 1977, y Romana Falcón, *op. cit.*

Guzmán nunca desempeñó un cargo político, en las cámaras o el gobierno federal, ni menos construyó un poder propio en alguna entidad en la que desempeñara el mando militar.

De los tres opositores al régimen, Henríquez Guzmán fue el mejor exponente de las divisiones ideológicas de la élite revolucionaria que mantuvieron sus aspiraciones con total respeto a las instituciones políticas. Su pretensión de alcanzar la Presidencia en 1952 no fue sorpresiva porque ya en 1946, al finalizar el gobierno de Ávila Camacho y todavía con un puesto militar, Henríquez Guzmán buscó la candidatura e incluso fundó el partido político que seis años más tarde lo postularía.[33] Su presencia política no se explica por las bases regionales sino porque durante el avilacamachismo Henríquez Guzmán personificó el cardenismo y los valores supuestamente reales de la Revolución, ante lo que desde 1940 fue considerado la rectificación política y la conversión a la derecha de los gobiernos federales. La oposición de Henríquez Guzmán no era simple ambición, sino la batalla por imponer un rumbo ideológico y un programa político que tenía sus orígenes en el proceso revolucionario mismo. Un elemento central que explica por qué en 1952 Henríquez Guzmán consiguió materializar su candidatura, se encuentra en el hecho de que el alemanismo consolidó, sin lugar a dudas, el conservadurismo en el gobierno federal, y porque definió al cardenismo como su único contrapeso en la élite gobernante. Sin la posibilidad de que Cárdenas fuera un dirigente opositor, debido a su calidad de ex mandatario y, sobre todo, por haber terminado con el callismo, el mejor expositor del proyecto sería su seguidor Henríquez Guzmán.

Las bases del henriquismo fueron institucionales. Contaría con gobernadores y ex gobernadores (significativamente García Barragán, uno de los primeros mandatarios retirados por el alemanismo) y con múltiples cardenistas que aún controlaban o tenían influencia en las organizaciones sociales, en especial campesinas, lo

[33] Henríquez Guzmán comparte con Almazán su doble personalidad de político y empresario, también en la muy redituable construcción de carreteras financiadas por el gobierno federal. La empresa, particularmente exitosa, la integraban los hermanos Jorge y Miguel, y también Dámaso Cárdenas, hermano del ex general y presidente, lo que añadía más motivos para fortalecer las relaciones en torno del cardenismo. Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 704, Luis Medina, *Civilismo...*, p. 60.

que indicaba, otra vez, que ni el partido controlaba totalmente las organizaciones de masas, ni el presidente Alemán, que había llevado la centralización política a su mayor profundidad en esa época, había logrado imponer su autoridad a la élite política. Henríquez Guzmán, al igual que sus antecesores, también fundaría un partido político, desarrollaría una amplia campaña electoral y, sostenido por su proyecto cardenista, lograría un grado de organización y penetración electoral que amenazaría seriamente al PRI y a su candidato.

Los cambios institucionales

Las personalidades y trayectorias de los tres opositores revelan cambios importantes en la competencia política. La primera, y acaso más obvia, es que se trata de miembros destacados de la misma élite triunfadora que, sin embargo, todavía a principios de los años cincuenta no tiene claramente definido su perfil, pero que ya ha restringido a los participantes, pues se trata de personalidades que contribuyeron activamente a la formación del sistema posrevolucionario. Se trata de políticos que comparten, en esencia, los valores y principios del sistema, lo que incluye el reconocimiento del partido oficial y las reglas de competencia interna. La variable crítica radica en que no aceptan que el presidente decida al sucesor y, por ende, no aceptan la regla básica de que el mandatario en turno sea también la autoridad reconocida de la élite. Es una disidencia en cuanto al procedimiento y al liderazgo presidencial.

Representan una expresión moderna y avanzada respecto de las décadas anteriores. Las tres oposiciones no reflejan poderes locales, no se trata de caudillos u hombres fuertes que movilicen fuerzas propias, como fueron las constantes en los enfrentamientos durante los años treinta. Los tres candidatos aceptaron competir y, acaso éste haya sido el más valioso principio político en la búsqueda de la candidatura, porque aceptaron que sus nombres fueran públicamente discutidos al lado de los cada vez más evidentes oficiales. Todos expusieron sus aspiraciones en los cauces para entonces institucionales que, en principio, eran los establecidos por el partido oficial. Los tres, incluido Almazán, que nunca se declaró miem-

bro activo del partido, buscaron la candidatura oficial. No recurrieron a la violencia ni menos a las rebeliones para ganar el poder. La competencia se dio, primero, dentro del partido y la élite, y si bien era cuestionada, por lo menos al principio se buscaba si no el apoyo directo, sí al menos la tolerancia del presidente de la República en el proceso. No fue hasta que el partido oficial los expulsara, cuando cada uno fundara su propia organización, pero no para asaltar el poder sino para participar en las elecciones.

Sin pasar por alto las fallas del sistema electoral de la época ni menos aún las arbitrariedades cometidas por el gobierno en esos procesos que, sin duda, influyeron en los resultados favorables al oficialismo, las tres oposiciones revelan una significativa evolución en la política nacional, todavía más importante porque tiene lugar unas décadas después del pasado más violento del país. Las tres oposiciones tienen tres etapas claras en su comportamiento: la competencia interna hasta convencerse de la voluntad presidencial hacia su candidato; la creación de partidos de oposición que compiten electoralmente contra el oficial, y la aceptación posterior de los resultados, no sin movilizaciones de protesta pero que no consiguen ni cambiar los resultados ni sobrevivir como oposición organizada. La competencia muestra un avance institucional que fortalecería al sistema y a la postre, el liderazgo presidencial.

Desde luego que los partidos fundados por Almazán (Partido Revolucionario de Unificación Nacional), Padilla (Demócrata Mexicano), y por Henríquez Guzmán (Federación de Partidos del Pueblo Mexicano) son los más importantes por su desempeño en las coyunturas sucesorias, pero lo relevante es que no fueron los únicos que se fundaron, no sólo como oposición abierta al partido oficial (lo que expresaría sin duda el nacimiento del Partido Acción Nacional, el PAN, en 1939), sino como disidencia de la élite en formación. En 1939 no sólo fue fundado el PAN, sino que también surgieron siete partidos más que intentaron reunir militantes y postular candidatos. Se trata de los partidos Frente Nacional de Profesionistas e Intelectuales, de Leónidas Andrew Almazán; Frente Universitario de México; Comité Revolucionario de Reconstrucción Nacional, de Gilberto Valenzuela; Partido Revolucionario Anticomunista, de Manuel Pérez Treviño; Centro Unificador de la Re-

volución; Frente Constituyente Democrático Mexicano, de Marcelo Caraveo, y Partido Revolucionario Antifascista.[34]

En 1945 se repetiría el proceso, aunque esta vez sólo figurarían dos partidos, el Nacional Constitucionalista, que postularía al general Agustín Castro, último secretario de la Defensa Nacional con Cárdenas, después de la renuncia de Ávila Camacho para buscar la candidatura del PRM, y el Reivindicador Popular Revolucionario, dirigido por el general Enrique E. Calderón.[35] Pero en 1951 el alemanismo y el cardenismo provocarían una mayor agitación que estimularía el nacimiento de varias organizaciones: el Partido Constitucionalista, de Heriberto Jara y Francisco J. Múgica; de la Revolución, de Cándido Aguilar; de Liberación Económica, y el Centro Nacional de Auscultación Revolucionaria, formado por Melchor Ortega, Salvador Azuela, Gilberto Valenzuela y Herminio Ahumada.[36]

Todos desaparecerían y la gran mayoría ni siquiera pudo llegar a la jornada electoral correspondiente, lo que indica su poca presencia y reconocimiento político, pero en contraste revela una fuerte tendencia a la competencia política institucional, todavía más interesante porque las organizaciones fueron creadas por reconocidos políticos y generales que formaban parte de la élite en formación, pero que no reconocían al partido oficial como canal de participación, ni mucho menos al presidente como autoridad para seleccionar al candidato a sucederlo. La élite no estaba unificada ni era disciplinada y aunque disentía abiertamente del liderazgo político en la sucesión presidencial, no lo hacía mediante la violencia sino con partidos y en los comicios, la mayor expresión de civilidad política.

Pero este avance de la modernización política planteaba un enorme desafío al partido oficial porque implicaba el convencimiento popular, especialmente difícil en 1940 y 1952, y capacidad para controlar casillas, contar y manipular votos en todo el país. Como fue evidente en las tres jornadas, pero en particular con Almazán y Henríquez Guzmán, el PRM-PRI no contaba con la organización suficiente para hacer grandes campañas, promover a sus candidatos y sus propuestas y, so-

[34] Luis Medina, *Del cardenismo...*, pp. 101-104.
[35] Luis Medina, *Civilismo...*, p. 85.
[36] Daniel Cosío Villegas, *La sucesión...*, pp. 122-123.

bre todo, contener a sus opositores. Las sucesiones presidenciales fueron los momentos críticos en los que el poder federal mostraba su mayor debilidad y su necesidad de los poderes locales. La coyuntura más importante del sistema político, que paradójicamente se consideraba como la mayor muestra de control, centralización y poder presidencial fue, por el contrario, por lo menos hasta los años sesenta, la muestra de cómo los poderes locales eran funcionales al sistema, a pesar de sus resabios tradicionalistas.

Aunque el partido oficial ya había incorporado a las grandes organizaciones sociales, estaba lejos de imponerles su voluntad, como quedó claro en 1939, cuando las dos principales centrales estuvieron a punto de inclinarse por Múgica. Si en el proceso de selección del candidato el Ejecutivo no pudo confiar en las corporaciones, tampoco podía hacerlo en las campañas y en la jornada electoral. La organización de casillas, vigilancia de urnas y contabilización del voto eran vitales, en especial en 1940 con la muy laxa ley electoral de 1918, que dejaba el control general de los comicios en las autoridades estatales y municipales, cotos del caciquismo más tradicional, y el control de las casillas en manos de los primeros ciudadanos que llegaran a instalarla, lo que permitía el asalto y el fraude.[37] Pero las campañas también fueron relevantes porque no sólo había que, hipotéticamente, convencer a los electores, sino sobre todo amedrentar y desanimar a los opositores. Las corporaciones no serían útiles en esta tarea sino al menos dos décadas más tarde, cuando el partido oficial realmente extendiera su poder en todo el país mediante una estructura interna eficiente, lo que, dicho sea de paso, comenzaría con su última transformación, en PRI, a fines del gobierno de Ávila Camacho y como paso previo a la candidatura alemanista.

La violencia que se registró en 1940 y la participación decisiva de los hombres fuertes demostraron no sólo la falta de instituciones electorales sino la incapacidad del gobierno federal y del partido del Estado para controlar la competencia. Una medida inmediata fue la reforma electoral de 1943 que sentó las bases de la organización de los comicios al establecer sus primeras normas jurídicas pero también, y quizá lo más importante, porque responsabilizaba

[37] Luis Medina, *Civilismo...*, pp. 61-62.

al gobierno federal de su aplicación, control y vigilancia. La reforma, como muchas otras, introducía certeza jurídica e institucional, pero también era una medida más en el proceso de centralización política en el Ejecutivo federal. La certidumbre que se creaba estaría basada desde entonces en la ley, pero sobre todo en que los gobernadores y, en general, las autoridades locales, no tendrían injerencia alguna en los procesos electorales. Centralización y modernización que convertía los comicios en una competencia civilizada pero que no daría al PRM-PRI y al gobierno federal capacidad para controlar efectivamente los procesos en todo el país. De nuevo, requeriría el apoyo local y, por supuesto, de los hombres fuertes que, no obstante, tendrán que adaptarse a las nuevas circunstancias jurídicas e institucionales.[38]

Con partidos opositores cada vez más numerosos, candidatos y campañas en marcha, el partido oficial no era el mejor recurso en el que podía confiar el Ejecutivo federal para ganar las elecciones. En esa tarea fueron los hombres fuertes y los gobernadores quienes asumieron la responsabilidad y, sin duda, la cumplieron cabalmente. Si personajes como Santos, Reynoso, Maximino Ávila Camacho y Rojo Gómez eran importantes porque podían garantizar el control en sus estados, para el PRM-PRI lo eran más porque movilizaban a sus organizaciones para que asistieran a mítines en otras entidades. La narración de las movilizaciones, la presencia de militares y grupos armados locales, así como el asalto de casillas, destrucción de urnas y relleno de otras, enfrentamientos armados, etc., en las elecciones de 1940 y 1946, se encuentran cínicamente narrados por Santos.[39] El potosino rememora los asaltos de 1940, centrados en el Distrito Federal que, él mismo reconoce, estaba perdido para la causa avilacamachista, y en 1946, con una campaña menos intensa en favor de Padilla, Santos concentró sus esfuerzos en San Luis Potosí. Si en 1940 la violencia era tolerada por la ley vigente, en 1946, ya reformada y con un órgano central que regulaba la organización de casillas e incluso obligaba a las autoridades a protegerlas, el trabajo consistió en el robo y relleno de urnas que Santos narra con parti-

[38] Luis Medina, *Evolución electoral en el México contemporáneo*, México, Comisión Federal Electoral, 1978, y Soledad Loaeza, "La reforma política de Manuel Ávila Camacho", *Historia Mexicana*, núm. 249, julio-septiembre de 2013.

[39] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, pp. 643-684 y 848-856.

cular gusto porque fue capaz de pasar impunemente sobre la ley y, sin embargo, aparentar respetarla.[40]

El henriquismo renovaría la preocupación oficial por el alto grado de organización opositora que, además, enarbolaba una bandera tan atractiva como el cardenismo. En 1952 la tarea, si bien ya podía descansar en el PRI y su estructura nacional, contó centralmente con el trabajo de hombres fuertes y gobernadores, funciones que en algunas entidades eran desempeñadas por el mismo personaje, como fue el caso de Gilberto Flores Muñoz en Nayarit. La contención del henriquismo fue más importante que en las dos oposiciones anteriores, porque el movimiento opositor contaba con ex gobernadores reconocidos en sus estados e incluso con algunos caciques con influencia. Si entre los primeros se encontraban Marcelino García Barragán en Jalisco; Juventino Espinoza y Francisco Parra en Nayarit; Juan G. Alvarado en Aguascalientes; Wenceslao Labra en el Estado de México, y Bartolomé Vargas Lugo en Hidalgo, entre los segundos figuraban Gonzalo Bautista de Puebla y Pánfilo Natera de Zacatecas.[41] Todos eran políticos con un respetable grado de influencia en estados y regiones amplias, que además se alimentaban de agravios nacionales (García Barragán, claramente), pero también locales, como Natera, que arrastraba el disgusto de haber sido desplazado por Reynoso, a quien había protegido e impulsado.

Una influencia tan extendida requería una campaña activa que sólo podía descansar en los poderes locales. Fue así como el gobierno federal confió en personajes como Flores Muñoz, que se encargó de controlar Nayarit, Jalisco y Colima; Dámaso Cárdenas, Michoacán; Rafael Ávila Camacho, Puebla; Reynoso, Zacatecas, y, por supuesto, el imprescindible Santos en la Huasteca, para enfrentar eficazmente al henriquismo.[42] Más allá de cuántos votos se emitieron realmente a favor de los candidatos oficiales y cuántas oportunidades de manipulación hubo gracias a la legislación y los órganos electorales, lo relevante de los tres episodios es que las campañas, la promoción de los candidatos priistas y el control real de la oposición descansó, esencialmente, en los hombres fuertes y en los go-

[40] *Ibid.*, pp. 853-854.

[41] Elisa Servín, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, México, Cal y Arena, 2001, *passim*.

[42] *Ibid.*, pp. 242-272.

bernadores. Revela colaboración, sin duda, pero también una necesidad operativa del sistema de la época que, pese a todos los avances en la modernización política y la centralización, no contaba todavía con la fortaleza suficiente para manejar sin contratiempos la sucesión presidencial.

No se trata tanto de si el Ejecutivo federal podía vencer a la oposición electoral, cada vez más activa y mejor organizada, sino de los recursos con que contaba para lograrlo. En primer lugar, la sucesión mostraba que el Ejecutivo no podía imponer su decisión a la élite gobernante. Por más que para entonces se le reconociera como principal actor, no era aceptada su voluntad tan fácilmente. No se trataba de la oposición al PRI y al sistema, como fue la que representaba el PAN desde 1939, porque ella sólo reconocía a los comicios y su legislación. Se trataba de miembros distinguidos de la misma élite que controlaban la política, que militaban en el partido oficial y que, por ende, aceptaban las reglas internas de competencia, pero que, al final, no reconocían por completo la autoridad del jefe del Ejecutivo. Si bien la disidencia se producía cuando la voluntad presidencial no los favorecía, lo cierto es que el movimiento que organizaron los líderes reunía a sectores más o menos extensos de la élite. No eran personajes aislados que se opusieran solamente por ambición personal.

La segunda característica es que una vez que la disidencia se materializaba en partidos y movilización, el sistema no era capaz de enfrentarla por los medios institucionales. Ni la legislación ni el partido, con sus organizaciones de masas, eran suficientes para contener la amenaza opositora que, además, jugaba con las reglas establecidas y que, por lo tanto, podía vencer. La actividad política descansaba en los poderes regionales que sobrevivían y que seguían siendo funcionales al sistema. No hay duda de que el poder federal fue imponiéndose a ellos y que no vaciló nunca en eliminarlos cuando su amenaza sobrepasó los límites establecidos, pero nunca se propuso desaparecerlos por completo y, en ese sentido, imponer la modernización política a cualquier poder tradicionalista. Por el contrario, el sistema eliminó a los que se convertían en obstáculos incontrolables pero toleró a todos los que colaboraban en el proyecto nacional, por más arbitrarios que fueran en su ejercicio local. Más aún, el poder federal alentó o impulsó a hombres fuertes que sirvieron para eliminar a los tradicionales.

La colaboración, sin embargo, tenía una variable potencialmente peligrosa porque había clara conciencia de su funcionalidad. Si el Ejecutivo federal reconocía su utilidad, los hombres fuertes estaban seguros de su influencia, de su capacidad para obtener beneficios y de su supervivencia. Durante los años cuarenta y cincuenta colaboraron para imponer a los candidatos oficiales, elegidos por el presidente en turno de entre la élite nacional, reunida en los gabinetes. Pero nada aseguraba que la ambición no subyaciera tras esa colaboración. El poder que habían demostrado, si bien se ejercía por vías cada vez más institucionales y no por la oposición abierta, siempre llevaba implícita su capacidad para aprovecharlas a su favor. Esta oportunidad se presentaría durante el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines, cuando uno de los hombres fuertes menos tradicionales, Gilberto Flores Muñoz, llegara al gabinete presidencial, es decir al segmento seleccionado de la élite elegible, con fuerza propia en su estado, y cuando el otro hombre fuerte que se había convertido en indispensable, Santos, encaminara su apoyo hacia otro secretario de Estado, Ignacio Morones Prieto. Si hasta 1952 los hombres fuertes se habían mantenido al lado del proyecto federal, en 1958 tuvieron la oportunidad de conseguir el poder, y lo más notable fue que lo intentaron siguiendo cuidadosamente las reglas que ellos mismos habían construido.

La sucesión presidencial, tan distintiva del sistema político durante el autoritarismo, no fue controlada en los años treinta por Cárdenas. Como lo demuestra su propia sucesión, el mandatario que impuso las bases del presidencialismo mexicano no logró manejar a su arbitrio la selección de su candidato. Por el contrario, desde el inicio del proceso provocó una división de la élite que daría lugar a una de las disidencias más peligrosas para el sistema. La sucesión pasaría por ajustes sucesivos que, aunque revelan una mayor concentración del poder, no consiguen evitar las disidencias y la oposición. El proceso tuvo un quiebre fundamental en 1958, cuando el presidente Ruiz Cortines impuso un control significativo sobre la élite y se decidió, al final, en favor de su secretario del Trabajo. Sin embargo, esa decisión no fue lograda porque tuviera todo el control de la élite y no hubiera oposición interna. El excesivo control que ejerció Ruiz Cortines y la tortuosa estrategia que siguió para confundir a los precandidatos, marcó la nota distintiva de las suce-

siones priistas siguientes, pero al final de cuentas fue resultado del poder indiscutible de los hombres fuertes que aún existían y que decidieron intentar el ascenso al poder.

En realidad, el control del presidente en turno sobre el proceso se establecería en la sucesión de Adolfo López Mateos en 1964 y, contra toda la historia contada, solamente pudo extenderse hasta 1982, cuando José López Portillo todavía consiguió imponer a su candidato sin cuestionamientos ni disidencias. El liderazgo del presidente y la unidad de la élite política resultarían claramente cuestionados en 1987, cuando la oposición interna fue tan fuerte que no sólo obligó al presidente Miguel de la Madrid a ensayar una tibia competencia interna, sino que provocó la escisión más profunda del PRI, la Corriente Democrática de Cuauhtémoc Cárdenas, que daría origen a la oposición de izquierda más seria en el país. Y, de nuevo, sería una disidencia de la élite, que cuestionaría el procedimiento y al elector, para crear una organización opositora.

III
LA SUCESIÓN Y LOS HOMBRES FUERTES

La historia política nacional ha destacado la sucesión de Adolfo Ruiz Cortines en 1958 como el momento en el que el presidencialismo logró su punto más alto en poder, no tanto como autoridad principal en las tareas de gobierno o de control sobre las instituciones políticas, sino para manejar la sucesión presidencial. El procedimiento empleado por el entonces presidente Ruiz Cortines, de ocultar sus preferencias y su decisión final sobre Adolfo López Mateos, se ha considerado no sólo una muestra de habilidad y astucia política del entonces Ejecutivo, sino el establecimiento de una práctica que sería observaba puntualmente hasta la sucesión de 1987, cuando el presidente De la Madrid se vio obligado a reconocer a los precandidatos y a someterlos a un informal escrutinio partidario.

Más allá de la habilidad y el control tan efectivo que ejerció el presidente saliente, la importancia del proceso radica en las razones por las cuales lo hizo. La sucesión de 1958 estuvo marcada por tres episodios críticos previos que enfrentaron profundas divisiones de la élite política en formación y, sobre todo, que demostraron una grave falla en el liderazgo presidencial, que no fue capaz de controlar ni el surgimiento de los precandidatos ni menos aún la fuerza de las campañas opositoras que, con independencia de las cifras que abrumadoramente favorecieron a los candidatos priistas, revelaron serias y consistente oposiciones. En apariencia, la sucesión de 1958 fue pacífica debido no sólo a la ausencia de una división de la élite que desafiara al priismo, sino que solamente enfrentó a miembros del gabinete de Ruiz Cortines, a ninguno de los cuales, sin embargo, le fue permitido hacer campaña abierta de proselitismo. La apariencia indica que Ruiz Cortines, cualesquiera que hayan sido sus consideraciones y valoraciones, decidió en el momento oportuno el sucesor, sin que los muy conocidos precandidatos hicieran nada significativo para lograrlo.

La idea del "tapado" (como fue llamado por la prensa de la época y gráficamente mostrado por Abel Quezada en sus apreciados cartones) se refiere, principalmente, al hecho de que el presidente elegía al sucesor con toda libertad y a pesar de que hubiera otros aspirantes y, lo más destacado, sin que los no favorecidos hicieran nada en contra. Dicho en otras palabras, el precandidato mostraba que la selección era una facultad exclusiva del presidente en funciones y que las posibilidades se restringían a los miembros del gabinete. Al final, liderazgo presidencial y total disciplina de una élite que lo reconocía sin dudas. En un sentido más amplio, el exitoso procedimiento, más allá de sus limitaciones democráticas, estaría indicando que a mediados del siglo pasado la política mexicana había superado los poderes tradicionales, las prácticas caciquiles y, por fin, había establecido un mecanismo moderno de acuerdo político en la élite gobernante.

La historia es más compleja y muestra tanto la existencia de un sordo conflicto político como la presencia de fuertes poderes caciquiles que amenazaban la autoridad presidencial. A pesar de que Ruiz Cortines tuvo un efectivo control sobre los aspirantes, evitó el proselitismo abierto y, al final, eligió a su sucesor sin provocar nuevas disidencias que desafiaran al priismo, la sucesión estuvo condicionada por activas y, sobre todo, tempranas campañas de varios políticos, dos de los más fuertes, Gilberto Flores Muñoz e Ignacio Morones Prieto, que si bien eran secretarios de Estado contaban con fuertes apoyos caciquiles de otros hombres fuertes como eran Santos y Reynoso, o de ellos mismos, como era el caso de Flores Muñoz. La amenaza principal en 1958 no fue la oposición de viejos revolucionarios, como en 1940 y 1952, o de una simple división de la élite en formación, como en 1946, sino la posibilidad real de que la Presidencia y el poder nacional fueran manejados por los sobrevivientes más fuertes y poderosos del tradicionalismo, como Flores Muñoz, Santos, Reynoso o Morones Prieto.

La sucesión de 1958 no fue, en forma alguna, la inteligente decisión del mandatario sino el enfrentamiento del poder presidencial con los hombres fuertes y los poderes regionales de la época. A esta agria disputa interna responderían los eventos políticos siguientes, marcados por la segunda eliminación de hombres fuertes que López Mateos, ya en la Presidencia, emprendería contra Santos en

San Luis Potosí y Reynoso en Zacatecas, los más peligrosos cacicazgos que sobrevivían en la época. La manera de hacerlo también demostraría una nueva política en el país, pues no sería mediante la desaparición física del hombre fuerte sino por medio del exilio político, combinando esta estrategia nuevamente con la tolerancia, como en el caso de Flores Muñoz. De la misma forma que se procedió en los años treinta con la primera limpieza de caciques, sólo serían eliminados aquellos que por su violencia e intransigencia dejaban de ser funcionales al sistema y se convertían en obstáculos intolerables.

Los servicios al poder

Como se mostró en el capítulo anterior, la influencia de los hombres fuertes había ido en ascenso desde la caída de los caciques tradicionales por su eficiente colaboración en los proyectos presidenciales, particularmente destacada en las sucesiones a partir de 1940. Al mismo tiempo que personajes como Santos, Reynoso y Flores Muñoz desempeñaban cargos institucionales y en esa calidad intervenían de manera activa en la política nacional, habían construido cotos de poder estatal y regional en los que habían asentado su autoridad, directa o indirectamente. Si el alcance de su poder puede documentarse muy bien entre fines de los años treinta y toda la década siguiente, su influencia sería notable y, a la postre, riesgosa durante el gobierno de Ruiz Cortines. Ese poder no se explica tanto por una supuesta debilidad del jefe del Ejecutivo que, como se verá, sí existió, sino por el conjunto de compromisos personales y políticos que Ruiz Cortines estableció a lo largo de su carrera, así como por la delicada coyuntura política que creó Miguel Alemán hacia el final de su mandato y de la cual Ruiz Cortines sería beneficiario último pero, en cierto modo, también, un rehén.[1]

El enorme avance hacia la modernidad que había significado que un civil se convirtiera en presidente y que, con su impulso y deci-

[1] Ariel Rodríguez Kuri también ha señalado la dependencia de Ruiz Cortines de los hombres fuertes de la época, pero lo atribuye a un descontento social que habría afectado al país. "Los años maravillosos: Adolfo Ruiz Cortines", en Wil Fowler (coord.), *Gobernantes mexicanos*, tomo II, México, FCE, 2008, p. 274.

sión, comenzara a formarse una élite profesional en la política y la administración pública, no fue bien recibida ni por los revolucionarios todavía en activo, ni por el mismo ejército que aún consideraba el ejercicio del poder como una facultad histórica y que apoyó al final la candidatura del general Henríquez Guzmán. Si la ruptura en la tradición militar que fue el ascenso de Alemán ya significaba un antecedente difícil de manejar, el propio desempeño de la administración alemanista alimentó las resistencias y creó un ambiente todavía más complicado para la sucesión. El primero y más ostensible daño provino de la extendida corrupción del gobierno de la que se habían beneficiado múltiples funcionarios, encabezados por el mismo presidente;[2] tan extendida y reconocida, que Ruiz Cortines haría de la honestidad administrativa una bandera de su gobierno. El segundo fue su abierta y temprana campaña por la reelección, para la que buscó apoyo lo mismo de sindicatos, del PRI, de ex presidentes, que de los hombres fuertes de la época. El último de sus equivocados cálculos, lo llevó a respaldar a Fernando Casas Alemán, quien además de ser su amigo también era acusado de corrupción, quizá la más relevante de todas por ser el responsable del Distrito Federal y encargado de la mayor cantidad de obras públicas que urbanizaron la capital del país en la época. Si, por un lado, se alimentaron las resistencias al alemanismo, por otro se retrasó la selección del sucesor, que recayó tardía y débilmente en Adolfo Ruiz Cortines.

La campaña reeleccionista comenzaría tan temprano como la mitad del sexenio. El mismo Miguel Alemán lo reconocería, aun-

[2] Las acusaciones de corrupción son amplias pero poco fundamentadas, sin embargo, el mismo Miguel Alemán lo había reconocido nada menos que ante el embajador de Estados Unidos. En abril de 1955, el embajador Francis White informaba que Alemán se había reunido con él para hablar de la sucesión e insistir en su idea de promover la reelección. Reconocía que se le acusaba de ser "*a thief*", lo cual, dice el embajador, lo admitía, pero no le parecía importante porque a cambio había construido carreteras, la Ciudad Universitaria y otras obras. Tan convencido estaba de su valía como mandatario, por encima desde luego de su corrupción, que seguía pensando en que era el mejor candidato a ser reelegido a la Presidencia. National Archives of Washington, Confidential US State Department, Central Files, Mexican International Affairs, Expediente 712.00/4-1455, informe del embajador Francis White a Henry F. Holland, Assistant Secretary of State, 14 de abril de 1955. En lo sucesivo, NAW, seguido del expediente y documento particular.

que no su participación ni menos aún que fuera su principal promotor.[3] A fines de 1949 empezaría lo que Alemán calificaba de rumores, que dejarían de serlo a principios de 1950 cuando Rafael Ortega, diputado y secretario general de la Confederación de Obreros, Campesinos y Empleados de México (COCEM), lo propusiera oficialmente y lo secundaran Luis N. Morones y la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana).[4] Tan fuerte sería la campaña desde su inicio que Cárdenas pronto expresaría su oposición. Ya en noviembre de 1949 declararía a la prensa que no tenía ninguna intención de postularse porque no simpatizaba con la medida.[5]

Ningún político de la época tenía dudas de que el principal promotor de la medida era el propio presidente Alemán. El 11 de julio de 1950 Cárdenas anotaba la visita de un general amigo suyo para informarle que el jefe de Servicios de Seguridad de la Presidencia recababa firmas de militares para respaldar la reelección del presidente.[6] Además de sindicatos y militares, Alemán buscó el apoyo de los hombres fuertes. Rogerio de la Selva, secretario particular del presidente y uno de los políticos más influyentes en el ex mandatario, fue el encargado de convencer a Santos de apoyar la reelección o al menos, la extensión del mandato presidencial, a lo cual se negó el potosino.[7] La presión presidencial fue intensa y llegó incluso a los ex presidentes Cárdenas y Ávila Camacho. A fines de 1950 Ramón Beteta, secretario de Hacienda con Alemán y cercano a Cárdenas, visitó al general para informarle de las intenciones presidenciales. Un año después los enviados serían Adalberto Tejeda y Gonzalo Vázquez Vela, fieles cardenistas, a quienes De la Selva habría encargado explorar el apoyo de Cárdenas a la reelección. Al rechazo de Cárdenas se sumaría el de Ávila Camacho, quien tampoco simpatizaba con la idea.[8] La reacción fue severa, en clara correspondencia con la campaña alemanista, como lo prueba la participación de Santos y sus amigos en contra

[3] Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*, México, Grijalbo, 1987, p. 386.

[4] *Ibid.*, p. 388.

[5] Lázaro Cárdenas, *Apuntes*, tomo II, 1941-1956, México, UNAM, 1986, pp. 378-379.

[6] *Ibid.*, p. 440.

[7] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 862.

[8] Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, pp. 417 y 440, y Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 862.

de Casas Alemán, que para el gobierno obedecía a las instrucciones del mismo Cárdenas.[9]

Alemán desistiría, al menos temporalmente. Cárdenas recibiría la visita de Adolfo Orive Alba, secretario de Recursos Hidráulicos, en septiembre de 1951, para informarle que Ruiz Cortines sería el candidato y que Miguel Alemán sólo insistiría en prolongar su mandato si la inminente guerra de Corea afectaba a México, pero que propondría la reelección de ex presidentes en el sexenio siguiente para que pudiera regresar.[10] Como se verá más adelante, cumpliría la advertencia a mediados de la administración de Ruiz Cortines, sin éxito alguno, lo que lo llevaría a intentar influir en la sucesión de 1958. Alemán, en forma paralela a sus intentos reeleccionistas, promovió la postulación de su amigo y entonces regente de la Ciudad de México, Casas Alemán. La relación entre ellos era estrecha y se remontaba no sólo al origen veracruzano de ambos, sino a haber compartido trayectorias estudiantiles y profesionales.

En la política hubo múltiples contactos que estrecharon más sus compromisos y ya en el ascenso de Miguel Alemán, Casas estuvo a su lado. Cuando Alemán logró la gubernatura de Veracruz, Casas fue designado secretario General de Gobierno y lo sucedió, hasta terminar el periodo, cuando Alemán partió a coordinar la campaña presidencial de Ávila Camacho, y finalmente se integró a su gabinete como secretario de Gobernación. En 1940 Alemán lo nombró subsecretario de Gobernación y cuando fue postulado candidato a la Presidencia, Casas se convirtió en jefe de su campaña. En el gobierno de Alemán, Casas fue jefe del Departamento del Distrito Federal y principal objeto de las acusaciones de la extendida corrupción que caracterizó a esa administración y que tuvo como su origen el crecimiento económico y comercial en la Ciudad de México.

El apoyo presidencial a Casas Alemán fue evidente cuando comenzó la sucesión no sólo porque fue promovido por el entonces presidente del PRI en el Distrito Federal, César Cervantes, sino porque se inició en un acto oficial del regente Casas en el que estuvo presente el presidente Alemán.[11] El tácito apoyo del mandatario

[9] AGN, DFS, GNS, informe del 15 de junio de 1953.

[10] Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 441.

[11] Miguel Osorio Marbán, *El poder*, México, Fundación Miguel Alemán, 1989, p. 222.

convenció a muchos, en especial a diputados y senadores, de que Casas contaba con importantes ventajas. Más todavía porque el ex presidente Ávila Camacho, como simpatizante del regente, trató de convencer a Santos y Flores Muñoz, este último por entonces gobernador de Nayarit.[12] El respaldo de Ávila Camacho a Casas se mantendría hasta el último momento, incluso, como se verá después, cuando Ruiz Cortines ya era el candidato del PRI. Las protestas fueron inmediatas y, de acuerdo con el testimonio de Osorio Marbán, motivaron una visita a Los Pinos de Santos, Reynoso, González Gallo y Gonzalo Bautista, por entonces hombres fuertes de San Luis Potosí, Zacatecas, Jalisco y Puebla, para expresarle al presidente su oposición a que Casas Alemán fuera postulado a la Presidencia.[13] Al final, Miguel Alemán tuvo que renunciar a su proyecto pero el tiempo transcurrido, primero en sus intentos por reelegirse y luego en su apoyo a Casas Alemán, ofreció una valiosa oportunidad para que Henríquez Guzmán iniciara su campaña con anticipación y en medio del creciente desprestigio del alemanismo. Ya en julio de 1950, en plena campaña reeleccionista de Alemán, Henríquez Guzmán anunciaría su postulación en una entrevista con el presidente, de la que Cárdenas sería puntualmente informado por Luis I. Rodríguez. Un mes después aparecería el manifiesto henriquista y con él el comienzo de la campaña formal.[14]

La postulación de Ruiz Cortines tuvo lugar el 9 de octubre de 1951, lo que indica que Miguel Alemán conservó sus expectativas hasta el último momento. Con independencia de las razones que llevaron a Alemán a inclinarse por Ruiz Cortines, lo cierto es que no era la verdadera opción del presidente. Más aún, la relación entre ambos, a pesar de ser cercana, no mostraba mucha confianza por parte de Alemán. El inicio de la relación fue tardío, en buena medida debido a la obvia diferencia de edad entre ambos políticos. Todo indica que el contacto de Ruiz Cortines, no sólo con Miguel

[12] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 887.

[13] Miguel Osorio Marbán, *op. cit.*, p. 223. Cárdenas anota en sus *Apuntes* que Casas Alemán lo visitó para conversar sobre la sucesión y compartirle sus opiniones sobre los problemas del país. La entrevista tuvo lugar en mayo de 1951, entre las visitas de Beteta y Tejeda con Vázquez Vela, lo que indica que Miguel Alemán mantenía las dos opciones al mismo tiempo. *Apuntes…*, p. 433.

[14] Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 401.

Alemán sino con Lázaro Cárdenas, se debió a los oficios de Dámaso Cárdenas, hermano del general y amigo del padre de Alemán. Fue Dámaso quien logró que el presidente Cárdenas recomendara a Ruiz Cortines con su jefe del Distrito Federal, Cosme Hinojosa. La recomendación no fue para nada desinteresada pues Dámaso Cárdenas ya era contratista del DDF y Ruiz Cortines fue nombrado oficial mayor, el puesto central para facilitar los contratos.[15]

Ya en ese cargo y con la ayuda de Dámaso Cárdenas, Ruiz Cortines llegaría con Miguel Alemán, para entonces magistrado en el Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal.[16] A partir de entonces la relación entre los veracruzanos se estrecharía, pero siempre en un plano secundario, siempre atrás de Casas Alemán. Durante la gubernatura de Miguel Alemán, Ruiz Cortines sería diputado mientras Casas era secretario General de Gobierno, segundo al mando de la política del estado. Cuando Alemán dejó la gubernatura para coordinar la campaña de Ávila Camacho, Casas lo relevaría en el estado y Ruiz Cortines acompañaría a Alemán como tesorero en la campaña presidencial. Al concluirla, Casas designaría a Ruiz Cortines secretario General de Gobierno en el estado de Veracruz, es decir, su subordinado, posición dependiente que se mantendría durante los cuatro primeros años del gobierno de Ávila Camacho, pues como secretario de Gobernación Miguel Alemán designaría a Casas subsecretario del ramo y a Ruiz Cortines oficial mayor.

La suerte comenzaría a sonreírle en 1944 cuando se convirtió en gobernador de Veracruz y en 1948 en coordinador de la campaña presidencial de Alemán. De todas formas, Ruiz Cortines tuvo muestras de que no gozaba de la total confianza de Alemán porque al asumir la Presidencia éste designó en Gobernación a su amigo Héctor Pérez Martínez y a Casas jefe del Departamento del Distrito Federal. Ruiz Cortines tuvo que regresar a Veracruz y sólo el azar hizo que llegara a Gobernación en 1948, tras la muerte sorpresiva de Pé-

[15] Miguel Alemán Velasco, *No siembro para mí. Biografía de Adolfo Ruiz Cortines*, México, Diana, 1998, pp. 172-173.

[16] *Ibid.*, p. 177. Otra fuente señala que fue Fernando López Arias quien los relacionó, pero no es clara la vinculación previa de Ruiz Cortines con López Arias. Juan José Rodríguez Prats, *El poder presidencial, Adolfo Ruiz Cortines*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1992, p. 67.

rez Martínez. Incluso su nombramiento dejó una sombra de duda pues tuvo lugar cinco meses después del fallecimiento, tiempo en el cual Ernesto P. Uruchurtu, subsecretario del ramo, se hizo cargo del despacho.[17] Hábil y disciplinado, Ruiz Cortines manejaría la política eficazmente durante el alemanismo. No hay duda de que ese desempeño sería un factor importante para que Miguel Alemán, tras el fracaso de su reelección y el rechazo a su candidato, se inclinara por Ruiz Cortines, apremiado por los tiempos políticos y el avance del henriquismo. La decisión, sin embargo, no fue bien recibida y requirió apoyos importantes.

De nuevo, los hombres fuertes fueron determinantes en esa coyuntura. Debido a su influencia indiscutible pero también por la tardanza en la postulación que hizo de Ruiz Cortines un candidato debilitado, Miguel Alemán buscó la ayuda de Santos, Reynoso y Flores Muñoz para sostenerla.[18] La versión fue confirmada por Orive Alba a Cárdenas en septiembre de 1951 al informarle que los tres políticos se habían reunido con Ávila Camacho, quien insistía en apoyar a Casas Alemán, para convencerlo y que, al final, lograron sumarlo a la causa de Ruiz Cortines. También le dijo que ésa fue solamente una de las varias reuniones que los tres han tenido con diversos políticos con el mismo fin.[19] El apoyo más abierto provino del bloque de gobernadores, por entonces presidido por Gilberto Flores Muñoz, y promovido por Santos, que se reunió días antes de conocerse el candidato, para respaldar a Ruiz Cortines.[20] Si bien Miguel Alemán había buscado la intervención de los hombres fuertes, no era la primera vez que lo hacían con Ruiz Cortines y tampoco era una relación reciente. Quizá uno de los factores que más influyó en la abierta y relevante influencia que ellos tuvieron durante la administración de Ruiz Cortines, que a la postre amenazó la mis-

[17] La duda la expone con claridad Miguel Alemán hijo, quien no logra explicarse por qué su padre tardó tanto en designar al sucesor. Miguel Alemán Velasco, *op. cit.*, p. 214. Fernando Román Lugo, amigo de Ruiz Cortines, confirma la relación difícil entre él y Miguel Alemán precisamente en esa coyuntura, pues afirma que Ruiz Cortines fue designado secretario por recomendación de Ávila Camacho, no por el deseo del presidente. Entrevista con Enrique Krauze, *La presidencia imperial*, México, Tusquets, 1997, p. 182.

[18] AGN, DFS, GNS, informe del 15 de junio de 1953.

[19] Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 441.

[20] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 886.

ma sucesión de 1958, fuera la relación personal que el veracruzano mantuvo con los tres y principalmente con Santos y Flores Muñoz.

Ruiz Cortines tuvo una modesta intervención en la Revolución y como la historiografía oficial ha subrayado, su intervención más destacada fue la de custodiar en 1920 el tren que transportaba el dinero de Carranza a la Ciudad de México; Ruiz Cortines llegó allí gracias a ser colaborador del general Jacinto P. Treviño, jefe del Estado Mayor de Carranza. Más tarde, cuando Treviño fuera secretario de Industria y Comercio con De la Huerta, Ruiz Cortines sería su secretario particular. La relación entre ellos llegaría a ser más estrecha porque Ruiz Cortines cortejaría y lograría casarse con la cuñada de Treviño, de tal manera que se convertirían en familiares. La relación tiene sentido en esta historia porque el jefe del Estado Mayor de Treviño en los años veinte era nada menos que Gonzalo N. Santos.[21] Ruiz Cortines y Santos empezarían entonces una estrecha y cada vez más comprometida relación personal.

Santos, como ya se explicó en páginas anteriores, fue construyendo su poder en San Luis Potosí gracias a sus vínculos con Obregón y Calles, mientras que Ruiz Cortines apenas lograba vincularse a la administración pública federal. En 1944, cuando Ruiz Cortines era oficial mayor en la Secretaría de Gobernación, Santos era gobernador de su estado, en plena cúspide de su poder local. A fines de ese año, Ruiz Cortines se convertiría en gobernador de Veracruz y con ese motivo establecería el primero de sus compromisos políticos con el hombre fuerte de San Luis Potosí, porque tendría que recurrir a él para lograr la anuencia de Maximino Ávila Camacho y luego su apoyo en la campaña. A mediados del avilacamachismo, Maximino tenía fuertes aspiraciones presidenciales y reconocía a Miguel Alemán como su principal adversario. En 1944 Maximino rechazaría a Ruiz Cortines como gobernador de Veracruz porque claramente advertía el movimiento como un avance de Alemán en la sucesión. Sería el mismo Alemán quien le pediría a Santos conseguir la anuencia de Maximino, por entonces indiscutible hombre fuerte de Puebla.[22]

[21] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, pp. 703, 883-884, y Juan José Rodríguez Prats, *op. cit.*, p. 53.

[22] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 823.

Después de conseguirlo, Ruiz Cortines le pediría su apoyo para desarrollar su campaña por la gubernatura debido a la fuerte influencia de Santos en las huastecas. Sería él quien convencería a los caciques locales, de San Luis Potosí, Tamaulipas y Veracruz, de proporcionarle armas y escoltas, así como asistencia a los mítines del candidato.[23] Desde luego, tuvo un costo importante: Santos, como presidente del bloque de gobernadores, hizo secretario de organización al recién elegido mandatario de Veracruz.[24] El bloque fue importante en la política nacional no sólo por el apoyo que brindó al presidente Ávila Camacho y más tarde al candidato Alemán, sino porque reunía a importantes hombres fuertes locales: Reynoso era gobernador de Zacatecas; Fabela del Estado de México, y a partir de 1946 Flores Muñoz de Nayarit. Santos dejaría la gubernatura en 1949 y hasta entonces mantendría el control del bloque de gobernadores, en el que sería relevado por Flores Muñoz. Desde luego que Ruiz Cortines fortalecería su posición política pero en esa coyuntura sería un gobernador más, sometido al control de Santos.

La relación se fortalecería entre ambos personajes al convertirse Ruiz Cortines en titular de Gobernación, pues Santos todavía continuaría al frente del gobierno potosino hasta la mitad del sexenio alemanista. Como lo reconocería Santos, su trato con Ruiz Cortines sería un factor determinante para asegurar su poder local al conseguir el apoyo del titular de Gobernación para imponer como mandatario sucesor a Ismael Salas, su subordinado.[25] Su influencia sería amplia, pues según sus recuerdos, también lograría intervenir en la sucesión de Nuevo León, a fines de 1949, para conseguir que su amigo Morones Prieto se convirtiera en gobernador.[26] No fue para nada sorprendente que en una coyuntura crítica como la sucesión de 1952, agravada por el desprestigio alemanista, asediada por el henriquismo, Ruiz Cortines tuviera, de nuevo, que recurrir a sus amigos Santos, Flores Muñoz y Reynoso. Compromisos políticos, pero sobre todo reconocimiento de poder.

[23] *Ibid.*, pp. 824-826.
[24] *Ibid.*, p. 826.
[25] *Ibid.*, pp. 869 y 875.
[26] *Ibid.*, p. 877.

La antesala del poder

Ruiz Cortines no podía tener dudas del poder de Santos pero tampoco de sus aspiraciones políticas. Para 1952 el hombre fuerte de San Luis Potosí había prestado varios servicios al sistema y con Ruiz Cortines advirtió la posibilidad de conseguir un puesto en el gabinete. De hecho, era una aspiración que ya había estado presente seis años atrás cuando, al decir de Santos, el candidato Miguel Alemán le prometió un cargo relevante que, sin embargo, no se hizo realidad.[27] Con Ruiz Cortines, a quien había ayudado frecuentemente y con quien, a diferencia de Alemán, mantenía una relación personal añeja, consideró que era realmente posible. Con el cinismo que lo caracteriza, Santos reconoce que respaldó su candidatura no sólo por su fidelidad al presidente sino porque quería cobrarle el apoyo a Ruiz Cortines cuando llegara al poder.[28]

Tan claro fue el propósito que Ruiz Cortines lo reconoció tempranamente y desde la misma campaña intentó controlar al hombre fuerte. La primera medida fue nombrar a Gilberto Flores Muñoz coordinador de su campaña, otra expectativa de Santos que daba por segura.[29] Hábil decisión de Ruiz Cortines porque si bien Flores Muñoz era amigo de Santos y en más de una ocasión reconoció su ayuda en sus primeros años en la política, para entonces contaba con un capital propio y además era amigo del candidato. Como se verá en las páginas siguientes, Ruiz Cortines alimentó la figura de Flores Muñoz deliberadamente como una forma de debilitar la influencia de Santos en el proceso sucesorio. La segunda medida, decidida por Ruiz Cortines pero puesta en práctica por el PRI, presidido por Rodolfo Sánchez Taboada y con López Mateos como secretario general, fue seleccionar a algunos candidatos de San Luis Potosí a las cámaras federales de entre los grupos opositores a Santos. Aunque el éxito fue limitado, dada la influencia indiscutible del hombre fuerte, la decisión disgustó seriamente a Santos.[30]

Las previsiones continuaron con dos medidas que el mismo Santos reconoce no haber advertido a tiempo como parte de un plan pre-

[27] *Ibid.*, p. 886.
[28] *Ibid.*, p. 889.
[29] AGN, DFS, GNS, informe del 15 de junio de 1953.
[30] *Idem.*

sidencial. En 1952, Morones Prieto estaba a la mitad de su periodo como gobernador de Nuevo León. Si bien Morones era oriundo del estado, había pasado la mayor parte de su vida política en San Luis Potosí, al amparo siempre de Cedillo y luego de Santos. En rigor, Morones era reconocido más como potosino e incluso al terminar el periodo de Santos en la gubernatura, Morones exploró la posibilidad de convertirse en su sucesor. Fue el mismo Santos quien lo impidió para elegir a un político indudablemente sometido a su voluntad, como Ismael Salas. No es del todo claro cuánto influyó Santos en el ánimo de Alemán y Ruiz Cortines para que Morones fuese a Nuevo León como gobernador, pero no parece haber duda de sus gestiones con Bonifacio Salinas, por entonces político influyente del estado, para que aceptara a un hombre como Morones, poco o nada conocido en la entidad.[31] Más allá de la verdadera intervención de Santos en la candidatura de Morones, lo cierto es que el médico se ubicaba bajo la influencia del líder, y lo más relevante es que en 1952 Santos contaba con dos mandatarios que compensaban su lejanía formal del poder.

Tan clara era la influencia que Ruiz Cortines, al visitar Nuevo León en su campaña, acompañado de Santos, le informó al cacique que nombraría a Morones secretario de Salubridad. Santos no advertía la razón, menos cuando Ruiz Cortines la justificaba con elogios a un personaje poco cercano al candidato y a quien el mismo Santos no reconocía méritos propios. Una vez realizadas las elecciones, Ruiz Cortines le propuso a Santos partir a las embajadas de Guatemala o de Estados Unidos, cuando el potosino esperaba un puesto de influencia en la política nacional. Que las aspiraciones de Santos eran superiores, lo demuestran sus reiterados rechazos a puestos que consideraba no se correspondían a su esfuerzo y categoría en la política nacional. Tras las conflictivas elecciones de 1940, Ávila Camacho le había ofrecido la gubernatura del en ese entonces territorio de Quintana Roo, la Subsecretaría de Gobernación (que finalmente recaería en Casas Alemán) y, tiempo después, la embajada de México en Gran Bretaña. Todas las propuestas fueron rechazadas por considerarlas menores (y, sobre todo, sin capacidad para tomar decisiones, como hubiera sido el puesto en Goberna-

[31] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 877.

ción) o como destierros políticos.[32] Era claro que desde los años cuarenta, el potosino aspiraba a un puesto de mando en el gabinete y tras los fracasos con Ávila Camacho y Alemán, pensaba que su mejor oportunidad estaría con Ruiz Cortines. Lo notable de estos desencuentros es que del mismo modo que Santos alimentaba ambiciones, los presidentes hacían lo posible por evitarlo, con nombramientos a todas luces limitados en su influencia. Ninguno, sin embargo, se atrevió a enfrentarlo.

Ruiz Cortines insistiría en su empeño de controlar a Santos. El mismo día que el nuevo presidente le ofreciera las embajadas, Santos confirmaría que Ruiz Cortines, a pesar de su cercanía y acaso sus compromisos políticos, trataría de restarle influencia, pues Morones le informó que el presidente le había pedido solicitar licencia al gobierno de Nuevo León para integrarse al gabinete. Santos advirtió el movimiento como una maniobra para debilitar a "su grupo" y pidió a Morones no aceptar la Secretaría. Ruiz Cortines volvería, años después, a ofrecerle nuevamente las dos embajadas a Santos. Desde luego no aceptaría, ante lo cual Ruiz Cortines le habría pedido que siguiera "gobernando su califato" en San Luis Potosí.[33] Para Santos fue claro que sus pretensiones no se cumplirían y que, por el contrario, Ruiz Cortines intentaría someterlo. A partir de entonces, se desarrollaría una relación compleja entre el presidente de la República y el hombre fuerte potosino, marcada por engaños y acciones veladas.[34]

Santos, si bien no consiguió incorporarse al gabinete, en cuyo caso sus pretensiones no habrían tenido límites, no perdió influencia durante el gobierno de Ruiz Cortines. Mantuvo, con la total condescendencia presidencial, su poder en el estado y las Huastecas, y en el gabinete contaba con dos amigos cercanos, uno absolutamente fiel como Morones, y Flores Muñoz, más independiente pero al final político con grandes similitudes y compromisos personales. La sucesión se convirtió en un objetivo posible de alcanzar. Como fue frecuente en la política nacional, la tolerancia a los caciques y hombres fuertes estuvo en función de la utilidad que le prestaran al go-

[32] *Ibid.*, pp. 742-743 y 755.
[33] *Ibid.*, pp. 894-899.
[34] *Ibid.*, p. 889; AGN, DFS, GNS, informe del 15 de junio de 1953.

bierno federal y de que no pusieran en riesgo la estabilidad política. En el caso de Santos era obvio que Ruiz Cortines no contaba con todos los recursos para eliminar su poder y por ello llevó su protección al cacique a extremos notables.

Si los abusos y arbitrariedades de Santos tenían un largo historial, fue en los seis años de la administración ruizcortinista que llegaron a ser excesivos. Las protestas y quejas por abusos se multiplicaron durante esos años sin que el gobierno federal hiciera nada por evitarlo. Como era de esperar, las imposiciones santistas se extremaban en épocas de elecciones, cuando el hombre fuerte decidía las candidaturas. Consciente de su impunidad, Santos regresaría, a mediados del sexenio, a sus movilizaciones armadas. Lo mismo impondría presidentes municipales y diputados locales, que al sucesor de Salas, Manuel Álvarez, incluso con escoltas armadas, organizadas y pagadas por Santos. Su influencia, que parecía imparable, lo llevó incluso a promover su propia reelección en 1955.[35] Los abusos de Santos durante el sexenio de Ruiz Cortines llegaron a tal grado que organizaron una oposición local cada vez más fuerte que, en 1958, coincidiría con su imperdonable intento de intervenir en la sucesión presidencial que recaería en un político que, por primera vez, nada le debería al cacique potosino.

Una vez cancelada la posibilidad de integrarse al gabinete, la estrategia de Santos fue respaldar a Morones y a Flores Muñoz. Para ello reviviría lo que mejor sabía hacer, reunir a los hombres fuertes aún sobrevivientes en la época, como Gonzalo Bautista, González Gallo y, desde luego, Reynoso, con quienes construiría uno de los grupos más influyentes durante el ruizcortinismo. La carta fuerte, sin embargo, fue Morones. Como ya se ha mencionado, Morones nació en Linares, Nuevo León, y alrededor de los 16 años (en 1914 o 1915), su familia se trasladó a San Luis Potosí. Allí continuaría sus estudios hasta titularse de médico en 1923, con tan buena suerte que partiría a París a especializarse en la Sorbona en 1928. Morones regresaría a San Luis Potosí para dedicarse a la medicina, a la enseñanza y al fortalecimiento de las políticas de salud, en especial las destinadas a la previsión y al control de epidemias. Su trayecto-

[35] AGN, DFS, GNS, informes del 23 de junio y 26 de julio de 1954; 27 de enero y 23 de febrero de 1955.

ria sería hasta entonces fundamentalmente médica y sobresaliente en la Universidad potosina, con algunos contactos con la política, pues desde su regreso de París sería el médico personal del cacique Cedillo.[36] El cambio llegaría en 1940, cuando sería designado rector de la Universidad potosina, cargo en el que se mantendría hasta 1944.[37] La época coincide con el ascenso político de Santos que coronaría en 1943 al llegar a la gubernatura. A la mitad de su rectorado, Morones gestionaría con el hombre fuerte la construcción del Hospital Universitario que junto con otras importantes obras públicas sirvieron a Santos para demostrar que también era un administrador preocupado por la atención social. El hospital se terminaría en 1946 y Morones sería nombrado su primer director. En la ceremonia inaugural, Morones pronunció un discurso elogioso a Santos, al que calificó de "gobernante comprensivo y humano".[38]

El apoyo de Santos sería, desde entonces, central en el futuro político de Morones, pues apenas transcurrido un mes, renunciaría a la dirección del hospital (que hasta ahora lleva su nombre) para encargarse nada menos que de la Subsecretaría de Salubridad en diciembre de 1946, cuyo titular era Rafael P. Gamboa, durante toda la administración de Miguel Alemán. Gamboa, también médico de profesión, también especializado en Francia y contemporáneo de Morones, no tenía sin embargo relación directa con él pues su carrera, a diferencia de la de Morones, había transcurrido en la política nacional. Gracias a su estrecha amistad con Alemán, Gamboa había sido el primer presidente del transformado PRI por deseo del propio candidato y, en esa calidad, coordinador formal de la campaña alemanista. Quizá esa lejanía entre Gamboa y Morones dé credibilidad a Santos, que insiste en que el nombramiento como subsecretario se debió a la recomendación que él le hizo a Alemán, en cuya campaña, como ya se anotó, Santos tuvo una participación destacada.[39] Más creíble porque Alemán no había cumplido su promesa de incorporar a Santos en el gabinete. Morones, por su propio perfil profesional y su vínculo con el potosino, tenía las condiciones

[36] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 760.

[37] AGN, DFS, Ignacio Morones Prieto, versión pública (en lo sucesivo IMP), informe del 17 de enero de 1966.

[38] Tomás Calvillo y María Isabel Monroy, *op. cit.*, p. 225.

[39] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 874.

del alemanismo: era un destacado profesional, respetado universitario, como varios secretarios y el propio mandatario, y a la vez reconocía la influencia del principal hombre fuerte de la época. Morones no terminó el sexenio alemanista en la Secretaría de Salubridad, pues en 1949 fue postulado al gobierno de Nuevo León, a cambio de no buscar el de San Luis Potosí, donde Santos impuso a Salas. En esa coyuntura Ruiz Cortines tuvo sus primeros contactos con el destacado médico, pues como secretario de Gobernación apoyó su candidatura, en parte por las presiones de Santos pero también porque contaba con el apoyo del potosino y del nuevo mandatario, para su propio proyecto sucesorio.

Como puede observarse, Morones tenía muy poco capital político propio, una escasa trayectoria pública y en clara dependencia de Santos. Con todo, Morones tuvo un singular desempeño en la Secretaría de Salubridad, al poner en práctica su conocimiento epidemiológico. Hizo esfuerzos por desarrollar programas de vacunación y promovió, en los laboratorios gubernamentales, la investigación para elaborar vacunas. Hacia fines de la administración de Ruiz Cortines, Morones tuvo un golpe de suerte en ese terreno porque anunció que se había desarrollado una vacuna mexicana contra el paludismo, pero al conocerse la noticia en 1957, nadie prestó atención al aspecto médico sino al político, al considerarlo un anuncio electoral.[40] No obstante las críticas en el tramo final del sexenio, Morones guardó un perfil respetado como médico y como funcionario. Su prestigio personal y el reconocido apoyo de Santos hicieron que la imagen de Morones creciera notablemente.

La figura de Gilberto Flores Muñoz tenía diferentes orígenes. Como se analizó en el capítulo anterior, Flores Muñoz había desarrollado su exitosa carrera política en San Luis, al amparo de Cedillo y luego de Santos. Pero si bien no había dudas de los compromisos

[40] La embajada estadounidense informaba que Morones era visto como un político "extravagante, hollywoodense", por hacer de la vacuna una cura milagrosa. La noticia afectó seriamente a Morones porque al considerarla un recurso propagandístico, fue atacado, e incluso se puso en duda el origen de la vacuna, que se adjudicaba a la firma Park Davis. NAW, expediente 712. 00/5-2357, Frank V. Ortiz, segundo secretario, al Departamento de Estado, 23 de mayo de 1957, y expediente 712.00 (w)/7-557, John M. Cates Jr., primer secretario, al Departamento de Estado, 5 de julio de 1957.

con Santos, tampoco de que había construido un capital propio gracias a sus contribuciones a la política nacional. Más aún, se reconocía a Flores Muñoz como un importante actor en la reorganización de San Luis a la muerte de Cedillo, pues como ya se señaló, Flores Muñoz fue jefe de la campaña del gobernador sucesor, Pérez Gallardo, y promotor de la política social de Cárdenas, mientras Santos reconstruía los fragmentos del cacicazgo de Cedillo.[41] Tras su paso por las cámaras de Diputados y Senadores durante el cardenismo y el avilacamachismo, Flores Muñoz regresó a Nayarit para capitalizar la ausencia de un liderazgo local. Como gobernador, Flores Muñoz destacó por su política agropecuaria y convirtió a Nayarit en una identidad productora. Precisamente esa obra sería la razón para que Flores Muñoz se integrara al gabinete de Ruiz Cortines como secretario de Agricultura.[42]

Pero además de todo ello, Flores Muñoz contaba con una valiosa ventaja porque era amigo íntimo de Ruiz Cortines. No se sabe con exactitud cuándo y cómo comenzó la amistad entre ambos, aunque se reconoce que hacia los años cuarenta ya mantenían excelentes relaciones. Bien pudo ser la cercanía política debido a que para entonces Flores Muñoz era senador y Ruiz Cortines oficial mayor en Gobernación, y poco después coincidirían como gobernadores de Nayarit y Veracruz, al lado de Santos. Flores Muñoz terminaría el sexenio alemanista en Tepic y Ruiz Cortines como secretario de Gobernación. La amistad era tan estrecha que fue Flores Muñoz el primero a quien Ruiz Cortines confiaría que era el elegido para suceder a Alemán, y también el primero en saber que estaría en el gabinete y en qué puesto de responsabilidad.[43] Esa confianza se ratificaría a los pocos días cuando Ruiz Cortines lo nombrara coordinador de campaña, un cargo paralelo a la presidencia del PRI, en ese entonces en manos de Rodolfo Sánchez Taboada, con quien Ruiz Cortines no guardaba una buena relación. En ese momento el próximo presidente mostraría una de sus cartas y la manera tan sibilina de manejarlas, pues también nombraría al joven López Mateos como

[41] AGN, DGIPS, expediente 20(2-1/311.25 (724.2)/1, informes del 24 de noviembre de 1939 y del 16 de enero de 1940.

[42] Vicente Leñero, *op. cit.*, p. 74, y Mario Contreras Valdez, *Nayarit…*, pp. 221-223.

[43] Entrevista de Gilberto Flores Muñoz con Julio Scherer, *Excélsior*, 14 de mayo de 1975, reproducida en Juan José Rodríguez Prats, *op. cit.*, pp. 121-130.

secretario general del partido, en medio de los dos fuertes políticos, para suavizar las fricciones.[44]

Flores Muñoz llegaba al gabinete presidencial con ventajas al parecer insuperables, pues reunía poder personal, amistad con el mandatario y también amistad y compromisos con el mayor hombre fuerte del momento, Santos. Por ello, Flores Muñoz fue desde el principio del sexenio el político a vencer en la siguiente sucesión. Y su figura creció notablemente en esos años porque no sólo cumplió con las expectativas de hacer crecer la producción de granos, en especial trigo y maíz, para satisfacer la demanda interna e incluso lograr modestas exportaciones, sino que estuvo a cargo de conflictos políticos que no estaban del todo en la esfera de sus funciones, conflictos que Ruiz Cortines no confiaba ni a los responsables del ramo en particular ni al secretario de Gobernación, Ángel Carvajal.

El origen de su creciente figura política en el sexenio se debió a su eficacia administrativa para resolver problemas en el campo. Al comenzar la quinta década, México padecía serios problemas en la producción de granos básicos para garantizar la alimentación de la población. En parte por el desequilibrio entre sectores, provocado por la política de industrialización desarrollada activamente por Alemán, pero también por el desfasamiento entre el crecimiento de la población y el ritmo de la producción agrícola se produjeron insuficiencias que obligaron a la creciente importación de granos. En 1950 se importaron 427 000 toneladas de trigo y 52 000 de maíz, dos años después las importaciones crecieron a 452 000 toneladas y 377 000 toneladas, respectivamente.[45]

El problema fue advertido por Ruiz Cortines desde su campaña y convertido en un propósito de gobierno. Al tomar posesión, el nuevo mandatario calificaría en su discurso a la escasez de granos, la carestía y la especulación como "angustiantes", de ahí que la Secretaría de Agricultura y su titular tuvieran desde el inicio del gobierno una tarea relevante en la que estarían puestas las miradas tanto del público como del mismo presidente. Y Flores Muñoz respondió al reto. Al comenzar la administración se puso en marcha el Plan

[44] Miguel Osorio Marbán, *op. cit.*, p. 230; Vicente Leñero, *op. cit.*, p. 74.

[45] José Velasco Toro, "La política agrícola y agraria de Adolfo Ruiz Cortines", *Anuario del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales,* Universidad Veracruzana, vol. x, 1995, pp. 151-152.

Agrícola de Emergencia, dirigido a incrementar la producción mediante la reorganización de áreas de cultivo, obras hidráulicas que extendieran las zonas de riego, facilidades de crédito y fortalecimiento de la investigación genética. La superficie cultivada, en especial para trigo y maíz, creció sorprendentemente para alcanzar en 1953 un total de 758 000 hectáreas y tan sólo en ese año se añadirían 270 453. El riego también se incrementó significativamente pues, como lo señala Velasco Toro, mientras que entre 1936 y 1952 la superficie irrigada pasó de 1 016 000 hectáreas a 2 207 000, la administración de Ruiz Cortines la incrementó hasta 3 318 000 hectáreas. Estas cifras se alcanzaron gracias a una inversión en obras hidráulicas que alcanzó los 3 800 millones de pesos entre 1953 y 1958.[46]

La reorganización financiera desempeñó un papel central en el programa agrícola porque se constituyó un fideicomiso para respaldar el crédito que la banca otorgaba a los productores, se creó el Banco Nacional de Crédito Ejidal, destinado a financiar esa área productiva, y se reservó el Banco Nacional de Crédito Agrícola a los pequeños y medianos agricultores. El proyecto se complementó con el fortalecimiento de la investigación de semillas mejoradas, para lo cual se crearon plantas de tratamiento en Veracruz y Jalisco para el maíz, y en el Valle del Yaqui, en Sonora, para el trigo. El programa también incluyó frijol, sorgo, papa, cebada y hortalizas. El resultado de esta política fue el crecimiento sostenido de la producción agrícola que llegó, en el penúltimo año del sexenio, a cubrir la demanda nacional de trigo y maíz e incluso a realizar modestas exportaciones. El logro sería reconocido por el presidente en su quinto informe de gobierno y merecería una prolongada ovación al secretario Flores Muñoz, que fue recibida como la confirmación de su segura candidatura.[47]

El programa agrícola no sólo fue importante por la obra de infraestructura y por la reorganización financiera, sino porque no se basó en las expropiaciones sino en la ocupación de tierras incultas. Como lo han advertido los especialistas, Ruiz Cortines, al igual que sus dos antecesores, no privilegió el reparto de tierras ni menos la propiedad ejidal, sino la colonización en pequeñas y medianas par-

[46] *Ibid.*, pp. 152-154 y 158.

[47] Entrevista de Gilberto Flores Muñoz con Julio Scherer, *cit.*

celas.[48] Las pocas expropiaciones que tuvieron lugar en ese sexenio, particularmente en los dos años finales, fueron muy conflictivas y requirieron un negociador eficaz y, sobre todo, confiable. Aunque formalmente tenían relación con la Secretaría de Agricultura, no eran por completo su responsabilidad y menos cuando, como ocurrió en Cananea, pasaban por la invasión de predios. Ruiz Cortines, en esa delicada coyuntura, no confió en nadie más que en Flores Muñoz. No podía pasar inadvertido, sin embargo, que los conflictos más delicados, agravados por la crisis económica que llevarían a la devaluación y que, a la vez, ella misma profundizaría, tenían lugar en 1957, cuando la sucesión presidencial concentraba la atención política. No podía pasar inadvertido tampoco que el éxito de las negociaciones redundaría en el fortalecimiento del para entonces principal candidato a la Presidencia.

La tónica de los conflictos y del relevante papel que Flores Muñoz tendría en su solución, apareció desde el principio del gobierno. En 1953, a escasos meses de instalada la nueva administración, se afectaron los latifundios de Las Palomas y Babícora, este último propiedad del magnate estadounidense William R. Hearst, ambas en Chihuahua. Las expropiaciones, sin embargo, no fueron decididas por Ruiz Cortines sino que procedían de conflictos y procesos previos. Las Palomas fue expropiada en 1953 cumpliendo una ejecutoria de la Suprema Corte de Justicia dictada en 1950, e incluso la reorganización del predio, destinado a la colonización en pequeña propiedad, fue decidida por Miguel Alemán en 1951. El latifundio de Hearst también contaba con un proceso legal anterior centrado en la anulación de una antigua concesión de tierras. En ambos casos, las soluciones y las reorganizaciones las propuso y ejecutó Flores Muñoz. En el caso de Las Palomas la reorganización se llevó todo el sexenio y no terminó hasta 1958, con la venta a particulares. Pero la solución con las tierras de Babícora fue acelerada y concluyó en 1954, gracias a que Flores Muñoz propuso la indemnización como recurso para que el propietario aceptara la expropiación.[49]

[48] Olga Pellicer de Brody y José Luis Reyna, *El afianzamiento de la estabilidad política*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 22, México, El Colegio de México, 1978, p. 32 y ss. También Cynthia Hewitt de Alcántara, *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970*, México, Siglo XXI, 1978.

[49] José Velasco Toro, "La política…", pp. 153-154, 162-163.

Ruiz Cortines demostraba que podía confiar en Flores Muñoz como administrador y funcionario público, pero también como un eficaz político, capaz de solucionar conflictos delicados. No parece haber dudas de la confianza que el presidente tenía en su amigo, pero también se advertía un oculto mensaje que, al decir de Flores Muñoz, era el de mostrar al secretario de Agricultura, prestigiarlo políticamente: "el éxito da prestigio y personalidad, [por eso] es conveniente que te vean", le habría dicho Ruiz Cortines a Flores Muñoz al explicarle por qué le comisionaba tareas tan delicadas.[50]

Después de estos episodios, en los cuales la participación del gobierno de Ruiz Cortines fue obligada, la estrategia se centró en la producción, pero las tensiones sociales no disminuirían. La crisis económica se agudizaría en 1954 y obligaría a la histórica devaluación del peso; desde entonces se incubaría el descontento, sobre todo en el campo. A partir de 1957, en plena efervescencia política, los conflictos se incrementarían con movilizaciones de las organizaciones campesinas, reclamos de tierras e invasión de predios. Como se verá más adelante, había componentes sociales pero también políticos que beneficiaron al candidato Flores Muñoz y, si se ha de creer en aquella confesión de éxito y prestigio político, añadirían más ventajas al que parecía indudable nuevo mandatario. Su temprano crecimiento político alentó también la competencia, que se inició en los primeros años y dio aliento a los fuertes intereses tradicionales.

La disputa por la Presidencia

La importancia que cobró Flores Muñoz desde el principio no sólo fue advertida por otros políticos, que comenzaron su propia campaña, sino por el propio secretario de Agricultura. Informes oficiales mencionaban que desde 1953 en los actos oficiales del titular se advertían propósitos claramente políticos y electorales.[51] Tal vez no fuera más que una exageración de los agentes de Gobernación, pero el testimonio de un testigo confirma que la competencia comenzó

[50] Entrevista de Gilberto Flores Muñoz con Julio Scherer, *cit.*

[51] AGN, DFS, GNS, informe del 16 de agosto de 1957.

en los primeros años del gobierno de Ruiz Cortines y enfrentó a Flores Muñoz con Carvajal, titular de Gobernación. Agustín Arriaga fue elegido diputado federal en 1952, durante la primera legislatura del sexenio, y en ese periodo fue delegado del PRI en varios procesos electorales locales, uno de ellos, Nayarit. Recuerda que la tarea le fue muy difícil en ese estado debido a que el gobernador no era un verdadero interlocutor porque las decisiones las tomaba en realidad Flores Muñoz, ya secretario de Agricultura, y no coincidían con los deseos de Carvajal, responsable de la política interna, porque estaban enfrentados debido a que se reconocían como precandidatos a la Presidencia.[52]

No existen más evidencias entre 1953 y 1954 de la confrontación entre ellos, pero a partir de 1955, a la mitad del periodo, las presiones políticas se incrementaron con el concurso de varios aspirantes. La lista era amplia, pues además de Carvajal y Flores Muñoz se mencionaba a Morones y a Uruchurtu.[53] Desde entonces, aunque los nombres de los competidores variaban, aparecen ya tres constantes: siempre están, y en los primeros sitios, Flores Muñoz y Morones. Los nuevos ingresos, sin embargo, desaparecen pronto, y el nombre de Adolfo López Mateos no se menciona nunca. A mediados de 1955 se señalaba que Flores Muñoz sería fortalecido con el apoyo de varios gobernadores (de Nayarit y de Chiapas entre los más definidos), igual que Morones, que estaba ya creando grupos de apoyo en Nuevo León, así como Uruchurtu en el Distrito Federal. Por primera vez aparecía el nombre de Jesús González Gallo, hombre fuerte de Jalisco.[54]

Sin señales definidas, los políticos se movían en cualquier dirección. En julio de 1954 viejos líderes vinculados a los primeros tiempos revolucionarios se organizaban para intervenir en la sucesión. Políticos tan diferentes como Adolfo de la Huerta, Pascual Ortiz Rubio, Jacinto B Treviño y Javier Rojo Gómez se reunían para discutir la formación de un nuevo partido que compitiera contra el PRI.[55]

[52] Agustín Arriaga Rivera, *La política… como me la enseñaron. Recuerdos, añoranzas y recuerdos de mi vida*, México, s.p.i., 2007, p. 57.

[53] Miguel Alemán Velasco, *op. cit.*, p. 293.

[54] AGN, DGIPS, expediente 2-1/55/33 (67), informe del 8 de junio de 1955.

[55] AGN, DFS, Javier Rojo Gómez, versión pública (en lo sucesivo JRG), informe del 29 de junio de 1954.

La presencia de Treviño despertaba sospechas del verdadero propósito del grupo porque, en efecto, un nuevo partido se fundaría en 1956 con Treviño como su dirigente. La relación, muy conocida, de Treviño con Ruiz Cortines sugería que era el presidente quien se encontraba detrás de la iniciativa. Nada alejado de la realidad pues el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (el PARM) nacería al siguiente año con políticos y generales revolucionarios de la generación de Treviño, Ruiz Cortines, De la Huerta, etc. Pero los intereses eran más amplios porque Rojo Gómez volvería a revivir el proyecto en 1955, esta vez con otros invitados: González Gallo, Santos y Reynoso.[56] El interés de Rojo Gómez era obvio, pues pretendía nuevamente la postulación y aprovechar su amistad con los hombres fuertes para lograrlo.[57] Pero la participación de estos últimos en un proyecto de tal envergadura, indicaba que buscaban fortalecer sus proyectos particulares.[58]

Y lo hicieron de varias formas. Los seguidores de Morones no buscaban solamente apoyos, sino organizaciones propias que sostuvieran la candidatura. En 1955 se informaba que trabajadores sindicalizados de la zona industrial de Monterrey provocaban problemas en las empresas para crear sindicatos paralelos a los de la CTM

[56] AGN, DGIPS, expediente 2-1/55/33 (67), informe del 26 de noviembre de 1955.

[57] Rojo Gómez no cejaría en su intento por figurar en la sucesión de 1958, pues un año antes renunciaría a la embajada de México en Japón para promoverse como el candidato de Lázaro Cárdenas y Miguel Alemán, como se descubriría pronto por Gobernación, desde su propia oficina y teléfono particular. AGN, DFS, JRG, informe del 9 de julio de 1957. El intento no prosperó nunca y, por el contrario, fue tomado con poca seriedad pues, como informaba la embajada estadounidense, Rojo Gómez era "el sexenal candidato a la Presidencia". NAW, expediente 712.00 (W)/4-557, informe de Andrew E. Donovan II, consejero, al Departamento de Estado, 5 de abril de 1957.

[58] Una muestra más de la multiplicidad de intereses que se presentaron en ese momento, fue que la creación de otro partido era una demanda muy extendida en la que tomaban parte diferentes personajes. Para las mismas fechas, el general Antonio Ríos Zertuche se entrevistó con el embajador adjunto de Estados Unidos, Warren Stewart, para informarle que él, Abelardo L. Rodríguez, Manuel Ávila Camacho, Emilio Portes Gil, Ezequiel Padilla y varios generales se estaban reuniendo para formar un partido que enfrentara al PRI. El motivo por el que Ríos Zertuche le informaba de su proyecto al embajador era porque el partido se proponía combatir el comunismo y buscar una mayor vinculación con Estados Unidos. NAW, expediente 712.00/6-355, informe de Andrew E. Donovan II, consejero, el Departamento de Estado, 3 de junio de 1955.

con el propósito de controlarlos y apoyar formalmente a Morones. Una estrategia similar se practicaba en las colonias populares, cuya organización se decía era financiada por Morones. No era extraño porque ocurría en los últimos meses del gobierno de José S. Vivanco, gobernador que sustituyera al médico al incorporarse al gabinete presidencial. El conflicto fue tan delicado que Gobernación intervino al intentar elegir a un secretario General de Gobierno afín a Carvajal, que fue vetado por Morones.[59] Meses antes había tenido lugar un conflicto local que se resolvió en contra del secretario de Salubridad. En enero, con motivo de las elecciones para alcaldes, Vivanco había propuesto a un candidato para Monterrey que no fue del agrado de Morones.[60] El secretario se opuso al gobernador e intentó, a su vez, imponer al candidato. En esta ocasión Carvajal ganó la partida porque el elegido fue un tercero, seleccionado por el secretario de Gobernación con la aprobación de Ruiz Cortines.[61]

A estas acciones se sumarían rumores de cambios en el gabinete y en el PRI. En enero de ese mismo año apareció el fuerte rumor de que cambiarían varios secretarios de Estado, entre los cuales destacaban los titulares de Salubridad, Agricultura, Gobernación y Defensa Nacional. La nota relevante eran los sustitutos pues el rumor señalaba a Morones como nuevo secretario de Gobernación, a Bonifacio Salinas, importante líder de Nuevo León y cercano a Morones, al frente de la Defensa Nacional, y a Norberto Treviño Zapata, médico personal de Ruiz Cortines, en Agricultura. El rumor no sólo eliminaba a los competidores fuertes sino que aseguraba la candidatura a Morones. No tardaría en saberse que Morones y Salinas habían sido los principales promotores de la especie.[62]

A principios de 1956 hubo otro intento por tomar el control de instituciones centrales, esta vez el PRI. Con motivo de la cercana sucesión en Sinaloa, Gabriel Leyva, entonces presidente nacional del

[59] AGN, DFS, IMP, informe del 21 de julio de 1955.

[60] Al decir de Santos, Vivanco no era un político cercano a Morones sino a Bonifacio Salinas y por ello Ruiz Cortines lo impuso, de ahí que Vivanco intentara postular candidatos propios. Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 899.

[61] NAW, expediente 712.00/1-1055, informe de William P. Hudson, segundo secretario, al Departamento de Estado, informe del 10 de enero de 1955.

[62] NAW, expediente 712.00 (w)/1-755, informe de William P. Hudson, segundo secretario, al Departamento de Estado, 7 de enero de 1955.

partido, se perfilaba como seguro candidato a la gubernatura. Entre los posibles sucesores de Leyva se mencionaban a Leobardo Reynoso y Gustavo Díaz Ordaz, entonces oficial mayor de Gobernación, pero se daba como seguro nuevo líder al ex gobernador de Zacatecas.[63] Al presentar su renuncia, Leyva sería relevado por Agustín Olachea, quien terminaría el sexenio y tendría una participación destacada en las intrigas por la sucesión. El rumor y la fuerte insistencia en el papel de Reynoso revelaba una vez más las presiones del grupo santista por ocupar una posición influyente en el proceso.

A las sordas luchas de 1955 de Santos y Morones, se sumaría el regreso de Miguel Alemán quien, tal como lo había advertido en 1951, intentaría modificar la Constitución para conseguir la reelección a la Presidencia. La iniciativa, promovida por Alemán y sus seguidores, señalaba que Cárdenas también estaba de acuerdo pero que el mejor candidato, por su obra y por sus relaciones con Estados Unidos, era Alemán.[64] El asunto cobró importancia porque Vicente Lombardo Toledano se había manifestado en contra de la medida, pero también había advertido que si lograba prosperar la reforma, su partido propondría a Cárdenas, lo que obligó al general a declarar públicamente su total rechazo a la reelección.[65] Alemán tendría que abandonar el proyecto debido a la oposición que encontraba, pero a cambio organizaría a su grupo para impulsar una candidatura que cada vez más parecía recaer en Ramón Beteta. Para ello no descartaba buscar el control del PRI o incluso crear otro partido.[66] La especie cobraba veracidad porque en julio de 1955

[63] NAW, expediente 712.00 (w)/3-3056, informe de Andrew Donovan II, consejero, al Departamento de Estado, 30 de marzo de 1956, y expediente 712.00 (w)/4-656, informe de Andrew Donovan II, consejero, al Departamento de Estado, 6 de abril de 1956. AGN, DFS, Leobardo Reynoso, versión pública (en lo sucesivo LR), informe del 6 de abril de 1956.

[64] NAW, expediente 712.00/4-1455, informe de Francis White a Henry F. Holland, 14 de abril de 1955. Es el informe, ya citado antes, donde Alemán reconoce su corrupción.

[65] NAW, expediente 712.00/6-2955, informe de Andrew E. Donovan II, consejero, al Departamento de Estado, 30 de junio de 1955.

[66] NAW, expediente712.00(w)/7-2255, informe de Bayard King, segundo secretario, al Departamento de Estado, 22 de julio de 1955. A la embajada le parecía preocupante la campaña alemanista y no dudaba en decir que Alemán pretendía ser un nuevo Calles en México.

Beteta dejaría la embajada en Italia para regresar a la política activa. Un mes después, se decía que Alemán compraría los diarios *El Universal* y *Zócalo* para que Beteta dirigiera el primero y encabezara su campaña.[67] Las gestiones de Alemán eran intensas y fueron en aumento conforme se acercaba la sucesión. En diciembre se informaba de reuniones de Alemán, Beteta y otros ex funcionarios de su administración con inversionistas judío-estadounidenses, para explorar la postulación de Beteta y obtener su ayuda económica y política a cambio de facilidades de inversión.[68]

La agitación política amenazaba con salirse de control y Ruiz Cortines comenzó a imponer un fuerte control tanto a la prensa como a los políticos. Fue bastante efectivo porque a partir de la segunda mitad de 1955 los rumores, si no cesaron, al menos no trascendieron al público. La prensa guardó un silencio notable que a muchos exasperaba. Un semanario muy popular entre los políticos de la época ya había advertido que la actividad en 1955 era exagerada y que se debía a que el PRI dominaba por completo la política. El semanario había contribuido a ello invitando a líderes reconocidos a exponer sus ideas. En enero de 1956 se quejaba de que Ruiz Cortines había impuesto un severo control y criticaba las declaraciones de Carvajal en el sentido de que el único que podía hacer política era el gobierno, así como que el PRI decidiera posponer su asamblea nacional de febrero a diciembre de 1956.[69]

Al comenzar 1957 la competencia se intensificó, pero como Ruiz Cortines evitó que los conocidos precandidatos hicieran proselitismo e incluso que se separaran de sus cargos para encabezar a sus simpatizantes, y además mantuvo el silencio en la prensa, las luchas fueron sordas, construyendo apoyos que todos los involucrados conocían, incluido desde luego el mismo presidente. Como lo reconoció la embajada estadounidense, todos los mexicanos, sin importar su conocimiento o cercanía con la política, sabían al comenzar

[67] NAW, expediente 712.00 (w)8-555, informe de Andrew Donovan II, consejero, al Departamento de Estado. 5 de agosto de 1955; expediente 712.00 (w)/12-3055; informe de Andrew Donovan II, consejero, al Departamento de Estado, 30 de diciembre de 1955.

[68] AGN, DGIPS, expediente 2-1/55/33(67), informe del 6 de enero de 1956.

[69] *Buró de Investigaciones Políticas*, núms. 49, del 5 de diciembre de 1955, y 2, del 9 de enero de 1956.

1957 que la selección del candidato estaba en marcha, a pesar de los esfuerzos del presidente que habían sido exitosos sólo en evitar rivalidades, no la competencia misma.[70] La prensa evitaba las opiniones pero ante la evidente lista de aspirantes, alentaba la misma competencia por otros medios, como *El Universal*, que destinó una columna diaria para que los ciudadanos opinaran sobre la sucesión, ejercicio que calificaba de "auscultación", o la revista *Mañana*, que mantenía una "encuesta" sobre los favoritos.

La estrategia de Ruiz Cortines evitó la confrontación pero propició enfrentamientos, rumores y campañas que algunos calificaban de "bajo nivel" en la política mexicana. A mediados de año los ataques entre políticos habían llegado a extremos calumniosos. Francisco Martínez de la Vega, reconocido periodista, escribía que las campañas no se habían detenido y por el contrario se volvían agresivas. Las calumnias se habían convertido en el recurso contra todos los aspirantes: la vacuna contra el paludismo para atacar a Morones; la producción de maíz, contra Flores Muñoz, o el lugar de nacimiento, contra López Mateos. Martínez de la Vega terminaba diciendo que si hubiera democracia, los tres candidatos confrontarían públicamente sus propuestas y sus simpatizantes no tendrían que recurrir a la falsedad y las agresiones.[71]

Los avances de cada candidato fueron visibles. En enero apareció un partido, Fuerzas Unidas del Pueblo Mexicano, encabezado por Ángel Andonegui, que declaraba su fusión con una organización llamada Nueva Ciudadanía Mexicana, creada por Raúl Montes Aragón. Nadie tenía dudas de que Uruchurtu estaba detrás de la medida, no sólo porque la organización expresaba su apoyo al regente y se declaraba contraria a los caciques como Santos, sino porque Andonegui era su cuñado y Montes funcionario del Departamento del Distrito Federal. En marzo, el hermano de Uruchurtu, Gustavo, para entonces patrono supervisor del Monte de Piedad, contrató a un publicista para promover al regente y atacar a Carva-

[70] NAW, expediente 712.0/3-2957, informe de Frank V. Ortiz, segundo secretario, al Departamento de Estado, 29 de marzo de 1957.

[71] Francisco Martínez de la Vega, "Política de guerrillas o una conspiración contra el régimen", *Siempre!*, núm. 211, 10 de julio de 1957. En el mismo sentido se expresaba el semanario *Mañana*, en su editorial del núm. 723, del 6 de julio de 1957.

jal, Flores Muñoz y Morones.[72] Andonegui buscó el registro del partido pero le fue negado por Gobernación en julio, fecha en la que empieza a descender seriamente la figura de Uruchurtu.[73]

También disminuirían las probabilidades de Carvajal de quien, contra todas las suposiciones, se reportaban pocas actividades y escaso proselitismo. De sus aspiraciones no había duda porque él mismo las había dejado entrever nada menos que ante el enviado del Departamento de Estado de Estados Unidos. La conversación había girado en torno a la política y Carvajal se había quejado de que en Estados Unidos no se entendía la democracia mexicana. Para la embajada eran evidentes las aspiraciones del secretario al mostrarse tan razonable, como un "estadista maduro".[74] Carvajal no pareció contar nunca con serios apoyos, ni siquiera de quien se consideraba su mentor, Alemán, y menos de Lázaro Cárdenas quien había expresado su oposición a que fuera el candidato.[75] Aunque su nombre siguió apareciendo en la competencia, incluso semanas antes de conocerse al candidato, las posibilidades de Carvajal parecen haber terminado hacia mediados de 1957.

Tal vez porque Uruchurtu y Carvajal no contaban con otros apoyos que no fueran los institucionales, provenientes de sus cargos en el gabinete, Ruiz Cortines fue muy eficaz en controlarlos y por eso se debilitaron muy pronto. No fueron los casos, obviamente, de Morones y Flores Muñoz, sostenidos por fuertes intereses regionales que trascendían la posición institucional. Si bien Santos, junto con Reynoso, González Gallo y Rojo Gómez, respaldó a Morones, nunca dejó de prestar ayuda a Flores Muñoz. Hábil y experimentado, Santos reconocía el poder e independencia de Flores Muñoz y la notoria subordinación de Morones a su mando. Si bien nadie dudaba

[72] AGN, DGIPS, expediente 2-1/57/99(34), informes del 10 de enero de 1957 y 6 de marzo de 1957; expediente 2-1/57/66(32), informe del 15 de abril de 1957.

[73] AGN, DFS, GNS, informe del 16 de agosto de 1957. La nota dice que de todas formas Uruchurtu continuaba organizando apoyos de choferes y locatarios de mercados.

[74] NAW, expediente 712.00/1-2755, informe de William P. Hudson, segundo secretario, al Departamento de Estado, 27 de enero de 1955.

[75] La animadversión de Miguel Alemán por Carvajal había llegado al extremo de decir que preferiría apoyar a Gilberto Flores Muñoz antes que al secretario de Gobernación. AGN, DGIPS, expediente 2-1/57/99(34), Carta Política Confidencial, 22 de junio de 1957, y expediente 2-1/57/66(32), informe del 15 de abril de 1957.

de que los movimientos del secretario de Salubridad eran controlados por Santos desde 1953, no se definiría claramente por él hasta 1957. En julio de 1956, por ejemplo, se reportaban reuniones de presidentes municipales en el rancho de Santos para ordenarles que hicieran campaña en favor de Flores Muñoz. Más aún, se decía que ese apoyo era un acuerdo explícito entre ambos hombres fuertes, nada extraño si se tiene presente la larga relación entre ellos.[76]

Que Santos apoyaba a ambos candidatos se prueba con las actividades abiertas que promovió el potosino en abril de ese mismo año en favor de Morones. Gobernación informaba que Santos reunía a políticos, originarios de Nuevo León pero que trabajaban en el Distrito Federal, en su rancho de San Luis Potosí, mientras otros hacían lo mismo en Monterrey.[77] A principios de 1957 ya no había dudas, sin embargo, de que Santos había concentrado sus actividades en apoyo de Morones en San Luis Potosí y que sus seguidores, como todo el "medio gubernamental", estaban con el secretario de Salubridad. La campaña tenía ya responsables directos: Jesús Noyola, amigo personal y ex compañero de Morones en la Escuela de Medicina, e Ismael Salas, ex gobernador y reconocido subordinado de Santos.[78]

Las presiones a Ruiz Cortines para que adelantara la postulación serían intensas a mediados de año, y en ellas ocuparían un lugar destacado Santos y Reynoso. En julio, Ruiz Cortines intervendría para que ambos disminuyeran el activismo, con moderados resultados pues primero Santos y luego Reynoso y González Gallo declararon su lealtad al presidente y disciplina al partido para que estableciera los tiempos sucesorios. Las declaraciones de los tres fueron ampliamente divulgadas no sólo como una victoria presidencial sino porque proviniendo del que se consideraba el grupo político más activo, la tensión disminuiría.[79] Para la embajada estadouniden-

[76] AGN, DFS, GNS, informe del 20 de julio de 1956. Los agentes de Gobernación reportaban que Santos apoyaba también a Carvajal. AGN, DGIPS, expediente 2-1/57/99(34), informe del 15 de junio de 1957.

[77] AGN, DFS, IMP, informe del 13 de abril de 1956.

[78] AGN, DGIPS, expediente 2-1/57/99(34), informe sin fecha, probablemente de julio o agosto de 1957.

[79] *Siempre!*, núm. 211, 10 de julio de 1957; Ernesto Julio Teissier, "De domingo a domingo", *Novedades*, 11 de agosto de 1957.

se la declaración era una prueba de que Ruiz Cortines y el PRI mantenían el control de la política, pues reconocía que los tres líderes eran centrales en la coyuntura debido a que eran caciques de sus estados, con fuerte poder y representativos de una tradición importante.[80] El éxito sería moderado porque Santos no dejaría de organizar el apoyo a Morones, especialmente en San Luis Potosí.[81]

La fuerza que demostraba Morones parece haber convencido a Santos de que ganaría la partida. El cacique reconocía que apoyaba a Flores Muñoz, a quien él consideraba el candidato de Ruiz Cortines, pero que hizo todo su esfuerzo en favor de Morones.[82] Y al parecer estuvo seguro de que sería postulado porque mandó imprimir propaganda en favor del supuesto candidato Morones. La propaganda fue quemada en su rancho una vez que se conoció la decisión en favor de López Mateos.[83]

Flores Muñoz desarrollaba su estrategia aparte. En pleno auge de su éxito como secretario, echaba mano de su poder regional y de los recursos institucionales que estaban a su disposición. La estructura de la secretaría, algunos de sus funcionarios y la organización campesina fueron los medios para conseguir apoyos. A principios de 1957 se acusó al Comité de Zonas Desérticas de Coahuila, integrado por representantes del gobierno del estado, de la Secretaría de Agricultura y de la CNC, de haber diseñado un mecanismo para financiar a Flores Muñoz con la venta de remanentes de la cera de candelilla.[84]

La CNC, dirigida desde 1954 por Arturo Luna Lugo, fue una organización vital para la política agraria de Flores Muñoz y Ruiz Cor-

[80] NAW, expediente 712.00 (W)/7-557, informe de John M. Cates Jr., primer secretario, al Departamento de Estado, 5 de julio de 1957. El dato curioso es que la embajada los hacía simpatizantes de Flores Muñoz.

[81] AGN, DFS, GNS, informe del 16 de agosto de 1957.

[82] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 909.

[83] AGN, DFS, GNS, informe del 2 de julio de 1958. Hacia octubre, a días de conocerse la postulación, corrían rumores de que Santos y Reynoso ocuparían puestos relevantes en la campaña que, se pensaba, encabezaría Morones. *Siempre!*, "Eso que llaman política", núm. 226, 23 de octubre de 1957.

[84] El Comité pagaba cinco pesos por kilo, el Banco de Comercio Exterior lo vendía a 12, conservaba dos como gastos de operación y entregaba los cinco restantes al Comité, que en lugar de emplearlos en beneficio de los ejidatarios, los enviaba a un fondo de campaña. AGN, DGIPS, expediente 2-1/57/99(34), informe del 27 de febrero de 1957.

tines, pues no sólo mantuvo el control de las protestas campesinas sino que desarrolló una singular colaboración con pequeños propietarios. Al mismo tiempo, sirvió como medio para organizar el apoyo campesino al secretario, a grado tal que al acercarse el relevo de Luna en diciembre de 1956, Cárdenas condicionó su apoyo a que el siguiente secretario no fuera un simpatizante de Flores Muñoz.[85] El control institucional que ejercía la secretaría sobre organismos como la CEIMSA (Compañía Exportadora e Importadora Mexicana, S.A.) y los bancos de crédito agrícola, en especial el recién creado ejidal, sirvieron para que sus titulares desarrollaran sus tareas con propósitos electorales.[86] La combinación de organizaciones campesinas y financieras dio resultado muy pronto pues a mediados de año se informaba que se trabajaba activamente en la candidatura de Flores Muñoz en La Laguna, tanto en Coahuila como en Durango, y que pequeños propietarios se reunían con diputados afines a Flores Muñoz, en especial con Francisco Galindo Ochoa, su principal promotor.[87]

La influencia de Flores Muñoz en su estado se demostraría a mediados de 1957 con motivo del cambio de gobernador. Llegaba a su fin el periodo de José Limón Guzmán, fiel seguidor de Flores Muñoz, y el PRI postuló para el siguiente a Francisco García Montero, que había sido diputado local, presidente municipal de Ixtlán y diputado federal durante la administración de Flores Muñoz. Desde 1952 García Montero era director de Cuenta y Administración en la Secretaría de Agricultura. Como coordinador de su campaña fue nombrado Bernardo M. de León, hasta entonces secretario de organización de la CNC, por indicaciones directas de Flores Muñoz.[88] La noticia fue recibida como una muestra más de que la sucesión se decidiría en favor del secretario porque era obvio que la postulación del gobernador había contado con la aprobación de Ruiz Cor-

[85] AGN, DGIPS, expediente 2-1/56/43(66), informe del 6 de diciembre de 1956. Moisés González Navarro, *La CNC. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana*, México, UNAM, 1977, pp. 137-140.

[86] AGN, DGIPS, expediente 2-1/56/43(66), 6 de diciembre de 1956.

[87] AGN, DGIPS, expediente 2-1/57/99(34). Carta Política Confidencial, 26 de junio de 1957, informe del 29 de agosto de 1957.

[88] AGN, DFS, GFM, informe del 6 de agosto de 1957; *Siempre!*, núm. 219, 4 de septiembre de 1957.

tines y porque Flores Muñoz aseguraba un bastión político en un momento crítico. Adicionalmente, también confirmaba que Carvajal había perdido la partida porque ya fuera que hubiera aprobado la selección o que le hubiera sido impuesta, era una clara ventaja para Flores Muñoz que demostraba el sometimiento de la Secretaría de Gobernación.

En 1957 comenzó una inusual agitación campesina por demandas de tierras, que se prolongó hasta el año siguiente con la histórica expropiación de Cananea, gestionada por Flores Muñoz, ya perdida la candidatura presidencial. Las movilizaciones de ese año llamaron la atención no sólo por las extensiones invadidas sino porque las desarrollaba una organización no encuadrada en el corporativismo oficial, la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), de Jacinto López. Si bien las demandas por tierras databan desde el final del sexenio alemanista y continuaron en los primeros años de Ruiz Cortines, fue en 1957 cuando se materializaron en el norte del país. En marzo la UGOCM convocó a un congreso de solicitantes de tierras en Los Mochis, Sinaloa, al que asistieron miles de campesinos de Baja California (estado y territorio), Sonora, Sinaloa y Nayarit. El congreso fijó el 5 de febrero de 1958 como fecha límite para que el gobierno decretara las expropiaciones y procediera al reparto de tierras.[89] El conflicto se desató al año siguiente y, al parecer, ya no tenía relación con el proceso de la sucesión presidencial.

Sin embargo, Jacinto López haría declaraciones sorprendentes. En una conversación con el líder obrero de Cananea, que tuvo lugar entre mayo y junio de 1957, habría reconocido que era simpatizante de Flores Muñoz y que se había comprometido con él en su campaña. Más aún, reconocería que las movilizaciones y al menos una invasión de tierras en Chihuahua habrían sido por instrucciones del mismo Flores Muñoz para provocar problemas que obligaran a Ruiz Cortines a comisionarlo en su solución.[90] Difícil de confirmar, pero no hay duda de que, por un lado, López y Flores Muñoz mantuvieron buenas relaciones y que su acuerdo fue decisivo para solucionar las invasiones de 1958, y, por otro, que la intervención de

[89] José Velasco Toro, *op. cit.*, p. 167.

[90] AGN, DFS, GFM, informe del 2 de febrero de 1960.

Flores Muñoz era altamente apreciada por Ruiz Cortines y por el mismo Flores Muñoz, que lo veía como un recurso más en su campaña. Algunos datos alimentan la sospecha.

En el caso de Cananea, por ejemplo, las denuncias del latifundio empezaron muy temprano. Ya en enero de 1953 la Procuraduría General de la República recibió demandas y el titular, Carlos Franco Sodi, jurista con larga experiencia en la materia y amigo de Ruiz Cortines, las atendió. En su acuerdo con el presidente del 22 de enero de 1953 abordó el tema con Ruiz Cortines. Aunque no se conoce el resultado, el procurador escribió a mano sobre la minuta: "hablar con el secretario de Agricultura", lo que indica que Flores Muñoz se ocupaba del asunto desde el principio. A mediados del año, el asunto volvió a ocupar al procurador, esta vez ya por los reclamos de la UGOCM, que de nuevo lo llevaron a acuerdo con el presidente. La minuta indica que el asunto estaba pendiente de que la Secretaría de Agricultura presentara los estudios particulares. Al parecer, el caso se complicaba porque Franco Sodi propuso integrar una comisión presidida por él, con los titulares de Agricultura y de Bienes Nacionales.[91] No parece haberlo logrado pero es claro que desde el principio Flores Muñoz estuvo a cargo del problema, por más que involucrara a otras dependencias, como el Departamento Agrario, la Procuraduría General de la República y la Secretaría de Gobernación. Si desde 1953 Cananea fue un conflicto latente, también lo fue la intervención del secretario de Agricultura, de tal manera que el estallido del conflicto, a fines del sexenio, despierta la sospecha de su oportunidad política.

La estrategia presidencial

No puede dejar de advertirse que si la competencia encabezada por Flores Muñoz y Morones fue tan activa, a ello contribuyó el mismo presidente. Ruiz Cortines, deliberada y conscientemente alentó las aspiraciones de los dos, la mayor parte de las veces con ambigüedades y frases de doble sentido, que podían interpretarse de cualquier

[91] Archivo particular de Carlos Franco Sodi, carpeta Acuerdos, acuerdos del 22 de enero y del 16 de julio de 1953.

forma, pero otras, con el propósito indudable de dar confianza a los participantes. Y aunque se atribuye esta práctica a la agitación de la política de 1957, las evidencias indican que Ruiz Cortines las puso en marcha con mucha antelación. Santos, por ejemplo, anota que Ruiz Cortines, desde el inicio de su administración, le pidió ayudar a Morones y a éste, que visitara al potosino. El nuevo secretario de Salubridad lo haría para decirle a Santos que el presidente le recomendaba buscar su consejo y experiencia, ahora que ya estaba en la política nacional, porque el presidente le tenía reservado planes de largo plazo. Como lo advertiría Santos, era una manera de mantenerlos juntos, pero en el fondo daba aliento a Morones.[92]

Ruiz Cortines expresaba en cada oportunidad que se le presentaba, que Morones era para él otro Juárez, elogio que en boca del mandatario sólo podía significar estímulos sucesorios. A pesar de que Santos sospechaba de las intenciones de Ruiz Cortines, reconoce que mantuvo un "constante contacto" con Morones. A mediados del sexenio, Ruiz Cortines le pidió a Santos mantenerse cerca de Morones porque así su gobierno ganaría un apoyo político en la sucesión. Más tarde, Morones le confirmaba a Santos que Ruiz Cortines se había reunido con él para darle consejos sobre su campaña presidencial.[93]

Desde luego, Morones no fue el único que recibió mensajes ambiguos. Ruiz Cortines a todos recomendaba, por ejemplo, estar cerca de Carvajal porque "tenía mucho porvenir" e incluso llegó a conversar con él acerca de quiénes deberían integrar el siguiente gabinete.[94] Sin embargo, con quien el presidente llevó al exceso la práctica fue con Flores Muñoz. El mismo Ruiz Cortines y su esposa lo hicieron frecuentemente, en especial entre 1956 y 1957. La esposa del presidente no sólo invitaba a la de Flores Muñoz a visitar Los Pinos "para que pensara los cambios" que quisiera introducir, sino que en las reuniones de esposas de funcionarios la sentaba en la cabecera "para que se fuera acostumbrando".[95] Ruiz Cortines hacía su propia contribución a la agitación política. Con la infor-

[92] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 900.

[93] *Ibid.*, p. 909.

[94] Miguel Alemán Velasco, *op. cit.*, p. 294; Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, 909.

[95] Juan José Rodríguez Prats, *op. cit.*, p. 94; Miguel Alemán Velasco, *op. cit.*, p. 294; Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 909.

mación que los cuerpos de seguridad le proporcionaban, sabía de las visitas de apoyo que recibía Flores Muñoz. En algún acuerdo, el presidente le comentó que estaba al tanto de que recibía visitas de militares de alto rango para ofrecerle su apoyo y que sólo le recomendaba hacerlo con discreción. Advertencia, pero también concesión que a Flores Muñoz, en 1957, le pareció alentadora.[96]

Los engaños eran para los candidatos pero también para sus seguidores y personajes que podían divulgar el apoyo presidencial. Dos casos ejemplifican el juego de Ruiz Cortines. De acuerdo con el mismo Flores Muñoz, cuatro meses antes de conocerse el nombre del elegido, en un acuerdo con el presidente, Ruiz Cortines convocó, sin motivo oficial, al secretario de Hacienda, Antonio Carrillo Flores, para pedirle pusiera en orden los papeles y trámites de la Secretaría de Agricultura para dejar "limpio" a Flores Muñoz, ante la inminente decisión política. La tortuosidad de Ruiz Cortines se confirma con la versión de Carrillo Flores, quien confiaría más tarde a Flores Muñoz que en un acuerdo previo con él, Ruiz Cortines le había indicado que interrumpiera la reunión con el secretario de Agricultura para recibir instrucciones acerca de asuntos financieros y agropecuarios.[97] Lo mismo haría con la prensa. Rodrigo de Llano, director del influyente *Excélsior*, y de quien Ruiz Cortines sabía que estaba ya comprometido con Flores Muñoz, a grado tal que había rentado un departamento en el edificio de enfrente al diario para convertirlo en casa de campaña, Ruiz Cortines le diría que "don Gilberto" era el mejor candidato. Más tarde, al resolverse la sucesión, le aclararía a De Llano que él se refería al periódico y a Gilberto Figueroa, como gerente general.[98]

No se sabe cuándo Ruiz Cortines se decidió por López Mateos pero lo cierto es que su nombre no figuró seriamente en la complicada competencia sino hasta 1957. No hay ninguna duda de que toda la estrategia gubernamental se dirigió, en primer lugar, a asegurarle al presidente su papel como centro de la decisión y, más tarde, para ocultar su preferencia. Si es claro que desde 1953 la competencia estaba entre Flores Muñoz y Morones, no es para nada

[96] Entrevista de Gilberto Flores Muñoz con Julio Scherer, *cit.*

[97] *Ibid.*; Miguel Osorio Marbán, *op. cit.*, p. 234.

[98] Miguel Osorio Marbán, *op. cit.*, p. 231; Miguel Alemán Velasco, *op. cit.*, p. 274.

claro que López Mateos estuviera tan temprano en el ánimo presidencial. Ni menos aún que el juego de Ruiz Cortines no alimentara peligrosamente las aspiraciones de Morones y sobre todo las de Flores Muñoz, sobre quien recaían las principales esperanzas.

El juego era riesgoso porque no existe ninguna evidencia de que Ruiz Cortines realmente quisiera proteger a su secretario del Trabajo. La estrategia del entonces presidente se ha considerado un hábil e inédito recurso para proteger a su candidato, pero no hay ninguna prueba de que lo hubiera decidido antes de 1957, cuando los dos principales candidatos desarrollaban intensas campañas. Más aún, tampoco está claro por qué, si sus preferencias estaban definidas, no permitió la postulación antes de que las presiones aumentaran. Ruiz Cortines tenía intenciones de postergar la decisión lo más que le fuera posible, como Luis Padilla Nervo, el canciller mexicano, le confiaría al embajador estadounidense, pues el presidente trataba de retrasar la decisión hasta enero de 1958. La embajada comentaba que había demasiada impaciencia dentro y fuera del PRI para que Ruiz Cortines consiguiera posponerlo tanto tiempo. Conjeturaba que lo más probable es que ocurriera después del informe presidencial en septiembre de 1957.[99] No llegaría a 1958, pero sí lo retrasaría hasta el 4 de noviembre de 1957, sin que haya alguna explicación clara.

No puede argumentarse la propia experiencia de Ruiz Cortines al ser postulado porque, por el contrario, él vivió la competencia organizada de Henríquez Guzmán y las vacilaciones de Alemán y, por lo tanto, conocía los riesgos de un retraso tan prolongado. La postulación de López Mateos sería, hasta entonces, la más tardía en la historia del país, pues ocurriría tan sólo ocho meses antes de las elecciones federales, mientras que las de Lázaro Cárdenas, Ávila Camacho y Miguel Alemán fueron entre 13 y 17 meses antes. Sólo la de Ruiz Cortines sería en octubre de 1951, nueve meses antes de los comicios, y no porque Alemán se lo hubiera propuesto sino porque se enredó en sus proyectos personales. Su retraso solamente había fortalecido la oposición de Henríquez Guzmán, de tal manera que la estrategia de Ruiz Cortines no podía pasar por alto los peligros

[99] NAW, expediente 712.00 (w)8-2357, informe del embajador Robert C. Hill al Departamento de Estado, 23 de agosto de 1957.

de que una oposición surgiera, menos con la intensidad y los grupos que exhibían Flores Muñoz y Morones.

La relación entre Ruiz Cortines y López Mateos, aunque cercana no parecía comparable a la que disfrutaba Flores Muñoz. Ni por generación ni por trayectoria, había contactos que aseguraran la confianza. Ambos se habían conocido durante el alemanismo, cuando López Mateos fue senador y Ruiz Cortines secretario de Gobernación, después de carreras por completo separadas. Para cuando López Mateos llegó al Senado, ya contaba con una trayectoria independiente y relevante, pues lo mismo había participado en la campaña vasconcelista que había hecho una carrera en el Estado de México, en los años más complicados de la política local.[100] Sin duda que la personalidad y desempeño de López Mateos habrían sido tan llamativas para Ruiz Cortines que le confió la secretaría general del PRI durante su campaña, en medio de dos políticos experimentados como Flores Muñoz y Sánchez Taboada, hombre de confianza de Alemán. En su gabinete, López Mateos fue enviado a la Secretaría del Trabajo con la que poco contacto había tenido, pero en la que podía desarrollar una de sus cualidades más apreciadas y reconocidas por los políticos de la época, como era su disposición a negociar y conciliar intereses. La previsión se cumplió porque a pesar de que en el periodo de Ruiz Cortines la economía atravesó una seria crisis, los conflictos obreros disminuyeron notablemente gracias a la labor de López Mateos que consiguió la anuencia y colaboración efectiva de las principales organizaciones obreras.[101] Los conflictos surgirían en 1957 y 1958, precisamente cuando se conociera el candidato y coincidieran las tensiones sociales acumuladas y la propia coyuntura del cambio presidencial.

La callada tarea de López Mateos, su juventud y, sobre todo, las ventajas e influencia que mostraban Flores Muñoz y Morones, restaron visibilidad al secretario del Trabajo. Como lo dijera Luis M.

[100] Rogelio Hernández Rodríguez (coord.), *Adolfo López Mateos...*

[101] José Luis Reyna y Raúl Trejo Delarbre, *De Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos (1952-1964),* México, Siglo XXI, 1981. Esa habilidad negociadora siempre fue importante en su gestión, pero al decir de algunos cobró relevancia para la sucesión en 1954, cuando la crisis económica no produjo huelgas o movilizaciones obreras. Bertha Lerner de Sheinbaum y Susana Ralsky de Cimet, *El poder de los presidentes,* México, IMEP, 1976, p. 312.

Farías, uno de los pocos simpatizantes de López Mateos y diputado federal en la segunda legislatura de Ruiz Cortines, "nadie hablaba de López Mateos" y por eso su labor de apoyo contaba apenas con dos o tres diputados más. En realidad, la mayoría de legisladores se había declarado simpatizantes de Flores Muñoz gracias a la activa campaña de Francisco Galindo Ochoa, también diputado federal y además presidente del PRI en el Distrito Federal y principal promotor de su candidatura.[102]

Las pocas evidencias que lograron trascender entre 1953 y 1957 prueban que López Mateos no era candidato real. Las primeras menciones serias acerca de sus posibilidades aparecerían en marzo de 1957, cuando los políticos comenzaron a considerar sus posibilidades. La embajada de Estados Unidos reportaría entonces que un informante ya mencionaba al secretario del Trabajo encabezando las preferencias presidenciales, al lado de Morones. La embajada misma ponía en duda la información porque Flores Muñoz seguía siendo un "sobresaliente competidor". Que no era tan grande su apoyo se observa en otro informe, apenas dos meses después, en el que la embajada dice que lo único que hay son especulaciones, a grado tal que si bien incluye en la lista de prospectos a López Mateos, también menciona a Carvajal, Beteta, Flores Muñoz, Morones e incluso al secretario de Hacienda, Carrillo Flores, y al director de Pemex, Antonio Bermúdez.[103] El informe de la embajada solamente reflejaba lo que ocurría entre los políticos, pues era verdad que todos los precandidatos hacían proselitismo pero López Mateos seguía sin contar con apoyos importantes.

Un informe de Gobernación, tan detallado que indica dónde se reunían y quiénes eran los simpatizantes de los candidatos, señala que era en el restaurante Prendes donde conversaban algunos senadores sobre las posibilidades de apoyar a López Mateos o a Rojo Gómez, todavía en julio de 1957. El informe también registra que eran los diputados vinculados al movimiento obrero los que más se inclinaban hacia el secretario del Trabajo, encabezados por Luis M.

[102] Entrevista de Luis M. Farías con Miguel Reyes Razo, *Excélsior*, 26 de junio de 1987.

[103] NAW, expediente 712.00 (w)/3-1557, Andrew Donovan II, consejero, al Departamento de Estado, informe del 15 de marzo de 1957; expediente 712.00/5-2357, Frank V. Ortiz, segundo secretario, al Departamento de Estado, informe del 23 de mayo de 1957.

Farías.[104] En contraste, Flores Muñoz y Morones sumaban adeptos. Lo más interesante es que, de acuerdo con algunos testimonios, López Mateos se había declarado con anticipación partidario del secretario de Agricultura,[105] y lo había ratificado ante el mismo Flores Muñoz poco antes de la postulación.[106]

El desconcierto en torno de las preferencias presidenciales está bien ejemplificado en la muy conocida entrevista de Ruiz Cortines con Olachea, presidente del PRI, días antes del quinto informe de gobierno. El primer mandatario convocó a Olachea para discutir las posibilidades de los candidatos y sus apoyos, entonces el líder del PRI habría mencionado a los más fuertes, quienes contaban con las mayores simpatías: Carvajal, Flores Muñoz, Morones e incluso Uruchurtu. Ruiz Cortines preguntaría por López Mateos y Olachea lo descartaría por inexperto. Ante la fingida anuencia presidencial, Olachea, comprometido con Morones, habría salido eufórico de la reunión porque el único encomiado por Ruiz Cortines había sido Morones, con la conocida frase de que era otro Juárez.[107] La entrevista sin duda fue calculada por Ruiz Cortines porque Olachea divulgó de inmediato la que él consideraba la decisión presidencial y la primera consecuencia fue que Santos y Reynoso recobraron la confianza en un momento en el que todo parecía indicar que Flores Muñoz ganaría la partida.

[104] AGN, DGIPS, expediente 2-1/57/99(34). Carta Política Confidencial, 22 de junio de 1957.

[105] Jorge Hernández Campos, "Cómo se hace un presidente. De Ruiz Cortines a López Mateos", *Excélsior*, 15 y 22 de julio de 1974, citado en Juan José Rodríguez Parts, *op. cit.*, pp. 232-234.

[106] Osorio Marbán ha escrito que en una reunión en la casa del director del semanario *Mañana*, Daniel Morales, en la que estuvieron presentes Galindo Ochoa, Teófilo Borunda, Flores Muñoz y López Mateos, Galindo había preparado un editorial escrito por él para que fuera publicado por *Mañana*. El editorial se pronunciaba por Flores Muñoz y lo firmaban varios políticos. López Mateos protestó porque no figuraba y ante la sorpresa de Galindo Ochoa habría afirmado que Flores Muñoz, ahí presente, sí sabía que era su partidario. La reunión habría tenido lugar "horas antes" de la postulación lo que, de ser cierto, indicaría que López Mateos no supo nada hasta el último momento o era un excelente simulador. Miguel Osorio Marbán, *op. cit.*, pp. 232-233.

[107] Jorge Hernández Campos, *cit.* La entrevista de Olachea con Ruiz Cortines fue narrada a Hernández Campos por el jefe de prensa del PRI en 1957, presumiblemente Moisés Ochoa.

Otros, como Bonifacio Salinas, se opondrían a la decisión. Varios años después, Francisco Pérez Ríos, dirigente de la CTM en ese entonces, contaría su versión de aquel momento. Olachea lo habría instruido para preparar todo en apoyo de Morones. Por su cuenta, se lo transmitiría a Salinas quien junto con Margarito Ramírez, hombre fuerte de Quintana Roo, visitaría al presidente para reclamar la decisión. Según Pérez Ríos, la decisión era cierta y Ruiz Cortines rectificaría en ese momento.[108] Lejos de haberse decidido por Morones, Ruiz Cortines habría enviado una señal más para dividir los ánimos entre los precandidatos, toda vez que la dirigencia del PRI era presionada no sólo por los desconcertados políticos, sino por los mismos precandidatos, como Flores Muñoz, que consultaba con regularidad las instrucciones presidenciales con el jefe de prensa del PRI.[109]

Poco parece haberle creído la especie el principal competidor, porque Flores Muñoz, a principios de octubre de 1957, presentaría su renuncia a Ruiz Cortines para encabezar su campaña, convencido de su fuerza y de contar con los apoyos suficientes. Ruiz Cortines se la devolvería 15 días después porque "ya debía saber" que no era el elegido.[110] De que contaba con apoyos no hay duda, porque la Dirección Federal de Seguridad reportaba que precisamente en octubre se había detenido una caravana de campesinos procedentes de Sonora, Sinaloa, y Nayarit (las zonas de agitación campesina en esa época) organizada por la CNC, que se dirigía al Distrito Federal para postular a Flores Muñoz. No era, desde luego, la única muestra de apoyo al secretario.[111] La vía de información fue, otra vez, sibilina. Ruiz Cortines llamaría a Galindo Ochoa para recomendarle que se acercara a López Mateos, días antes de conocerse públicamente la postulación del secretario del Trabajo. Desde luego, Galindo habría informado a Flores Muñoz de la noticia.[112]

Lo que sorprende de esta intrincada estrategia presidencial es que los involucrados y principales engañados en el juego sucesorio

[108] Miguel Osorio Marbán, *op. cit.*, pp. 296-297.

[109] Jorge Hernández Campos, *cit.*

[110] La versión es de Alfredo Kawaghi Ramia, periodista muy cercano a López Mateos, citado por Miguel Osorio Marbán, *op. cit.*, pp. 300-301. Rodríguez Prats también lo menciona, aunque no aclara su fuente, *op. cit.*, p. 89.

[111] AGN, DFS, GFM, informe del 7 de octubre de 1957.

[112] Miguel Osorio Marbán, *op. cit.*, pp. 232-233.

conservaran su compromiso institucional. Morones fue el más disgustado y exploró la posibilidad de organizar una oposición con ayuda de Santos quien, cauteloso, se negó a secundarlo, lo que llevó rápidamente a que Morones desistiera.[113] Flores Muñoz, quien quizá era el más lastimado por las ambigüedades presidenciales, rechazó cualquier oposición que le proponían sus seguidores.[114] Más aún, Flores Muñoz demostró una lealtad institucional notable porque sin el estímulo de la sucesión se mantuvo en el gabinete al frente de la Secretaría de Agricultura y se ocupó los meses siguientes en resolver los problemas agrarios que se produjeron en cascada a partir de diciembre de 1957 y que terminaron, casualmente, en julio de 1958, después de las elecciones presidenciales, con la expropiación histórica de Cananea. Como se verá en el capítulo siguiente, esa actitud fue valorada por el presidente López Mateos para darle un enorme espacio de acción política a Flores Muñoz, a diferencia de lo ocurrido con Santos, Reynoso y el mismo Morones.

Si no es creíble que Ruiz Cortines se hubiera decidido por López Mateos desde el principio, no hay duda, en cambio, de que conocía las ambiciones de los otros y que no estaba dispuesto a ceder ante ellos. A Santos le revelaría que su decisión, para muchos inesperada y para otros inexplicable, de postular a López Mateos, respondía a que Flores Muñoz y Morones habían dividido a la élite política y que López Mateos era el único capaz de restablecer la armonía.[115] Lo cierto es que siempre los reconoció como caciques y, lo más importante, que con cualquiera de ellos el poder, en especial de Santos, habría sido imbatible.[116]

Más allá de lo peligroso que fue el juego político de Ruiz Cortines, lo que parece estar en el fondo es su compromiso por llevar la política a un estadio superior de modernidad, que necesariamente implicaba eliminar los poderes tradicionales sobrevivientes y que en su administración habían dado muestras de ser capaces de conseguir la Presidencia. Por propia experiencia, Ruiz Cortines había conocido las etapas más violentas de los caudillos, los riesgos de una élite dividida que podía amenazar cada vez en mayor medida al priis-

[113] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 911.
[114] Vicente Leñero, *op. cit.*, p. 80.
[115] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 910.
[116] Humberto Romero, *Los dos Adolfos*, México, Edamex, 2009, p. 41.

mo, y sabía también el avance que significaban el civilismo, el desarrollo económico y la estabilidad política. Su perversa estrategia, más allá de favorecer a López Mateos, significó preservar el poder de decisión en el presidente, en particular en el aspecto determinante de la política nacional de la sucesión presidencial. Y el saldo fue sin duda favorable porque la de López Mateos fue la primera candidatura, desde el triunfo revolucionario, que no fue amenazada por una oposición organizada, surgida de la propia élite victoriosa y, más aún, que logró mantener la disciplina después de una decisión polémica.

Si Cárdenas fue quien instauró el verdadero presidencialismo al expulsar, como afirma Luis González, el poder personalizado de Calles y al mismo tiempo someter al resto de instituciones del sistema (Congreso y gubernaturas) al Ejecutivo, fue Ruiz Cortines quien avanzó en fortalecer el liderazgo presidencial sobre la élite política. Después de su gobierno y gracias a las acciones de López Mateos en contra de Santos y Reynoso, ningún poder regional volvería a amenazar la Presidencia ni tampoco ningún líder ni grupo dentro de la élite cuestionaría la decisión del jefe del Ejecutivo. Tendrían que pasar 30 años para que el liderazgo presidencial fuera de nuevo puesto en duda, la decisión personal del Ejecutivo tuviera que ventilarse públicamente y se provocara otra decisión política grave. Ruiz Cortines instauró una práctica eficaz y respetada, pero que todavía necesitó que López Mateos la consolidara con otras medidas que si bien fortalecieron al presidente, preservaron otras prácticas, nada alejadas del tradicionalismo político.

IV
EL CONTROL DE LOS PODERES TRADICIONALES

El poder de los hombres fuertes se demostró con toda claridad en la sucesión presidencial de 1958. A diferencia de lo sucedido en las anteriores, en las que su control político había sido de enorme utilidad al sistema, apoyando las candidaturas oficiales y enfrentando a las oposiciones, en el cambio de Ruiz Cortines los hombres fuertes intentaron influir en la decisión y, en última instancia, ganar la Presidencia. Santos, Reynoso y Flores Muñoz fueron actores relevantes en la competencia interna, los dos primeros respaldando al secretario Morones, y el tercero como el más fuerte y reconocido candidato a la sucesión. Si bien Flores Muñoz al final asumió con civilidad la decisión presidencial (lo que le valdría no sólo su supervivencia política sino la de su cacicazgo estatal), el nayarita había empleado todos sus recursos locales e institucionales para lograr el beneplácito de su amigo Ruiz Cortines. Santos y Reynoso, si bien actuaron a favor de Morones, tampoco veían con malos ojos la decisión en favor de Flores Muñoz. En cualquiera de los casos, de haberse inclinado Ruiz Cortines por el nayarita o por Morones, los hombres fuertes de la época, sobrevivientes del pasado político más tradicional y arbitrario, habrían conseguido nada menos que la Presidencia y con ella el dominio de la política nacional. El viraje hacia la modernidad que el alemanismo impuso a la política nacional, con instituciones funcionales y, en especial, con una nueva élite, civil, universitaria y dedicada a la administración gubernamental, habría sufrido un grave golpe que, sin duda, habría cambiado el rumbo del país.

Aunque los tres, y en especial Flores Muñoz, aceptaron la selección de López Mateos, funcionario eficaz, con un pasado de lealtad al sistema político y sin vínculos caciquiles, su activa participación en el proceso había rebasado los límites de la tolerancia del sistema. Su utilidad como intermediarios del control local o regional, que garantizara en las décadas anteriores la estabilidad del sistema, no sólo había dependido de su poder personal sino de su lealtad a

las instituciones y, por ende, de su pleno reconocimiento a las decisiones presidenciales. En 1958, sin embargo, la certidumbre acerca de su comportamiento inmediato estaba en duda porque habían intentado anular una de las reglas más preciadas del sistema posrevolucionario: la atribución presidencial de decidir a su sucesor, lo que implicaba el liderazgo y autoridad del presidente en turno. Con diferencias importantes, ninguno de los tres hombres fuertes de la época mantuvo ese respeto a la regla. Su futuro, una vez conocida la postulación de López Mateos, estaba decidido porque el nuevo presidente no permitiría que la experiencia se repitiera o que, peor aún, los tres intentaran obstaculizar al Ejecutivo.

A partir de 1958, incluso antes de que el candidato priista fuera formalmente elegido como presidente, comenzaría la eliminación de los últimos restos del poder tradicional que, sin duda, puede equipararse a la que tuviera lugar en los años treinta. Pero así como, para ejemplificar, Santos no era el mismo tipo de cacique que Cedillo, su anulación fue por completo diferente y marcó una nueva etapa en las relaciones federales. Ninguno de los tres fue eliminado físicamente sino aislado, de tal manera que no pudiera controlar, como hasta entonces, la política local ni, por lo tanto, tener la misma influencia nacional. Como se verá en las páginas siguientes, Santos y Reynoso, los más fuertes, influyentes y violentos, serían enfrentados por el gobierno federal y marginados de la política, con puestos menores en la administración pública (en el caso de Santos, tan menor que lo abandonaría a los pocos meses para refugiarse en su hacienda) o con embajadas en las que permanecerían el resto de su vida (como Reynoso y parcialmente Morones). De nuevo, el gobierno federal esperaría la primera oportunidad en la que ambos pusieran en riesgo la que hasta entonces había sido su principal función, garantizar la estabilidad política. Tanto en San Luis Potosí como en Zacatecas los gobernadores en turno, impuestos y controlados por Santos y Reynoso, enfrentarían con violencia las protestas ciudadanas. Controlados o desaforados los gobernadores, lo importante es que con ellos, Santos y Reynoso, los verdaderos jefes políticos, terminarían sus largos dominios.

Flores Muñoz, por el contrario, que como se vio en los capítulos anteriores, era un hombre fuerte moderno, que había demostrado eficacia administrativa en el gabinete de Ruiz Cortines y, sobre todo,

que había aceptado con entereza la decisión final, a grado tal que se mantuvo en el cargo hasta el final del periodo e incluso ocupó sus últimos tiempos resolviendo con la misma eficacia los más delicados asuntos agrarios, tendría una relación por completo distinta. Se retiraría a Nayarit, sin que el gobierno federal lo amenazara y, por el contrario, recibiría un trato amable y tolerante que le permitiría, si no controlar por completo la política local, al menos tener una influencia decisiva. Santos y Reynoso no regresarían nunca a la política nacional, Flores Muñoz aunque tarde, volvería en los años setenta, en el gobierno de José López Portillo.

Las estrategias, aunque claramente respondieron al diferente grado de amenaza de cada hombre fuerte y, desde luego, a su conducta final ante la postulación de López Mateos, significaban también una decisión federal en torno a las formas tradicionales de hacer política. Santos y Reynoso serían eliminados y con ello los últimos restos de caciquismos fuertes con influencia nacional, pero de ninguna manera terminarían los poderes locales. El modelo federal repetiría la fórmula que estaba presente desde el final de la Revolución y que consistía en tolerar los cacicazgos a condición de que fueran funcionales al sistema, no una amenaza. Si la misma sobrevivencia de Flores Muñoz muestra que el tradicionalismo persistía y se toleraba, había otras manifestaciones, con variantes importantes, que probaban que el sistema no se opondría por principio al poder caciquil.

La caída de los últimos hombres fuertes

Aunque el control que habían ejercido Santos y Reynoso en sus estados había sido efectivo, los dos habían enfrentado movimientos de oposición que mostraban claros síntomas de agotamiento de su poder y, en especial, la formación de grupos políticos capaces de presionar por los cambios. Sería en San Luis Potosí donde aparecería la primera oportunidad para romper el dominio de ese tipo de control tradicional.[1] Es relativamente bien conocido el surgimiento de

[1] La reconstrucción de los eventos políticos en San Luis Potosí y Zacatecas tiene el propósito de explicar las circunstancias que permitieron la eliminación de Santos y Reynoso, no aportar nuevas evidencias. Por eso no se abundará en los detalles y solamente se mencionarán los más relevantes de cada proceso.

la oposición navista que llevaría a la caída de Santos, pero no tanto las circunstancias que permitieron la vinculación del movimiento con el ascenso de López Mateos y que le brindaron al seguro nuevo mandatario la oportunidad de acabar con ese cacicazgo.

En los años cincuenta la capital potosina experimentaría una transformación importante con el crecimiento de las clases medias, en particular, de los sectores universitarios y de profesionistas. Recursos económicos y una atención cuidadosa de la salud pública que, como se vio antes, tuvo un importante impulso en el gobierno del mismo Santos y bajo la conducción de Morones, habían dado relieve a la medicina, los hospitales (el más importante, dependiente de la Universidad estatal) y, por supuesto, de los médicos. La Universidad, los estudiantes y los profesionistas más destacados (históricamente abogados y médicos), serían el centro no sólo de la crítica a Santos sino de la organización que se le opondría en 1958 en las elecciones locales, simultáneas de la elección presidencial.

La segunda mitad de los años cincuenta muestra una inusual actividad de los profesionistas, que se corresponde, como se vio en el capítulo anterior, al periodo de mayores arbitrariedades cometidas por Santos al amparo de Ruiz Cortines. En 1955 se fundaría el Instituto Potosino de Bellas Artes que, al margen de su propósito cultural, sería el sitio de reunión de los opositores a Santos. De las reuniones sociales, que darían lugar a la crítica política, se pasaría muy pronto a la organización. En 1958 se formaron dos organizaciones importantes: en mayo, la Alianza Cívica Potosina, con Salvador Nava a la cabeza, y en julio, el mes de las elecciones, el Frente Reivindicador de la Ciudadanía Potosina, dirigido por Franco Carreño, ex ministro de la Suprema Corte de Justicia y amigo de López Mateos. También en julio nació la Federación de Profesionales e Intelectuales de San Luis Potosí, integrado en su mayor parte por médicos.[2] Una de las decisiones más relevantes de la oposición organizada que, por un lado, muestra la civilidad de la lucha política y, por otro, la rigidez del dominio santista, fue su participación en la convención del PRI para elegir candidatos a las alcaldías. Santos lo permitió pero como era su costumbre, controló a los delegados para

[2] Tomás Calvillo y María Isabel Monroy, *op. cit.*, pp. 232-234.

imponer sus preferencias que, desde luego, no incluían a ninguno de los opositores. Si en el pasado Santos había hecho lo mismo sin encontrar resistencias, en 1958 no sería igual. Ante la imposición santista, las tres organizaciones crearían la Unión Cívica Potosina en noviembre, a un mes de la toma de posesión del presidente López Mateos. Las organizaciones, que en julio habían apoyado a López Mateos como su candidato a la Presidencia, en noviembre presentaron a Nava como aspirante a la alcaldía potosina.

Si la sucesión de eventos revela una oposición creciente y decidida a enfrentar a un cacique poderoso, tuvo un estímulo externo que dio seguridad y una amplia esperanza a los opositores. En febrero de 1958 el candidato López Mateos visitaría San Luis Potosí como parte de su intensa campaña presidencial. El discurso principal tendría lugar en la Universidad del estado y estaría dedicado en su parte medular a la educación, a ratificar el impulso que su gobierno daría a a la instrucción primaria así como a la educación superior. Mientras transcurría la reunión, se manifestaron estudiantes contra Santos en las plazas cercanas a la Universidad. Al pie del hotel donde se alojaría el candidato, seguirían las protestas que no cesarían en los cuatro días que ocupó su visita al estado. Al día siguiente, en su trayecto por la capital, López Mateos, que iba acompañado por el gobernador Manuel Álvarez López y por Santos, vería las pancartas y escucharía las protestas en contra del líder.[3] Los siguientes discursos de López Mateos estuvieron dirigidos a las necesidades del estado y a la urgencia de promover el desarrollo, sin hacer la más mínima alusión a la política local. Las protestas seguirían pero el candidato no daría ninguna señal de lo que haría con la política local y con el líder.

En junio, en una visita a Veracruz, y con motivo del día de la libertad de prensa, hizo diversas declaraciones, la más importante sobre los cacicazgos: "existen donde el pueblo los tolera". Poco después, en el camino hacia Tuxpan, López Mateos visitó a los periodistas en su autobús, donde le pidieron extenderse en la idea. López Mateos declaró entonces que "duran los cacicazgos en la

[3] Armando de Maria y Campos, *Un ciudadano. Cómo es y cómo piensa Adolfo López Mateos*, Toluca, Gobierno del Estado de México, 2008, pp. 182-183; *El Universal*, 22 y 23 de febrero de 1958.

medida en que los pueblos o la ciudadanía los toleran. Desaparecen conforme mayor es el civismo".[4] Aunque las palabras del candidato se pronunciaron fuera de San Luis Potosí, estuvieron calculadas porque parte del trayecto estuvo acompañado por Santos, en parte por su influencia en la zona de la Huasteca, pero también porque para entonces las manifestaciones en su contra se habían extendido en el estado. No pasó inadvertida tal compañía, porque prensa y opositores insistieron en que la presencia de Santos en la campaña y la cercanía que mostraba López Mateos, eran inaceptables pues, como lo dijera el PAN, Santos era responsable del asesinato y represión de vasconcelistas, en cuyo movimiento había participado el joven López Mateos y en alguno de los mítines había sido golpeado.[5] Para los críticos, las palabras del candidato no tuvieron desperdicio porque el movimiento potosino, ya fortalecido para entonces, recibió la declaración como un respaldo a sus actividades. Ya en julio el repudio a Santos era generalizado y se atribuía no sólo a la cada vez más violenta represión que ejercía el gobernador, sino a las palabras del ya para ese momento, presidente electo.[6]

Las elecciones federales fueron decisivas para el futuro de Santos. Si bien las agresiones a los opositores aumentaron conforme se acercaba la fecha de los comicios locales, ello no motivó la decisión final. En realidad, desde diciembre de 1957 eran frecuentes los allanamientos de domicilios particulares y oficiales de opositores, que terminaban en encarcelamientos, y cuya frecuencia aumentaba en la misma medida que las manifestaciones y protestas.[7] La prudencia de López Mateos respondía más bien a que esperaba la formalización de su investidura para hacerse cargo de Santos, porque Ruiz Cortines, aún en funciones, se negaba a actuar en su contra. Así lo sugieren varios indicios. Si el gobierno federal estaba al corriente de la represión local desde 1957 gracias a los informes oficiales, en noviembre de 1958 tuvo una muestra evidente porque la Unión Cívica le demandó al secretario de Gobernación, Ángel Carvajal, la desaparición de poderes en el estado, basados en la extre-

[4] *El Universal*, 8 de junio de 1958.
[5] *El Universal*, 10 de junio de 1958.
[6] AGN, DFS, GNS, informe del 2 de julio de 1958.
[7] AGN, DFS, GNS, informe del 13 de diciembre de 1957.

ma represión. Carvajal ni siquiera los recibió y en cambio les pidió paciencia y no alterar la paz pública.[8]

La tolerancia de Ruiz Cortines contrastaba con la reconocida animadversión que existía entre Santos y López Mateos. Si para nadie habían existido dudas del apoyo del potosino a Morones, menos para López Mateos. Como lo reconoce el mismo Santos, una vez formalizada su postulación, el candidato lo invitó a un desayuno oficial porque lo consideraba el jefe de la campaña de Morones.[9] Su postulación fue pésimamente recibida por Santos y sus seguidores porque pensaban que sería atacado su dominio, y a fines de 1957 corrió el rumor en San Luis Potosí de que Santos abandonaría el estado por supuestas razones de salud.[10] Y Arriaga, gobernador de Michoacán, recuerda que el mismo día de la toma de posesión presidencial, el secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz, se reunió con el gobernador potosino Manuel Álvarez para pedirle que preparara su salida del gobierno.[11] Su retiro se cumplió días después cuando se efectuaron los comicios locales, no se reconocieron los triunfos de la Unión Cívica y fueron reprimidos violentamente los manifestantes.

En enero de 1958 Gobernación obligaría a reconocer triunfos de la oposición, en primera instancia el de Nava en la capital potosina, y el gobernador fue forzado a solicitar licencia al cargo. El sucesor, Francisco Martínez de la Vega, no sólo era un reconocido enemigo de Santos, sino amigo muy cercano del presidente López Mateos. No había dudas de que la terminación del dominio de Santos, sostenido sin interrupciones por casi tres décadas, fue cortés porque no fue enviado al extranjero ni menos aún amenazada su persona. López Mateos tuvo el gesto de designarlo director de Pesca en la Secretaría de Industria y Comercio en 1959. Puesto menor, pero por ello mismo representativo de que Santos había perdido el poder que lo caracterizaba. Los escándalos de abusos, violencia y sobre todo de corrupción, no lo abandonarían en la nueva etapa de su vida[12] y, al final, renunciaría en 1961 para regresar a su hacienda,

[8] Carlos Moncada, *¡Cayeron! Crónica de los gobernadores desconocidos, desaforados y obligados a renunciar o a pedir licencia, 1929-1979*, México, s.p.i., 1979, p. 255.

[9] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 911.

[10] AGN, DFS, GNS, informes del 21 y 25 de noviembre de 1957.

[11] Agustín Arriaga Rivera, *op. cit.*, p. 74.

[12] AGN, DFS, GNS, informe del 10 de agosto de 1959.

desde donde intentaría reconstruir algo de su poder, sin mayores repercusiones.

En realidad, durante el sexenio de López Mateos, Santos fue marginado del estado y pocas fueron las noticias de sus actividades.[13] López Mateos, hacia el final de su mandato, intentó acabar con su influencia económica al expropiarle terrenos (170 000 hectáreas) en la Huasteca para construir una presa. Díaz Ordaz, sin embargo, suspendió el proyecto durante su mandato y toleró las actividades del viejo hombre fuerte. Santos se sintió protegido de nuevo e intentó retomar el poder, imponiendo dirigentes campesinos e incluso diputados locales en 1965 y 1966. El final llegaría cuando ese último año tratara de influir nuevamente en la sucesión del gobernador, lo que Gobernación no le permitiría. Cuando Luis Echeverría llegó al poder, la protección que Santos había disfrutado con Díaz Ordaz terminaría, porque se retomaría el proyecto de la presa propuesta por López Mateos. En 1973 se expropiaron 72 000 hectáreas para iniciarlo y López Portillo, en 1979, las extendió a 238 000, incluido su simbólico rancho Gargaleote, no para la presa sino para reparto agrario.[14]

Leobardo Reynoso, amigo y colaborador de Santos, que lo acompañara en múltiples tareas políticas, incluido el fallido apoyo a Morones, corrió una suerte similar a la del potosino una vez que López Mateos llegó al poder. El candidato presidencial visitó Zacatecas en su campaña y al igual que en San Luis Potosí, sus discursos abordaron temas económicos, no políticos. A diferencia de San Luis, en Zacatecas López Mateos no fue recibido con protestas contra Reynoso, a pesar de que sus excesos eran conocidos. Menos desarrollada la sociedad zacatecana, le había presentado menos oposición al dominio de Reynoso, quien fue capaz de imponer candidatos en la política local y, en especial, gobernadores. Minero Roque, que lo sucedió en el cargo, había construido su carrera política al amparo del líder. Fue su secretario particular, oficial mayor, secretario General de Gobierno y diputado federal durante el mandato de Reynoso.

[13] AGN, DFS, GNS, en el informe del 15 de junio de 1961 se reportan actividades de Santos no en San Luis Potosí sino en Guanajuato.

[14] Tomás Calvillo y María Isabel Monroy, *op. cit.*, p. 241.

Con ambos había iniciado su carrera Francisco E. García, quien en 1956 sería el siguiente gobernador. Dirigente estudiantil, secretario particular de Minero Roque, García había gozado de la protección de Reynoso y su complacencia para convertirse en diputado local en la segunda legislatura del hombre fuerte. Ya con Minero como gobernador, García seguiría la misma ruta: procurador de Justicia, oficial mayor y secretario General de Gobierno. Al concluir el mandato de Minero, García lo sucedería en el cargo con la aceptación del líder real del estado. Al igual que Santos, Reynoso había ejercido un poder indiscutible en Zacatecas y había impuesto sin problemas a sus dos sucesores. El gobierno de García, sin embargo, enfrentaría problemas económicos en el estado que poco a poco llevarían a protestas sociales. La economía zacatecana padeció serios efectos por la caída de los precios internacionales de sus principales exportaciones mineras (plomo, zinc y cobre), que coincidieron con una severa sequía que afectó la producción agrícola y ganadera, las otras dos actividades económicas del estado.[15]

Los problemas económicos y sociales cobraron un cariz político debido a algunos antecedentes locales pero sobre todo al ascenso de López Mateos. Pese al control de Reynoso, la elección de su sucesor en 1950 enfrentó una importante oposición electoral en la figura de Manuel J. Contreras, postulado por el Partido Democrático Zacatecano. Aunque Reynoso y Minero tuvieron que esforzarse por vencerlos, lo consiguieron y Minero tuvo un gobierno relativamente tranquilo. En 1956 la oposición resurgió con muchos de los disidentes de 1950 que formaron el Partido Revolucionario Zacatecano que, no obstante su fuerza, no postuló candidatos al gobierno estatal sino a las alcaldías.[16] La oposición política se renovó en 1958 con las elecciones federales y con las estatales de 1959. De nuevo, la oposición fue institucional, mediante una nueva organización partidaria, la Coalición Nacional Revolucionaria, y la competencia electoral. Al decir de algunos, el nuevo partido tenía ramificaciones fuera del estado y era impulsada por políticos cercanos a López Mateos.[17] No

[15] Jesús Flores Olague *et al., Zacatecas…*, p. 206, y Jesús Flores Olague *et al., Historia mínima de Zacatecas. La fragua de una leyenda*, México, Noriega Editores, 1995, pp. 195-196.

[16] Jesús Flores Olague *et al., Historia…*, pp. 209-210.

[17] *Ibid.*, p. 211.

hay evidencia de esta asociación pero sí suficientes en cuanto al papel de López Mateos y su actitud ante los cacicazgos.

En febrero de 1958, una vez conocidas las declaraciones de López Mateos sobre el tema y con protestas cada vez más extendidas en San Luis Potosí, en Zacatecas se producirían las primeras actividades de la Coalición que se fortalecerían a medida que se aproximaban las elecciones locales. En noviembre, uno de los dirigentes de la Coalición fue asesinado y si bien García estaba al frente del gobierno, fue a Reynoso a quien se responsabilizó de la represión.[18] Los comicios reportarían triunfos de la oposición más allá de lo que el gobierno suponía: 16 de las 20 casillas de la capital y alrededor de 30 alcaldías en todo el estado, que el gobierno de García se rehusó a reconocer. Las protestas y manifestaciones se multiplicarían en Zacatecas y obligaron a que Gobernación interviniera. De diciembre de 1958 a abril de 1959 las movilizaciones se acompañaron de represión violenta e incluso de asesinatos de militantes de la Coalición y de participantes en las manifestaciones.[19] La solución llegaría con mucha más tolerancia que con Santos, porque si bien Gobernación obligó a García a reconocer algunos triunfos de la Coalición, el gobernador permaneció en el cargo hasta finalizar su periodo en 1962. Solamente Reynoso fue exiliado, del estado y del país, al ser nombrado embajador, primero en Portugal y más tarde en Guatemala y Dinamarca, cargos en los que permanecería hasta 1970.

El trato que López Mateos dispensó a Reynoso contrasta con el que recibió Santos. No sólo el gobernador no fue retirado del cargo a pesar de las evidencias de violencia y arbitrariedad, sino que el hombre fuerte consiguió un exilio privilegiado que, además, no le impidió seguir interviniendo en la política local. Hacia 1962, cuando se aproximaba el cambio de gobierno, se acusaba al gobernador García de seguir recibiendo indicaciones de Reynoso y la misma Dirección Federal de Seguridad daba cuenta de conversaciones telefónicas en las que el tema era el nombre del sucesor, que finalmente fue José Isabel Rodríguez Elías, un político no tan alejado del grupo de leales de Reynoso.[20]

[18] AGN, DFS, LR, informes del 27 de febrero y 18 de noviembre de 1958.

[19] AGN, DFS, LR, informes del 8 y 29 de diciembre de 1958; 19 de enero, 24 de febrero, 23 de marzo y 13 de abril de 1959.

[20] AGN, DFS, LR, informes de enero de 1962.

Si bien es verdad que su poder decayó durante el gobierno de López Mateos, Reynoso tuvo suficiente influencia política, en especial porque García continuó al frente de la gubernatura a pesar de la extrema violencia de 1959. Ya con Rodríguez Elías en el mando del estado, Reynoso regresaría a México para morir poco tiempo después.

Un factor que también puede ayudar a explicar la diferencia en la respuesta del gobierno federal hacia Santos y Reynoso fue el grado de desestabilización política en los estados y la capacidad de control de los líderes. Además de las funciones de intermediación que los hombres fuertes desarrollaron para el sistema, también cumplieron las de control político, que no solamente implicaba someter o reprimir a la oposición sino, en especial, evitar las condiciones que agravaran una protesta y pusieran en riesgo la estabilidad. En San Luis la oposición creció hasta vencer al santismo, pero nunca se salió de los cauces institucionales. El navismo desafió el poder del hombre fuerte pero no desestabilizó el estado, lo que sí parecía estarse incubando en Zacatecas. La oposición contra Reynoso había sido electoral y partidaria pero en 1958 había terminado por dividir a la sociedad y al mismo priismo en el estado. En San Luis el santismo fue relevado por otros grupos, pero en Zacatecas no había opción política capaz de restablecer la tranquilidad y la convivencia. Al final, el gobierno federal parece haber reconocido no sólo su propia incapacidad para hacerse cargo de la situación sino la necesidad de que el grupo de Reynoso continuara al frente de la política. Sin duda que fue vigilado por el Ejecutivo federal y eso ayudó a disminuir la violencia, pero a diferencia del santismo, los herederos de Reynoso se mantuvieron en el poder.

El intento de ambos hombres fuertes por conseguir la Presidencia determinó su futuro y aunque ambos fueron expulsados de sus estados y perdieron el poder que los caracterizaba, continuaron en la política local y no fueron amenazados sus intereses básicos. Más aún, fue el mismo gobierno federal el que protegió sus principales ingresos porque todavía a fines de los años sesenta ambos líderes proveían de ganado a la Secretaría de Agricultura.[21] Este trato, más civilizado porque no afectó las vidas de los líderes, demostraba que el gobierno federal no tenía ningún interés en eliminar los poderes

[21] AGN, DFS, GNS, informe del 24 de abril de 1967.

tradicionales y que, por el contrario, los seguiría tolerando a condición de que no invadieran el poder federal ni amenazaran la estabilidad política. Reynoso es un ejemplo de esta estrategia. La represión y extrema violencia que él y el gobernador García practicaron en 1959 fue igual o superior a la que Santos y Álvarez aplicaron en San Luis Potosí a sus opositores y, no obstante, López Mateos no reconoció en la misma extensión los triunfos de la oposición ni retiró del cargo al gobernador García. La violencia no fue determinante del futuro del hombre fuerte o del gobernador. Lo decisivo era la amenaza que el líder representaba para la política federal.

Reynoso era un político tradicional y había acompañado a Santos en su intento por imponer al presidente, pero nunca alcanzó la relevancia del potosino que, indudablemente, preparó el proyecto, dirigió las acciones e incorporó a otros simpatizantes. Reynoso, pese a su poder, siempre estuvo al lado de Santos, fue parte del proyecto pero no su principal exponente. La gran influencia que Reynoso siguió teniendo en Zacatecas, aun estando fuera del país, muestra que el gobierno federal no lo consideraba una amenaza. El exilio que le brindó, lo colocó en una posición privilegiada que, en menor medida, le permitió seguir influyendo en Zacatecas.[22] También parece que hubo otro factor, personificado en Díaz Ordaz, con quien Reynoso presumía una amistad que en medio de los disturbios de 1959 lo hacía sentirse seguro.[23] Al margen de la verdadera cercanía de Reynoso con el secretario de Gobernación, lo cierto es que el trato que recibió, aunque generoso comparado con el de Santos, terminó igual con su poder. Los límites de la tolerancia los determinaba el gobierno federal, pero la existencia de poderes tradicionales no era incompatible con el sistema. Así lo demostrarían otros ejemplos, el más notable por su experiencia inmediata, el de Gilberto Flores Muñoz.

La figura de Flores Muñoz durante todo el sexenio de Ruiz Cortines había sido destacada y, sin duda, se había convertido en el

[22] Este trato considerado también es semejante al que recibió Morones. En 1959 fue designado embajador en París, donde se mantuvo hasta 1965, cuando Díaz Ordaz lo nombró director general del IMSS. En 1970 se retiró y cuatro años más tarde falleció.

[23] AGN, DFS, LR, informe del 24 de enero de 1959.

aspirante más fuerte a la Presidencia. Pero si bien había dado muestras indiscutibles de su eficacia como funcionario público, antecedido incluso por su buen desempeño como gobernador de Nayarit, Flores Muñoz tenía un innegable perfil tradicional que lo identificaba con los hombres fuertes de la época. Buena parte de su poder e influencia en el gobierno de Ruiz Cortines provenía precisamente de su control estatal y, por supuesto, de sus buenas relaciones con sus contemporáneos, en especial con Santos. Sin embargo, su poder independiente y su ascendencia con Ruiz Cortines, le habían permitido desarrollar su proyecto con plena autonomía de las aspiraciones de Santos y Reynoso, quienes si bien veían la candidatura de Flores Muñoz con simpatía, le reconocían suficiente poder como para actuar solo. Debido a esa singular combinación de tradicionalismo y modernidad, de hombre fuerte estatal y funcionario eficiente, Flores Muñoz era, a no dudarlo, más peligroso que Santos y Reynoso, habituados a la violencia y la arbitrariedad.

Flores Muñoz mostró una disciplina sorprendente al momento de conocer la decisión que favorecía, pese a todos los indicios, a López Mateos. Con poder y seguidores suficientes, Flores Muñoz pudo haberse embarcado en una oposición activa que, no obstante, no habría tenido ningún éxito. Llamados a encabezar la oposición, los hubo y Flores Muñoz se negó a escucharlos. Si Flores Muñoz sabía de los intentos, el gobierno federal también, lo que hizo que su negativa fuera más apreciada y reconocida por el sistema. En parte porque él conocía de cerca los episodios anteriores, en especial el henriquismo, en contra del cual tuvo una actuación destacada, pero también por no ser un hombre fuerte estilo Santos, Flores Muñoz no sólo desechó la posibilidad de la oposición sino que se mantuvo en su cargo y, con la misma eficiencia que lo caracterizó en el sexenio, resolvió las demandas de tierra e invasiones que se sucedieron al final del ruizcortinismo. La de Cananea, difícil en más de un sentido, sería resuelta satisfactoriamente y se convertiría en uno de los éxitos más reconocidos del gobierno. Flores Muñoz había mostrado que sus aspiraciones no pasaban por encima de las instituciones. La suya sería, con mucho, la primera demostración de que la élite reconocía el liderazgo presidencial y era leal al sistema. La disciplina con que asumió la derrota,

marcaría el comportamiento de la élite política en las siguientes ocasiones.[24]

Esa disciplina fue recompensada por López Mateos sin condiciones. Si el trato a Reynoso había sido benévolo, con Flores Muñoz fue generoso en extremo, pues López Mateos le permitió el regreso a su estado, el control de la política local y desoyó todas las protestas que se organizaron en su contra. Días después de la toma de posesión de López Mateos, en Nayarit comenzaron movilizaciones contra el líder sin que ni siquiera hubiera elecciones locales. Aunque ya existía oposición al gobernador y a Flores Muñoz, no había alcanzado la extensión y la fuerza que en otras entidades. Para el gobierno federal eran tan sólo intentos por crear las condiciones que habían terminado con Santos en San Luis Potosí, en los que se repetían las palabras de López Mateos en su campaña y las protestas las encabezaban opositores identificados: estudiantes universitarios, maestros del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) y militantes del Partido Popular Socialista (PPS) que, históricamente, tenían en Nayarit una fuerte base de apoyo debido a los hermanos Gascón Mercado, uno de ellos dirigente del partido y cercano a su fundador y líder, Lombardo Toledano. Aunque las protestas continuaron durante 1959, no tuvieron ningún impacto real, en buena medida porque el gobernador Francisco García Montero y Flores Muñoz, no respondieron con violencia.[25]

Sin movimientos que cuestionaran seriamente su poder y con la anuencia presidencial, Flores Muñoz retomó los hilos de la política local. Un elemento decisivo en su regreso fue que se acababa de elegir un nuevo gobernador en el estado y que éste había sido seleccionado libremente por él gracias a que Ruiz Cortines alimentaba las aspiraciones de su secretario de Agricultura. Flores Muñoz ejerció su poder sin problemas. En 1960, en vista de las elecciones locales, Flores Muñoz impuso candidatos a diputados locales y al-

[24] Años después Flores Muñoz hablaría de la candidatura perdida: "en definitiva, nadie supo por qué fue el licenciado López Mateos, como en definitiva nadie supo por qué no fue el doctor Morones Prieto. En cuanto a mí, tengo mi propia interpretación: yo era muy bronco, hombre radical. No encajaba en el estilo paciente y elaborado del presidente… [Ruiz Cortines] no se atrevió a confiarme el país". Entrevista de Gilberto Flores Muñoz con Julio Scherer, *cit.*

[25] AGN, DFS, GFM, informes del 19 de diciembre de 1958 y 20 de julio de 1959.

caldías, en especial en la capital, Tepic.[26] Sin oposición seria, las elecciones fueron tranquilas y favorecieron a sus elegidos, lo que fortaleció su poder. Como era de esperarse, Flores Muñoz comenzó muy temprano sus planes para sustituir al gobernador y, confiado en la tolerancia presidencial, perfiló al candidato. Se multiplicaron reuniones, encabezadas por Flores Muñoz y el gobernador saliente, con empresarios, políticos y organizaciones. Su confianza se basaba en la actitud del propio presidente, que en medio de esas actividades seguía visitando el estado y acompañando a Flores Muñoz. La confianza era tanta que Flores Muñoz reunió en mayo de 1963 a diversas personalidades del estado en su rancho, para trazar la estrategia de la sucesión. Propuso tres nombres, encabezados por el senador Roberto Medina Muñoz, con el propósito de que, de haber reservas en el PRI, cualquiera de ellos respondiera al grupo. Flores Muñoz propuso el esquema de financiamiento de la campaña y decidió iniciarla de inmediato. Gracias al apoyo tácito de López Mateos, se daba por un hecho que Flores Muñoz impondría de nuevo al mandatario.[27]

Pero la complacencia de López Mateos no sería tanta como para permitirle elegir un tercer gobernador. Lejos de aceptar al senador Roberto Medina, como pretendían Flores Muñoz y el gobernador saliente, el PRI postuló nada menos que a Julián Gascón Mercado, priista pero enemigo de Flores Muñoz y hermano de Alejandro, fiel seguidor de Lombardo Toledano en el PPS. El hombre fuerte de Nayarit se declararía traicionado por segunda ocasión y le reclamaría al presidente respeto a su poder.[28] Como lo advertía Gobernación, se esperaba un largo periodo de conflictos en el estado porque Flores Muñoz garantizaba su permanente oposición al nuevo gobernador. Era cierto, pero no fue violenta. La historia muestra que Gascón Mercado, que empezó su mandato con el nuevo presidente Díaz Ordaz, se enfrentó frecuentemente a Flores Muñoz. No incorporó a sus políticos y lo que fue peor, integró a militantes del PPS, empezando por la importante Secretaría General de Gobierno, que entregó a un militante reconocido de ese partido. Con el apo-

[26] AGN, DFS, GFM, informe del 1 de agosto de 1960.

[27] AGN, DFS, GFM, informes del 11 de enero de 1962 y del 1 de julio de 1963.

[28] AGN, DFS, GFM, informe del 6 de noviembre de 1963.

yo del PPS y de la UGOCM, que años atrás apoyara a Flores Muñoz como candidato a la Presidencia, Gascón alentó invasiones de tierras y demandas de reparto agrario que, desde luego, pasaban por algunas propiedades del hombre fuerte.[29]

Pero el poder de Flores Muñoz, si bien se vio afectado, no decayó. La prueba fue que encabezó activamente la oposición al gobernador. No sólo organizó reuniones políticas en su contra sino que fue acusado de promover invasiones de predios y formar nuevas agrupaciones de propietarios.[30] Lo relevante es que pese al apoyo con que contaba el gobernador y la visibilidad y eco que le prestaba el PPS en el Distrito Federal,[31] Flores Muñoz no perdió del todo el control de la política local. Es verdad que vio disminuido su poder e incluso comenzaron las acciones para expropiarle tierras, pero al final superó en la batalla al gobernador.

En realidad, Flores Muñoz salvó su posición y poder en el enfrentamiento. Hacia 1967, cuando los enfrentamientos aumentaban pero también las críticas al gobierno de Gascón, a quien acusaban de estar controlado por el PPS, su secretario General de Gobierno renunció y fue sustituido por Roberto Gómez Reyes, hombre leal a Flores Muñoz. Se advertía el poder del hombre fuerte pero también la mano del secretario de Gobernación porque se decía que el nuevo funcionario llevaba la encomienda de limpiar de lombardistas el gobierno local. Ante tal demostración de la fuerza de Flores Muñoz, que significaba una derrota en el proyecto del mandatario, Gascón no ocultó su malestar por la imposición.[32] La partida sería ganada por Flores Muñoz porque en 1963 el gobernador fue Gómez Reyes, con lo que el experimento de Gascón llegó a su fin. Con Gómez Reyes en la gubernatura y con Luis Echeverría en la Presidencia, Flores Muñoz no se vería amenazado en nada, por el contrario, cesarían las demandas por reparto de tierras y a fines de 1975 se mostraría tan generoso que cedería al gobierno federal su rancho

[29] AGN, DFS, GFM, informes del 19 de noviembre y del 23 de diciembre de 1963.

[30] AGN, DFS, GFM, informe del 22 de junio de 1964.

[31] Manuel Stephens, diputado federal del PPS, subió a la tribuna a denunciar las acciones de Flores Muñoz y pedir se integrara una comisión especial para investigar sus abusos. Desde luego, la propuesta no prosperó. AGN, DFS, GFM, informe del 19 de noviembre de 1963.

[32] AGN, DFS, GFM, informe del 17 de julio de 1967.

El Verdineño, con 1 100 hectáreas para que le diera el uso que quisiera.[33] Intacto su poder local y aún vivo políticamente, Flores Muñoz regresaría a la política nacional en el gobierno de José López Portillo, cuando su viejo amigo Francisco Merino Rábago, secretario de Agricultura en aquel sexenio, lo nombrara director general de la Comisión Nacional de la Industria Azucarera.[34]

En contraste con Santos y Reynoso, quienes con diferencias de grado, vieron declinar su poder apenas López Mateos tomó posesión, el de Flores Muñoz fue tolerado prácticamente hasta el día de su muerte. Ni López Mateos, quien sin duda reconocía la lealtad del nayarita, ni Díaz Ordaz ni Echeverría hicieron algo relevante para terminar con el dominio de Flores Muñoz. Quizá López Mateos, con su decisión final de respaldar a Gascón Mercado, intentara poner fin al hombre fuerte, pero aun considerando la incapacidad y limitaciones de Gascón, lo cierto es que el gobierno federal no hizo nada adicional en contra de Flores Muñoz. Todo lo contrario, después del fracaso de Gascón, fue el gobierno federal el que respaldó al sucesor, leal a Flores Muñoz. Una prueba más de que el sistema no tuvo nunca el propósito de destruir los poderes tradicionales, menos cuando quien los ejercía no era tan arbitrario para arriesgar la estabilidad local o amenazar el poder federal. Más aún, como lo demuestra el mismo Flores Muñoz, Nayarit tuvo problemas políticos pero nunca al grado de que llevaran a la represión. El viejo hombre fuerte ejerció su poder con esa mezcla de tradicionalismo y modernidad que marcaría el paso de los viejos caciques a la élite moderna.

La sobrevivencia del tradicionalismo

Como lo advierte González Casanova en su clásica obra, hacia los años sesenta los caciques tradicionales, aquellos que se apropiaban no sólo de los territorios sino de la vida de los habitantes y de la

[33] AGN, DFS, GFM, informe del 16 de diciembre de 1975.

[34] Merino Rábago desempeñó varios cargos de dirección en el Banco Nacional de Crédito Ejidal cuando Flores Muñoz fue secretario de Agricultura, lo que les permitió desarrollar una cercana amistad. El regreso del viejo político sería trágico porque un año después Flores Muñoz y su esposa serían brutalmente asesinados en su casa. Los pormenores, morbosamente narrados, se encuentran en Vicente Leñero, *op. cit.*

política estatal, habían desaparecido del sistema mexicano debido a que, además de los enfrentamientos con el gobierno federal, el desarrollo económico y la modernización de las instituciones habían inutilizado los contactos personales del cacique u hombre fuerte.[35] Aun así, persistían formas de poder tradicional, en particular en localidades alejadas del desarrollo, pero también en entidades del país, como Hidalgo y Puebla, quizá las más reconocidas. Significativos ambos casos porque los controles caciquiles, al menos en su versión estatal, habían surgido en los años del cardenismo y, con variaciones, sobrevivieron hasta la séptima década del siglo pasado. Como se verá en las páginas siguientes, se trataba de formas personales y familiares que se entremezclaban con la tradición caciquil de las entidades y la obligada modernización de la política, y, desde luego, con la tolerancia del gobierno federal.

Familias y caciques

Como bien lo han mostrado las obras de Frans J. Schryer,[36] Hidalgo es un ejemplo de la persistencia del caciquismo a pesar de la Revolución, el cardenismo y la modernización política que se generalizó en la segunda mitad del siglo XX. La modernidad o, con más precisión, la formación del régimen posrevolucionario no eliminó el caciquismo como forma de dominio político sino que se apoyó en él para destruir a opositores del mismo perfil. Fue el caciquismo más violento y atrasado, vinculado estrechamente con el callismo, el que fue eliminado por Cárdenas, mediante la colaboración de un variado conjunto de caciques locales entre los que se distinguieron Juvencio Nochebuena, que dominara Huejutla, y Honorato Austria, en Molango.[37] Fueron ellos quienes apoyaron a Cárdenas en su ascenso al poder y en los que el presidente se apoyó para eliminar el callismo en el estado. También fueron quienes propusieron a Rojo Gómez como el gobernador adecuado,[38] y durante todo su gobierno eligieron diputados locales y alcaldes. Tan fuerte era la presen-

[35] Pablo González Casanova, *op. cit.*, pp. 47 y 49.
[36] Frans J. Schryer, *Ethnicity…*, y *Una burguesía…*
[37] Frans J. Schryer, *Ethnicity…*, cap. 7.
[38] Matthew Richards, *op. cit.*, pp. 88-89; Frans J. Schryer, *Ethnicity…*, p. 129.

cia del caciquismo que, como ya se indicó en el capítulo II, el sustituto de Rojo Gómez en 1940 fue un reconocido cacique local, Otilio Villegas, cacique de Zimapán y protegido de Nochebuena.

Desde luego que Rojo Gómez aprovechó la oportunidad para construirse un grupo propio con amigos y familiares que ocuparon puestos en su gabinete. Gracias a ello y a su fuerte vínculo con Cárdenas y Ávila Camacho, Rojo Gómez pudo imponer a los dos siguientes mandatarios: José Lugo Guerrero, su cuñado, y Vicente Aguirre, que había sido su secretario particular. Rojo Gómez buscaría tempranamente la Presidencia de la República, un proyecto tan ambicioso cuya derrota marcaría la caída de su poder personal y del grupo en el estado. Logró terminar el periodo de Ávila Camacho, pero Miguel Alemán, su fuerte competidor, no le perdonaría su oposición. Rojo Gómez saldría del país en 1951 como embajador, primero en Japón y luego en Indonesia, y a la gubernatura del estado llegaría Quintín Rueda, amigo de Alemán, para acabar con los restos del dominio de Rojo Gómez y sus seguidores.

Rueda no sólo dominó al grupo de Rojo Gómez sino que actuó sistemáticamente en contra de Nochebuena. Los ataques no se derivaban de que Nochebuena fuera un cacique y también fuera poderoso, sino de su estrecha relación con Rojo Gómez y de su influencia en el grupo que todavía sobrevivía en el estado, como lo prueba que el otro importante cacique, Austria, no fuera tocado ni por Rueda ni por ningún otro gobernador gracias a su lealtad a ellos.[39] Nochebuena resistió los ataques pero no pudo recuperar su posición dominante en la política local. Después de varios cargos políticos, incluida la alcaldía de Pachuca, fue diputado local y federal en el sexenio alemanista y al concluir el periodo de Rueda, en 1957, pretendió nada menos que alcanzar la gubernatura, a pesar de los ataques del gobernador saliente. No lo consiguió pero Ruiz Cortines sí le permitió ser senador de la República.[40]

No logró la gubernatura porque además del debilitamiento local, ya había aparecido un nuevo líder político en Hidalgo, Alfonso Corona del Rosal, que además era amigo de López Mateos y Díaz Ordaz, con quienes había compartido el Senado en los años del ale-

[39] Matthew Richards, *op. cit.*, p. 116.
[40] Frans J. Schryer, *Ethnicity*..., p. 128.

manismo. Corona, si bien en nada puede considerarse un hombre fuerte tradicional, sí aprovechó la oportunidad en el sexenio de López Mateos para construirse un grupo propio que acabó con los restos del rojogomismo. Aunque alejado del tradicionalismo y formado en especial en la política nacional, Corona no prescindió para nada de la ayuda de los caciques, pues se auxilió de los hermanos Austria y, como prueba de la convivencia y ayuda mutua, nombró a Francisco delegado general del CEN del PRI en Hidalgo, durante la campaña presidencial de López Mateos. A cambio su colaboración política, el gobernador del estado prestó diversos apoyos al cacique, incluso pagando las colegiaturas de sus dos hijas en una escuela particular de Pachuca.[41]

Al comenzar el gobierno de López Mateos, Corona fue recompensado como presidente nacional del PRI, cargo en el que se mantuvo durante todo el sexenio. Pero como lo apunta Richards, Corona nunca dejó de controlar la política local, no sólo imponiendo al gobernador sustituto (Osvaldo Cravioto) y al siguiente (Carlos Ramírez) sino a diputados locales y presidentes municipales.[42] El liderazgo de Corona fue sostenido porque en 1964, al llegar su otro amigo a la Presidencia, fue nombrado regente del Departamento del Distrito Federal y muy pronto se convirtió en aspirante a la sucesión. De nuevo, como le ocurrió a Rojo Gómez en los cuarenta, el proyecto fracasó y a su derrota nacional siguió la pérdida de poder en el estado que pasó a manos de un nuevo líder y de un nuevo grupo, el del dirigente magisterial Manuel Sánchez Vite.

El control que ejerció Corona fue tan extremo que no permitió la formación de una élite profesional, por el contrario, las prácticas tradicionales y la fuerte influencia de caciques locales auspiciaron la creación de grupos cerrados con liderazgos fuertes que, como en el caso de Sánchez Vite, no estaban asentados en la política e intereses de la entidad sino en una organización externa, como el sindicato magisterial, cuya influencia nacional se transfería casi automáticamente a sus dirigentes. Esa condición externa y los desencuentros de Sánchez Vite con Echeverría, quien en un principio lo protegió, hicieron que su influencia y grupo no sobrevivieran en el gobierno

[41] Matthew Richards, *op. cit.*, p. 213.
[42] *Ibid.*, pp. 213-214.

hidalguense. Su sucesor, Otoniel Miranda, sería retirado del cargo tras agrias disputas con el gobierno federal en las que siempre se identificaría a Sánchez Vite como el promotor. Hacia 1975 la política local atravesaba por una seria crisis que, entre otras fallas, mostraba la falta real de liderazgos y grupos políticos. El sexenio que debería haber ocupado el gobierno de Sánchez Vite fue cubierto por tres mandatarios, uno de ellos desaforado, sin que apareciera un candidato de talla estatal. Esta circunstancia hizo posible que la familia de Rojo Gómez resurgiera porque en medio del desastre local, el hijo del viejo político, Jorge Rojo Lugo, aparecería como candidato de conveniencia. Hijo del viejo líder, pero carente de trayectoria política propia, Rojo Lugo resultaría favorecido por Gobernación y el PRI para dirigir el estado.

Para algunos autores,[43] la selección de Rojo Lugo significó la restauración del dominio del padre, alterado solamente en el periodo de Sánchez Vite; sin embargo, ese gobierno fue tanto o más desastroso políticamente que los dos inmediatos anteriores y lejos estuvo de consolidar un grupo. Rojo Lugo no tenía ningún prestigio personal ni local. Su frivolidad era conocida desde los años sesenta, cuando terminó sus estudios de derecho sin lograr la titulación y se vio involucrado en escándalos sociales. Afecto al teatro de vodevil y a sus actrices, terminó casado con una de ellas, muy de moda en el país, provocando la molestia de su padre que le retiró la ayuda económica. Sin recursos de la familia, fue acogido por Francisco Galindo Ochoa, entonces secretario en el CEN priista. Con tal desprestigio y sin interés en la política local, en los años sesenta era considerado "un júnior sin ningún mérito ni significación política" en Hidalgo.[44] Desde entonces, Rojo Lugo se trasladó al Distrito Federal y después de ocupar una diputación federal desarrolló una importante carrera en las áreas financieras del agro mexicano. En 1975 se desempeñaba por quinto año consecutivo como director general del Banco Nacional de Crédito Agrícola, en el que había pasado casi una década en diversos cargos. Sin más vínculo con la política hidalguense que el apellido, Rojo Lugo sería candidato a la gubernatura.

[43] *Ibid.*, p. 60.

[44] AGN, DFS, JRG, informe del 13 de noviembre de 1961.

El nombre lo llevó nada menos que al gabinete de José López Portillo, pues como el mismo presidente reconoció después, para él representaba la presencia de un grupo local fuerte.[45] No es claro por qué Rojo Lugo no continuó al frente de la Secretaría de la Reforma Agraria y decidió regresar al gobierno del estado en 1978, pero lejos de volver para fortalecer su influencia personal o de grupo, regresó para retomar sus conocidas aficiones, esta vez más escandalosas, conducta que, en los hechos, permitió que el verdadero manejo de la política local descansara en su secretario General de Gobierno Jesús Murillo Karam.[46]

La incompetencia de Rojo Lugo, además de mostrar que el grupo familiar estaba lejos de haberse recuperado, también demuestra que no había una élite profesional. Tras la llegada de un nuevo gobernador (Guillermo Rosell de la Lama) por completo desvinculado del estado y sin ningún interés en convertirse en líder local, la vieja familia tendría una nueva oportunidad en 1987. La llegada de la tecnocracia al poder nacional con Miguel de la Madrid y el interés presidencial de marginar a la vieja élite política, incluso en los gobiernos estatales, coincidió en Hidalgo con un viejo amigo del presidente. Adolfo Lugo Verduzco, sobrino de Rojo Gómez, había abandonado Hidalgo desde su infancia. En el Distrito Federal realizó todos sus estudios, incluida la carrera de derecho en la que coincidió con Miguel de la Madrid, con quien desarrollaría desde entonces una estrecha amistad. Sin interés en la política local, Lugo Verduzco se ocupó más en profundizar sus estudios (cursaría diversas especialidades en Estados Unidos, Francia y Holanda, así como en la misma Universidad Nacional, donde además de derecho intentaría las carreras de contaduría y ciencias políticas), y sobre todo ocuparía diversos cargos en el gobierno federal desde los años cincuenta. Su más alta responsabilidad llegaría en 1976, cuando su amigo De la Madrid fuera nombrado secretario de Programación y Presupuesto y llevara a Lugo Verduzco a la Oficialía Mayor.

El proyecto de De la Madrid de renovar la élite, implicó nombrar a un tecnócrata al frente del PRI nacional y encontró en su amigo

[45] José López Portillo, *op. cit.*, tomo 1, p. 473.

[46] El último tramo de su gobierno se caracterizó por frecuentes noticias acerca de las visitas del gobernador a bares, cantinas y prostíbulos. Matthew Richards, *op. cit.*, p. 152.

Lugo Verduzco al candidato ideal. En 1987, a un año de terminar la Presidencia de De la Madrid y después de un tenso periodo en el PRI, que le permitió renovar a la mayoría de los gobernadores de entidades de la República, Lugo Verduzco fue enviado al gobierno de Hidalgo. De la Madrid confiaba en que el apellido le abriría las puertas de una élite dispersa y en frecuente conflicto, a pesar de su evidente lejanía del estado y de su inexperiencia política. De nuevo, el resultado fue desastroso porque Lugo Verduzco desatendió la política local debido a que pasaba más tiempo en el Distrito Federal intentando regresar a la administración pública.[47] El derrumbe definitivo llegó en 1993 con el gobierno de Jesús Murillo Karam, que renovó por completo la élite y los grupos hidalguenses. En 1998, tras poco más de cinco años de gobierno, Murillo dejó la administración para ocupar una subsecretaría en Gobernación, en medio de los conflictos políticos que el gobierno de Zedillo enfrentaba y que se habían cobrado la cabeza de varios secretarios y subsecretarios de esa importante dependencia. Para terminar el periodo de Murillo, fue elegido el último representante de la familia: Humberto Lugo Gil, hijo de José Lugo Guerrero, el primer sucesor del grupo de Rojo Gómez y cuñado del líder fundador. Lo más paradójico de la elección de Lugo Gil es que fue el político más profesional de la familia, con una larga trayectoria política en los puestos nacionales pero también locales, y cuyo interés por la gubernatura era ampliamente conocido. Sin embargo, pese a ser el político mejor preparado de la vieja familia, Lugo Gil sólo conseguiría llegar al gobierno de Hidalgo como sustituto y por apenas cinco meses.

La repetición de familias en puestos de la política local y de la de Rojo Gómez en la gubernatura, no se debe necesariamente a la continuidad del dominio tradicional, casi caciquil de una familia, sino al hecho, agudamente apuntado por Richards y Schryer, de que las relaciones familiares constituyen la base de la élite política local, así como la persistencia del caciquismo en diferentes zonas del estado. El caciquismo en Hidalgo ha existido por lo menos durante un siglo y la Revolución, como lo muestra claramente Schryer, solamente sirvió para que algunos caciques locales eliminaran a otros.

[47] *Ibid.*, pp. 152-154.

Sus filiaciones con los caudillos nacionales no reflejaban ninguna simpatía por sus proyectos políticos, sino el cálculo de cuánta influencia se podía obtener para eliminar competidores y extender su propio dominio.

Si las familias originales de los Nochebuena y los Austria lograron dominar la política estatal se debió a su extremo control de localidades, comunidades y caciques menores. Con variaciones de grado, ambas familias sobrevivieron prácticamente hasta la muerte de los principales, Nochebuena en los años cincuenta y Austria en los setenta. La política en Hidalgo nunca consiguió formar una élite profesional, como sí ocurrió en el Estado de México.[48] Lo que dio origen a que líderes coyunturales construyeran un poder más personal que grupal y cuya duración apenas alcanzara uno o dos periodos gubernamentales. Pero en contraste, tanto políticos como empresarios acostumbran asociarse mediante matrimonios que cada vez tejen una red más intrincada de intereses familiares. Nada extraño que de esa red, con prácticas tradicionalistas, hayan surgido los gobernantes de la entidad. Lo interesante del caso es que estas formas tradicionales, en las que caciques y hombres fuertes predominan, lograron sobrevivir hasta la década de los años setenta del siglo pasado, cuando la modernidad política formalmente dominaba el sistema mexicano.

Los grupos cerrados

El tradicionalismo no ha tenido una sola forma de manifestarse en la política mexicana. Si ha funcionado con caciques y hombres fuertes, también lo ha hecho con familias y grupos cerrados, como

[48] Es frecuente no sólo comparar la política de Hidalgo con la del Estado de México sino considerar a la élite de esta última entidad como ejemplo de cacicazgo. Nada más errado, porque en el Estado de México, después de los años cuarenta, se ha formado una élite profesional constituida por diversos grupos y líderes que, sin embargo, no ha llevado sus disputas a la pérdida del control de la política local. En Hidalgo, la élite se ha entrelazado con las familias y caciques locales, de tal manera que los grupos son poco duraderos y los conflictos frecuentes. El mejor estudio sobre la política y los grupos en Hidalgo es el citado de Matthew Richards. Para el Estado de México, Rogelio Hernández Rodríguez, *Amistades...*

ha sido ejemplar en Puebla. En todos los casos, sin embargo, la presencia de un líder o dirigente cuya autoridad y poder lo hacen dominar la política y, sobre todo, convertirse en intermediario con el gobierno federal, es imprescindible. En Puebla, como sucedió en otras entidades en la misma época, el conflicto entre Cárdenas y Calles fue determinante para construir ese control local. Además de que los callistas dominaban el estado y, en conjunto, fortalecían el poder del "Jefe Máximo", en Puebla los conflictos políticos eran frecuentes. Maximino Ávila Camacho se haría indispensable organizando guardias blancas, que proporcionaban protección, y luego como jefe de Operaciones Militares, donde controlaría mandos regulares, y poco a poco intervendría en la política local. Cárdenas no tuvo que destituir al gobernador callista en 1935 porque Maximino ya controlaba el estado desde el cuartel, y dos años más tarde se apoderaría de la gubernatura en unas elecciones marcadas por el fraude.

El proyecto personal de Maximino Ávila Camacho fue evidente desde el principio porque de inmediato formó un gobierno, tanto central como en el Congreso y las alcaldías, con familiares, amigos y aliados o subordinados. En 1939, a dos años de haber alcanzado el poder estatal, Maximino preparó su "Pacto de honor" en el que los firmantes lo reconocían como líder de Puebla, aceptaban sus directivas y mantenían al grupo como el único medio para realizar actividades políticas que aseguraran que el gobierno poblano fuera únicamente para poblanos.[49] Maximino ejerció un control tan severo como cualquiera de sus contemporáneos, y con tal eficacia que en 1941, al partir al Distrito Federal para integrarse al gabinete de su hermano y dedicar sus últimos días a construir su candidatura presidencial, en el gobierno poblano no hubo ninguna ruptura. No era extraño que el grupo se mantuviera activo mientras el fundador vivía y acumulaba poder en la capital del país, pero no deja de sorprender que a su muerte, ocurrida intempestivamente en 1945, el grupo continuara observando los principios originales.

El grupo inicial que se formó sobre la base del Pacto de honor, en realidad estaba dirigido por Maximino Ávila Camacho, aunque formalmente lo presidía Gonzalo Bautista Castillo; entre sus inte-

[49] Wil Pansters, *Política y poder…*, pp. 114-117.

grantes se contaban Carlos I. Betancourt, Fausto M. Ortega, Antonio Nava Castillo, Aarón Merino Fernández, Rafael Ávila Camacho y Gustavo Díaz Ordaz. Todos tuvieron importantes cargos políticos durante el gobierno de Maximino: Bautista, diputado local; Ortega, presidente municipal de Teziutlán; Rafael Ávila Camacho, presidente estatal del PNR; Betancourt, Nava Castillo, Merino Fernández y Díaz Ordaz, además de diputados federales, fueron representantes sectoriales del partido. Pero más relevante fue que el mandato establecido por el Pacto, de convertir al grupo en un organismo cerrado que garantizara el control de la política local, fue observado fielmente. En realidad, desde 1941, cuando Gonzalo Bautista sucede a Maximino en la gubernatura, la secuencia del gobierno sería respetada: a la salida de Bautista en 1945, siguieron Betancourt (1945-1951), Rafael Ávila Camacho (1951-1957), Ortega (1957-1963), Nava Castillo (1963-1964), Merino Fernández (1964-1969), y otros posteriores como Rafael Moreno Valle (1969-1972) y Gonzalo Bautista O'Farrill, hijo del ex gobernador (1972-1973), con cuyo desafuero concluyó, al fin, el control del grupo.[50]

Para el principal estudioso de la política poblana, Pansters, el grupo pudo mantener el control, pese a la desaparición física del líder fundador, porque se aseguró del reclutamiento de nuevos políticos y con ello su lealtad, pero también porque convirtió la política local en un ámbito cerrado, exclusivo de amigos, familiares y seguidores que en la práctica impidió la formación de una élite política profesional y, desde luego, de una oposición organizada.[51] Y también porque logró incorporar a los sectores más importantes económica y socialmente del estado, como los empresarios y el clero. Ambos factores le permitirían mantenerse en el poder sorprendentemente hasta entrada la séptima década del siglo pasado, pero también serían los orígenes de su caída, debido al extremo conservadurismo de los gobernadores, que siempre encontró apoyo en el clero y en los empresarios. La única forma de expresar la oposición estaría en manos de los universitarios, cada vez más radicalizados en la izquierda comunista.

Otro factor relevante fue, indudablemente, la presencia de Díaz Ordaz en la política nacional, que desde los años del alemanismo

[50] *Ibid.*, p. 117.
[51] *Ibid.*, pp. 183-184.

tuvo una influencia destacada, y que a partir de los sesenta fue determinante, primero como secretario de Gobernación durante el mandato de López Mateos y luego al frente del Ejecutivo federal. Como lo ha mostrado Pansters, el control del avilacamachismo no presentó mayores complicaciones hasta los años sesenta, cuando comenzaron a aparecer frecuentes conflictos, pero que, a pesar de provocar la extrema violencia de los gobernantes, no pusieron en riesgo la continuidad del grupo. Mientras los más violentos, como Santos y Reynoso, fueron eliminados, los avilacamachistas, muy semejantes en sus prácticas, consiguieron la tolerancia federal gracias a que la política interna era dirigida por uno de los firmantes del pacto original. Tendría que ocurrir la ruptura de Díaz Ordaz y Echeverría para que la tolerancia hacia el grupo avilacamachista terminara.

La eficacia del grupo en el control político fue notoria entre los años cuarenta y la primera crisis importante, en 1961. Como lo advierte Pansters, durante esos 20 años la política local había sido manejada por los fundadores y sus seguidores. La mejor prueba de ello es que los tres gobernadores posteriores a Maximino, Bautista, Betancourt y su hermano Rafael, no tuvieron oposición electoral alguna, ni en el estado ni en el partido oficial que, por el contrario, les dio todo su respaldo. Sin conflictos internos que amenazaran la estabilidad local, el gobierno federal vio con simpatía a la élite poblana. Aunque hubo protestas (en especial, la de Aquiles Serdán, hijo del revolucionario, en 1950), fueron desoídas por el gobierno federal y acalladas por los gobernadores, que hicieron de la persecución y la expulsión de disidentes del estado una práctica frecuente, conocida y tolerada por las autoridades centrales.[52]

La falta de una oposición real condicionaría que las protestas se originaran por asuntos y en sectores externos a la política local. Hacia mediados de los años cincuenta las primeras manifestaciones partirían de los universitarios que demandaban la autonomía de la Universidad poblana, cuya conducción no sólo estaba en manos del gobierno local sino en las del Patronato Universitario y el Consejo de Honor, integrados por empresarios y autoridades eclesiásticas. La influencia de estos grupos sería tan fuerte que el rector designa-

[52] *Ibid.*, pp. 185-186.

do en 1956 era familiar del arzobispo poblano, Márquez y Toriz, conocido por su extremo conservadurismo.[53] La tensión entre estudiantes y autoridades se agravaría porque pronto se expresaría en posiciones ideológicas radicales que, a largo plazo, llevarían al enfrentamiento con el gobierno local. En 1961 estallaría la primera gran movilización para conseguir la plena autonomía universitaria y el retiro de los grupos conservadores. El conflicto, pese a extenderse por semanas y terminar con la ocupación militar de la ciudad, no puso en riesgo al gobernador Ortega que se mantuvo en el poder y creó las condiciones para que lo sucediera otro miembro del grupo.

En 1964 los conflictos reaparecieron, de nuevo con los universitarios, a pesar de que las causas no afectaban a la casa de estudios. En esta ocasión las movilizaciones fueron más amplias pues además de estudiantes tomaron parte obreros y campesinos. El conflicto de 1964 tuvo una variante importante en cuanto a la tolerancia federal porque aunque Díaz Ordaz ya era presidente electo, no había concluido aún el mandato de López Mateos y Gobernación estaba en manos de Echeverría, quien asumió las negociaciones en favor del estudiantado.[54] Nava Castillo, pese a no contar con todo el apoyo de la Federación, reprimiría violentamente a los manifestantes, lo que llevaría a que el ejército interviniera otra vez y a la separación del gobernador de su cargo. No obstante, el gobernador interino sería otro miembro del grupo avilacamachista, Aarón Merino Fernández.

Aunque el conflicto de 1964 terminó con el retiro del gobernador, el dominio del grupo no se debilitó, principalmente por la extrema tolerancia que el presidente Díaz Ordaz dispensó a los políticos locales. Había sido una situación extrema en 1964, tanto en el estado como sobre todo en la política nacional, lo que había permitido que el gobernador fuera puesto en aprietos. No volvió a repetirse la intervención federal mientras Díaz Ordaz estuvo al frente de la Presidencia. Sus compromisos estaban fuera de duda. Desde muy joven, Díaz Ordaz ingresó a la política local durante la gubernatura de Maximino Ávila Camacho. A partir de entonces fue acumulando puestos relevantes y comprometiéndose cada vez más con

[53] Wil Pansters, *Política y poder…*., p. 199.
[54] *Ibid.*, p. 224.

el grupo, a grado tal que en el periodo de Bautista Castillo fue secretario General de Gobierno y ocupó interinamente la gubernatura por unos meses. Aunque a partir del alemanismo Díaz Ordaz desarrolló una importante carrera política en el Distrito Federal, nunca abandonó las relaciones locales. No hay duda de que gracias a los influyentes puestos que ocupó en Gobernación, los mandatarios poblanos tuvieron un amplio margen de tolerancia. Eso explicaría por qué durante el gobierno de López Mateos el avilacamachismo, pese a haber sido tan arbitrario como los más tradicionales cacicazgos, no fuera atacado por el gobierno federal. Es verdad que el avilacamachismo funcionó siempre como grupo, con líderes sucesivos que no conservaban poder personal y también es verdad que la oposición fue menor que en otros estados, como San Luis Potosí o Zacatecas, pero cuando aparecieron los conflictos y fueron reprimidos con violencia, el gobierno federal los dejó pasar. Eso sucedió con más claridad durante el sexenio de Díaz Ordaz cuando los enfrentamientos entre universitarios y avilacamachistas se repitieron. El mandato de Aarón Merino Fernández no estuvo exento de nuevos enfrentamientos que tuvieron a los universitarios como principal actor político, pero no se polarizaron lo suficiente como para poner en duda el control del gobernador.

No obstante, la acumulación de tensiones locales, sumadas a la agitación estudiantil que en los años sesenta llegó a comprometer a diversas universidades estatales con diversidad de demandas que, al final, desembocaron en el histórico movimiento de 1968 en la capital del país con su final trágico, afectaron seriamente la difícil situación poblana. A partir de 1970 las condiciones cambiaron radicalmente, en el país y en Puebla. Díaz Ordaz no sólo fue el principal responsable de la bárbara solución al conflicto de 1968 sino que su sucesor, Echeverría, hizo todo lo posible por acercarse al estudiantado universitario y alejarse por completo del presidente poblano. Con un proyecto político propio, Echeverría no tendría ninguna consideración con el arbitrario avilacamachismo y menos cuando de por medio estaban tanto los estudiantes como la imagen tan criticada de Díaz Ordaz.

En 1971 revivió la latente demanda de la autonomía universitaria con una fuerte y mejor organizada izquierda universitaria. Esta vez los enfrentamientos fueron cruentos e involucraron a grupos

estudiantiles de derecha que eran protegidos por las autoridades estatales. El gobernador Moreno Valle, recién elegido, ante la violencia desatada y las presiones de la derecha por reprimir, prefirió presentar su renuncia al cargo antes que tomar una decisión que contraviniera al grupo avilacamachista. Como sucesor fue elegido Gonzalo Bautista O'Farrill, hijo del ex mandatario leal al hombre fuerte fundador del grupo. Con más compromiso con el grupo que Moreno Valle, Bautista decidió terminar con la disidencia de la misma manera que sus antecesores, con la violencia. Tras varios enfrentamientos y los asesinatos de dos universitarios de filiación comunista, los grupos paramilitares intentaron apoderarse de la Universidad, lo que llevó a un enfrentamiento armado entre universitarios y la policía local en pleno centro de la capital. En 1973 el gobierno federal retiró del gobierno a Bautista y con esta decisión puso fin al largo dominio del avilacamachismo.[55]

El avilacamachismo fue una variante importante del tradicionalismo que ejemplifica bien cómo y por qué esas formas de control político pueden sobrevivir al lado de la modernidad. Su existencia no dependió de un solo individuo sino de un grupo cerrado y excluyente que impuso condiciones de comportamiento pero también ofreció garantías para que sus miembros tuvieran asegurado el ejercicio del poder. A diferencia de lo ocurrido en otras entidades, en particular en el Estado de México, donde también en los cuarenta se fundó un grupo cerrado pero que no logró sobrevivir en la década siguiente y, por el contrario, dio paso a la formación de una élite profesional integrada por grupos competidores, en Puebla el grupo avilacamachista hizo cuanto pudo por destruir a otros grupos, controlar el reclutamiento de políticos y la selección de puestos locales y federales.

Hacia los años setenta en Puebla no existía una élite política local capaz de regenerarse y adaptarse a los cambios nacionales. Pero esa misma estrechez política impidió que se formara una oposición activa, como sucedió principalmente en San Luis Potosí y en menor medida en Zacatecas. En esos estados, y de manera destacada en San Luis Potosí, había una larga y sostenida tradición opositora que además de movilizarse, se organizó para competir en los comi-

[55] *Ibid.*, pp. 238-248.

cios. Era una oposición cada vez más habituada a la modernidad política. En Puebla el control que ejerció el grupo avilacamachista no permitió ningún espacio a la formación de opositores. El único reducto que quedó libre fue la Universidad que, sin embargo, como era habitual en las universidades de la época, abrazó pronto el radicalismo de izquierda que se enfrentó a la no menos radical derecha poblana.

Pero que el control político lo ejerciera un grupo y no un hombre fuerte, no eliminó la violencia, la arbitrariedad y la utilización de las instituciones a conveniencia. Las instituciones tuvieron un rol destacado en esta experiencia. Si los hombres fuertes, como se vio en el capítulo II, se distinguieron por utilizar las instituciones, en Puebla llevó esta formalidad al extremo de respetar la sucesión en la gubernatura para que el mandatario asumiera el liderazgo del grupo y la política. Santos, Reynoso, Flores Muñoz imponían sucesores y tomaban las decisiones importantes. Ellos elegían y seleccionaban a quienes ocupaban los puestos e incluso, llegado el caso, podían eliminarlos. Su poder era demasiado personalizado, lo que los hacía fácilmente identificables. En Puebla no hubo más personalización de la política que aquella que se produjo con Maximino, el fundador. Desde su partida, la política se diluyó entre los miembros del grupo, encabezado temporalmente por el gobernador en turno.

En la medida en que todos los miembros del grupo tenían asegurado el acceso al poder, era fácil que se produjera la lealtad al gobernador en turno y, por lo tanto, nadie podía cuestionar las decisiones que tomara porque, al final de cuentas, serían igualmente benéficas para los seguidores. El retiro del gobernador, al terminar su periodo, no significaba disminución alguna del poder grupal, simplemente la sustitución acordada del nuevo líder. Este comportamiento no podía mantenerse más que a condición de controlar todos los accesos de la política. Control, sin duda, pero acompañado de fidelidad política que se derivaba de la garantía de contar con puestos políticos, hacer política y alcanzar un día la gubernatura.

Como se ha visto en este capítulo, los años sesenta marcan el final de los hombres fuertes más tradicionales que, además, amenazaron el poder central. Santos y Reynoso fueron los últimos hombres fuertes de aquella generación que sustituyó a los Cedillo, Garrido Canabal, etc. que dominaron la política nacional y local hasta

los años treinta. Pero no desapareció de ninguna manera el poder tradicional. Un hombre fuerte como Gilberto Flores Muñoz sobrevivió gracias a que aceptó los límites que la élite nacional y el Ejecutivo federal impusieron, pero ejerció sin mayores complicaciones su influencia hasta prácticamente su muerte. En otros estados, con orígenes caciquiles similares, el poder tradicional sobrevivió con familias y con grupos cerrados, formas que fácilmente podían mezclarse con las instituciones modernas y, no obstante, seguir siendo tan violentas, arbitrarias y clientelares como los más atrasados. Ésa fue la razón de que los tres ejemplos (Flores Muñoz, el rojogomismo y el avilacamachismo) se mantuvieran en el poder, directamente o con altibajos, hasta los años setenta del siglo pasado, cuando la política nacional se encontraba más avanzada en la modernidad.

En rigor, la modernidad, al menos en la política mexicana, no es para nada incompatible con el tradicionalismo. Por el contrario, desde su aparición en los años posrevolucionarios, ha sido complementaria y, en especial, indispensable para mantener la estabilidad política y la integración nacional en un país marcado por profundas diferencias geográficas, económicas y sociales. Por eso el gobierno federal ha tolerado, como dice González Casanova, formas parecidas al caciquismo a pesar de su arbitrariedad. Solamente eran inaceptables cuando comprometían la estabilidad local o pretendían intervenir en asuntos nacionales. Después de la sucesión de Adolfo Ruiz Cortines y la selección de Adolfo López Mateos, los hombres fuertes con real influencia en la política nacional desaparecieron, pero el tradicionalismo se ha mantenido como recurso del sistema para garantizar la estabilidad en los estados. Al final, se ha establecido una delegación del control político que pasa por gobernadores y líderes locales, lo que ha garantizado su supervivencia en el país.

V
LOS GRUPOS Y LA DISPUTA IDEOLÓGICA EN LA ÉLITE PRIISTA

La disputa por la sucesión presidencial de 1958 transformó radicalmente la política nacional al confirmar, por un lado, que sería una competencia exclusiva de la élite que suponía homogeneidad y disciplina, y por otro, la afirmación del liderazgo presidencial, en especial la autoridad del presidente en turno para seleccionar a su sucesor de entre su grupo cercano. La tortuosa estrategia que había seguido Adolfo Ruiz Cortines para imponer al siguiente mandatario había dado resultado al impedir la extrema influencia de los hombres fuertes y, en particular, evitar una nueva disidencia interna que hasta entonces había dominado las sucesiones anteriores. Pero si las amenazas caciquiles habían terminado, al igual que las tentaciones opositoras, las disputas políticas no desaparecieron ni menos aún los intentos por intervenir o al menos influir en la sucesión. El cambio, sin embargo, sería la institucionalización de un añejo enfrentamiento ideológico acerca del rumbo y orientación que debía seguir el Estado, que confrontaba no sólo perspectivas políticas sino a los dos ex presidentes que en su momento las habían encabezado y en los años cincuenta crearon grupos que, al margen de su sobrevivencia como organización, se convirtieron en los principales adversarios.

Lázaro Cárdenas y Miguel Alemán representaban los dos caminos ideológicos del supuesto programa revolucionario. El primero subrayaba la responsabilidad del Estado para satisfacer el bienestar social y para ello subordinaba la tarea gubernamental, incluido el desarrollo económico, a crear mejores condiciones sociales, en particular, para los sectores más desprotegidos. El proyecto de Alemán de ninguna manera descartaba el desarrollo económico ni tampoco la responsabilidad del Estado en él, pero afirmaba el crecimiento y la promoción del sector privado como factores centrales del desarrollo. En este proyecto, el bienestar social resultaría del mismo desarrollo, como consecuencia natural del mercado, la inversión y el trabajo.

En rigor, los planteamientos de ambos presidentes no diferían en la promoción del desarrollo ni menos aún en la función del Estado, sino en el énfasis acerca de los aspectos sociales. Como bien lo demuestran los programas gubernamentales desde los años treinta, en particular el Plan Sexenal cardenista, se asumía que el Estado era el responsable del crecimiento económico y el bienestar social. Como lo expresara con claridad Ramón Beteta, asesor de Cárdenas en la redacción del plan y durante su gobierno, y luego secretario de Hacienda de Alemán, la tarea de la Revolución y, por ende, de los gobiernos surgidos de ella, era satisfacer las extremas necesidades sociales de una población desprotegida, lo que no podía conseguirse más que con el desarrollo económico. Pero lejos de sustentarlo en la agricultura, los políticos de la época reconocían que sólo podría conseguirse el desarrollo mediante la industrialización.[1] La premisa es relevante porque obligaba a preguntarse hasta dónde llegaría la responsabilidad del Estado en la promoción del desarrollo si, por un lado, la economía de la época era básicamente agrícola, y por otro, no había un empresariado capaz de encabezar la industrialización.

Eduardo Suárez y Beteta, secretarios de Hacienda desde el cardenismo hasta el alemanismo y, por lo tanto, diseñadores de la política económica de aquellos años, no dudaron de que la tarea estatal era doble: promover la industria mediante la infraestructura y el apoyo directo, y el estímulo a la formación del empresariado que a largo plazo se hiciera cargo del desarrollo.[2] Para los gobernantes de aquellos años, encabezados desde luego por Cárdenas y Alemán, la industrialización, el empresariado nacional y el bienestar de la sociedad no estaban reñidos sino, por el contrario, eran partes integrales del proyecto revolucionario. El énfasis, sin embargo, fue distinto, además de que las condiciones políticas y sociales de cada periodo condicionaron los proyectos gubernamentales específicos.

[1] Ramón Beteta, "Aspectos económicos del plan sexenal. Polémica en la Universidad de Virginia (1935)", en *Pensamiento y dinámica de la Revolución Mexicana*, México, Editorial Nuevo México, 1951, pp. 205-232.

[2] Ramón Beteta, *Programa económico y social de México. Una controversia*, México, s.p.i., 1935, y *Tres años de política hacendaria*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1951; Eduardo Suárez, *Comentarios y recuerdos (1926-1946)*, México, Porrúa, 1977.

Los años treinta, como es ampliamente sabido, se caracterizaron por la centralización del poder y el fortalecimiento de las instituciones, mientras que los cuarenta, una vez que los apremios políticos fueron controlados, constituyeron el espacio para el crecimiento económico. Cárdenas hubiera promovido la industrialización, tal como lo preveía su Plan Sexenal, si los conflictos políticos y sociales no hubieran predominado en su administración. Cárdenas y Ávila Camacho dejaron el camino abonado, con instituciones y estabilidad política, para que Alemán iniciara el crecimiento económico. Desde luego que Alemán no sólo promovió el desarrollo, sino que impuso un modelo de industrialización que privilegiaba el proteccionismo y el apoyo exagerado a la inversión privada,[3] lo que implicó la desatención social y la inequidad económica, altamente favorable a los sectores de mayores ingresos. Pero lo importante en cuanto a la disputa ideológica no radica en la industrialización y el apoyo al sector privado, sino en las políticas sociales que el modelo debía atender. Punto medular porque de nuevo se plantearía en la sucesión de 1958 y sería central durante el gobierno de López Mateos, para configurar la división de la élite.

El cardenismo, al subrayar los aspectos sociales del desarrollo, prestó una mayor atención a las políticas sociales y a los medios para lograrlo. Para Cárdenas, las masas eran objetivo pero también medio para conseguir sus propósitos.[4] Al mismo tiempo que impulsó la organización de obreros y campesinos para eliminar los poderes caciquiles, los integró al partido del Estado con atribuciones importantes en la selección de candidatos a puestos populares, e incluso les permitió administrar recursos gubernamentales, como en el caso de los ferrocarriles. Su política social, en la que destacó la educación socialista, primero en el nivel básico y luego en el superior, donde intentó imponerla en la Universidad Nacional, identificó a su gobierno como el más extremo de los posteriores a la Revolución. A esos llamados excesos y no a una oposición al sistema, respondería el nacimiento del PAN.[5]

[3] René Villarreal, *El desequilibrio externo en la industrialización de México (1929-1975)*, México, FCE, 1976, y Enrique Cárdenas, *La política económica en México, 1950-1994*, México, El Colegio de México-FCE, 1996.

[4] Arnaldo Córdova, *La política de masas...*

[5] Donald J. Mabry, *Mexico's Acción Nacional: A Catholic Alternative to Revolution*, Syracuse, Syracuse University Press, 1973; Soledad Loaeza, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994*, México, FCE, 1999.

La rectificación, que comenzó con Ávila Camacho y culminó con Alemán, no estuvo dirigida al proyecto económico sino a la exagerada atención social del cardenismo. No obstante, la figura de Cárdenas no desapareció con la terminación de su gobierno ni con las correcciones de sus sucesores, por el contrario, Cárdenas asumió el papel de testigo, observador y vigilante de los posteriores gobiernos. Su ascendencia política, cimentada indudablemente en el fortalecimiento del presidencialismo al eliminar el callismo y los cacicazgos más tradicionales, y su sometimiento a las instituciones y al Ejecutivo federal, si bien le impidieron cualquier aspiración a reelegirse, lo colocaron en la posición privilegiada del político que corrigió errores y comenzó la verdadera obra revolucionaria. Cárdenas, una vez concluido su mandato, no abandonó la política ni renunció a intervenir en su conducción. Sus opiniones, críticas y señalamientos impusieron condicionamientos a los gobernantes, pero también alentaron movimientos de oposición, como fue el henriquismo.

Cárdenas fue decisivo cuando Alemán intentó la reelección y luego la imposición de Casas Alemán, y si bien no se opuso a la postulación de Ruiz Cortines, guardó una sibilina actitud frente al PRI y su amigo Henríquez Guzmán. Se conoce ampliamente la posición formal de Cárdenas ante el henriquismo, claramente señalada por él en sus *Apuntes*, de no intervenir ni apoyar públicamente el movimiento, pero también hay algunas evidencias de su apoyo velado. Agustín Arriaga, por ejemplo, que no duda en calificar a Cárdenas de cacique en Michoacán, revela que fue el general quien estimuló a Enrique Ramírez, Francisco J. Múgica, Graciano Sánchez y Marcelino García Barragán a apoyar el henriquismo.[6] En sus mismos *Apuntes*, Cárdenas reconoce las simpatías de su familia por el movimiento henriquista, aunque "sin la fuerza política necesaria para decidir sobre su campaña".[7] No hay duda de que la familia de Cárdenas intervino activamente, pues Amalia Solórzano y Cuauhtémoc Cárdenas, esposa e hijo del general, además del padre y el hermano de ella, participaron incluso en el reparto de propaganda en el Distrito Federal.[8] No figuraba Cárdenas, pero no había dudas de sus

[6] Agustín Arriaga Rivera, *op. cit.*, p. 120.
[7] Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, pp. 452-453 y 562.
[8] Elisa Servín, *op. cit.*, pp. 266-267.

simpatías y apoyos indirectos. Su personal posición política la dejó en claro después de una reunión con el candidato Ruiz Cortines. Cárdenas afirma que escuchó sus propuestas pero que el otro candidato las exponía con más convicción.[9] Por más que el general no interviniera en la campaña, no parece haber dudas de que veía en Henríquez Guzmán al verdadero sucesor y con él, la corrección del alemanismo. Pero más allá de los vínculos y apoyos reales del general a Henríquez Guzmán, lo cierto es que desde los cuarenta y en especial en 1952, el cardenismo reunía a importantes grupos políticos que intentaban ganar la Presidencia con el propósito de corregir las tendencias conservadoras que durante el ruizcortinismo parecían haberse confirmado.

Si la sucesión de Ruiz Cortines tuvo un frente riesgoso en las candidaturas de Flores Muñoz y Morones, hubo otro, para nada menos importante, que fue la reaparición del cardenismo. Como era frecuente, Cárdenas iniciaba las críticas y provocaba las reacciones en las que si bien no aparecía su nombre, sí se veía su mano con toda claridad. En abril de 1957, el general intervino en la sorda lucha por la sucesión con una crítica al PRI y a la política en general. Demandaba una reforma del partido y del sistema electoral porque la derecha, nunca definida ni menos identificada por él, había limitado la libertad de expresión y el voto popular.[10] La idea no era nueva del todo porque ocupó las páginas de periódicos y revistas a mediados del sexenio, discusión en la que intervinieron importantes políticos, como Manuel Moreno Sánchez y Jacinto B. Treviño, quien poco después encabezaría al PARM.[11] Pero hacia 1957 la idea cobraba relevancia porque trataba de insertarse en la sucesión, controlada por Ruiz Cortines.

A las palabras de Cárdenas siguieron las de otros cardenistas, como Heriberto Jara y Javier Rojo Gómez, en el mismo sentido.[12] El 30 de septiembre de 1957, cuando las tensiones por conocer el nombre del candidato estaban en uno de sus puntos críticos, apareció en la prensa el conocido desde entonces como "Manifiesto car-

[9] Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 460.

[10] PRI, *Historia documental del Partido...*, tomo 7, p. 28.

[11] *Buró de Investigaciones Políticas*, núms. 49, del 5 de diciembre de 1955, y 7, del 20 de febrero de 1956.

[12] PRI, *Historia documental del Partido...*, tomo 7, pp. 33-36.

denista", firmado por 126 priistas y 44 ciudadanos sin partido, entre los que destacaban políticos y ex funcionarios notoriamente vinculados a Cárdenas. El general no lo firmaba y, de acuerdo con Jara, principal promotor del escrito, ni siquiera fue consultado para su redacción o en sus ideas.[13]

El Manifiesto partía de la necesidad de que el próximo gobierno desarrollara un plan sexenal, que en los dos últimos periodos no se había presentado. Desde luego, el plan debería elaborarse por el partido de la Revolución y el manifiesto intentaba sentar las bases y los objetivos del gobierno. Relevante por la oportunidad, si no de influir en el candidato, al menos sí en la orientación de sus políticas y porque, como se verá enseguida, sustantivamente fue adoptado por López Mateos. La actitud de Cárdenas de promover el Manifiesto para influir en la orientación del próximo gobierno es significativa porque no sólo reconoce una vía institucional de competencia, sino que muestra que el general, a diferencia de otras ocasiones, no tenía un candidato en la coyuntura de 1958. Los pocos informes que existen no permiten apreciar sus preferencias, aunque sí sus rechazos, en especial de Ángel Carvajal, secretario de Gobernación, y del mismo Flores Muñoz.[14] Sin una opción activa como lo fue el henriquismo en 1952, Cárdenas y sus seguidores parecen haber elegido el camino de las presiones internas que, a juzgar por la respuesta de López Mateos, fueron muy exitosas.

El Manifiesto proponía cinco medidas principales: una reforma electoral que permitiera la participación ciudadana, la formación de nuevos partidos, la depuración del padrón electoral y estableciera la representación proporcional; la reestructuración del PRI para que se convirtiera en un auténtico partido que analizara los temas nacionales y alentara la democracia; que el Estado encauzara la economía; la nacionalización de la industria eléctrica, y mejorar la educación y la salud de los mexicanos.[15] Con la única excepción de la reforma del PRI, López Mateos desarrollaría los restantes cuatro pun-

[13] Archivo Histórico de la UNAM, archivo particular de Heriberto Jara, carta a Adolfo Ruiz Cortines, 3 de octubre de 1957.

[14] NAW, expediente 712.00/5-2357, Frank V. Ortiz, segundo secretario, al Departamento de Estado, informe del 23 de mayo de 1957. AGN, DGIPS, expediente 2-1/56/43(66), informe del 6 de diciembre de 1956.

[15] PRI, *Historia documental del Partido...*, tomo 7, pp. 63-74.

tos, con tal empeño que transformaría la situación económica y social del país como nunca antes había ocurrido después de la Revolución.

En su discurso de protesta para la candidatura presidencial, López Mateos propuso la industrialización como el único medio para lograr el desarrollo económico y el bienestar de la sociedad, tal como se había planteado desde los años treinta. Y de la misma manera que los anteriores gobiernos habían hecho en el pasado, reconocía la necesidad de que el sector privado interviniera en el proceso. López Mateos, sin embargo, define explícitamente el desarrollo económico como un objetivo deliberado que no puede alcanzarse espontáneamente sino como resultado del impulso del Estado, que debe crear programas y estímulos para conseguirlo. Con precisión, López Mateos expresa que su gobierno fortalecería la industria petrolera, extendería la infraestructura para mejorar las condiciones del país, lo mismo que el sistema ferroviario y las obras hidráulicas, y adelanta un tratamiento especial para la industria eléctrica. Entre los aspectos sociales, promete atención especial a la educación pública.[16] Era claro que, en líneas generales, la propuesta gubernamental de López Mateos reafirmaba el proyecto industrial y ubicaba al Estado como promotor principal, lo que inevitablemente llevaba no sólo a una política de fomento económico sino a una ambiciosa política de obras públicas que no tenía precedentes en el país. La infraestructura era definida como prioritaria, pero también la generación de energía, petrolera y eléctrica.

Como es conocido, López Mateos no dejó en promesas estas propuestas sino que dedicó su administración a cumplirlas. Lo relevante por ahora es que el programa que presentó en su postulación recogía sustancialmente los planteamientos cardenistas, lo cual no podía pasar inadvertido para nadie y menos para los sectores conservadores. Pero si esta declaración y varias acciones posteriores provocaron el recelo empresarial y de la derecha, que pronto acusaron a López Mateos de izquierdismo, no lo acercaron con el general ni con sus partidarios. El alejamiento de Cárdenas con López Mateos es histórico y hasta ahora, inexplicable. Si bien se ha centrado en la represión a los ferrocarrileros, el activismo cardenista en

[16] *Ibid.*, pp. 142-145.

favor de Cuba y el asesinato de Rubén Jaramillo, existen evidencias de que el ex presidente no simpatizaba con López Mateos incluso antes de que esos eventos tuvieran lugar. Agustín Arriaga, político michoacano cercano a López Mateos y conocedor de Cárdenas, narra que el presidente López Mateos le pidió transmitir al general su invitación para que asistiera a su toma de posesión y que Cárdenas se negó. Esta actitud se repetiría con regularidad porque Cárdenas no estaría presente en la mayoría de visitas que López Mateos hiciera a Michoacán, ni siquiera en su calidad de comisionado del Balsas, que lo convertía en funcionario público y subordinado del jefe del Ejecutivo. Cárdenas se negaría repetidas veces argumentando compromisos personales.[17]

Desde luego que hubo varios asuntos que disgustaron al general. El primero fue el conflicto ferrocarrilero, sobre el que Cárdenas intervino directamente con López Mateos desde marzo de 1959 sin que sus gestiones tuvieran éxito. En noviembre, ya desmantelado el movimiento y encarcelados los dirigentes, Cárdenas explotaría ante el mandatario por no tomar en cuenta sus recomendaciones que habrían evitado, a su juicio, la represión. Más tarde abogaría por la liberación de los presos sin que López Mateos accediera. La molestia de Cárdenas se advierte con claridad en sus *Apuntes* cada vez que se refiere al presidente, al que incluso califica de inmaduro.[18]

A pesar de los desencuentros, López Mateos intentaría acercarse al general. En abril de 1961 le ofrecería nada menos que la dirección del PRI, propuesta significativa porque reformar al partido había sido una de las peticiones más puntuales de Cárdenas desde 1957. Aun así, el ex presidente lo rechazaría; López Mateos le ofrecería entonces la Comisión del Balsas, que en un principio también fue rechazada, explícitamente por la represión a los ferrocarrileros. Al final aceptaría, luego de condicionarla a que López Mateos nombrara a los demás ex presidentes en algún cargo.[19]

[17] Agustín Arriaga Rivera, *op. cit.*, pp. 75 y 116.

[18] Lázaro Cárdenas, *Apuntes*, tomo III, pp. 94,119-123, 398-399 y 434-437.

[19] *Ibid.*, pp. 212-222. López Mateos cumplió el deseo de Cárdenas: Emilio Portes Gil, representante en la Comisión Nacional de Seguros; Pascual Ortiz Rubio, representante gubernamental en el Patronato de la Asociación Nacional de Ingenieros y Arquitectos de México; Abelardo L. Rodríguez, presidente del Consejo Consultivo de Pesca de la Secretaría de Industria y Comercio; Cárdenas, vocal ejecutivo de la

Todavía habría más temas de confrontación. El mayor de todos, que marcaría no sólo la relación con el gobierno sino que provocaría la respuesta más decidida de la derecha, encabezada por Alemán, sería Cuba y la fundación del Movimiento de Liberación Nacional. La relación con la isla puso a prueba la autonomía del gobierno mexicano frente al poderío de Estados Unidos cuando los revolucionarios se declararon abiertamente comunistas.[20] En medio de las presiones de Estados Unidos, sobre todo a los países latinoamericanos para sancionar a Cuba, México reivindicó dos de sus principios diplomáticos, la libre autodeterminación de los pueblos y la no intervención en los asuntos internos de los países. Ambos principios eran históricos y definían la política exterior, lo que en más de una ocasión había provocado fricciones con Estados Unidos y más aún en plena Guerra Fría.[21] Precisamente por conocidos y porque eran particularmente reivindicados ante Estados Unidos, el gobierno estadounidense tomó con cautela la defensa mexicana de Cuba y, lo más relevante, entendió bien que la posición de López Mateos no era de apoyo al comunismo. Las presiones estadounidenses se reservaron al ámbito diplomático y a las tensas reuniones de la OEA que en el mediano plazo terminarían con la expulsión de Cuba, decisión que, finalmente, tuvo que respaldar la cancillería mexicana.

Pero si en la relación con Estados Unidos el asunto cubano tuvo efectos controlados, en la política interna fue crítico, en buena medida por la imprudencia de algunos políticos y porque la derecha asoció el tema cubano con varias medidas sociales y económicas de López Mateos que, a su juicio, lo identificaban con el comunismo, como la nacionalización de la industria eléctrica y la política educativa.

En junio de 1960 el presidente cubano Osvaldo Dorticós visitó México y fue recibido calurosamente por el gobierno mexicano. La

Comisión del Balsas; Miguel Alemán, presidente del Consejo Consultivo de Turismo, y Adolfo Ruiz Cortines delegado fiduciario de Nacional Financiera. Bertha Lerner de Sheinbaum y Susana Ralsky de Cimet, *op. cit.*, p. 355.

[20] Ana Covarrubias, "Política exterior, en busca del equilibrio", en Rogelio Hernández Rodríguez (coord.), *Adolfo López Mateos...*, pp. 265-300.

[21] Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 1976.

visita provocó críticas exageradas, no tanto de políticos como de empresarios que muy pronto encabezaron las protestas contra López Mateos. Pero lo que desató la reacción conservadora fueron las ambiguas declaraciones de varios importantes políticos. El 24 de junio de 1960, el presidente del PRI, Alfonso Corona del Rosal, ofreció una comida a diputados y senadores que regresaban de un prolongado viaje que habían realizado a varios países socialistas con el propósito de observar su funcionamiento. Corona pronunció un discurso que en su primera parte no hizo más que indicar que en medio de una confrontación internacional entre dos modelos económicos, los ideales de la Revolución mexicana se cumplían gracias a los programas gubernamentales. Pero con el propósito de definir el lugar de México en esa disputa ideológica, Corona afirmó que "nuestra posición es verdaderamente revolucionaria, auténticamente revolucionaria, la atinada izquierda ante los problemas de México".[22] Si ya era delicado que la desafortunada declaración partiera del presidente del partido, cuya relación personal con López Mateos era conocida, lo que agravó la circunstancia fue que el líder del Senado, Manuel Moreno Sánchez, estaba presente y había encabezado la delegación a Europa del Este, y aunque no hizo ninguna declaración de esa índole, nadie ignoraba que era amigo del presidente y un fuerte aspirante a la sucesión.

Las palabras de Corona desataron una disputa pública que obligó a varios políticos, incluidos el secretario de Gobernación Díaz Ordaz y el mismo presidente, a intentar aclararlas. Díaz Ordaz apenas acertó a decir que ser de izquierda era atender a las mayorías,[23] lo que condujo, al final, a las conocidas palabras de López Mateos, en la entrevista con periodistas al término de una gira de trabajo en Guaymas, Sonora:

> … la línea de política a la derecha o a la izquierda debe ser tomada desde el punto de vista de cuál es el centro. En realidad, ustedes conocen cuál es el origen de nuestra Constitución, que emanó de una revolución típicamente popular y revolucionaria, que aspiraba a otorgar a los mexicanos garantías para tener mejores niveles de vida en todos

[22] PRI, *Historia documental del Partido…*, tomo 7, p. 550.
[23] *Ibid.*, p. 564.

> los órdenes, a una mejor educación, a la salubridad, a la dignidad humana. En ese sentido, nuestra Constitución es... de origen popular de izquierda, en el sentido que se le quiere dar a la palabra izquierda en México. Ahora, mi gobierno es, dentro de la Constitución, de extrema izquierda.[24]

Aunque López Mateos fue cauteloso en sus palabras y situó el origen de su izquierdismo en los ideales de la Revolución y en el respeto a la Constitución, de todas formas sirvió para que la derecha, que ya había exigido definiciones, acusara de comunista al gobierno. La ambigüedad de las definiciones y la insistencia en definirse de izquierda, no eran nuevas para los políticos y gobiernos priistas. El solo hecho de que la Revolución mexicana fuese contemporánea de la soviética y que, al igual que ella, reivindicara enfáticamente principios sociales en cuyo cumplimiento el Estado era decisivo, puso en más de una ocasión en aprietos a los políticos. Por un lado, el comunismo les atraía por su decisión y porque, pese a todo, se había convertido en un sistema alternativo al capitalismo, pero, por otro, les atemorizaba por el énfasis en el poder obrero, cuando para todos los gobernantes el empresariado era reconocido como central e incluso su formación se había definido como responsabilidad del Estado. La atracción socialista estuvo presente tan temprano como en los años treinta y de ella participaron personajes tan ajenos al socialismo como Calles y Obregón.[25]

Pero quien llevó la confusión al extremo fue, sin duda, Cárdenas, que no sólo subrayó el apoyo estatal a los desprotegidos sino que atacó al empresariado no comprometido con la Revolución. Pero si en algo Cárdenas no ocultó sus preferencias fue en el impulso a la educación socialista en el nivel básico y que intentó imponer en la Universidad Nacional. Desde luego, su interés lo llevó a reformar la Constitución para establecerla como criterio jurídico y obligación estatal. Pero lo más importante es que a pesar de la firme convicción de muchos de ellos, el socialismo y el comunismo fueron un dolor de cabeza para los políticos porque nunca pudieron definir-

[24] Lourdes Celis *et al.*, *Historia de la acción pública, Adolfo López Mateos, 1958-1964*, tomo I, México, PRI, 1978, p. 589.

[25] Arnaldo Córdova, *La ideología...*, pp. 268-276.

los con propiedad. Una prueba notable se halla en la discusión que tuvo lugar entre diputados y senadores, todos del partido oficial, en los años cardenistas, sobre lo que era el socialismo para los gobernantes en cuanto a la educación y el Estado.

La polémica es relevante porque lo mismo muestra la variedad de motivaciones históricas, económicas e incluso regionales que están presentes, como la voluntad por reivindicar los motivos de la Revolución y el compromiso de los gobiernos con ellos, así como distinguir las soluciones sociales de México del totalitarismo soviético. En esas discusiones aparecen diputados radicales, como Arnulfo Pérez y Manlio Fabio Altamirano, que demandaban el anticlericalismo y la adopción del socialismo científico, y los moderados, como Luis Enrique Erro y Ezequiel Padilla, que abogaban por definir el socialismo como los ideales de la Revolución que el Estado debía realizar. Si el socialismo mexicano era simplemente la Revolución, era claro, como lo decía Padilla, que la versión mexicana no se parecía en nada a la soviética porque, entre otras diferencias, no aceptaba la desaparición de la propiedad privada. La responsabilidad del Estado se había materializado en políticas sociales, como la laboral y la agraria, que garantizaban el bienestar de los más necesitados. Más aún, Padilla reafirmaba la legalidad de las acciones porque el Estado sujetaba su conducta a los mandatos constitucionales. El socialismo mexicano no era otra cosa, decía Padilla, que los ideales de la Revolución y la Constitución de 1917.[26]

Como puede observarse, las penalidades de los gobiernos por definir el socialismo no eran nuevas y habían ocupado amplios espacios desde principios del siglo. La polémica se abandonó, sin embargo, una vez que Cárdenas dejó el poder y Ávila Camacho y Alemán rectificaron sus excesos. De todas formas, no había duda de que, definido o no, Cárdenas representaba el izquierdismo más activo y, para mantener los términos de López Mateos, quizá el más radical dentro de la Constitución.[27] Por eso, cuando López Mateos se asu-

[26] PRI, *Historia documental del Partido...*, tomo 3, pp. 101-105, 141-146 y 295-360.

[27] Cárdenas no fue en todas las ocasiones tan impreciso acerca del socialismo como lo muestran sus declaraciones públicas, siempre cautelosas. En sus *Apuntes* (tomo II, p. 208), dejó asentado: "nunca he negado mis personales simpatías a un sistema social como es el comunismo, que suprime las oligarquías, los privilegios y las inmoralidades y que emancipa a la colectividad de toda lucha de clases".

mió de izquierda y Cárdenas participaba activamente en política, el temor de que se regresara a aquellos años parecía tener sustento.

Por más molesto que estuviera Cárdenas con López Mateos y evitara las visitas oficiales, mantenía contacto con él, de quien recibía con regularidad peticiones de mesura.[28] Cárdenas cambió de estrategia y dirigió su actividad a defender a Cuba pero, como lo advierte con agudeza Soledad Loaeza, si Cárdenas puso su atención en la isla fue porque la crítica a Estados Unidos le servía para participar en la política interna.[29] Las declaraciones sobre nacionalismo, intervencionismo, imperialismo y Estado comprometido con las masas eran una manera velada de criticar al gobierno de López Mateos. Durante 1960 Cárdenas tuvo una fuerte actividad pero fue un año más tarde, después del asalto a Playa Girón, cuando incrementó su participación y sus críticas. No sólo defendía a Cuba sino que apoyaba todo tipo de movimientos independentistas en América Latina, tenía reuniones con grupos de izquierda y en la política mexicana mantenía abiertamente su apoyo a los grupos disidentes de ferrocarrileros y maestros, que ya se habían enfrentado al gobierno de López Mateos.

En agosto de 1961 su activismo llegó a su nivel más alto cuando fundó, al lado de académicos, intelectuales y algunos políticos, todos identificados con él y la gran mayoría de clara militancia socialista, el Movimiento de Liberación Nacional. Aunque se definía como organización defensora de Cuba y opuesta al imperialismo, también afirmaba su derecho a intervenir en la política interna mexicana al defender la Revolución, la Constitución y la soberanía nacional. Cárdenas había aprovechado la oportunidad que le brindaba Cuba para crear una organización nacional que agrupaba disciplinadamente a la izquierda, lo reconocía como su líder y daba cuerpo, finalmente, a una corriente que se sentía marginada de la política nacional desde 1940. Ésta es, con mucho, su principal característica, porque si bien el MLN agrupaba a la izquierda del país (incluido el Partido Comunista, cuyo radicalismo fue decisivo para que la organización desapareciera poco después), también daba rumbo a

[28] *Ibid.*, tomo III, *passim.*

[29] Soledad Loaeza, *Clases medias y política en México. La querella escolar, 1959-1963*, México, El Colegio de México, 1988, p. 287.

una importante porción de la élite priista, crítica de las decisiones gubernamentales, pero sin capacidad organizativa ni menos aún con un líder que la dirigiera, que le permitiera realmente influir en la política nacional. La pretensión no pasó inadvertida para nadie y menos que el propósito trascendía la disputa internacional. Cárdenas estaba asumiendo no sólo el liderazgo de una corriente de la élite política, sino que le estaba dando organización y cuerpo. La derecha hizo lo mismo.

El activismo de Cárdenas catalizó el disperso comportamiento de la derecha, pero sus protestas y movimientos tuvieron motivaciones propias, lo que provocó que sus respuestas fueran localizadas, tanto en temas como en participantes. Las acciones tuvieron lugar tan temprano como 1959, cuando López Mateos puso en marcha los procesos de nacionalización de la industria eléctrica y la política educativa, en particular la medida más conocida que fue la creación de los libros de texto. En ambos casos, como se indicó al principio, la participación del Estado fue determinante y tenía como propósito promover el desarrollo económico, que ya había sufrido una fuerte crisis en el sexenio anterior, y la extensión de una de las áreas más sensibles de la política social, como había sido siempre la educación.

La iniciativa para recuperar la industria eléctrica, claramente anunciada en el primer discurso de López Mateos como candidato, fue presentada en firme a fines de 1959 y los detalles se dieron a conocer en abril de 1960 a los empresarios mexicanos, los organismos financieros internacionales y el gobierno de Estados Unidos, con muy buena aceptación por parte de todos.[30] La política educativa también apareció temprano, pues el 18 de diciembre de 1958, dos semanas después de tomar posesión, López Mateos estableció la Comisión para el Plan Nacional Educativo, que en octubre de 1959 presentaría su informe, convertido poco más tarde en el muy conocido Plan de Once Años, que determinó la política educativa del sexenio. Una parte medular del programa lo constituyeron los libros de texto, cuya preparación fue anunciada desde el primer momento, y que comenzaron a materializarse en fe-

[30] Marcela Briz, *El Consejo Mexicano de Hombres de Negocios: surgimiento y consolidación*, México, UNAM, 2002, p. 89.

brero de 1959 con la creación de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos.[31] Las medidas, por lo tanto, eran bien conocidas por los interesados y hasta 1959, cuando ambos cobraron fuerza, no fueron objetados por nadie, ni menos considerados comunistas, como más tarde se les calificaría.

Las críticas aparecieron en 1960, cuando la política hacia Cuba se convirtió en una disputa interna. Con la visita de Dorticós y las confusas declaraciones en torno del izquierdismo del gobierno, el sector privado reaccionó agresivamente. En cuanto Dorticós abandonó el país, el Centro Patronal del Distrito Federal criticó al gobierno de López Mateos porque la visita "estimulaba" el comunismo en México.[32] Después de las declaraciones de López Mateos acerca del izquierdismo de su gobierno, el mismo Centro publicó un desplegado en el que exigía a López Mateos definir sus próximas acciones, una vez que se había reconocido de izquierda.[33] A pesar de que el gobierno tuvo reuniones con los principales organismos empresariales y el mismo presidente declaró su total respeto a la Constitución en el informe anual de 1960, los empresarios continuaron presionando y el pretexto lo dio la nacionalización de la industria eléctrica, anunciada en aquel informe y consumada 26 días después. Para entonces, el gobierno de López Mateos había promovido otras medidas económicas, como el aumento significativo de la inversión pública, en especial en infraestructura y en energía e incluso fundando empresas, como la Siderúrgica Lázaro Cárdenas, área productiva que no había sido atendida por el sector privado debido a su alto costo y lenta recuperación, pero fundamental para el desarrollo industrial. La adquisición de las empresas eléctricas parecía el punto máximo de la intervención estatal, que hasta entonces no había alcanzado esa magnitud. Pero la supuesta preocupación del empresariado no era económica, pues conocían bien que las medidas estaban encaminadas a la promoción productiva, sino política. De ahí que apenas realizada la nacionalización de la industria eléctrica, la Confederación de Cámaras Industriales criticara la intervención del Estado y, sobre todo, la creación de empre-

[31] Soledad Loaeza, *Clases medias...*, pp. 215-219.
[32] *Excélsior*, 16 de junio de 1960.
[33] *Excélsior*, 3 de julio de 1960.

sas públicas, por considerar que la economía era un ámbito exclusivo de los particulares.[34]

Dos meses más tarde aparecería el desplegado "¿Por cuál camino, señor Presidente?", el primero y quizá el más altanero cuestionamiento de las políticas gubernamentales.[35] Firmado por la Confederación de Cámaras Industriales, la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio y la Confederación Patronal de la República Mexicana, el sector privado se decía preocupado por las "adquisiciones" del gobierno, de que se estuviera estableciendo una nueva práctica y, por ende, cambiando la orientación política de la administración de López Mateos. Reclamaba que el gobierno hubiera conservado las empresas en lugar de entregarlas al sector privado porque, para ellos, era un comportamiento propio de los países comunistas. El texto formulaba críticas y reclamos del todo injustificados. El Ejecutivo no sólo había informado con antelación de las medidas, sino también del alcance de su política económica, que no planeaba más nacionalizaciones ni creación de otras empresas. El sector privado lo sabía y en su momento no lo había cuestionado. La sorpresiva preocupación se correspondía con las presiones internacionales en torno a Cuba y la declarada amenaza comunista que Estados Unidos esgrimía. López Mateos respondió con mesura. El mismo día en que apareció en la prensa el desplegado, Antonio Ortiz Mena, secretario de Hacienda, se reunió con los empresarios y, sorprendentemente, eso fue suficiente para que desaparecieran los cuestionamientos.[36]

La otra controversia fue por los libros de texto e involucró más que al empresariado a la Iglesia católica, que tuvo la oportunidad de revivir un reclamo que se remontaba al siglo XIX cuando fue expulsada de la educación pública. Si bien la medida es la más conocida de la política educativa, está lejos de ser la más relevante y menos la única, que se desarrolló durante el gobierno de López Mateos. El presidente y su secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, pusieron en marcha un programa que lo mismo comprendió la educación básica, con la construcción de escuelas primarias y nor-

[34] *Excélsior*, 30 de septiembre de 1960.

[35] *Excélsior*, 24 de noviembre de 1960.

[36] Juan Manuel Martínez Nava, *Conflicto Estado-empresarios en los gobiernos de Cárdenas, López Mateos y Echeverría*, México, Nueva Imagen, 1984, p. 145.

males para formar maestros, que la educación superior y tecnológica.[37] Los libros de texto fueron un complemento natural de la política en educación básica para garantizar que los niños tuvieran los libros que hasta entonces eran adquiridos por los padres y para asegurar una información homogénea, que sería supervisada por las autoridades federales.

López Mateos prestó particular atención a la educación, como puede observarse en sus frecuentes intervenciones públicas, desde su protesta como candidato en 1957, hasta el establecimiento de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos. Para él, la educación requería recursos económicos pero también materiales para asegurar el acceso de los niños ante una demanda que ya se consideraba creciente. Al igual que con la industria eléctrica, nadie podía llamarse a sorpresa en cuanto a la educación y los libros, de ahí que la protesta también tuviera motivos diferentes. Los primeros libros comenzaron a distribuirse en 1960 y en febrero aparecieron los reclamos de autores y editores que criticaban la medida porque los despojaba de una actividad que hasta entonces controlaban. Fueron ellos los primeros en asociar los libros de texto a la "uniformidad ideológica" del nazismo y, claro está, del comunismo. En 1961 cobraría un nuevo rumbo porque desaparecerían los autores y editores y se añadiría a la crítica la libertad de los padres a la educación de los hijos y el abierto anticomunismo, ahora expuestos por el PAN, la Iglesia y las agrupaciones católicas. El empresariado tuvo una participación limitada, lo que en buena medida revela el añejo interés del clero por recuperar la educación. Fueron la Iglesia y sus autoridades las que iniciaron el enfrentamiento al asumirse como defensoras de la libertad ante el avance comunista en México. Para ellos, y ése fue desde entonces el sentido de la crítica, los libros de texto adoctrinaban a los niños, de la misma manera que se hacía en la Unión Soviética. Fue el clero el que convocó a los padres de familia a organizarse para enfrentar al gobierno.[38] Las acciones fueron encabezadas públicamente por las asociaciones formadas por la Iglesia, como Acción Católica, la

[37] Aurora Loyo, "Entre la celebración del pasado y la exigencia del futuro: la acción educativa del gobierno de Adolfo López Mateos", en Rogelio Hernández Rodríguez (coord.), *Adolfo López Mateos...*, pp. 329-364.

[38] Soledad Loaeza, *Clases medias...*, pp. 281-311.

Asociación Nacional de Padres de Familia y el Movimiento Familiar Cristiano.

Estas protestas, aunque estridentes, estuvieron limitadas a algunas entidades, en particular a Nuevo León. Aunque insistentes, no sobrevivieron después de febrero de 1962 cuando se convocó a la manifestación más significativa en Monterrey. La numerosa participación de ciudadanos contrastó con el tono que le imprimieron los convocantes, integrados por las asociaciones católicas, pues se concentraron en la defensa de la enseñanza, la familia, la patria y la religión y contra el comunismo.[39] Era claro que los libros y la educación eran menos importantes para los organizadores y que su verdadero interés estaba en la política. Por ello y por la disposición del gobierno de López Mateos a dialogar con los principales promotores, el movimiento se extinguió con una rapidez sorprendente.

Si bien en el centro de las protestas se encontraba el Estado y su supuesta semejanza con el comunismo, las acciones no fueron compartidas ni los participantes fueron los mismos. Se trataba de preocupaciones históricas, características de la derecha mexicana, pero no respondían a un mismo interés, de ahí que pese a su virulencia fueran coyunturales y desaparecieran relativamente pronto. Desde luego que el telón de fondo de las manifestaciones conservadoras era el supuesto izquierdismo de López Mateos y, sin duda, la presencia indiscutible de Lázaro Cárdenas, que se había construido un nicho propio en torno de Cuba y los sectores desprotegidos. Las respuestas de la derecha, aunque expresaban críticas políticas, involucraban nada más a algunos sectores de la sociedad pero no habían comprometido a la élite política. Cárdenas fue quien le dio a la derecha la oportunidad de expresarse en la política y les facilitó la unificación de sectores hasta entonces dispersos en toda la sociedad. El nacimiento del MLN, su declarado compromiso de izquierda y la unificación de todo ese sector en la política oficial, provocaron lo que ni el sector privado ni el clero habían conseguido, que fue reconocer el liderazgo de Alemán y la creación de un organismo que los agrupara y diera sentido a sus protestas.

Unos pocos días después de que el MLN surgiera, se formó el Frente Cívico Mexicano de Afirmación Revolucionaria, integrado por

[39] *Ibid.*, p. 356.

reconocidos alemanistas, callistas y por el ex presidente Abelardo I. Rodríguez. No podía haber dudas acerca de los propósitos del recién formado Frente porque se declaraba contra el comunismo y el avance de la izquierda en México. Acusaba a esos grupos, "que habían proliferado", de pretender un gobierno totalitario, contrario a las libertades, la familia, la patria y el hogar.[40] Los propósitos mostraban que el Frente, integrado por políticos, estaba recogiendo los temores tanto de empresarios como de la Iglesia; más aún, como lo reconocería Joaquín Álvarez Icaza, líder del movimiento católico contra los libros de texto, los grupos y manifestaciones anticomunistas fueron financiados frecuentemente por los alemanistas.[41] La nueva agrupación también contaba con un líder indiscutible, Miguel Alemán, que representaba la alternativa a la izquierda y que gozaba de reconocimiento tanto en el sector privado como en la élite política. Aunque formalmente no figuraba en el Frente ni firmaba los documentos, se sabía que había participado en su diseño y redacción.[42]

Con el nacimiento del Frente, Cárdenas dejó de ser una manifestación particular al igual que las protestas conservadoras. El mismo López Mateos lo advirtió, como lo demuestra su cambio de política que desde entonces fue más severa y menos tolerante con Cárdenas. Cuba, que había sido el punto de desacuerdo, recibió un trato más formal del gobierno mexicano y en la política interna fue más mesurado. Después de la fallida invasión de Playa Girón, que despertó la actividad en México de los grupos de izquierda, López Mateos prohibió las manifestaciones en apoyo a Cuba, encarceló a Siqueiros por sus actividades comunistas, solicitó con frecuencia prudencia al MLN y, por último, personalmente pidió a Cárdenas no visitar la isla, lo que el general aceptó no sin expresar su molestia.[43] Con respecto a la política internacional, López Mateos fortaleció los contactos con Estados Unidos y, finalmente, aceptó la expulsión de Cuba de la OEA en la reunión de Punta del Este en 1962. Las acciones gubernamentales, que tomaban clara distancia de Cárdenas y

[40] Marcela Briz, *op. cit.*, p. 105.

[41] Soledad Loaeza, *Clases medias…*, nota de pie de página núm. 21, p. 289.

[42] Marcela Briz, *op. cit.*, p. 105.

[43] Las medidas oficiales no fueron siempre cordiales, como lo prueban las acciones que algunos gobernadores tomaron en contra de activistas del MLN, lo que hizo que Cárdenas acusara López Mateos de "militarismo civilista". *Apuntes*, tomo III, p. 226.

del comunismo, no tranquilizaron a la derecha. No podían hacerlo porque ya habían materializado la vía para actuar en política.

Un hecho en apariencia independiente o, al menos, vinculado a las iniciales protestas del empresariado revelaba que el alemanismo estaba explorando otras opciones políticas. El 13 de septiembre de 1962 se constituyó el Consejo Mexicano de Hombres de Negocios (CMHN) con 12 importantes empresarios, con el propósito formal de promover a México, en particular ante el gobierno y los inversionistas de Estados Unidos, y transmitirles la verdadera posición del país ante Cuba.[44] El organismo no pretendió nunca representar al empresariado ni menos a algún sector en especial, sino que nació para reunir a los más destacados hombres de negocios del país, cuya posición y relaciones los hacían realmente influyentes. Conscientes de su poder, se declaraban dispuestos a "ayudar" al gobierno mexicano con sus propuestas en torno a la economía nacional. Desde entonces, el CMHN tuvo contactos directos con las autoridades gubernamentales y, tácitamente, obtuvo una representación privada que de hecho no tenía.

Si solamente se atendiera a sus integrantes y propósitos, parecería que se trataba de una expresión más de las protestas y preocupaciones privadas; sin embargo, en el fondo había propósitos políticos. La mayoría de sus 12 fundadores (César Balsa, Aníbal de Iturbide, Camilo Garza Sada, Jorge Larrea, Agustín Legorreta, Rómulo O'Farrill Jr., Bruno Pagliai, Bernardo Quintana, Carlos Prieto, Antonio Ruiz Galindo, Juan Sánchez Navarro y Carlos Trouyet) estaban relacionados estrechamente con el ex presidente Alemán, fuera porque habían colaborado en su gobierno (como Ruiz Galindo, su secretario de Economía), habían construido sus empresas y se habían enriquecido al amparo de los proyectos gubernamentales de aquella administración (como O'Farrill, con su Telesistema Mexicano, o Quintana, con ICA, principal constructora de la obra pública), o porque eran socios en los más variados negocios de Alemán (como Pagliai, Larrea o Trouyet).[45]

[44] Marcela Briz, *op. cit.*, p. 75.

[45] Las relaciones están analizadas en Marcela Briz, *op. cit.*, p. 82. No era una simple coincidencia porque como lo reconocería más tarde Sánchez Navarro, uno de sus impulsores, fue Alemán quien "seguramente" sugirió a su amigo y socio, Pagliai, la idea de crear la organización. *Ibid.*, p. 75.

La intervención de Alemán tanto en la formación del Frente, para actuar en la política, y del CMHN en lo económico, no dejaban dudas de que no era un asunto coyuntural sino una estrategia para influir en el gobierno. Agrupaba a los empresarios más destacados y al disperso conjunto de políticos que mantenían posiciones conservadoras y que, desde los años treinta, no encontraban un liderazgo fuerte y realmente influyente.[46] Una muestra de este propósito se encuentra en un desplegado que apareció en la prensa nacional el mismo día en que se presentó el CMHN. El documento está firmado por un desconocido Comité Nacional Coordinador de la Iniciativa Privada y preguntaba, otra vez, "¿Hacia dónde vamos?", el mismo cuestionamiento de 1960 que había redactado en su momento Sánchez Navarro, miembro activo del recién creado CMHN. El desplegado no aborda temas económicos sino que se declara contra la "extrema izquierda", integrada por intelectuales, periodistas y políticos, que se expresaba en algunas publicaciones de la época (*Política*, sobre todo, pero también *Siempre!* y *Tiempo*).

De acuerdo con sus redactores, esa extrema izquierda había identificado al sector privado con el fascismo solamente por defender el derecho de los padres a educar a sus hijos frente a los libros de texto y criticar el intervencionismo estatal. La sombra del izquierdismo de López Mateos está presente en la crítica porque pedía una definición presidencial acerca de sus compromisos con el general Cárdenas, con quien se había reunido recientemente para inaugurar la planta hidroeléctrica de Cupatitzio, en Michoacán, y que se había bautizado con el nombre del ex mandatario. El texto demandaba saber si esa reunión significaba que "la extrema derecha *(sic)* y en particular el ex presidente Alemán" serían excluidos de la próxima sucesión presidencial.[47] Como lo ha señalado agudamente Briz, aunque no hay evidencia que lo pruebe, el documento puede ser

[46] No era desconocida la debilidad. En plena coyuntura sucesoria de 1957, Fernando Casas Alemán presionó para que se abriera la competencia y se asumía como un miembro del alemanismo, tan legítimo como el cardenismo que ya existía. Reclamaba que ambas corrientes tenían igual derecho a intervenir en la sucesión. Aunque las palabras de Casas Alemán se interpretaron como un nuevo intento por figurar en el proceso, también se tomaron como un reconocimiento formal de la disputa ideológica. *El Universal*, 15 de agosto de 1957.

[47] *Excélsior*, 13 de septiembre de 1962.

interpretado como la manifestación pública del verdadero interés del CMHN.[48] La coincidencia en las fechas, su defensa del sector privado, del alemanismo y su indudable anticomunismo y anticardenismo, todo referido a la sucesión presidencial, parece una forma velada de expresar sus proyectos públicamente, sin que pudiera acusárseles de ser los autores.

El hecho de que Alemán estuviera detrás de ambos organismos, del apoyo a las protestas y seguramente del contenido de los documentos, revelaba su propósito de intervenir activamente en la política y, desde luego, intentar condicionar al presidente López Mateos en su próxima decisión. El CMHN, consecuente con su declaración de no expresarse públicamente, reservó sus actividades a las negociaciones con el gobierno, pero el Frente, en cambio, se ocupó de realizar reuniones en varias ciudades del país y en especial en el Distrito Federal, para conseguir afiliados y comunicar sus ideas. Más tarde, cuando la decisión presidencial había favorecido a Díaz Ordaz, el Frente realizó otras reuniones para expresarle su apoyo. Aunque Alemán no asistía a las reuniones, sí participaba en el proyecto, pues en más de una ocasión acompañó a los organizadores a eventos sociales posteriores.[49]

La sorda disputa entre cardenistas y alemanistas terminaría, al menos en su versión organizada, con la postulación de Díaz Ordaz. Aunque, como es bien sabido, no se conocen las razones por las cuales el secretario de Gobernación fue el favorecido, parecen destacarse al menos dos factores. Díaz Ordaz mantuvo al país en calma a pesar de las protestas sociales y lo hizo con una mano tan dura que lo hizo muy apreciado por la derecha, más cuando López Mateos se había mantenido peligrosamente bordeando el lado contrario. El MLN sorpresivamente desapareció en 1964 cuando algunos de sus integrantes, en especial el Partido Comunista, intentaron que la organización participara en las elecciones, naturalmente en contra del PRI. La presión parece haber obligado a Cárdenas a definirse y lo hizo de

[48] Marcela Briz, *op. cit.*, p. 76.

[49] Como ocurriera en noviembre de 1963, después de una reunión en el Distrito Federal, en la que Melchor Ortega, presidente del Frente, ofreció una comida en su casa a la que asistieron, entre otros, Alemán, Ezequiel Padilla y Carlos I. Serrano. AGN, DFS, Ezequiel Padilla, versión pública, informes del 18 de septiembre y 19 de diciembre de 1961 y del 7 de noviembre de 1963.

manera que no dejó dudas de su compromiso institucional, porque apoyó sin reservas a Díaz Ordaz. Con la salida de Cárdenas, la izquierda volvió a la orfandad y a su atávica dispersión. Sin el ex presidente encabezando a la izquierda, Alemán también abandonó su organización que no sobrevivió mucho tiempo más.[50] En apariencia, la disputa ideológica y de grupos que comprometió al gobierno de López Mateos había concluido con él.

Cárdenas y Alemán no volverían a encabezar ninguna organización, pero tampoco renunciarían a participar en política. Tal vez quien resultó más afectado en esa coyuntura fue Cárdenas. Su insistente presión sobre López Mateos, un presidente que desarrolló quizá la más relevante obra social de la época, lo expuso demasiado a las críticas de diversos grupos y del propio gobierno que vio cómo el ex mandatario asumía una función de vigilante demasiado poderoso. Cárdenas recibió un último golpe hacia el final del gobierno de López Mateos, esta vez en su coto de poder, Michoacán. Un participante activo, tanto en la política nacional como en la del estado, que además fue cercano a Cárdenas y a López Mateos, fue Agustín Arriaga, de quien ya se han citado varios testimonios. Político con

[50] No deja de ser llamativo que el Frente desapareciera rápida y silenciosamente. No hay información precisa pero todo parece indicar que no se mantuvo más allá de la elección presidencial de 1964, quizá porque el conservadurismo de Díaz Ordaz estaba fuera de duda y no se necesitaba presionar por alguna rectificación. Pero, en contraste, el CMHN ha sobrevivido hasta el día de hoy. Es claro que sus miembros tienen un perfil y objetivos definidos, pero también revela que los intereses económicos de Alemán fueron siempre más importantes que los políticos. Es revelador que en varias entrevistas de Miguel Alemán con funcionarios de la embajada de Estados Unidos y en especial con el mismo embajador, siempre tratara asuntos de negocios después de los políticos. Por ejemplo, en abril de 1955 se hablaba de cambios en el régimen fiscal de Acapulco para permitir la comercialización de mercancías y se identificaba a Alemán como el promotor debido a sus inversiones en el puerto y la zona turística. En agosto de 1958 Alemán y López Mateos, ya presidente electo, se reunieron con el embajador Hill para tratar de las relaciones entre los dos países. Después de hora y media López Mateos se retiró pero Alemán permaneció para preguntar por la política aeronáutica de Estados Unidos. Para el embajador era comprensible porque el ex presidente era accionista de Mexicana de Aviación. NAW, expediente 712.00/4-1455, informe del embajador Francis White a Henry F. Holland, Assistant Secretary of State, 14 de abril de 1955, y expediente 712.11/8-1858, informe del embajador Robert G. Hill al Departamento de Estado, 10 de agosto de 1958.

influencia, nunca abandonó Michoacán porque aspiraba a gobernarlo, de tal manera que atestiguó muchos de los cambios locales.

De acuerdo con él, Cárdenas controló la política local muy temprano y a la muerte de Benigno Serrato, ocurrida en 1934, asumió por completo el mando del estado. Después de su gubernatura y tras el conflicto con Calles, su dominio fue indiscutible. Para Arriaga, Cárdenas manejaba Michoacán como si fuera su hacienda, de una manera arbitraria y personalista.[51] Desde la Presidencia, Cárdenas impuso a los gobernadores, y continuó haciéndolo hasta el alemanismo. Según el testimonio de Sánchez Taboada, presidente del PRI, en una conversación con Arriaga, Miguel Alemán permitió que Cárdenas decidiera al mandatario estatal para que no interfiriera en la política nacional. Una estrategia que, como se ha visto en otras páginas, fue recurrente con los hombres fuertes de aquella época. Ruiz Cortines comenzaría a minar su poder al decidirse por Dámaso Cárdenas, viejo amigo suyo y que, al decir de Arriaga, no era del agrado del general por su sensible independencia económica y política. Sería Dámaso, por ejemplo, quien se encargaría de controlar a los henriquistas en Michoacán, a pesar del disgusto del ex mandatario.[52]

Con Dámaso Cárdenas la influencia del general disminuyó y tan sólo pudo opinar en las siguientes sucesiones. En 1962, en medio de las fricciones por el MLN entre Cárdenas y López Mateos, se presentó la sucesión en el estado. El presidente no permitió que el general impusiera a Natalio Vázquez Pallares, a pesar de sus amenazas de desestabilizar Michoacán. Al final, el presidente propuso a Arriaga y fue Díaz Ordaz, secretario de Gobernación, el encargado de anunciar al general la decisión. De acuerdo con Arriaga, Cárdenas no lo vetó, a pesar de calificarlo de inexperto, lo que le abrió el camino a su candidatura. Corona del Rosal, presidente del PRI, le ofrecería la postulación un día después de aquella entrevista, a condición de que controlara a los cardenistas. Arriaga reconoce que lo hizo negociando con ellos puestos locales.[53] El golpe a Cárdenas sería significativo porque en la política nacional López Mateos empezó

[51] Agustín Arriaga Rivera, *op. cit.*, p. 116.
[52] Elisa Servín, *op. cit.*, p. 271.
[53] Agustín Arriaga Rivera, *op. cit.*, p. 118.

el cerco al MLN y al propio Cárdenas. Sin espacios en la política nacional y perdido el control de su estado, Cárdenas no tuvo más oportunidades. Aunque mantuvo sus críticas y observaciones, en especial durante el difícil sexenio de Díaz Ordaz, no le alcanzaría la vida para continuar con sus proyectos, pues moriría en 1970.

Sin Cárdenas como líder, la izquierda en general, pero sobre todo la que sobrevivía dentro del priismo, perdió importancia. Una consecuencia inmediata fue la consiguiente eliminación del alemanismo al mantenerse el ex mandatario fuera de las actividades políticas. La competencia entre grupos internos priistas, que había cobrado fuerza durante el sexenio de López Mateos, se extinguió al concluir la administración. Ya en 1964 era claro que los términos de la competencia política se habían encauzado hacia vías más modernas. López Mateos no sólo terminó con los últimos hombres fuertes, controladores de estados y con influencia nacional, sino que también apagó la división interna, con fuerte sustento ideológico, que se había incubado desde los años cuarenta.

La política se volvía más previsible e institucional, y el mismo López Mateos había contribuido a ello al introducir la que sería hasta entonces la reforma electoral más importante de la época. La reforma de 1963, que estableció la figura de los diputados de partido, fue relevante porque impulsó la representación partidaria y fortaleció al principal partido de oposición, el PAN, no sólo como opción electoral sino como opción de la derecha, tan activa en el sexenio.[54] Sin cacicazgos, sin grupos internos fuertes y con una mayor competencia electoral, México avanzaría en el fortalecimiento institucional. En rigor, fue en 1964, una vez concluida la administración de López Mateos, cuando la política nacional encontraría un cauce más moderno. Con tan poca flexibilidad, sin embargo, que no sería capaz de enfrentar las movilizaciones sociales de los años sesenta, marcados por la represión y la intolerancia.

[54] Los detalles de la reforma en Luis Medina, *Evolución electoral…*

FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA

Archivos

Archivo General de la Nación, Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales y Dirección Federal de Seguridad.
National Archives of Washington, Confidential US State Department, Central Files, Mexican International Affairs.
Archivo particular de Carlos Franco Sodi.
Archivo Histórico de la UNAM, Archivo particular de Heriberto Jara.

Hemerografía

Excélsior, 1956-1958
Novedades, 1957-1958
El Universal, 1956-1958
Mañana, 1957-1958
Siempre! 1957-1958
Buró de Investigaciones Políticas, boletín mensual, 1955-1958

Bibliografía

Alemán Valdés, Miguel, *Remembranzas y testimonios*, México, Grijalbo, 1987.
Alemán Velasco, Miguel, *No siembro para mí. Biografía de Adolfo Ruiz Cortines*, México, Diana, 1998.
Alvarado, Arturo, *El portesgilismo en Tamaulipas. Estudio de la constitución de la autoridad pública en México posrevolucionario*, México, El Colegio de México, 1992.
Apter, David E., *The Politics of Modernization*, Chicago, University of Chicago, 1967.

Arriaga Rivera, Agustín, *La política… como me la enseñaron. Recuerdos, añoranzas y recuerdos de mi vida*, México, s.p.i., 2007.

Beteta, Ramón, *Programa económico y social de México. Una controversia*, México, s.p.i., 1935.

—, *Pensamiento y dinámica de la Revolución Mexicana*, México, Editorial Nuevo México, 1951.

—, *Tres años de política hacendaria*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1951.

Brading, David A. (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Brandenburg, Frank, *The Making of Modern Mexico*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1964.

Briz, Marcela, *El Consejo Mexicano de Hombres de Negocios: surgimiento y consolidación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

Buchenaw, Jurgen, y William H. Beezley (eds.), *State Governors in the Mexican Revolution, 1910-1952, Portraits in Conflict, Courage, and Corruption*, Lanham, Rowman and Littlefield, 2009.

Calvillo, Tomás, y María Isabel Monroy, *San Luis Potosí. Historia breve*, México, Secretaría de Educación Pública-El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2010.

Camp, Roderic Ai, *Mexican Political Biographies, 1935-1975*, Tucson, The University of Arizona Press, 1976.

Cárdenas, Enrique, *La política económica en México, 1950-1994*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1996.

Cárdenas, Lázaro, *Apuntes*, tomos II, 1941-1956, y III, 1957-1966, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

Castañeda, Jorge, *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*, México, Alfaguara, 1999.

Celis, Lourdes *et al.*, *Historia de la acción pública, Adolfo López Mateos, 1958-1964*, tomo I, México, PRI, 1978.

Contreras, Ariel José, *México 1940: industrialización y crisis política*, México, Siglo XXI, 1977.

Contreras Valdez, Mario, "Los agrarismos de la Revolución en Nayarit", *Signos Históricos*, núm., 21, enero-junio de 2009.

—, *Nayarit. Historia breve*, México, Secretaría de Educación Pública-El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2010.

Córdova, Arnaldo, *La formación del poder político en México*, México, Era, 1972.

Córdova, Arnaldo, *La política de masas del cardenismo*, México, Era, 1972.
—, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Era, 1973.
—, "La transformación del PNR en PRM: el triunfo del corporativismo en México", en *La revolución y el Estado en México*, México, Era, 1980.
Cornelius, Wayne A., *Los inmigrantes pobres en la Ciudad de México y la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
Cosío Villegas, Daniel, *El sistema político mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1972.
—, *La sucesión presidencial*, México, Joaquín Mortiz, 1975.
Covarrubias, Ana, "Política exterior, en busca del equilibrio", en Rogelio Hernández Rodríguez (coord.), *Adolfo López Mateos. Una vida dedicada a la política*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Colección mayor, 2010.
Eisenstadt, S.N., *Tradition, Change and Modernity*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1973.
Ervin, Michael A., "Marte R. Gómez of Tamaulipas. Governing Agrarian Revolution", en Jurgen Buchenaw y William H. Beezley (eds.), *State Governors in the Mexican Revolution, 1910-1952, Portraits in Conflict, Courage, and Corruption*, Lanham, Rowman and Littlefield, 2009.
Falcón, Romana, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984.
Flores Olague, Jesús, *et al.*, *Historia mínima de Zacatecas. La fragua de una leyenda*, México, Noriega Editores, 1995.
— , *et al.*, *Zacatecas. Historia breve*, México, Secretaría de Educación Pública-El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2010.
Friedrich, Paul, *Agrarian Revolt in a Mexican Village*, Chicago, Chicago University Press, 1977.
—, "The Legitimacy of a Cacique", en Steffan W. Schmidt *et al.*, *Friends, Followers, and Factions: A Reader in Political Clientelism*, Berkeley, University of California Press, 1977.
—, "A Mexican Cacicazgo", *Ethnology*, núm. 2, abril de 1965.
Garrido, Luis Javier, *El partido de la revolución institucionalizada*, México, Siglo XXI, 1982.
Gledhill, John, "Neoliberalism and Ungovernability: Caciquismo, Militarization and Popular Mobilization in Zedillo's Mexico", *Relaciones*, núm. 96, otoño de 2003.
González, Luis, *Los días del presidente Cárdenas*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 15, México, El Colegio de México, 1981.

González Casanova, Pablo, *La democracia en México*, México, Era, 1975.
González Navarro, Moisés, *La CNC. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.
Greenham, Pere, *Rostros y rastros. El siglo XX en Nayarit a través de 101 protagonistas memorables*, Tepic, Gobierno del Estado de Nayarit, 2005.
Hansen, Roger D., *La política del desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI, 1980.
Hernández, Alicia, *La mecánica cardenista*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 16, México, El Colegio de México, 1979.
Hernández Rodríguez, Rogelio, *Formación y trayectoria de los secretarios de Estado en México, 1946-1982*, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1985.
—, *Amistades, compromisos y lealtades. Líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993*, México, El Colegio de México, 1998.
—, "Challenging Caciquismo: An Analysis of Leadership of Carlos Hank González", en Alan Knight y Wil Pansters (eds.), *Caciquismo in Twentieth-century Mexico*, Londres, Institute for the Study of the Americas, University of London, 2005.
—, *El centro dividido. La nueva autonomía de los gobernadores*, México, El Colegio de México, 2008.
— (coord.), *Adolfo López Mateos. Una vida dedicada a la política*, Toluca, Gobierno del Estado de México, 2010.
Hewit de Alcántara, Cynthia, *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970*, México, Siglo XXI, 1978.
Huntington, Samuel P., *Political Order in Changing Societies*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1968.
Joseph, Gilbert, "El caciquismo y la Revolución: Carrillo Puerto en Yucatán", en David A. Brading (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
Knight, Alan, "Caudillos y campesinos en el México revolucionario, 1910-1917", en David A. Brading (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
—, "Caciquismo in Twentieth-century Mexico", en Alan Knight y Wil Pansters (eds.), *Caciquismo in Twentieth-century Mexico*, Londres, Institute for the Study of the Americas, University of London, 2005.
—, y Wil Pansters (eds.), *Caciquismo in Twentieth-century Mexico*, Londres, Institute for the Study of the Americas, University of London, 2005.

Krauze, Enrique, *La presidencia imperial*, México, Tusquets, 1997.
Leñero, Vicente, *Asesinato. El doble crimen de los Flores Muñoz*, México, Plaza y Valdés, 1997.
Lerner de Sheinbaum, Bertha, y Susana Ralsky de Cimet, *El poder de los presidentes*, México, Instituto Mexicano de Estudios Políticos, 1976.
Loaeza, Soledad, *Clases medias y política en México. La querella escolar, 1959-1963*, México, El Colegio de México, 1988.
—, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
—, "La reforma política de Manuel Ávila Camacho", *Historia Mexicana*, núm. 249, julio-septiembre de 2013.
López Portillo, José, *Mis tiempos*, tomo 2, México, Fernández Editores, 1988.
Loyo, Aurora, "Entre la celebración del pasado y la exigencia del futuro: la acción educativa del gobierno de Adolfo López Mateos", en Rogelio Hernández Rodríguez (coord.), *Adolfo López Mateos. Una vida dedicada a la política*, Toluca, Gobierno del Estado de México, 2010.
Mabry, Donald J., *Mexico's Acción Nacional: A Catholic Alternative to Revolution*, Syracuse, Syracuse University Press, 1973.
Maria y Campos, Armando de, *Un ciudadano. Cómo es y cómo piensa Adolfo López Mateos*, Toluca, Gobierno del Estado de México, 2008.
Martínez Nava, Juan Manuel, *Conflicto Estado-empresarios en los gobiernos de Cárdenas, López Mateos y Echeverría*, México, Nueva Imagen, 1984.
Medina, Luis, *Del cardenismo al avilacamachismo*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 18, México, El Colegio de México, 1978.
—, *Evolución electoral en el México contemporáneo*, México, Comisión Federal Electoral, 1978.
—, *Civilismo y modernización del autoritarismo*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 20, México, El Colegio de México, 1979.
Meyer, Lorenzo, *Los inicios de la institucionalización. La política del Maximato*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 12, México, El Colegio de México, 1978.
Meyer, Jean, *Breve historia de Nayarit*, México, El Colegio de México, 1997.
Moncada, Carlos, *¡Cayeron! Crónica de los gobernadores desconocidos, desaforados y obligados a renunciar o a pedir licencia, 1929-1979*, México, s.p.i., 1979.
Ojeda, Mario, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 1976.

Osorio Marbán, Miguel, *El poder*, México, Fundación Miguel Alemán, 1989.
Padgett, Vincent, *The Mexican Political System*, Boston, Houghton Mifflin, 1966.
Pansters, Wil, *Política y poder en Puebla. Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista, 1937-1987*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
—, "Goodbye to the Caciques? Definition, the State and the Dynamics of Caciquismo in Twentieth-century Mexico", en Alan Knight y Wil Pansters (eds.), *Caciquismo in Twentieth-century Mexico*, Londres, Institute for the Study of the Americas, University of London, 2005.
—, "Tropical Passion in the Desert: Gonzalo N. Santos and Local Elections in Northern San Luis Potosí, 1943-1958", en Paul Gillingham y Benjamin Smith (eds.), *Dictablanda. Politics, Work and Culture in Mexico, 1938-1968*, Durham, Duke University Press, 2014.
Partido Revolucionario Institucional, *Historia documental del partido de la Revolución*, tomos 3 y 7, México, Instituto Centroamericano, de Administración Pública, 1981.
Pellicer, Olga, "La oposición en México. El caso del henriquismo", *Foro Internacional*, núm. 68, abril-junio de 1977.
Pellicer de Brody, Olga, y José Luis Reyna, *El afianzamiento de la estabilidad política*, Historia de la Revolución Mexicana, tomo 22, México, El Colegio de México, 1978.
Ramírez Rancaño, Mario, "Juan Andrew Almazán, de militar a empresario", en Carlos Martínez Assad *et al.*, *Revolucionarios fueron todos*, México, Secretaría de Educación Pública, 1982.
Reyna, José Luis, y Raúl Trejo Delarbre, *De Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos (1952-1964)*, México, Siglo XXI, 1981.
Richards, Matthew, "The Elite of Hidalgo State, Mexico: The Grupo Huichapan, 1937-2005", tesis de doctorado, Universidad de Gales, 2006.
Rodríguez Kuri, Ariel, "Los años maravillosos: Adolfo Ruiz Cortines", en Wil Fowler (coord.), *Gobernantes mexicanos*, tomo II, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.
—, "Adolfo López Mateos y la gran política nacional", en Rogelio Hernández Rodríguez (coord.), *Adolfo López Mateos. Una vida dedicada a la política*, Toluca, Gobierno del Estado de México, 2010.
Rodríguez Prats, Juan José, *Adolfo Ruiz Cortines*, México, Gobierno del Estado de Veracruz, 1990.
—, *El poder presidencial, Adolfo Ruiz Cortines*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1992.

Rojas, Beatriz, *La pequeña guerra. Los Carrera Torres y los Cedillo,* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983.

Romero, Humberto, *Los dos Adolfos*, México, Edamex, 2009.

Rubin, Jeffrey W., "Decentering the Regime: Culture and Regional Politics in Mexico", *Latin American Research Review*, vol. 31, núm. 3, 1996.

—, *Decentering the Regime: Ethnicity, Radicalism and Democracy in Juchitán, México*, Durham, Duke University Press, 1997.

Ruiz de la Barrera, Rocío, *Hidalgo. Historia breve*, México, Secretaría de Educación Pública-El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2010.

Sánchez, Arturo, "La política en el México rural de los años cincuenta", en Jaime E. Rodríguez (ed.), *The Evolution of the Mexican Political System*, Wilmington, University of California, 1993.

Santos, Gonzalo N., *Memorias*, México, Grijalbo, 1986.

Scott, Robert E. *Mexican Government in Transition*, Urbana, University of Illinois Press, 1964.

Servín, Elisa, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, México, Cal y Arena, 2001.

Suárez, Eduardo, *Comentarios y recuerdos (1926-1946),* México, Porrúa, 1977.

Schryer, Frans J., *Una burguesía campesina en la Revolución mexicana. Los rancheros de Pisaflores*, México, Era, 1980.

—, *Ethnicity and Class Conflict in Rural Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1980.

Smith, Peter H., *Los laberintos del poder*, México, El Colegio de México, 1981.

Velasco Toro, José, "La política agrícola y agraria de Adolfo Ruiz Cortines", *Anuario del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales,* vol. x, 1995.

Villarreal, René, *El desequilibrio externo en la industrialización de México (1929-1975),* México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

Wolf, Eric R., "Aspects of Group Relations in a Complex Society: Mexico", *American Anthropologist*, núm. 6, diciembre de 1956.

—, y Edward C. Hansen, "Caudillo Politics: A Structural Analysis", *Comparative Studies in Society and History*, núm. 2, enero de 1967.

Presidencialismo y hombres fuertes en México.
La sucesión presidencial de 1958
se terminó de imprimir en enero de 2015
en los talleres de Offset Rebosán, S.A. de C.V.,
Acueducto 115, Col. Huipulco, 14370 México, D.F.
Portada de Pablo Reyna.
Composición tipográfica y formación:
Socorro Gutiérrez, en Redacta, S.A. de C.V.
Cuidó la edición Eugenia Huerta.

CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

La sucesión presidencial de 1958 es uno de los eventos más recordados por los estudiosos del sistema político mexicano no tanto por quien fuera el candidato, Adolfo López Mateos, ni por las circunstancias políticas del momento, sino por el procedimiento que el entonces presidente, Adolfo Ruiz Cortines, empleó para seleccionarlo. Ese procedimiento, popularizado desde entonces como el "tapado", se convirtió en una práctica distintiva del presidencialismo mexicano y fue considerado una prueba más del dominio presidencial y la homogeneidad de la élite priísta. El control que demostró el presidente saliente, y que fue reproducido sin cuestionamientos hasta los años ochenta del siglo pasado, fue visto como el punto culminante de un consistente proceso de centralización política iniciado una vez terminada la etapa armada de la Revolución.

El proceso de selección es una invaluable coyuntura histórica que permite discutir muchos de estos supuestos, porque lo relevante no radica en la habilidad de Ruiz Cortines, sino en las razones por las que recurrió a un elaborado y riesgoso procedimiento para ocultar su decisión. El presente estudio analiza la circunstancia política y ofrece evidencia histórica suficiente que pone en duda la fortaleza del presidencialismo para subordinar efectivamente a la élite política pero sobre todo para sobreponerse a los poderes regionales. La sucesión de 1958 muestra más signos de debilidad institucional que de fortaleza, pues la principal amenaza que Ruiz Cortines —y por extensión el sistema político— enfrentó entonces no era una disidencia más que disputara el dominio priísta, sino la real posibilidad de que políticos tradicionales, más cercanos al caciquismo, se apoderaran de la Presidencia de la República y trastocaran el rumbo institucional del sistema político.

ISBN: 978-607-462-710-7

EL COLEGIO DE MÉXICO